

BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO

*HISTORIA VERDADERA DE LA CONQUISTA
DE LA NUEVA ESPAÑA*

TOMO III



Biblioteca Saavedra Fajardo 2014



Transcripción y corrección de Miguel Andúgar Miñarro a partir de: Bernal Díaz del Castillo. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España.* Tomo III. Madrid: Imprenta de Don Benito Cano, 1796.



ÍNDICE

CAPÍTULO CXXX.	4
CAPÍTULO CXXXI.	8
CAPÍTULO CXXXII.	10
CAPÍTULO CXXXIII.	14
CAPÍTULO CXXXIV.	16
CAPÍTULO CXXXV.	20
CAPÍTULO CXXXVI.	23
CAPÍTULO CXXXVII.	29
CAPÍTULO CXXXVIII.	36
CAPÍTULO CXXXIX.	38
CAPÍTULO CXL.	45
CAPÍTULO CXLI.	50
CAPÍTULO CXLII.	58
CAPÍTULO CXLIII.	65
CAPÍTULO CXLIV.	68
CAPÍTULO CXLV.	77
CAPÍTULO CXLVI.	88
CAPÍTULO CXLVII.	91
CAPÍTULO CXLVIII.	93
CAPÍTULO CXLIX.	95
CAPÍTULO CL.	98
CAPÍTULO CLI.	107
CAPÍTULO CLII.	122
CAPÍTULO CLIII.	134
CAPÍTULO CLIV.	142
CAPÍTULO CLV.	146
CAPÍTULO CLVI.	156
CAPÍTULO CLVII.	166
CAPÍTULO CLVIII.	173
CAPÍTULO CLXIX.	182



CAPÍTULO CXXX.

Cómo fuimos a la provincia de Tepeaca, y lo que en ella hicimos, y otras cosas que pasaron¹.

Como Cortés había pedido a los Caciques de Tlascalala, ya otras veces por mí nombrados, cinco mil hombres de guerra, para ir a correr, y castigar los pueblos donde habían muerto Españoles, que era a Tepeaca, y Cachula, y Tecamachalco, que estaría de Tlascalala seis o siete leguas, de muy entera voluntad tenían aparejados hasta cuatro mil Indios: porque si mucha voluntad teníamos nosotros de ir a aquellos pueblos, mucho más gana tenían el Masse Escaci, y Xicotenga el Viejo, porque les habían venido a robar unas estancias, y tenían voluntad de enviar gente de guerra sobre ellos, y la causa fue esta. Porque como los Mexicanos nos echaron de México, según y de la manera que dicho tengo en los capítulos pasados que sobre ello hablan, y supieron que en Tlascalala nos habíamos recogido, y tuvieron por cierto, que en estando sanos, que habíamos de venir con el poder de Tlascalala a correrles las tierras de los pueblos que más cercanos confinan con Tlascalala: a este efecto enviaron a todas las provincias, donde sentían que habíamos de ir, muchos escuadrones Mexicanos de guerreros, que estuviesen en guarda y guarniciones: y en Tepeaca estaba la mayor guarnición de ellos. Lo cual supo el Masse Escaci, y el Xicotenga, y aún se temían de ellos. Pues ya que todos estábamos a punto, comenzamos a caminar, y en aquella jornada no llevamos artillería, ni escopetas, porque todo quedó en los puentes; y ya que algunas escopetas escaparon, no teníamos pólvora, y fuimos con diez y siete de a caballo, y seis ballestas, y cuatrocientos y veinte soldados, los más de espada y rodela, y con obra de cuatro mil amigos de Tlascalala, y el bastimento para un día, porque las tierras a donde íbamos, era muy poblado, y bien

¹ En ninguna situación como en la de esta infeliz retirada, se manifiesta más el carácter de Cortés; siempre firme su espíritu, y siempre superior a la adversidad, no cedió de sus proyectos; antes bien redoblando el vigor, se le ve caminar a su empresa sobre otro plan de vasta extensión. Para sostener su opinión, y la de su ejército en el concepto de los Americanos, hartamente menguada después de la salida de México, determinó las expediciones de que habla Castillo en este, y siguientes capítulos, con el fin de castigar los pueblos y provincias donde hubiesen muerto Españoles, y de preparar la ejecución de sus ideas contra el Señorío de México: por los medios del terror, escarmiento, agrado y clemencia, resortes que supo manejar con la mayor destreza, se propuso traer a sí unas Naciones, arrancar otras de la dominación Mexicana, y valerse de todas para coronar su designio. En una palabra, si se observan desde ahora las operaciones de Cortés, se echará de ver, que en un estado tan deplorable, formó un plan atrevido, y sin ejemplo; y fue según se llega a entender de la serie de sucesos que se vieron después, el de bloquear, o sea estrechar el Imperio de México, que este nombre doy al proyecto de quitarle aliados, y recursos aún en sus mismos vasallos, hasta reducirle a una angustia, cual se verá.



bastecidos de maíz, y gallinas, y perrillos de la tierra: y como lo teníamos de costumbre, nuestros corredores del campo adelante, y con muy buen concierto fuimos a dormir obra de tres leguas de Tepeaca. Y ya tenían alzado todo el fardaje de las estancias, y población por donde pasamos, porque muy bien tuvieron noticia como íbamos a su pueblo: y porque ninguna cosa hiciésemos, sino por buena orden, y justificadamente, Cortés les envió a decir con seis Indios de su pueblo de Tepeaca, que habíamos tomado en aquella estancia, que para aquel efecto, los prendimos, y con cuatro sus mujeres, como íbamos a su pueblo, a saber, y inquirir quién, y cuántos se hallaron en la muerte de más de diez y ocho Españoles, que mataron sin causa ninguna, viniendo camino para México: y también veníamos a saber qué causa tenían ahora nuevamente muchos escuadrones Mexicanos, que con ellos habían ido a robar y saltar unas estancias de Tlascala nuestros amigos: que les ruega, que luego vengan de paz a donde estábamos, para ser nuestros amigos, y que despidan de su pueblo a los Mexicanos, si no, que iremos contra ellos como rebeldes, y matadores, y salteadores de caminos, y les castigaría a fuego y sangre, y los daría por esclavos: y como fueron aquellos seis Indios, y cuatro mujeres del mismo pueblo, si muy fieras palabras les enviaron a decir, mucho más bravosa nos dieron la respuesta con los mismos seis Indios, y dos Mexicanos que venían con ellos; porque muy bien conocido tenían de nosotros, que a ningunos mensajeros que nos enviaban, hacíamos ninguna demasía, sino antes darles algunas cuentas para atraerlos: y con estos que nos enviaron los de Tepeaca, fueron las palabras bravosas dichas por los Capitanes Mexicanos, como estaban victoriosos de lo de los puentes de México: y Cortés les mandó dar a cada mensajero una manta, y con ellos les tornó a requerir, que viniesen a verle, y hablarle, y que no hubiesen miedo, y que pues ya los Españoles que habían muerto, no los podían dar vivos, que vengan ellos de paz, y se les perdonará todos los muertos que mataron, y sobre ello se les escribió una carta: y aunque sabíamos que no la habían de entender, sino como veían papel de Castilla, tenían por muy cierto, que era cosa de mandamiento, y rogó a los dos Mexicanos, que venían con los de Tepeaca, como mensajeros, que volviesen a traer la respuesta, y volvieron: y lo que dijeron era, que no pasemos adelante, y que nos volviésemos por donde veníamos, sino que otro día pensaban tener buenas hartazgas con nuestros cuerpos, mayores que las de México, y sus puentes, y la de Obtumba: y como aquello vio Cortés, lo comunicó con todos nuestros Capitanes y soldados, y fue acordado, que



se hiciese un auto por ante Escribano, que diese fe de todo lo pasado, y que se diesen por esclavos a todos los aliados de México, que hubiesen muerto Españoles: porque habiendo dado la obediencia a su Majestad, se levantaron, y mataron sobre ochocientos y sesenta de los nuestros, y sesenta caballos, y a los demás pueblos, por salteadores de caminos, y matadores de hombres: y hecho este auto, envióseles a hacer saber, amonestándolos, y requiriendo con la paz: y ellos tornaron a decir, que si luego no nos volvíamos, que saldrían a matarnos, y se apercebieron para ello, y nosotros lo mismo. Otro día tuvimos en un llano una buena batalla con los Mexicanos, y Tepeaqueños, y como el campo era labranzas de maíz, y maqueyales, puesto que peleaban valerosamente los Mexicanos, presto fueron desbaratados por los de a caballo, y los que no los teníamos, no estábamos de espacio: pues ver a nuestros amigos los de Tlascala, tan animosos, como peleaban con ellos, y les siguieron el alcance: allí hubo muertes de los Mexicanos, y de Tepeaca muchos, y de nuestros amigos los de Tlascala tres, e hirieron dos caballos, el uno se murió, y también hirieron doce de nuestros soldados, mas no de suerte que peligró ninguno. Pues seguida la victoria, allegáronse muchas Indias, y muchachos que se tomaron por los campos, y casas, que hombres no curábamos de ellos, que los Tlascaltecas los llevaban por esclavos. Pues como los de Tepeaca vieron, que con el bravear que hacían los Mexicanos que tenían en su pueblo, y guarnición, eran desbaratados, y ellos juntamente con ellos, acordaron, que sin decirles cosa ninguna, viniesen donde estábamos: y los recibimos de paz, y dieron la obediencia a su Majestad, y echaron los Mexicanos de sus casas, y nos fuimos nosotros al pueblo de Tepeaca, donde se fundó una villa, que se nombró la villa de Segura de la Frontera, porque estaba en el camino de la Villa Rica, en una buena comarca de buenos pueblos, sujetos a México, y había mucho maíz, y guardaban la raya nuestros amigos los de Tlascala; y allí se nombraron Alcaldes y Regidores, y se dio orden en cómo se corriese los rededores sujetos a México, en especial los pueblos donde habían muerto Españoles: y allí hicieron hacer el hierro con que se habían de herrar los que se tomaban por esclavos, que era una G. que quiere decir guerra². Y desde la villa de Segura de la

² Justificase este procedimiento de Cortés con sus mismas palabras; "en cierta parte de esta provincia (Tepeaca) que es donde mataron aquellos diez Españoles, porque los naturales de allí siempre estuvieron muy de guerra, y muy rebeldes, y por fuerza de armas se tomaron, hice ciertos esclavos, de que se dio el quinto a los oficiales de Vuestra Majestad: porque además de haber muerto a los dichos Españoles, y rebelándose contra el servicio de vuestra Alteza, comen todos carne humana; por cuya notoriedad no envío a vuestra Majestad probanza de ello. Y también me movió a hacer los dichos esclavos, por poner algún



Frontera corrimos todos los rededores, que fue Cachula, y Tecemechalco, y el pueblo de las Guayavas, y otros pueblos, que no se me acuerda el nombre, y en lo de Cachula fue donde habían muerto en los aposentos quince Españoles, y en este de Cachula hubimos muchos esclavos, de manera que en obra de cuarenta días tuvimos aquellos pueblos pacíficos y castigados. Ya en aquella sazón habían alzado en México otro Señor por Rey, porque el Señor que nos echó de México, era fallecido de viruelas: y aquel Señor que hicieron Rey, era un sobrino o pariente muy cercano del gran Moctezuma, que se decía Guatemuz, mancebo de hasta veinte y cinco años, bien gentil hombre, para ser Indio, y muy esforzado, y se hizo temer de tal manera, que todos los suyos temblaban de él, y estaba casado con una hija de Moctezuma, bien hermosa mujer para ser India: y como este Guatemuz, Señor de México, supo cómo habíamos desbaratado los escuadrones Mexicanos que estaban en Tepeaca, y que habían dado la obediencia a su Majestad del Emperador Carlos Quinto, y nos servían, y daban de comer, y estábamos allí poblados, y temió, que les correríamos lo de Guaxaca, y otras provincias, y que a todos les atraeríamos a nuestra amistad; envió a sus mensajeros por todos los pueblos, para que estuviesen muy alerta con todas sus armas: y a los Caciques les daba joyas de oro, y a otros perdonaba los tributos, y sobre todo mandaba ir muy grandes Capitanes, y guarniciones de gente de guerra, para que mirasen no les entrásemos en sus tierras: y les enviaba a decir que peleasen muy reciamente con nosotros, no les acaeciese como en lo de Tepeaca, donde estaba nuestra villa doce leguas. Para que bien se entiendan los nombres de estos pueblos, un nombre es Cachula, otro nombre es Guacachula. Y dejaré de contar lo que en Guacachula se hizo hasta su tiempo y lugar, y diré, como en aquel tiempo y instante vinieron de la Villa Rica mensajeros, como había venido un navío de Cuba, y ciertos soldados en él.

espanto a los de Culua, y porque también hay tanta gente, que si no hiciese grande, y cruel castigo en ellos, nunca se emendarían jamás." *Cortés Carta II.*



CAPÍTULO CXXXI.

Cómo vino un navío de Cuba, que enviaba Diego Velázquez, y venía en él por Capitán Pedro Barba, y la manera que el Almirante que dejó nuestro Cortés por guarda de la mar, tenía para prenderlos, y es de esta manera.

Pues como andábamos en aquella provincia de Tepeaca castigando a los que fueron en la muerte de nuestros compañeros, que fueron diez y ocho los que mataron en aquellos pueblos, y atrayéndolos de paz, y todos daban la obediencia a su Majestad, vinieron cartas de la Villa Rica, como había venido un navío al puerto, y vino en él por Capitán un hidalgo que se decía Pedro Barba, que era muy amigo de Cortés: y este Pedro Barba había estado por Teniente del Diego Velázquez en la Habana, y traía trece soldados, y un caballo, y una yegua, porque el navío que traía era muy chico: y traía cartas para Pánfilo de Narváez, el Capitán que Diego Velázquez había enviado contra nosotros, creyendo que estaba por él la Nueva España; en que le enviaba a decir al Diego Velázquez, que si acaso no había muerto a Cortés, que luego se le enviase preso a Cuba, para enviarle a Castilla, que así lo mandaba Don Juan Rodríguez de Fonseca Obispo de Burgos, y Arzobispo de Rosano, Presidente de Indias, que luego fuese preso, con otros de nuestros Capitanes; porque el Diego Velázquez tenía por cierto que éramos desbaratados, o a lo menos que Narváez señoreaba la Nueva España. Pues como el Pedro Barba llegó al puerto con su navío, y echó anclas, luego le fue a visitar, y dar el bien venido el Almirante de la mar que puso Cortés, el cual se decía Pedro Caballero, o Juan Caballero, otras veces por mí nombrado, con un batel bien esquifado de marineros, y armas encubiertas, y fue al navío de Pedro Barba, y después de hablar palabras de buen comedimiento, qué tal viene V. merced, y quitar las gorras, y abrazarse unos a otros, como se suele hacer; preguntó el Pedro Caballero por el Señor Diego Velázquez Gobernador de Cuba, que tal queda, y responde el Pedro Barba, que bueno: y el Pedro Barba, y los demás, que consigo traían, preguntan por el Señor Pánfilo de Narváez, y cómo le va con Cortés: y responden, que muy bien, y que Cortés anda huyendo, y alzado con veinte de sus compañeros, y que Narváez está muy próspero, y rico, y que la tierra es muy buena: y de plática en plática, le dicen al Pedro Barba, que allí junto estaba un pueblo, que desembarque, y que se vayan a dormir, y estar en él, que les traerán comida, y lo que hubieren menester, que para solo aquello estaba señalado aquel



pueblo: y tantas palabras les dicen, que en el batel, y en otros que luego allí venían de los otros navíos que estaban surtos, les sacaron en tierra, y cuando los vieron fuera del navío, y tenían copia de marineros junto con el Almirante Pedro Caballero, dijeron al Pedro Barba; sed preso por el señor Capitán Cortés mi señor: y así los prendieron, y quedaban espantados, y luego les sacaban del navío la velas y timón y agujas, y los enviaban donde estábamos con Cortés en Tepeaca, por los cuales habíamos gran placer con el socorro que venía en el mejor tiempo que podía ser, porque en aquellas entradas que he dicho, que hacíamos, no eran tan en salvo, que muchos de nuestros soldados no quedábamos heridos, y otros adolecían del trabajo: porque de sangre y polvo que estaba cuajado en las entrañas, no echábamos otra cosa del cuerpo, y por la boca, como traíamos siempre las armas a cuestras, y no parar noches, ni días; por manera que ya se habían muerto cinco de nuestros soldados de dolor de costado en obra de quince días. También quiero decir, que con este Pedro Barba vino un Francisco López vecino y Regidor que fue de Guatemala, y Cortés hacía mucha honra al Pedro Barba, y le hizo Capitán de ballesteros, y dio nuevas que estaba otro navío chico en Cuba, que le quería enviar el Diego Velázquez con cabi y bastimentos: el cual vino desde a ocho días, y venía en él por Capitán un hidalgo natural de Medina del Campo, que se decía Rodrigo Morejón de Lobera, y traía consigo ocho soldados, y seis ballestas, y mucho hilo para cuerdas, y una yegua: y ni más ni menos que habían prendido al Pedro Barba, así hicieron a este Rodrigo de Morejón; y luego fueron a Segura de la Frontera, y con todos ellos nos alegramos, y Cortés les hacía mucha honra, y les daba cargos: y gracias a Dios ya nos íbamos fortaleciendo con soldados, y ballestas, y dos o tres caballos más. Y dejarlo he aquí, y volveré a decir lo que en Guacachula hacían los ejércitos Mexicanos que estaban en frontera: y como los Caciques de aquel pueblo vinieron secretamente a demandar favor a Cortés para echarlos de allí.



CAPÍTULO CXXXII.

Cómo los de Guacachula vinieron a demandar favor a Cortés, sobre que los ejércitos Mexicanos los trataban mal, y los robaban, y lo que sobre ello se hizo.

Ya he dicho que Guatemuz, Señor que nuevamente era alzado por Rey de México, enviaba grandes guarniciones a sus fronteras, en especial envió una muy poderosa y de mucha copia de guerreros a Guacachula, y otra a Ozucar, que estaba dos o tres leguas de Guacachula; porque bien temió que por allí le habíamos de correr las tierras y pueblos sujetos a México: y parece ser que como envió tanta multitud de guerreros, y como tenían nuevo Señor, hacían muchos robos, que no les podían sufrir los de aquella provincia, porque decían, que les robaban las mantas, y maíz, y gallinas, y joyas de oro, y sobre todo las hijas y mujeres, si eran hermosas, y que las forzaban delante de sus maridos, y padres y parientes; como oyeron decir, que los del pueblo de Cholula estaban todos muy de paz, y sosegados, después que los Mexicanos no estaban en él, y ahora así mismo en lo de Tepeaca, y Tecamachalco y Cachula, a esta causa vinieron cuatro Principales muy secretamente de aquel pueblo, por mí otras veces nombrado, y dicen a Cortés, que envíe Teules y caballos a quitar aquellos robos, y agravios que les hacían los Mexicanos, y que todos los de aquel pueblo, y otros comarcanos, nos ayudarían, para que matásemos a los escuadrones Mexicanos: y de que Cortés lo oyó, luego propuso, que fuese por Capitán Cristóbal de Olid, con todos los más de a caballo, y ballesteros, y con gran copia de Tlascaltecas, porque con la ganancia que los de Tlascalca habían llevado de Tepeaca, habían venido a nuestro Real, y villa, muchos más Tlascaltecas: y nombró Cortés para ir con Cristóbal de Olid a ciertos Capitanes de los que habían venido con Narváez, por manera que llevaba en su compañía sobre trescientos soldados, y todos los mejores caballos que teníamos. Y yendo que iba con todos sus compañeros camino de aquella provincia pareció ser, que en el camino dijeron ciertos Indios a los de Narváez, cómo estaban todos los campos, y casas llenas de gente de guerra de Mexicanos, mucho más que los de Obtumba, y que estaba allí con ellos el Guatemuz Señor de México, y tantas cosas dicen que les dijeron, que atemorizaron a los de Narváez, y como no tenían buena voluntad de ir a entradas, ni ver guerras, sino volverse a su isla de Cuba, y como habían escapado de la de México, y calzadas, y puentes, y la de Obtumba, no se querían ver en otra como lo pasado; y sobre



ello dijeron los de Narváez tantas cosas al Cristóbal de Olid, que no pasase adelante, sino que se volviese, y que mirase no fuese peor esta guerra que las pasadas, donde perdiesen las vidas: y tantos inconvenientes le dijeron, y dábanle a entender, que si el Cristóbal de Olid quería ir, que fuese en buen hora, que muchos de ellos no querían pasar adelante: de modo que por muy esforzado que era el Capitán que llevaban, aunque les decía, que no era cosa volver sino ir adelante, que buenos caballos llevaban, y mucha gente, y que si volviesen un paso atrás, que los indios los tendrían en poco, y que en tierra llana era, y que no quería volver, sino ir adelante, y para ello de nuestros soldados de Cortés le ayudaban a decir, que no se volviese, y que en otras entradas, y guerras peligrosas se habían visto, y que gracias a Dios habían tenido victoria, no aprovechó cosa ninguna con cuanto les decían, sino por vía de ruegos le trastornaron su seso, que volviesen, y que desde Cholula escribiesen a Cortés sobre el caso, y así se volvió: y de que Cortés lo supo se enojó, y envió a Cristóbal de Olid otros dos ballesteros, y le escribió, que se maravillaba de su buen esfuerzo y valentía, que por palabras de ninguno dejase de ir a una cosa señalada como aquella: y de que el Cristóbal de Olid vio la carta, hacia bramuras de enojo, y dijo a los que tal le aconsejaron, que por su causa había caído en falta: y luego sin más determinación les mandó fuesen con él, y que el que no quisiese ir, que se volviese al Real por cobarde, que Cortés le castigaría en llegando: y como iba hecho un bravo león de enojo con su gente camino de Guacachula, antes que llegasen con una legua, le salieron a decir los Caciques de aquel pueblo, de la manera y arte que estaban los de Culua, y como había de dar en ellos, y de qué manera había de ser ayudado: y como lo hubieron entendido, apercibió los de a caballo, y ballesteros y soldados, y según y de la manera que tenían en el concierto, da en los de Culua, y puesto que pelearon muy bien por un buen rato, y le hirieron ciertos soldados, y mataron dos caballos, e hirieron otros ocho en unas fuerzas y albarradas que estaban en aquel pueblo, en obra de una hora estaban ya puestos en huida todos los Mexicanos: y dicen que nuestros Tlascaltecas que lo hicieron muy varonilmente, que mataban, y prendían muchos de ellos; y como les ayudaban todos los de aquel pueblo y provincia, hicieron muy grande estrago en los Mexicanos, que presto procuraron retraerse, y hacerse fuertes en otro gran pueblo, que se dice Ozucar³, donde estaban otras muy grandes guarniciones de Mexicanos, y estaban en gran fortaleza, y quebraron un puente, porque no pudiesen

³ Izzucan le llama Cortés.



pasar caballos, ni el Cristóbal de Olid, porque como he dicho, andaba enojado, hecho un tigre, y no tardó mucho en aquel pueblo, que luego se fue a Ozucar con todos los que pudieron seguir, y con los amigos de Guacachula pasó el río, y dio en los escuadrones Mexicanos, que de presto los venció; y allí le mataron dos caballos, y a él le dieron dos heridas y la una en el muslo, y el caballo muy bien herido, y estuvo en Ozucar dos días: y como todos los Mexicanos fueron desbaratados, luego vinieron los Caciques y Señores de aquel pueblo, y de otros comarcanos a demandar paz, y se dieron por vasallos de nuestro Rey y Señor: y como todo fue pacífico, se fue con todos sus soldados a nuestra villa de la Frontera. Y porque yo no fui en esta entrada, digo en esta relación, que dicen que pasó lo que he dicho: y nuestro Cortés le salió a recibir y todos nosotros, y hubimos mucho placer: y reíamos de cómo le habían convocado a que se volviese, y el Cristóbal de Olid también reía, y decía que mucho más cuidado tenían algunos de sus minas y de Cuba, que no de las armas: y que juraba a Dios, que no le acaeciese llevar consigo, si a otra entrada fuese, sino de los pobres soldados de los de Cortés, y no de los ricos que venían de Narváez, que querían mandar más que no él. Dejemos de platicar más de esto, y digamos como el Coronista Gómara dice en su historia, que por no entender bien el Cristóbal de Olid a los Naguatatos e intérpretes, se volvía del camino de Guacachula, creyendo que era trato doble contra nosotros: y no fue así como dice, sino que los más principales Capitanes de los del Narváez, como les decían otros Indios, que estaban grandes escuadrones de Mexicanos juntos, y más que en lo de México y Obtumba, y que con ellos estaba el Señor de México, que se decía Guatemuz, que entonces le habían alzado por Rey, como habían escapado tan mal parados de lo de México, tuvieron grande temor de entrar en aquellas batallas, y por esta causa convocaron al Cristóbal de Olid, que se volviese, y aunque todavía porfiaba de ir adelante: esta es la verdad. Y también dice que fue el mismo Cortés a aquella guerra, cuando el Cristóbal de Olid se volvía, no fue así, que el mismo Cristóbal de Olid Maestro de Campo, es el que fue como dicho tengo. También dice dos veces, que los que informaron a los de Narváez, cómo estaban los muchos millares de Indios juntos, que fueron los de Guaxocingo, cuando pasaban por aquel pueblo. También digo que se engañó, porque claro está, que para ir desde Tepeaca a Cachula, no habían de volver atrás por Guaxocingo, que era ir como si estuviésemos ahora en Medina del Campo, y para ir a Salamanca, tomar el camino por Valladolid; no es más lo uno en comparación



de lo otro. Y dejemos ya esta materia, y digamos lo que más en aquel instante aconteció, y fue que vino un navío al puerto del Peñol, del nombre feo, que se decía el tal de Bernal, junto a la Villa-Rica, que venía de lo de Panuco, que era de los que enviaba Garay, y venía en él por Capitán uno que se decía Camargo, y lo que pasó adelante diré⁴.

⁴ Cortés por este tiempo comenzaba ya a percibir los frutos de su política, y antes de retirarse de la villa de Segura de la Frontera a Tlascala, acudieron muchos pueblos a prestar vasallaje, "vinieron asimismo, *dice*, a ofrecerse por vasallos de vuestra Majestad, el Señor de una ciudad, que se dice Guaxocingo, y el Señor de otra ciudad que está a diez leguas de esta de Izzucan, y son fronteros de la tierra de México. También vinieron de ocho pueblos de la provincia de Coastoaca, que es una de que en los capítulos antes de éste hice mención, que habían visto los Españoles, que yo envié a buscar oro a la provincia de Zuzula, donde, y en la de Tamazula, porque está junto a ella, dije que había muy grandes poblaciones y casas muy bien obradas, de mejor cantería, que en ninguna de estas partes se había visto; la cual dicha provincia de Coastoaca está cuarenta leguas de allí de Izzucan: y los naturales de los dichos ocho pueblos se ofrecieron asimismo por vasallos de vuestra Alteza, y dijeron que otros cuatro que restaban en la dicha provincia venían muy presto; y me dijeron que les perdonase, porque antes no habían venido, que la causa había sido no osar, por temor de los de Culua, porque ellos nunca habían tomado armas contra mí, ni habían sido en muerte de ningún Español; y que siempre, después que al servido de vuestra Alteza se habían ofrecido, habían sido buenos y leales vasallos suyos en sus voluntades, porque no las habían osado manifestar por temor de los de Culua. De manera que puede vuestra Alteza ser muy cierto, que siendo nuestro Señor servido en su real ventura, en muy breve tiempo se tornará a ganar lo perdido, o mucha parte de ello, porque de cada día se vienen a ofrecer por vasallos de vuestra Majestad, de muchas provincias y ciudades, que antes eran sujetas a Moctezuma, viendo que los que así lo hacen, son de mí muy bien recibidos y tratados, y los que al contrario, de cada día destruidos. *Cortés Carta II.*



CAPÍTULO CXXXIII.

Cómo aportó al Peñol y puerto que está, junto a la Villa Rica un navío de los de Francisco Garay, que había enviado a poblar el rio de Panuco, y lo que sobre ello más pasó.

Estando que estábamos en Segura de la Frontera, de la manera que en mi relación habrán oído, vinieron cartas a Cortés, cómo había aportado un navío de los que el Francisco de Garay había enviado a poblar a Panuco, y que venía por Capitán uno que se decía fulano Camargo, y traía sobre sesenta soldados y todos dolientes, y muy amarillos, e hinchadas las barrigas: y que habían dicho, que otro Capitán, que el Garay había enviado a poblar a Panuco, que se decía fulano Álvarez Pinedo, que los Indios del Panuco los habían muerto, y a todos los soldados y caballos que había enviado a aquella provincia, y que los navíos se los habían quemado: y que este Camargo, viendo el mal suceso se embarcó con los soldados que dicho tengo, y se vino a socorrer a aquel puerto, porque bien tenían noticia que estábamos poblados allí, y a causa que por sustentar las guerras con los Indios, no tenían que comer; y venían muy flacos y amarillos y hinchados. Y más dijeron que el Capitán Camargo había sido Fraile Dominicó, y que había hecho profesión, los cuales soldados con su Capitán, se fueron luego su poco a poco a la villa de la Frontera, porque no podían andar a pie de flacos: y cuando Cortés los vio tan hinchados y amarillos, que no eran para pelear, harto teníamos que curar en ellos; al Camargo hizo mucha honra, y a todos los soldados: y tengo que el Camargo murió luego, que no me acuerdo bien qué se hizo, y también se murieron muchos soldados, y entonces por burlar les llamamos, y pusimos por nombre los Panzaverdetes, porque traían los colores de muertos, y las barrigas muy hinchadas: y por no detenerme en contar cada cosa en qué tiempo y lugar acontecían, pues eran todos los navíos que en aquel tiempo venían a la Villa Rica, del Garay, y puesto que se vinieron los unos de los otros un mes delanteros, hagamos cuenta que todos aportaron a aquel puerto, ahora sea un mes antes los unos que los otros: y esto digo, porque vino luego un Miguel Díaz de Auz Aragonés, por Capitán de Francisco de Garay, el cual le enviaba para socorro al Capitán fulano Álvarez Pinedo, que creía que estaba en Panuco: y como llegó al puerto del Panuco, y no halló ni pelo de la armada de Garay, luego entendió por lo que vio, que le habían muerto, porque al Miguel Díaz le dieron guerra



luego que llegó con un navío los Indios de aquella provincia, y por aquel efecto vino a aquel nuestro puerto, y desembarcó sus soldados, que eran más de cincuenta, y más siete caballos, y se fue luego para donde estábamos con Cortés, y este fue el mejor socorro, y al mejor tiempo que le habíamos menester. Y para que bien sepan quién fue este Miguel Díaz de Auz, digo yo que sirvió muy bien a su Majestad en todo lo que se ofreció en las guerras y conquistas de la Nueva España, y este fue el que trajo pleito después de ganada la Nueva España con un cuñado de Cortés, que se decía Andrés de Barrios, natural de Sevilla, que llamábamos el Danzador, sobre el pleito de la mitad de Mestitán, que se sentenció después, con que le den la parte de lo que rentase el pueblo más de dos mil y quinientos pesos de su parte, con tal que no entre en el pueblo por dos años, porque en lo que le acusaban era que habían muerto ciertos Indios en aquel pueblo, y en otros que habían tenido. Dejemos de hablar de esto, y digamos que desde a pocos días que Miguel Díaz de Auz había venido a aquel puerto, de la manera que dicho tengo, aportó luego otro navío que enviaba el mismo Garay en ayuda y socorro de su armada, creyendo que todos estaban buenos y sanos en el rio de Panuco, y venía en él por Capitán un viejo que se decía Ramírez, y ya era hombre anciano; y a esta causa le llamamos, Ramírez el viejo, porque había en nuestro Real dos Ramírez, y traía sobre cuarenta soldados, y diez caballos, y yeguas, y ballesteros y otras armas: y el Francisco de Garay no hacía sino echar unos navíos tras de otros al perdido, y todo era favorecer y enviar socorro a Cortés, tan buena fortuna le ocurría, y a nosotros era de gran ayuda: y todos estos de Garay que dicho tengo, fueron a Tepeaca donde estábamos: y porque los soldados que traía Miguel Díaz de Auz, venían muy recios y gordos, les pusimos por nombre, los de los lomos recios, y los que traía el viejo Ramírez traían unas armas de algodón, de tanto gordor, que no las pasara ninguna flecha, y pesaban mucho, y pusimosles por nombre, los de las albardillas: y cuando fueron los Capitanes que dicho tengo delante de Cortés, les hizo mucha honra. Dejemos de contar de los socorros que teníamos de Garay, que fueron buenos, y digamos como Cortés envió a Gonzalo de Sandoval a una entrada a unos pueblos, que se dicen Xalacingo y Cacatami.



CAPÍTULO CXXXIV.

Cómo envió Cortés a Gonzalo de Sandoval a pacificar los pueblos de Xalacingo y Cacatami, y llevó doscientos soldados, y veinte de a caballo y doce ballesteros, y para que supiese qué Españoles mataron en ellos: y que mirase qué armas les habían tomado, y qué tierra era, y les demandase el oro que robaron, y de lo que más en ello pasó.

Como ya Cortés tenía copia de soldados, y caballos, y ballestas, y se iba fortaleciendo con los dos navichuelos que envió Diego Velázquez, y envió en ellos por Capitanes a Pedro Barba, y Rodrigo de Morejón de Lobera, y trajeron en ellos sobre veinte y cinco soldados, y dos caballos y una yegua; y luego vinieron los tres navíos de los de Garay, que fue el primero Capitán que vino Camargo, y el segundo Miguel Díaz de Auz, y el postrero Ramírez el Viejo, y traían entre todos estos Capitanes que he nombrado, sobre ciento y veinte soldados, y diez y siete caballos y yeguas, y las yeguas eran de juego, y de carrera; y Cortés tuvo noticia, de que en unos pueblos, que se dicen Cacatami y Xalacingo, y en otros sus comarcas habían muerto muchos soldados de los de Narváez, que venían camino de México, y así mismo, que en aquellos pueblos habían muerto y robado el oro a un Juan de Alcántara, y a otros dos vecinos de la Villa Rica, que era lo que les había cabido de las partes a todos los vecinos que quedaban en la misma villa, según más largo lo he escrito en el capítulo que de ello se trata, y envió Cortés para hacer aquella entrada por Capitán a Gonzalo de Sandoval, que era Alguacil mayor, y muy esforzado, y de buenos consejos, y llevó consigo doscientos soldados todos los más de los nuestros de Cortés, y veinte de a caballo, y doce ballesteros y buena copia de Tlascaltecas⁵: y antes que llegase a aquellos pueblos, supo que estaban todos puestos en armas, y juntamente tenían consigo guarniciones de Mexicanos, y que se habían muy bien fortalecido con albarradas y pertrechos, porque bien habían entendido, que por las muertes de los Españoles que habían muerto, que luego habíamos de ser contra ellos para castigarlos, como a los de Tepeaca y Cachula, y Tecamachalco: y Sandoval ordenó muy bien sus escuadrones y ballesteros, y mandó a los de a caballo, cómo y de qué manera habían de ir y romper: y primero que entrasen en su tierra, les

⁵ Parece que Sandoval salió de la villa de Segura de la Frontera, provincia de Tepeaca, para esta jornada antes de mediado diciembre de 1520. *Cortés Carta II*. Importaba castigar y sujetar estas provincias, para asegurar la comunicación con Vera Cruz.



envió mensajeros, a decirles, que viniesen de paz, y que diesen el oro, y armas que habían robado, y que la muerte de los Españoles se les perdonaría. Y a esto de enviarles mensajeros a decirles que viniesen de paz, fueron tres o cuatro veces, y la respuesta que les enviaban era, que allá iban, que como habían muerto, y comido los Teules que les demandaban que así harían al Capitán, y a todos los que llevaba; por manera, que no aprovechaban mensajes: y otra vez les tornó a enviar a decir, que él les haría esclavos por traidores y salteadores de caminos, y que se aparejasen a defender, y fue Sandoval con sus compañeros, y les entró por dos partes, que puesto que peleaban muy bien todos los Mexicanos, y los naturales de aquellos pueblos, sin más referir lo que allí en aquellas batallas pasó, los desbarató, y fueron huyendo todos los Mexicanos y Caciques de aquellos pueblos, y siguió el alcance, y se prendieron muchas gentes menudas, que de los Indios no se curaban, por no tener que guardar: y hallaron en unos Cues de aquel pueblo muchos vestidos, y armas, y frenos de caballos, y dos sillas y otras muchas cosas de la gineta, que habían presentado a sus Ídolos: y acordó Sandoval de estar allí tres días, y vinieron los Caciques de aquellos pueblos a pedir perdón y a dar la obediencia a su Majestad Cesárea: y Sandoval les dijo, que diesen el oro que habían robado a los Españoles que mataron, y que luego les perdonaría: y respondieron que el oro que los Mexicanos lo hubieron, y que lo enviaron al Señor de México, que entonces habían alzado por Rey, y que no tenían ninguno: por manera, que les mandó que en cuanto el perdón, que fuesen a donde estaba el Malinche, y que él les hablaría y perdonaría: y así se volvió con una buena presa de mujeres y muchachos que echaron el hierro por esclavos: y Cortés se holgó mucho cuando le vio venir bueno y sano, puesto que traía cosa de ocho soldados mal heridos y tres caballos menos, y aun el Sandoval traía un lechazo: y yo no fui en esta entrada, que estaba muy malo de calenturas, y echaba sangre por la boca, y gracias a Dios estuve bueno, porque me sangraron muchas veces. Y como Gonzalo de Sandoval había dicho a los Caciques de Xalacingo y Cacatami, que viniesen a Cortés a demandar paces, no solamente vinieron aquellos pueblos solos, sino también otros muchos de la comarca, y todos dieron la obediencia a su Majestad, y traían de comer a aquella villa donde estábamos. Y fue aquella entrada que hizo de mucho provecho, y se pacificó toda la tierra; y de allí en adelante tenía Cortés tanta fama en todos los pueblos de la Nueva España, lo uno de muy justificado, y lo otro de muy esforzado, que a todos ponía temor, y muy mayor a Guatemuz, el Señor y Rey



nuevamente alzado en México: y tanta era la autoridad, ser y mando que había cobrado nuestro Cortés, que venían ante él pleitos de Indios de lejanas tierras, en especial sobre cosas de Cacicazgos y Señoríos: que como en aquel tiempo anduvo la viruela tan común en la Nueva España, fallecían muchos Caciques, y sobre a quién le pertenecía el Cacicazgo, y ser Señor, y partir tierras o vasallos o bienes venían a nuestro Cortés, como a Señor absoluto de toda la tierra, para que por su mano y autoridad alzase por Señor a quien le pertenecía. Y en aquel tiempo vinieron del pueblo de Ozucar y Guacachula, otras veces ya por mí nombrado, porque en Ozucar estaba casada una parienta muy cercana de Moctezuma con el Señor de aquel pueblo, y tenían un hijo, que decían era sobrino del Moctezuma, y según parece, heredaba el Señorío, y otros decían que le pertenecía a otro Señor, y sobre ello tuvieron muy grandes diferencias, y vinieron a Cortés, y mandó que le heredase el pariente de Moctezuma, y luego cumplieron su mandado, y así vinieron de otros muchos pueblos de a la redonda sobre pleitos, y a cada uno mandaba dar sus tierras y vasallos, según sentía por derecho, que les pertenecía. Y en aquella sazón, también tuvo noticia Cortés, que en un pueblo que estaba de allí seis leguas, que se decía Cocotlán, y le pusimos por nombre Castilblanco (como ya otras veces he dicho, dando la causa por qué se le puso este nombre) habían muerto nueve Españoles, envió al mismo Gonzalo de Sandoval para que los castigase y los trajese de paz: y fue allá, con treinta de a caballo, y cien soldados y ocho ballesteros, y cinco escopeteros y muchos Tlascaltecas, que siempre se mostraron muy aficionados y eran buenos guerreros. Y después de hechos sus requerimientos y protestaciones que vieron, y les enviaron a decir otras muchas cosas de cumplimientos con cinco Indios principales de Tepeaca, y si no venían que les daría guerra, y haría esclavos. Y pareció ser estaban en aquel pueblo otros escuadrones de Mexicanos en su guarda y amparo, y respondieron, que Señor tenían, que era Guatemuz, que no habían menester, ni venir, ni ir a llamado de otro Señor, que si allá fuesen, que en el campo les hallarían, que no se les habían ahora fallecido las fuerzas menos que las tenían en México, y puentes y calzadas, y que ya sabían a qué tanto llegaban nuestras valentías. Y cuando aquello oyó Sandoval, puesta muy en orden su gente como había de pelear, y los de a caballo, y escopeteros, y ballesteros, mandó a los Tlascaltecas que no se metiesen en los enemigos al principio; porque no estorbasen a los caballos, y porque no corriesen peligro o hiriesen algunos de ellos con las ballestas y escopetas, o los atropellasen con los



caballos, hasta haber roto los escuadrones, y cuando los hubiesen desbaratado, que prendiesen a los Mexicanos y siguiesen el alcance, y luego comenzó a caminar hacia el pueblo: y salen al camino y encuentro dos escuadrones de guerreros junto a unas fuerzas y barrancas, y allí estuvieron fuertes un rato, y con las ballestas y escopetas les hacían mucho mal: por manera, que tuvo Sandoval lugar de pasar aquella fuerza y albarradas con los caballos, y aunque le hirieron nueve caballos, y uno murió, y también le hirieron cuatro soldados, como se vio fuera de mal paso, y tuvo lugar por donde corriesen los caballos, y aunque no era buena tierra, ni llano, que había muchas piedras, da tras los escuadrones, rompiendo por ellos que los llevó hasta el mismo pueblo donde estaba un gran patio, y allí tenían otra fuerza, y unos Cues donde se tornaron a hacer fuertes, y puesto que peleaban muy bravosamente, todavía los venció, y mató hasta siete Indios, porque estaban en malos pasos: y los Tlascaltecas no habían menester mandarles que siguiesen el alcance, que con la ganancia, como eran guerreros, ellos tenían el cargo, especialmente como sus tierras no estaban muy lejos de aquel pueblo. Allí se hubieron muchas mujeres y gente menuda, y estuvo allí el Gonzalo de Sandoval dos días, y envió a llamar los Caciques de aquel pueblo con unos principales de Tepeaca, que iban en su compañía, y vinieron y demandaron perdón de la muerte de los Españoles; y Sandoval les dijo, que si daban las ropas y hacienda que robaron de los que mataron que se les perdonaría, y respondieron que todo lo habían quemado, y que no tenían ninguna cosa, y que los que mataron, que los más de ellos habían ya comido, y que cinco Teules enviaron vivos a Guatemuz su Señor, y que ya habían pagado la pena con los que ahora les habían muerto en el campo, y en el pueblo; que les perdonase, y que llevarían muy bien de comer, y bastecerían la villa donde estaba Malinche. Y como el Gonzalo de Sandoval vio que no se podía hacer mas, les perdonó, y allí se ofrecieron de servir bien en lo que les mandasen; y con este recaudo se fue a la villa, y fue bien recibido de Cortés, y de todos los del Real. Donde dejaré de hablar más en ello, y digamos como se herraron todos los esclavos que se habían habido en aquellos pueblos y provincia, y lo que sobre ello se hizo.



CAPÍTULO CXXXV.

Cómo se recogieron todas las mujeres y esclavos de todo nuestro Real, que habíamos habido en aquello de Tepeaca y Cachula, Tecanechalco, y en Castilblanco, y en sus tierras para que se herrasen con el hierro en nombre de su Majestad, y lo que sobre ello pasó.

Como Gonzalo de Sandoval hubo llegado a la villa de Segura de la Frontera de hacer aquellas entradas, que ya he dicho, y en aquella provincia todos los teníamos ya pacíficos, y no teníamos por entonces donde ir a entrar, porque todos los pueblos de los rededores habían dado la obediencia a su Majestad; acordó Cortés con los oficiales del Rey, que se herrasen las piezas y esclavos que se habían habido para sacar su quinto, después que se hubiese primero sacado el de su Majestad, y para ello mandó dar pregones en el Real y villa que todos los soldados llevásemos a una casa que estaba señalada para aquel efecto, a herrar todas las piezas que tuviesen recogidas, y dieron de plazo aquel día que se pregonó y otro: y todos ocurrimos con todas las Indias muchachas y muchachos que habíamos habido, que de hombre de edad no nos curábamos de ellos que eran malos de guardar, y no habíamos menester su servicio, teniendo a nuestros amigos los Tlascaltecas. Pues ya juntas todas las piezas, y hecho el hierro, que era una G. como ésta, que quería decir guerra, cuando no nos catamos, apartan el Real quinto, y luego sacan otro quinto para Cortés; y además de esto la noche antes cuando metimos las piezas, como he dicho, en aquella casa habían ya escondido, y tomado las mejores Indias, que no pareció allí ninguna buena, y al tiempo del repartir, dabannos las viejas y ruines, y sobre esto hubo muy grandes murmuraciones contra Cortés, y de los que mandaban hurtar y esconder las buenas Indias, y de tal manera se lo dijeron al mismo Cortés soldados de los de Narváez, que juraban a Dios que no habían visto tal, haber dos Reyes en la tierra de nuestro Rey y Señor, y sacar dos quintos: y uno de los soldados que se lo dijeron, fue un Juan Bono de Quejo, y más dijo, que no estarían en tal tierra, y que lo haría saber en Castilla a su Majestad, y a los de su Real Consejo de Indias: y también dijo a Cortés otro soldado muy claramente, que no bastó repartir el oro que se había habido en México, de la manera que lo repartió, y que cuando estaba repartiendo las partes decía, que eran trescientos mil pesos los que se habían llegado: y que cuando salimos huyendo de México, mandó tomar por testimonio



que quedaban más de setecientos mil, y que ahora el pobre soldado que había echado los bofes, y estaba lleno de heridas por haber una buena India, y les habían dado enaguas y camisas, habían tomado y escondido las tales Indias; y que cuando dieron el pregón para que se llevasen a herrar, que creyeron que a cada soldado volverían sus piezas, y que apreciarían que tantos pesos valían, y que como las apreciases pasasen el quinto a su Majestad, y que no habría más quinto para Cortés, y decían otras murmuraciones peores que éstas: y como Cortés aquello vio, con palabras algo blandas dijo, que juraba en su conciencia (que esto tenía costumbre de jurar) que de allí adelante no sería, ni se haría de aquella manera, sino que buenas o malas Indias sacarlas al almoneda, y la buena que se vendería por tal, y la que no lo fuese por menos precio, y de aquella manera no tenían que reñir con él. Y puesto que allí en Tepeaca no se hicieron más esclavos, mas después en lo de Tezcuco casi que fue de esta manera, como adelante diré. Y dejaré de hablar en esta materia, y digamos otra cosa casi peor que esto de los esclavos: y es, que ya he dicho en el capítulo que de ello habla, cuando la triste noche que salimos de México huyendo, como quedaban en la sala donde posaba Cortés muchas barras de oro perdido que no lo podían sacar, más de lo que cargaron en la yegua y caballos, y muchos Tlascaltecas, y lo que hurtaron los amigos y otros soldados que cargaron de ello: y como lo demás se quedaba perdido en poder de los Mexicanos, Cortés dijo delante de un Escribano del Rey, que cualquiera que quisiese sacar oro de lo que allí quedaba, que se lo llevase mucho en buena hora por suyo, como se había de perder: y muchos soldados de los de Narváez cargaron de ello, y asimismo algunos de los nuestros, y por sacarlo perdieron muchos de ellos las vidas, y los que escaparon con la presa que traían, habían estado en gran riesgo de morir, y salieron llenos de heridas. Y como en nuestro Real y villa de Segura de la Frontera, que así se llamaba, alcanzó Cortés a saber, que había muchas barras de oro, y que andaban en el juego, y como dice el refrán, que el oro y amores son malos de encubrir, mandó dar un pregón so graves penas, que traigan a manifestar el oro que sacaron, y que les dará la tercia parte de ello, y si no lo traen que se lo tomará todo: y muchos soldados de los que lo tenían no lo quisieron dar, y a algunos se lo tomó Cortés, como prestado, y más por fuerza que por grado: y como todos los más Capitanes tenían oro, y aun los oficiales del Rey muy mejor, que hicieron sacos de ello, se calló lo del pregón, que no se habló en ello; más pareció muy mal esto que mandó Cortés. Dejémoslo ya de más declarar, y digamos cómo todos los más



Capitanes y personas principales de los que pasaron con Narváez, demandaron licencia a Cortés para volverse a Cuba, y Cortés se la dio, y lo que más acaeció.



CAPÍTULO CXXXVI.

Cómo demandaron licencia a Cortés los Capitanes y personas más principales de los que Narváez había traído en su compañía, para volverse a la Isla de Cuba, y Cortés se la dio, y se fueron: y de cómo despachó Cortés Embajadores para Castilla, y para Santo Domingo y Jamaica, y lo que sobre cada cosa acaeció.

Como vieron los Capitanes de Narváez que ya teníamos socorros, así de los que vinieron de Cuba, como los de Jamaica, que había enviado Francisco de Garay para su armada, según lo tengo declarado en el capítulo que de ello habla, y vieron que los pueblos de la provincia de Tepeaca estaban pacíficos, después de muchas palabras que a Cortés dijeron, con grandes ofertas y ruegos le suplicaron, que les diese licencia para volverse a la Isla de Cuba, pues se lo había prometido, y luego Cortés se la dio, y les prometió que si volvía a ganar la Nueva España y ciudad de México, que al Andrés de Duero su compañero, que le daría mucho más oro que le había de antes dado: y así hizo otras ofertas a los demás Capitanes, en especial a Agustín Bermúdez, y les mandó dar matalotaje que en aquella sazón había, que era maíz, y perrillos salados, y algunas gallinas, y un navío de los mejores; y escribió Cortés a su mujer Catalina Juárez la Marçayda, y a Juan Juárez su cuñado, que en aquella sazón vivía en la Isla de Cuba, y les envió ciertas barras y joyas de oro, y les hizo saber todas las desgracias y trabajos que nos habían acaecido, y como nos echaron de México. Dejemos esto, y digamos las personas que pidieron la licencia para volverse a Cuba, que todavía iban ricos: y fueron Andrés de Duero, y Agustín Bermúdez, y Juan Bono de Quejo, y Bernardino de Quesada, y Francisco Velázquez el corcobado, pariente del Diego Velázquez el Gobernador de Cuba, y Gonzalo Carrasco el que vive en la Puebla, que después se volvió a esta Nueva España, y un Melchor de Velasco, que fue vecino de Guatemala, y un Jiménez que vive en Guaxaca, que fue por sus hijos, y el Comendador León de Cervantes que fue por sus hijas, que después de ganado México las casó muy honradamente: y se fue uno que se decía Maldonado, natural de Medellín, que estaba doliente: no digo Maldonado el que fue marido de Doña María del Rincón, ni por Maldonado el ancho, ni otro Maldonado, que se decía Álvaro Maldonado el Fiero, que fue casado con una señora que se decía María Arias: y también se fue un Vargas vecino de la Trinidad, que le llamaban en Cuba Vargas el Galán, no digo el Vargas, que fue



suegro de Cristóbal Lobo, vecino que fue de Guatemala: y se fue un soldado de los de Cortés, que se decía Cárdenas piloto: aquel Cárdenas fue el que dijo a un su compañero, que como podíamos reposar los soldados, teniendo dos Reyes en esta Nueva España. Este fue a quien Cortés dio trescientos pesos para que se fuese con su mujer y hijos. Y por excusar prolijidad de ponerlos todos por memoria, se fueron otros muchos, que no me acuerdo bien sus nombres: y cuando Cortés les dio la licencia, dijimos que para qué se la daba, pues que éramos pocos los que quedábamos; y respondió que por excusar escándalos e importunaciones, y que ya veíamos que para la guerra algunos de los que se volvían a Cuba no lo eran, y que valía más citar solos que mal acompañados: y para despacharlos del puerto envió Cortés a Pedro de Alvarado, y en habiéndolos embarcado le mandó que se volviese luego a la villa. Y digamos ahora que también envió a Castilla a Diego de Ordás, y a Alonso de Mendoza, natural de Medellín, o de Cáceres con ciertos recaudos de Cortés, que yo no sé otros que llevase nuestros, ni nos dio parte de cosa de los negocios que enviaba a tratar con su Majestad, ni lo que pasó en Castilla, yo no lo alcancé a saber, salvo que a boca llena decía el Obispo de Burgos delante del Diego de Ordás, que así Cortés como todos los soldados que pasamos con él, éramos malos y traidores, puesto que el Ordás sé cierto respondía muy bien por todos nosotros: y entonces le dieron al Ordás una Encomienda de Señor Santiago, y por armas el volcán que está entre Guaxocingo y cerca de Cholula: y lo que negoció adelante lo diré, según lo supimos por carta. Dejemos esto aparte, y diré como Cortés envió a Alonso de Ávila, que era Capitán, y Contador de esta Nueva España, y Juntamente con él envió otro hidalgo, que se decía Francisco Álvarez Chico, que era hombre que entendía de negocios: y mandó que fuesen con otro navío para la isla de Santo Domingo a hacer relación de todo lo acaecido a la Real Audiencia que en ella residía, y a los Frailes Jerónimos que estaban por Gobernadores de todas las Islas, que tuviesen por bueno lo que habíamos hecho en las conquistas, y el desbarate de Narváez: y cómo había hecho esclavos en los pueblos que habían muerto Españoles, y se habían quitado de la obediencia que habían dado a nuestro Rey y Señor, y que así se entendía hacer en todos los más pueblos que fueron de la liga y nombre de Mexicanos: y que suplicaba que hiciese relación de ello en Castilla a nuestro gran Emperador, y tuviesen en la memoria los grandes servicios que siempre le hacíamos, y que por su intercesión y de la Real Audiencia fuésemos favorecidos con justicia contra la mala voluntad, y obras que contra



nosotros trataba el Obispo de Burgos y Arzobispo de Rosano: y también envió otro navío a la Isla de Jamaica por caballos y yeguas, y el Capitán que con él fue, se decía fulano de Solís, que después de ganado México le llamamos Solís el de la huerta, yerno de uno que se decía el Bachiller Ortega. Bien sé que dirán algunos curiosos Lectores, que sin dineros, como enviaba al Diego de Ordás a negocios a Castilla, pues está claro que para Castilla, y para otras partes son menester dineros: y que asimismo envió a Alonso de Ávila y a Francisco Álvarez Chico a Santo Domingo a negocios, y a la Isla de Jamaica por caballos y yeguas. A esto digo que como al salir de México salimos huyendo, la noche por mí muchas veces referida, que como quedaban en la sala muchas barras de oro perdido en un montón, que todos los más soldados apañaban de ello, en especial los de a caballo, y los de Narváez mucho mejor: y los oficiales de su Majestad, que lo tenían en poder y cargo llevaron los fardos hechos. Y además de esto, cuando se cargaron de oro más de ochenta Indios Tlascaltecas, por mandado de Cortés, y fueron los primeros que salieron en los puentes, vista cosa era que salvarían muchas cargas de ello, que no se perdería todo en la calzada: y como nosotros los pobres soldados que no teníamos mando, sino ser mandados, en aquella sazón procurábamos de salvar nuestras vidas, y después de curar nuestras heridas, a esta causa no mirábamos en el oro, si salieron muchas cargas de ello en los puentes o no, ni se nos daba mucho por ello: y Cortés con algunos de nuestros Capitanes lo procuraron de haber de algunos de los Tlascaltecas que lo sacaron, y tuvimos sospecha que los cuarenta mil pesos de las partes de los de la villa Rica, que también lo hubo, y echó fama que lo habían robado, y con ello envió a Castilla a los negocios de su persona, y a comprar caballos, y a la Isla de Santo Domingo a la Audiencia Real; porque en aquel tiempo todos se callaban con las barras de oro que tenían, aunque más pregones habían dado⁶. Dejemos esto, y digamos; como ya estaban de paz todos los pueblos comarcanos de Tepeaca, acordó Cortés que quedase en la villa de Segura de la Frontera por Capitán un Francisco de Orozco, con obra de veinte soldados que estaban heridos y dolientes, y con todos los más de nuestro ejército fuimos a Tlascala, y se dio orden que se cortase madera para hacer trece bergantines para ir otra vez sobre México; porque hallábamos por muy cierto, que para la laguna sin bergantines no la podíamos señorear, ni podíamos dar guerra, ni entrar otra

⁶ Aun cuando fuese cierta la sospecha de Castillo, los negocios de Cortés eran en beneficio y gloria de la Nación y utilidad de la conquista, y de los conquistadores: véase el principio del capítulo CXXIX, donde Cortés queda justificado; el hecho fue demasiado público y funesto, pues perecieron cincuenta Españoles en este robo y asalto de los Mexicanos. *Cortés Carta II.*



vez por las calzadas en aquella gran ciudad, sino con gran riesgo de nuestras vidas: y el que fue maestro de cortar la madera, y dar el galibo y cuenta y razón, como habían de ser veleros y ligeros para aquel efecto, y los hizo, fue un Martín López, que ciertamente, además de ser un buen soldado, en todas las guerras sirvió muy bien a su Majestad. En esto de los bergantines trabajó en ellos como fuerte varón: y me parece que si por dicha no viniera en nuestra compañía de los primeros, como vino, que hasta enviar por otro maestro a Castilla, se pasara mucho tiempo, o no viniera ninguno. Volveré a nuestra materia, y digamos ahora, que cuando llegamos a Tlascalá⁷ ya era fallecido de viruelas nuestro gran amigo, y muy leal vasallo de su Majestad Masse Escaci, de la cual muerte nos pesó a todos, y Cortés lo sintió tanto, como él decía, como si fuera su padre, y se puso luto de mantas negras, y asimismo muchos de nuestros Capitanes y soldados, y a sus hijos, y parientes del Masse Escaci, Cortés y todos nosotros les hacíamos mucha honra: y porque en Tlascalá había diferencias sobre el mando y Cacicazgo, señaló y mandó que lo fuese un su hijo legítimo del Masse Escaci, porque así se lo había mandado su padre antes que muriese: y aun dijo a sus hijos y parientes, que mirasen que no saliesen del mandado de Malinche y de sus hermanos, porque ciertamente éramos los que habíamos de señorear estas tierras, y les dio otros muchos buenos consejos. Dejemos ya de contar del Masse Escaci, pues ya es muerto, y digamos de Xicotenga el Viejo, y de Chichimecatecle, y de todos los demás Caciques de Tlascalá, que se ofrecieron de servir a Cortés, así en cortar la madera para los bergantines, como para todo lo demás que les quisiesen mandar en la guerra contra Mexicanos; y Cortés los abrazó con mucho amor, y les dio gracias por ello, especialmente a Xicotenga el Viejo, y a Chichimecatecle: y luego procuró que se volviese Cristiano, y el buen Viejo de Xicotenga de buena voluntad dijo que lo quería ser, y con la mayor fiesta que en aquella sazón se pudo hacer en Tlascalá, le bautizó el Padre de la Merced, y le puso nombre Don Lorenzo de Vargas. Volvamos a decir de nuestros bergantines, que el Martín López se dio tanta prisa en cortar la madera con la gran ayuda de los Indios que le ayudaban, que en pocos días la tenían ya cortada toda, y señalada su cuenta en cada madero, para que parte y lugar había de ser, según tienen sus señales los oficiales maestros y carpinteros de ribera: y también le ayudaba otro buen soldado, que se decía Andrés Núñez, y un viejo carpintero que estaba cojo de una herida, que se decía Ramírez el

⁷ Cortés marchó de Segura de la Frontera para Tlascalá a mediados de Diciembre de 1520. *Cortés. Carta III.*



Viejo: y luego despachó Cortés a la villa Rica por mucho hierro y clavazón de los navíos que dimos al través, y por anclas y velas, y jarcias y cables y estopa, y por todo aparejo de hacer navíos, y mandó venir todos los herreros que había, y a un Hernando de Aguilar que era medio herrero que ayudaba a machacar: y porque en aquel tiempo había en nuestro Real tres hombres que se decían Aguilar, llamamos a este Hernando de Aguilar, majahierro: y envió por Capitán a la villa Rica por los aparejos que he dicho para mandarlo traer a un Santa Cruz Burgalés, Regidor que después fue de México, persona muy buen soldado, y diligente: y hasta las calderas para hacer brea, y todo cuanto de antes habían sacado de los navíos, trajo con más de mil Indios, que todos los pueblos de aquellas provincias enemigos de Mexicanos luego se los daban para traer las cargas. Pues como no teníamos pez para brear, ni aun los Indios lo sabían hacer, mandó Cortés a cuatro hombres de la mar que sabían de aquel oficio, que en unos pinares cerca de Guaxocingo, que los hay buenos, fuesen a hacer la pez. Pasemos adelante, puesto que no va muy a propósito de la materia en que estaba hablando, que me han preguntado ciertos caballeros curiosos que conocían muy bien a Alonso de Ávila, que como siendo Capitán y muy esforzado, y era Contador de la Nueva España, y siendo belicoso, y de su inclinación más para guerra que no para ir a solicitar negocios con los frailes Jerónimos que estaban por Gobernadores de todas las Islas, por qué causa le envió Cortés, teniendo otros hombres que estaban más acostumbrados a negocios, como era un Alonso de Grado, o un Juan de Cáceres el Rico, y otros que me nombraron. A esto digo que Cortés le envió al Alonso de Ávila, porque sintió de él ser muy varón, y porque osaría responder por nosotros conforme a justicia; y también le envió por causa, que como el Alonso de Ávila había tenido diferencias con otros Capitanes, y tenía gran atrevimiento de decir a Cortés cualquiera cosa que veía que convenía decirle, y por excusar ruidos, y por dar la Capitanía que tenía a Andrés de Tapia, y la Contaduría a Alonso de Grado, como luego se la dio, por estas razones le envió⁸. Volvamos a nuestra relación. Pues viendo Cortés que ya era cortada la madera para los bergantines, y se habían ido a Cuba las personas por mí nombradas, que eran de los de Narváez, que los teníamos por sobre huesos, especialmente poniendo temores que siempre nos ponían, que no seríamos bastantes para resistir el gran poder de Mexicanos, cuando oían que decíamos que

⁸ Un hombre de esta condición, a título de sostener las pretensiones de los soldados, era bastante para turbar el buen orden del ejército, y desorganizarle, en un tiempo que siendo pocos toda su fuerza estaba en la disciplina.



habíamos de ir a poner cerco sobre México; y libres de aquellos temores, acordó Cortés que fuésemos con todos nuestros soldados a Tezcuco, y sobre ello hubo grandes y muchos acuerdos; porque unos soldados decían que era mejor sitio y acequias, y zanjas para hacer los bergantines en Ayocingo, junto a Chalco, que no en la zanja y estero de Tezcuco: y otros porfiaban que mejor sería en Tezcuco, por estar en parte y sitio, y cerca de muchos pueblos, y que teniendo aquella ciudad por nosotros, desde allí haríamos entradas en las tierras comarcanas de México; y puestos en aquella ciudad tomaríamos el mejor parecer, como sucediesen las cosas. Pues ya que estaba acordado lo por mí dicho, viene nueva y cartas que trajeron tres soldados, de cómo había venido a la villa Rica un navío de Castilla, y de las Islas de Canaria; de buen porte, cargado de muchas ballestas y tres caballos, y muchas mercaderías, escopetas, pólvora, e hilo de ballestas y otras armas: y venía por Señor de la mercadería y navío un Juan de Burgos, y por Maestre un Francisco Medel, y venían trece soldados, y con aquella nueva nos alegramos en gran manera; y si de antes que supiésemos del navío nos dábamos prisa en la partida para Tezcuco, mucho más nos dimos entonces, porque luego le envió Cortés a comprar todas las armas y pólvora, y todo lo más que traía, y aun el mismo Juan de Burgos, y el Medel, y todos los pasajeros que traía se vinieron luego para donde estábamos; con los cuales recibimos contento, viendo tan buen socorro, y en tal tiempo. Acuerdóme que entonces vino un Juan del Espinar, vecino que fue de Guatemala, persona que fue muy rico; y también vino un Sagredo, tío de una mujer, que se decía la Sagreda, que estaba en Cuba, naturales de la villa de Medellín: y también vino un Vizcaíno, que se decía Monjaraz, tío que decía ser de Andrés de Monjaraz y Gregorio de Monjaraz, soldados que estaban con nosotros, y padre de una mujer, que después vino a México, que se decía la Monjaraza, muy hermosa mujer. He traído aquí esto a la memoria, por lo que adelante diré: y es que jamás fue el Monjaraz a guerra ninguna, ni entrada con nosotros, porque andaba doliente en aquel tiempo: y nunca supimos, cómo ni de qué manera lo mataron Indios en aquel mismo día; y muchas personas dijeron que le habían conocido en la Isla de Santo Domingo, que fue permisión divina que muriese aquella muerte, porque había muerto a su mujer muy honrada y buena, y hermosa, sin culpa ninguna, y que buscó testigos falsos que juraron que le hacía maleficio. Quiero dejar ya de contar cosas pasadas, y digamos como fuimos a la ciudad de Tezcuco, y lo que más pasó.



CAPÍTULO CXXXVII.

Cómo caminamos con todo nuestro ejército camino de la ciudad de Tezcucó, y lo que en el camino nos avino, y otras cosas que pasaron.

Como Cortés vio tan buena prevención, así de escopetas, y pólvora, y ballestas, y caballos, y conoció de todos nosotros, así Capitanes como soldados, el gran deseo que teníamos de estar ya sobre la gran ciudad de México, acordó de hablar a los Caciques de Tlascala para que le diesen diez mil Indios de guerra, que fuesen con nosotros aquella jornada hasta Tezcucó, que es una de las mayores ciudades que hay en toda la Nueva España después de México: y como se lo demandó, y les hizo un buen parlamento sobre ello, luego Xicotenga el Viejo, que en aquella sazón se había vuelto Cristiano, y se llamó Don Lorenzo de Vargas, como dicho tengo, dijo que le placía de buena voluntad, no solamente diez mil hombres, sino muchos más si los quería llevar, y que iría por Capitán de ellos otro Cacique muy esforzado, a nuestro gran amigo que se decía Chichimecatecle, y Cortés le dio las gracias por ello: y después de hecho nuestro alarde, que ya no me acuerdo bien, que tanta copia éramos, así de soldados como de los demás⁹, un día después de la Pascua de Navidad del año de mil y quinientos y veinte

⁹ "El segundo día de la dicha Pascua de Navidad hice alarde en la dicha ciudad de Tascaltecal, y hallé cuarenta de caballo, y quinientos y cincuenta peones, los ochenta de ellos ballesteros y escopeteros, y ocho o nueve tiros de campo, con bien poca pólvora; y hice de los de caballo cuatro cuadrillas, de diez en diez cada una, y de los peones hice nueve Capitanías, de a sesenta Españoles cada una, y a todos juntos, en el dicho alarde, les hablé y dije: *que ya sabían cómo ellos y yo, por servir a vuestra sacra Majestad, habíamos poblado en esta tierra, y que ya sabían como todos los naturales de ella se habían dado por vasallos de vuestra Majestad, y como tales habían perseverado algún tiempo, recibiendo buenas obras de nosotros, y nosotros de ellos; y cómo sin causa ninguna todos los naturales de Culua, que son los de la gran ciudad de Temistitán, y los de todas las otras provincias a ellas sujetas, no solamente se habían rebelado contra nuestra Majestad, más aún nos habían muerto muchos hombres, deudos y amigos nuestros, y nos habían echado fuera de su tierra; y que se acordasen de cuántos peligros y trabajos habíamos pasado, y vieses cuánto convenía al servicio de Dios y de vuestra Católica Majestad, tornar a cobrar lo perdido, pues para ello teníamos de nuestra parte justas causas y razones; lo uno por pelear en aumento de nuestra fe, y contra gente bárbara; y lo otro por servir a vuestra Majestad; y lo otro por seguridad en nuestras vidas; y lo otro porque en nuestra ayuda teníamos muchos de los naturales nuestros amigos, que eran casuas póstumas para animar nuestros corazones; por tanto que les rogaba, que se alegrasen y esforzasen: y que porque yo en nombre de vuestra Majestad había fecho ciertas ordenanzas para la buena orden y cosas tocantes a la guerra, las cuales luego allí hice pregonar públicamente, y que también les rogaba que las guardasen y cumpliesen, porque de ello redundaría mucho servicio a Dios y a vuestra Majestad.* Y todos prometieron de hacerlo y cumplir así, y que de muy buena gana querían morir por nuestra fe, y por servicio de vuestra Majestad, o tornar a recobrar lo perdido, y vengar tan gran traición, como nos habían hecho los de Temistitán y sus aliados. Y yo en nombre de vuestra Majestad se lo agradecí; y así con mucho placer nos volvimos a nuestras posadas aquel



años comenzamos a caminar con mucho concierto, como lo teníamos de costumbre: fuimos a dormir a un pueblo sujeto de Tezcucó, y los del mismo pueblo nos dieron lo que habíamos menester: de allí adelante era tierra de Mexicanos, e íbamos más recatados, nuestra artillería puesta en mucho concierto, y ballesteros, y escopeteros, y siempre cuatro corredores del campo a caballo, y otros cuatro soldados de espada y rodela muy sueltos, juntamente con los de a caballo, para ver los pasos si estaban para pasar caballos, porque en el camino tuvimos aviso que estaba embarazado de aquel día un mal paso, y la sierra con árboles cortados; porque bien tuvieron noticia en México y en Tezcucó cómo caminábamos hacia su ciudad: y aquel día no hallamos estorbo ninguno, y fuimos a dormir al pie de la sierra, que serían tres leguas, y aquella noche tuvimos buen frío, y con nuestras rondas y espías, y velas, y corredores del campo la pasamos: y cuando amaneció comenzamos a subir un puertezuelo, y unos malos pasos como barrancas, y estaba cortada la sierra por donde no podíamos pasar, y puesta mucha madera y pinos en el camino; y como llevábamos tantos amigos Tlascaltecas, de presto se desembarazó, y con mucho concierto caminamos con una Capitanía de escopetas y ballestas delante, y con nuestros amigos cortando y apartando árboles para poder pasar los caballos hasta que subimos la sierra, y aun bajamos un poco abajo, a donde se descubría la laguna de México, y sus grandes ciudades pobladas en el agua; y cuando la vimos dimos muchas gracias a Dios, que nos la tornó a dejar ver: entonces nos acordamos de nuestro desbarate pasado, de cuando nos echaron de México, y prometimos, si Dios fuese servido de darnos mejor suceso en esta guerra, de ser otros hombres en el trato y modo de cercarla: y luego bajamos la sierra, donde vimos grandes ahumadas que hacían, así los de Tezcucó como los de los pueblos sujetos: y andando más adelante topamos con un buen escuadrón de gente, guerreros de México, y de Tezcucó, que nos aguardaban a un mal paso, que era un arcabuco, donde estaba una

día del alarde. Otro día siguiente, que fue día de San Juan Evangelista, hice llamar a todos los Señores de la provincia de Tascaltecal, y venidos les dije: *que ya sabían cómo yo me había de partir otro día, para entrar por la tierra de nuestros enemigos, y que ya veían cómo la ciudad de Temistitán no se podía ganar sin aquellos bergantines, que allí se estaban haciendo, que les rogaba que a los maestros de ellos, y a los otros españoles que allí dejaba, les diesen lo que hubiesen menester, y les hiciesen el buen tratamiento, que siempre nos habían hecho, y que estuviesen aparejados, para cuando yo, desde la ciudad de Tescalco, si Dios nos diese victoria, enviase por la ligazón y tablazón, y otros aparejos de los dichos bergantines: y ellos me prometieron, que así lo harían; y que también querían ahora enviar gente de guerra conmigo, y que para cuando fuesen con los bergantines, ellos todos irían con toda cuanta gente tenían en su tierra, y que querían morir donde yo muriese, o vengarse de los de Culhuam sus capitales enemigos. Y otro día que fueron veinte y ocho de Diciembre, día de los Inocentes, me partí con toda la gente puesta en orden, y fuimos a dormir a seis leguas de Tascaltecal. Cortés Carta III.*



puente como quebrada de madera algo honda, y corría un buen golpe de agua; más luego desbaratamos los escuadrones y pasamos muy a nuestro salvo. Pues oír la grita que nos daban desde las estancias y barrancas, no hacían otra cosa, y era en parte que no podían correr caballos, y nuestros amigos los Tlascaltecas les apañaban gallinas, y lo que podían robarles no les dejaban, puesto que Cortés les mandaba, que si no diesen guerra que no se la diesen: y los Tlascaltecas decían que si estuvieran de buenos corazones y de paz, que no salieran al camino a darnos guerra, como estaban al paso de las barrancas y puente para no dejarnos pasar. Volvamos a nuestra materia, y digamos cómo fuimos a dormir a un pueblo sujeto de Tezcucu, y estaba despoblado, y puestas nuestras velas y rondas, y escuchas y corredores del campo, y estuvimos aquella noche con cuidado no diesen en nosotros muchos escuadrones de Mexicanos guerreros, que estaban aguardándonos en unos malos pasos; de lo cual tuvimos aviso, porque se prendieron cinco Mexicanos en la puente primera, que dicho tengo, y aquellos dijeron lo que pasaba de los escuadrones: y según después supimos no se atrevieron a darnos guerra, ni a más aguardar; porque según pareció entre los Mexicanos y los de Tezcucu tuvieron diferencias y bandos: y también como aún no estaban muy sanos de las viruelas, que fue dolencia, que en toda la tierra dio y cundió: y como habían sabido, como en lo de Guacachula, y Ozucar, y en Tepeaca, y Xalacingo, y Castilblanco, todas las guarniciones Mexicanas hablamos desbaratado, y asimismo corría fama, y así lo creían, que iban con nosotros en nuestra compañía todo el poder de Tlascala y Guaxocingo, acordaron de no aguardarnos, y todo esto nuestro Señor Jesucristo lo encaminaba. Y desde que amaneció, puestos todos nosotros en gran concierto, así artillería como escopetas y ballestas, y los corredores del campo adelante descubriendo tierra, comenzamos a caminar hacia Tezcucu, que sería de allí de donde dormimos obra de dos leguas; y aún no habíamos andado media legua, cuando vimos volver nuestros corredores de campo muy alegres, y dijeron a Cortés que venían hasta diez Indios, y que traían unas señas y veletas de oro, y que no traían armas ningunas: y que en todas las caserías y estancias por donde pasaban no les daban grita ni voces, como habían dado el día antes; antes al parecer todo estaba de paz: y Cortés y todos nuestros Capitanes y soldados nos alegramos, y luego mandó Cortés reparar hasta que llegaron siete Indios principales, naturales de Tezcucu, y traían una bandera de oro en una lanza larga, y antes que llegasen abajaron su bandera, y se humillaron, que es señal de paz: y cuando



llegaron ante Cortés estando Doña Marina, y Jerónimo de Aguilar delante, dijeron: Malinche, Cocovaicin nuestro Señor, y Señor de Tezcucó, te envía a rogar que le quieras recibir a tu amistad, y te está esperando de paz en su ciudad de Tezcucó, y en señal de ello recibe esta bandera de oro: y que te pide por merced que mandes a todos los Tlascaltecas, y a tus hermanos que no les hagan mal en su tierra, y que te vayas a aposentar en su ciudad, y él te dará lo que hubieres menester: y más dijeron, que los escuadrones que allí estaban en las barrancas y pasos malos, que no eran de Tezcucó, sino Mexicanos que los enviaba Guatemuz. Y cuando Cortés oyó aquellas paces, holgó mucho de ellas, y asimismo todos nosotros, y abrazó a los mensajeros, en especial a tres de ellos que eran parientes del buen Moctezuma, y los conocíamos todos los más soldados, que habían sido sus Capitanes: y considerada la embajada, luego mandó Cortés llamar los Capitanes Tlascaltecas, y les mandó muy afectuosamente que no hiciesen mal ninguno, ni les tomasen cosa ninguna en toda la tierra, porque estaban de paz, y así lo hacían como se lo mandó; mas comida no se les defendía, si era solamente maiz, y frijoles, y aun gallinas y perrillos, que había muchos en todas las casas llenas de ello: y entonces Cortés tomó consejo con nuestros Capitanes, y a todos les pareció que aquel pedir de paz y de aquella manera que era fingido, porque si fueran verdaderas no vinieran tan arrebatadamente, y aun trajeran bastimento: y con todo eso recibió Cortés la bandera, que valía hasta ochenta pesos, y dio muchas gracias a los mensajeros, y les dijo que no tenían por costumbre de hacer mal ni daño a ningunos vasallos de su Majestad, antes les favorecía y miraba por ellos, y que si guardaban las paces que decían, que les favorecería contra los Mexicanos, y que ya había mandado a los Tlascaltecas que no hiciesen daño en su tierra, como habían visto, y que así lo cumplirían adelante: y que bien sabía que en aquella ciudad mataron sobre cuarenta Españoles nuestros hermanos, cuando salimos de México, y sobre doscientos Tlascaltecas, y que robaron muchas cargas de oro, y otros despojos que de ellos hubieron; que ruega a su Señor Cocovaicin, y a todos los más Caciques y Capitanes de Tezcucó, que le den el oro y ropa, y que la muerte de los Españoles, que pues ya no tenía remedio, que no se les pediría: y respondieron aquellos mensajeros, que ellos lo dirían a su Señor así como se lo mandaba; mas que el que los mandó matar fue el que en aquel tiempo alzaron en México por Señor, después de muerto Moctezuma, que se decía Coadlavaca, y hubo todo el despojo, y le llevaron a México todos los más Teules, y que luego los



sacrificaron a su Huichilobos: y como Cortés vio aquella respuesta, por no resabiarlos ni atemorizarlos, no les replicó en ello, sino que fuesen con Dios, y quedó uno de ellos en nuestra compañía. Y luego nos fuimos a unos arrabales de Tezcucu, que se decían Guautinchán o Huaxután, que ya se me olvidó el nombre, y allí nos dieron bien de comer, y todo lo que hubimos menester, y aun derribamos unos Ídolos que estaban en unos aposentos donde posábamos: y otro día de mañana fuimos a la ciudad de Tezcucu, y en todas las calles ni casas no veíamos mujeres, ni muchachos, ni niños, sino todos los Indios como asombrados, y como gente que estaba de guerra: y nos fuimos a aposentar a unos aposentos y salas grandes, y luego mandó Cortés llamar a nuestros Capitanes, y todos los más soldados, y nos dijo que no saliésemos de unos patios grandes que allí había, y que estuviésemos muy apercebidos, porque no le parecía que estaba aquella ciudad pacífica, hasta ver cómo y de qué manera estaba: y mandó al Pedro de Alvarado, y a Cristóbal de Olid, y a otros soldados, y a mí con ellos, que subiésemos al gran Cu que era bien alto, y llevásemos hasta veinte escopeteros para nuestra guarda; y que mirásemos desde el alto Cu la laguna y la ciudad, porque bien se parecía toda, y vimos que todos los moradores de aquellas poblaciones se iban con sus haciendas y hatos, y hijos y mujeres, unos a los montes, y otros a los carrizales que hay en la laguna, que toda iba cuajada de canoas deltas grandes y otras chicas; y como Cortés lo supo, quiso prender al Señor de Tezcucu, que envió la bandera de oro: y cuando le fueron a llamar ciertos Papas que envió Cortés por mensajeros, ya estaba puesto en cobro, que él fue el primero que se fue huyendo a México, y fueron con él otros muchos principales. Y así se pasó aquella noche que tuvimos grande recaudo de velas, y rondas y espías: y otro día muy de mañana mandó llamar Cortés a todos los más principales Indios que había en Tezcucu, porque como es gran ciudad había otros muchos señores partes contrarias del Cacique que se fue huyendo, con quien tenían debates y diferencias sobre el mando y Reino de aquella ciudad¹⁰: y venidos ante Cortés informado de ellos, cómo y de qué manera, y desde qué tiempo acá señoreaba el Cocovaizin, dijeron, que por codicia de reinar, había muerto malamente a su hermano mayor, que se decía Cuxcuxca, con favor que para ello le dio el Señor de México, que ya he dicho, que se decía Coadlavaca; el cual fue el que nos dio la guerra cuando salimos huyendo, después de muerto

¹⁰ Tezcucu era ciudad de treinta mil vecinos, capital de la provincia de Aculuacan, confinante con Tlascala; tres leguas de Tezcucu estaba la ciudad de Acurumán, y a seis la de Otumba, cada una de ellas de tres a cuatro mil vecinos. *Cortés. Carta II.*



Moctezuma: y que allí había otros señores, a quien venía el Reino de Tezcucó más justamente que no al que lo tenía; que era un mancebo, que luego en aquella sazón se volvió cristiano con mucha solemnidad, y le bautizó el Fraile de la Merced, y se llamó Don Hernando Cortés, porque fue su padrino nuestro Capitán. Y este mancebo dijeron que era hijo legitimo del Señor y Rey de Tezcucó, que se decía su padre Nezabal Pintzintli: y luego sin más dilaciones, con grandes fiestas y regocijos de todo Tezcucó, le alzaron por Rey y Señor natural, con todas las ceremonias que a los tales Reyes solían hacer, y con mucha paz, y en amor de todos sus vasallos y otros pueblos comarcanos; y mandaba muy absolutamente y era obedecido: y para mejor industrialrle en las cosas de nuestra santa fe, y ponerle en toda policía, y para que deprendiese nuestra lengua, mandó Cortés que tuviese por ayos a Antonio de Villareal, marido que fue de una señora hermosa, que se dijo Isabel de Ojeda; y a un Bachiller, que se decía Escobar, puso por Capitán de Tezcucó para que viese y defendiese, que no contratasen con el Don Fernando ningún Mexicano, y a un buen soldado, que se decía Pedro Sánchez Farfan, marido que fue de la buena y honrada mujer María de Estrada. Dejemos de contar su gran servicio de este Cacique, y digamos cuán amado y obedecido fue de los suyos: y digamos como Cortés le demandó que diese mucha copia de Indios trabajadores para ensanchar y abrir más las acequias y zanjas por donde habíamos de sacar los bergantines a la laguna, de que estuviesen acabados, y puestos a punto para ir a la vela; y se le dio a entender al mismo Don Hernando, y a otros sus principales, a qué fin y efecto se habían de hacer, y cómo y de qué manera habíamos de poner cerco a México: y para todo ello se ofreció con todo su poder y vasallos, que no solamente aquello que le mandaba, sino que enviaría mensajeros a otros pueblos comarcanos, para que se diesen por vasallos de su Majestad, y tomasen nuestra amistad y voz contra México. Y todo esto concertado, después de habernos aposentado muy bien, y cada Capitanía por sí, y señalados los puestos y lugares donde habíamos de acudir, si hubiese rebato de Mexicanos, porque estábamos a guarda la raya de su laguna; porque de cuando en cuando enviaba Guatemuz grandes piraguas y canoas con muchos guerreros, y venían a ver si nos tomaban descuidados: y en aquella sazón vinieron de paz ciertos pueblos sujetos a Tezcucó a demandar perdón y paz, si en algo habían errado en las guerras pasadas, y habían sido en la muerte de los Españoles; los cuales se decían Guatinchán: y Cortés les habló a todos muy amorosamente y les perdonó. Quiero decir,



que no había día ninguno que dejasen de andar en la obra y zanja y acequia de siete a ocho mil Indios, y la abrían y ensanchaban muy bien, que podían nadar por ella navíos de gran porte. Y en aquella sazón, como teníamos en nuestra compañía sobre siete mil Tlascaltecas, y estaban deseosos de ganar honra, y de guerrear contra Mexicanos, acordó Cortés, pues que tan fieles compañeros teníamos, que fuésemos a entrar y dar una vista a un pueblo, que se dice Iztapalapa; el cual pueblo fue por donde habíamos pasado, cuando la primera vez veníamos para México, y el Señor de él fue el que alzaron por Rey en México después de la muerte del gran Moctezuma, que ya he dicho otras veces, que se decía Coadlavaca, y de este pueblo, según supimos recibíamos mucho daño, porque eran muy contrarios contra Chalco, y Talmalanco, y Mecameca, y Chimaloacán que querían venir a tener nuestra amistad, y ellos lo estorbaban: y como había ya doce días que estábamos en Tezcucu sin hacer cosa que de contar sea, fuimos a aquella entrada de Iztapalapa.



CAPÍTULO CXXXVIII.

Cómo fuimos a Iztapalapa con Cortés, y llevó en su compañía a Cristóbal de Olí, y a Pedro de Alvarado, y quedó Gonzalo de Sandoval por guarda de Tezcuco, y lo que nos acaeció en la toma de aquel pueblo.

Pues como había doce días que estábamos en Tezcuco, y teníamos los Tlascaltecas por mí ya otra vez nombrados, que estaban con nosotros, y porque tuviesen que comer, porque para tantos como eran no se lo podían dar abundantemente los de Tezcuco y porque no recibiesen pesadumbre de ello, y también porque estaban deseosos de guerrear con Mexicanos, y vengarse por los muchos Tlascaltecas que en las derrotas pasadas les habían muerto y sacrificado, acordó Cortés que él por Capitán General, y con Pedro de Alvarado, y Cristóbal de Olí, y con trece de a caballo, y veinte ballesteros, y seis escopeteros y doscientos y veinte soldados, y con nuestros amigos de Tlascala, y con otros veinte principales de Tezcuco, que nos dio Don Hernando Cacique mayor de Tezcuco, y estos sabíamos que eran sus primos y parientes del mismo Cacique, y enemigos de Guatemuz, que ya le habían alzado por Rey en México, fuésemos camino de Iztapalapa, que estará de Tezcuco obra de cuatro leguas¹¹. Ya he dicho otra vez en el capítulo que de ello trata, que estaba más de la mitad de las casas edificadas en el agua, y la mitad en tierra firme: y yendo nuestro camino con mucho concierto, como lo teníamos de costumbre, como los Mexicanos siempre tenían velas y guarniciones, y guerreros contra nosotros, que sabían que íbamos a dar guerra a algunos de sus pueblos para luego socorrerles, así lo hicieron saber a los de Iztapalapa para que se apercibiesen, y les enviaron sobre ocho mil Mexicanos de socorro. Por manera que en tierra firme aguardaron como buenos guerreros, así los Mexicanos que fueron en su ayuda, como los pueblos de Iztapalapa, y pelearon un buen rato muy valerosamente con nosotros; más los de a caballo rompieron por ellos, y con las ballestas y escopetas, y todos nuestros amigos los Tlascaltecas, que se metían en ellos como perros rabiosos, de presto dejaron el campo y se metieron en su pueblo: y esto fue sobre cosa pensada, y con un ardid que entre ellos tenían acordado, que fuera harto dañoso para nosotros, si de presto no saliéramos de aquel pueblo: y fue de esta manera, que hicieron que huyeron, y se

¹¹ El objeto de esta expedición contra Iztapalapa, ejecutada el mes de enero de 1521, fue castigar al Señor de ella, autor principal de la guerra que los Mexicanos dieron a los Españoles para echarlos de México. Cortés. Carta III.



metieron en canoas en el agua, y en las casas que estaban en el agua, y de ellos en unos carrizales, y como ya era noche oscura, nos dejan aposentar en tierra firme sin hacer ruido, ni muestra de guerra: y con el despojo que habíamos habido, y la victoria estábamos contentos: y estando de aquella manera, puesto que teníamos velas, espías y rondas, y aun corredores del campo en tierra firme, cuando no nos catamos, vino tanta agua por todo el pueblo, que si los principales que llevábamos de Tezcucó, no dieran voces, y nos avisaran que saliésemos presto de las casas, todos quedáramos ahogados, porque soltaron dos acequias de agua, y abrieron una calzada con que de presto se hinchó todo de agua, y los Tlascaltecas nuestros amigos, como no son acostumbrados a ríos caudalosos, ni sabían nadar, quedaron muertos dos de ellos; y nosotros con gran riesgo de nuestras personas todos bien mojados, y la pólvora perdida, salimos sin hato, y como estábamos de aquella manera, y con mucho frío, y aún sin cenar, pasamos mala noche, y lo peor de todo era la burla y grita que nos daban los de Iztapalapa, y los Mexicanos desde sus casas y canoas. Pues otra cosa peor nos avino, que como en México sabían el concierto que tenían hecho de anegarnos, con haber roto la calzada y acequias, estaban esperando en tierra, y en la laguna muchos batallones de guerreros, y cuando amaneció nos dan tanta guerra, que harto teníamos que sustentarnos contra ellos, no nos desbaratasen, y mataron dos soldados y un caballo, e hirieron otros muchos, así de nuestros soldados como Tlascaltecas, y poco a poco aflojaron en la guerra, y nos volvimos a Tezcucó medio afrentados de la burla y ardid de echarnos el agua, y también como no ganamos mucha reputación en la batalla postrera que nos dieron, porque no había pólvora; más todavía quedaron temerosos, y tuvieron bien en que entender en enterrar y quemar muertos y curar heridos, y en reparar sus casas: donde lo dejaré, y diré cómo vinieron de paz a Tezcucó otros pueblos, y lo que más se hizo.



CAPÍTULO CXXXIX.

Cómo vinieron tres pueblos comarcanos a Tezcucó a demandar paces y perdón de las guerras pasadas y muertes de Españoles, y los descargos que daban sobre ello, y cómo fue Gonzalo de Sandoval a Chalco y Talmalanco en su socorro contra Mexicanos, y lo que más pasó.

Habiendo dos días que estábamos en Tezcucó de vuelta de la entrada de Iztapalapa, vinieron a Cortés tres pueblos de paz a demandar perdón de las guerras pasadas, y de muertes de Españoles que mataron, y los descargos que daban era que el Señor de México, que alzaron después de la muerte del gran Moctezuma, el cual se decía Coadlavaca, que por su mandado salieron a dar guerra con los demás sus vasallos: y que si algunos Teules mataron, y prendieron, y robaron, que el mismo Señor les mandó que así lo hiciesen, y los Teules que se los llevaron a México para sacrificar, y también le llevaron el oro, y caballos y ropa: y que ahora que piden perdón por ello, y que por esta causa que no tienen culpa ninguna, por ser mandados y apremiados por fuerza para que lo hiciesen: y los pueblos que digo, que en aquella sazón vinieron, se decían Tepetezcucó y Obtumba, el nombre del otro pueblo no me acuerdo; mas sé decir, que en este de Obtumba fue la nombrada batalla que nos dieron, cuando salimos huyendo de México, donde estuvieron juntos los mayores escuadrones de guerreros que ha habido en toda la Nueva España contra nosotros, donde creyeron que no escapáramos con las vidas, según más largo lo tengo escrito en los capítulos pasados que de ello hablan: y como aquellos pueblos se hallaban culpados, y habían visto que habíamos ido a lo de Iztapalapa, y no les fue muy bien con nuestra ida, y aunque nos quisieron anegar con el agua, y esperaron dos batallas campales con muchos escuadrones Mexicanos; en fin por no se hallar en otras, como las pasadas, vinieron a demandar paces antes que fuésemos a sus pueblos a castigarlos: y Cortés viendo que no estaba en tiempo de hacer otra cosa les perdonó, puesto que les dio grandes reprehensiones sobre ello, y se obligaron con palabras de muchos ofrecimientos de siempre ser contra Mexicanos, y de ser vasallos de su Majestad, y de servirnos, y así lo hicieron. Debemos de hablar de estos pueblos, y digamos como vinieron luego en aquella sazón a demandar paces y nuestra amistad, los de un pueblo que está en la laguna, que se dice Mezquite, que por otra parte le llamábamos Venezuela: y estos, según pareció, jamás estuvieron bien con



Mexicanos, y los querían mal de corazón; y Cortés y todos nosotros tuvimos en mucho la venida de este pueblo, por estar dentro en la laguna por tenerlos por amigos, y con ellos creíamos que habían de convocar a sus comarcanos, que también estaban poblados en la laguna, y Cortés se lo agradeció mucho, y con ofrecimientos y palabras blandas los despidió. Pues estando que estábamos de esta manera, vinieron a decir a Cortés, cómo venían grandes escuadrones de Mexicanos sobre los cuatro pueblos que primero habían venido a nuestra amistad, que se decían Gautinchán, y Huaxutlán, de los otros dos pueblos no se me acuerda el nombre: y dijeron a Cortés que no osarían esperar en sus casas, y que se querían ir a los montes, o venirse a Tezcucó donde estábamos; y tantas cosas le dijeron a Cortés para que les fuese a socorrer, que luego apercibió veinte de a caballo, y doscientos soldados y trece ballesteros y diez escopeteros, y llevó en su compañía a Pedro de Alvarado y a Cristóbal de Olid, que era Maese de campo, y fuimos a los pueblos que vinieron a Cortés a dar tantas quejas, como dicho tengo, que estarían de Tezcucó obra de dos leguas: y según pareció era verdad, que los Mexicanos los enviaban a amenazar que les habían de destruir, y darles guerra porque habían tomado nuestra amistad; mas sobre lo que más los amenazaban, y tenían contiendas era por unas grandes labores de tierras de maizales, que estaban ya para coger cerca de la laguna, donde los de Tezcucó, y aquellos pueblos bastecían nuestro Real, y los Mexicanos por tomarles el maíz, porque decían que era suyo, y aquella vega de los maizales tenían por costumbre aquellos cuatro pueblos de sembrarlos y beneficiar para los Papas de los ídolos Mexicanos: y sobre esto de estos maizales se habían muerto los unos a los otros muchos Indios: y como aquello entendió Cortés, después de decirles, que no hubiesen miedo, y que se estuviesen en sus casas, les mandó que cuando hubiesen de ir a coger el maíz, así para su mantenimiento, como para abastecer nuestro Real, que enviaría para ello un Capitán con muchos de a caballo, y soldados para en guarda de los que fuesen a traer el maíz: y con aquello que Cortés les dijo, quedaron muy contentos, y nos volvimos a Tezcucó. Y de ahí en adelante, cuando había necesidad en nuestro Real de maíz, apercibíamos a los Tamemes de todos aquellos pueblos, y con nuestros amigos los de Tlascalá, y con diez de a caballo, y cien soldados con algunos ballesteros y escopeteros, íbamos por el maíz: y esto digo, porque yo fui dos veces por ello, y la una tuvimos una buena escaramuza con grandes escuadrones de Mexicanos que habían venido en más de mil canoas, aguardándonos en los maizales, y como llevábamos



amigos, puesto que los Mexicanos pelearon muy como varones, los hicimos embarcar en sus canoas, y allí mataron uno de nuestros soldados, e hirieron doce; y asimismo hirieron muchos Tlascaltecas, y ellos no se fueron alabando, que allí quedaron tendidos quince o veinte, y otros cinco que llevamos presos. Dejemos de hablar de esto, y digamos cómo otro día tuvimos nueva, cómo querían venir de paz los de Chalco, y Talmalanco y sus sujetos, y por causa de las guarniciones Mexicanas que estaban en sus pueblos, no les daban lugar a ello, y les hacían mucho daño en su tierra, y les tomaban las mujeres, y más si eran hermosas, y delante de sus padres, o madres, o maridos tenían acceso con ellas; y asimismo, como estaba en Tlascala cortada la madera, y puesta a punto para hacer los bergantines, y se pasaba el tiempo sin traerla a Tezcucó, sentíamos mucha pena de ello todos los más soldados: y demás de esto vienen del pueblo de Venezuela, que se decía Mesquite, y de otros pueblos nuestros amigos, a decir a Cortés, que los Mexicanos les daban guerra, porque han tomado nuestra amistad: y también nuestros amigos los Tlascaltecas, como tenían ya junta cierta ropilla y sal, y otras cosas de despojos y oro, y querían algunos de ellos volverse a su tierra, no osaban por no tener camino seguro. Pues viendo Cortés que para socorrer a unos pueblos de los que le demandaban socorro, e ir a ayudar a los de Chalco para que viniesen a nuestra amistad, no podía dar recaudo a unos ni a otros, porque allí en Tezcucó había menester estar siempre la barba sobre el hombro, y muy alerta, lo que acordó fue que todo se dejase atrás, y la primera cosa que se hiciese fuese ir a Chalco y Talmalanco, y para ello envió a Gonzalo de Sandoval, y a Francisco de Lugo con quince de a caballo y doscientos soldados, y con escopeteros y ballesteros, y nuestros amigos los de Tlascala: y que procurase de romper, y deshacer en todas maneras a las guarniciones Mexicanas, y que se fuesen de Chalco y Talmalanco, porque estuviese el camino de Tlascala muy desembarazado, y pudiesen ir y venir a la Villa Rica, sin tener contradicción de los guerreros Mexicanos¹². Y luego como esto fue concertado muy secretamente con Indios de Tezcucó, se lo hizo saber a los de Chalco, para que estuviesen muy apercebidos para dar de día o de noche en las guarniciones de Mexicanos; y los de Chalco que no esperaban otra cosa se apercebieron muy bien: y como el Gonzalo de Sandoval iba con su ejército, le pareció que era bien dejar en la retaguarda cinco de a caballo, y otros

¹² El fin de esta entrada de Sandoval fue asegurar los pueblos y países que mediaban entre Tezcucó y Tlascala, donde se hacían los bergantines, para tener libre la comunicación con esta República y Villa Rica. *Cortés Carta III.*



tantos ballesteros, con todos los más Tlascaltecas, que iban cargados de los despojos que habían habido; y como los Mexicanos siempre tenían puestas velas y espías, y sabían como los nuestros iban camino de Chalco, tenían aparejados nuevamente, sin los que estaban en Chalco en guarnición, muchos escuadrones de guerreros que dieron en la rezaga, donde iban los Tlascaltecas con su hato, y los trataron mal, que no los pudieron resistir los cinco de a caballo y ballesteros, porque los dos ballesteros quedaron muertos y los demás heridos, de manera que aunque el Gonzalo de Sandoval muy presto volvió sobre ellos, y los desbarató, y mató siete Mexicanos, como estaba la laguna cerca se le acogieron a las canoas en que habían venido, porque todas aquellas tierras están muy pobladas de los sujetos de México: y cuando los hubo puesto en huida, y vio que los cinco de a caballo que había dejado con los ballesteros y escopeteros en la retaguarda, eran dos de los ballesteros muertos, y estaban los demás heridos, ellos y sus caballos; y aun con haber visto todo esto, no dejó de decirles a los demás que dejó en su defensa, que habían sido para poco en no haber podido resistir a los enemigos y defender sus personas, y de nuestros amigos, y estaba muy enojado de ellos, porque eran de los nuevamente venidos de Castilla, y les dijo, que bien se parecía que no sabían qué cosa era guerra, y luego puso en salvo todos los Indios de Tlascala con su ropa: y también despachó unas cartas que envió Cortés a la Villa Rica, en que en ellas envió a decir al Capitán que en ella quedó todo lo acaecido acerca de nuestras conquistas, y el pensamiento que tenía de poner cerco a México, y que siempre estuviesen con mucho cuidado velándose: y que si había algunos soldados que estuviesen en disposición para tomar armas que se los enviase a Tlascala, y que de allí no pasasen hasta estar los caminos más seguros, porque corrían riesgo: y despachados los mensajeros, y los Tlascaltecas puestos en su tierra, volvió Sandoval para Chalco que era muy cerca de allí, y con gran concierto sus corredores del campo adelante; porque bien entendió, que en todos aquellos pueblos y caserías por donde iba, que había de tener rebato de Mexicanos: y yendo por su camino cerca de Chalco vio venir muchos escuadrones Mexicanos contra él, y en un campo llano, puesto que había grandes labranzas de maizales y maguéis, que es de dónde sacan el vino que ellos beben, le dieron una buena refriega de vara, y flecha, y piedras con hondas, y con lanzas largas para matar a los caballos. De manera que Sandoval cuando vio tanto guerrero contra sí, esforzando a los suyos, rompió por ellos dos veces, y con las escopetas y ballestas, y con pocos amigos



que le habían quedado los desbarató, y puesto que le hirieron cinco soldados, y seis caballos y muchos amigos; mas tal prisa les dio, y con tanta furia, que le pagaron muy bien el mal que primero le habían hecho: y como lo supieron los de Chalco que estaban cerca, le salieron a recibir al Sandoval al camino, y le hicieron mucha honra y fiesta, y en aquella derrota se prendieron ocho Mexicanos, y los tres personas muy principales. Pues hecho esto, otro día dijo el Sandoval que se quería volver a Tezcuco, y los de Chalco le dijeron, que querían ir con él para ver y hablar a Malinche, y llevar consigo dos hijos del Señor de aquella provincia, que había pocos días que era fallecido de viruelas, y que antes que muriese, que había encomendado a todos sus principales y viejos, que llevasen sus hijos para verse con el Capitán, y que por su mano fuesen Señores de Chalco: y que todos procurasen de ser sujetos al gran Rey de los Teules; porque ciertamente sus antepasados les habían dicho que habían de señorear aquellas tierras hombres que venían con barbas de hacia dónde sale el sol, y que por las cosas que han visto éramos nosotros: y luego se fue el Sandoval con todo su ejército a Tezcuco, y llevó en su compañía los hijos del Señor y los demás principales, y los ocho prisioneros Mexicanos: y cuando Cortés supo su venida se alegró en gran manera: y después de haberle dado cuenta el Sandoval de su viaje, y como venían aquellos Señores de Chalco, se fue a su aposento; y los Caciques se fueron luego ante Cortés, y después de le haber hecho grande acato, le dijeron la voluntad que traían de ser vasallos de su Majestad, y según y de la manera que el padre de aquellos dos mancebos se lo había mandado, y para que por su mano les hiciese señores: y cuando hubieron dicho su razonamiento le presentaron en joyas ricas, obra de doscientos pesos de oro. Y como, el Capitán Cortés lo hubo muy bien entendido por nuestras lenguas Doña Marina, y Jerónimo de Aguilar, les mostró mucho amor, y les abrazó, y dio por su mano el Señorío de Chalco al hermano mayor, con más de la mitad de los pueblos sus sujetos, y lo de Talmalanco y Chimaloacán dio al hermano menor con Ayocingo, y otros pueblos sujetos. Y después de haber pasado otras muchas razones de Cortés a los principales viejos, y con los Caciques nuevamente elegidos, le dijeron, que se querían volver a su tierra, y que en todo servirían a su Majestad, y a nosotros en su Real nombre contra Mexicanos, y que con aquella voluntad habían estado siempre: y que por causa de las guarniciones Mexicanas, que habían estado en su provincia, no han venido antes de ahora a dar la obediencia: y también dieron nuevas a Cortés, que dos Españoles que



había enviado a aquella provincia por maíz antes que nos echasen de México, que porque los Culchuas no los matasen, que los pusieron en salvo una noche en Guaxocingo nuestros amigos, y que allí salvaron las vidas; lo cual ya lo sabíamos días había, porque el uno de ellos era el que se fue a Tlascala: y Cortés se lo agradeció mucho, y les rogó que esperasen allí dos días, porque había de enviar un Capitán por la madera y tablazón a Tlascala, y los llevaría en su compañía, y les ponía en su tierra, porque los Mexicanos no les saliesen al camino; y ellos fueron muy contentos, y se lo agradecieron mucho. Y dejemos de hablar en esto, y diré como Cortés acordó de enviar a México aquellos ocho prisioneros que prendió Sandoval en aquella derrota de Chalco, a decir al Señor que entonces habían alzado por Rey, que se decía Guatemuz, que deseaba mucho que no fuesen causa de su perdición, ni de aquella tan gran ciudad, y que viniesen de paz, y que les perdonaría la muerte y daños que en ella nos hicieron, y que no se les demandaría cosa ninguna: y que las guerras, que a los principios son buenas de comenzar, y que al cabo se destruirían: y que bien sabíamos de las albarradas y pertrechos, almacenes de varas y flechas, y lanzas, y macanas, y piedras rollizas, y todos los géneros de guerra, que a la continua están haciendo y aparejando, que para qué es gastar el tiempo en balde en hacerlo: y que para qué quiere que mueran todos los suyos, y la ciudad se destruya: y que mire el gran poder de nuestro Señor Dios, que es en el que creemos y adoramos, que él siempre nos ayuda: y que también mire que todos los pueblos sus comarcas tenemos de nuestro bando, pues los Tlascaltecas no desean sino la misma guerra por vengarse de las traiciones y muertes de sus naturales, que les han hecho: y que dejen las armas y vengan de paz, y les prometió de hacer siempre mucha honra: y les dijo Doña Marina, y Aguilar otras muchas buenas razones y consejos sobre el caso: y fueron ante el Guatemuz aquellos ocho Indios nuestros mensajeros; mas no quiso hacer cuenta de ellos el Guatemuz, ni enviar respuesta ninguna, sino hacer albarradas y pertrechos, y enviar por todas sus provincias a mandar, que si algunos de nosotros tomasen desmandados, que se los trajesen a México para sacrificar, y que cuando los enviase a llamar, que luego viniesen con sus armas: y les envió a quitar y perdonar muchos tributos, y aun a prometer grandes promesas. Dejemos de hablar en los aderezos de guerra que en México se hacían, y digamos cómo volvieron otra vez muchos Indios de los pueblos de Guautinchán, o Guaxutlán descalabrados de los Mexicanos, porque habían tomado nuestra amistad, y por la contienda de los



maizales que solían sembrar para los Papas Mexicanos, en el tiempo que les servían, como otras veces he dicho en el capítulo que de ello habla, y como estaban cerca de la laguna de México, cada semana les venían a dar guerra, y aun llevaron ciertos Indios presos a México: y como aquello vio Cortés, acordó de ir otra vez por su persona, y con cien soldados y veinte de a caballo, y doce escopeteros y ballesteros, y tuvo buenas espías para cuando sintiesen venir los escuadrones Mexicanos, que se lo viniesen a decir; y como estaba de Tezcuco aun no dos leguas, un Miércoles por la mañana amaneció donde estaban los escuadrones Mexicanos, y pelearon ellos de manera que presto los rompió, y se metieron en la laguna en sus canoas, y allí se mataron cuatro Mexicanos, y se prendieron otros tres, y se volvió Cortés con su gente a Tezcuco: y de ahí en adelante no vinieron más los Culchuas sobre aquellos pueblos. Y dejemos esto, y digamos como Cortés envió a Gonzalo de Sandoval a Tlascalca por la madera y tablazón de los bergantines, y lo que más en el camino hizo.



CAPÍTULO CXL.

Cómo fue Gonzalo de Sandoval a Tlascalala por la madera de los bergantines ,y lo que más en el camino hizo en un pueblo, que le pusimos por nombre el pueblo Morisco.

Como siempre estábamos con grande deseo de tener ya los bergantines acabados, y vernos ya en el cerco de México, y no perder ningún tiempo en balde, mandó nuestro Capitán Cortés, que luego fuese Gonzalo de Sandoval por la madera, y que llevase consigo doscientos soldados, y veinte escopeteros, y ballesteros y quince de a caballo, y buena copia de Tlascaltecas y veinte principales de Tezcucó, y llevase en su compañía a los mancebos de Chalco y a los viejos, y los pusiesen en salvo en sus pueblos: y antes que partiesen, hizo amistades entre los Tlascaltecas y los de Chalco; porque como los de Chalco solían ser del bando y confederados de los Mexicanos, y cuando iban a la guerra los Mexicanos sobre Tlascalala, llevaban en su compañía los de la provincia de Chalco para que les ayudasen, por estar en aquella comarca, desde entonces se tenían mala voluntad, y se trataban como enemigos; mas como he dicho, Cortés los hizo amigos allí en Tezcucó, de manera que siempre entre ellos hubo gran amistad, y se favorecieron de allí adelante los unos de los otros. Y también mandó Cortés a Gonzalo de Sandoval, que cuando tuviesen puestos en su tierra los de Chalco, que fuesen a un pueblo que allí cerca estaba en el camino, que en nuestra lengua le pusimos por nombre al pueblo Morisco, que era sujeto a Tezcucó; porque en aquel pueblo habían muerto cuarenta y tantos soldados de los de Narváez, y aun de los nuestros, y muchos Tlascaltecas, y robado tres cargas de oro, cuando nos echaron de México: y los soldados que mataron eran que venían de la Vera Cruz a México, cuando íbamos en el socorro de Pedro de Alvarado, y Cortés le encargó al Sandoval que no dejase aquel pueblo sin buen castigo, puesto que más merecían los de Tezcucó, porque ellos fueron los agresores y Capitanes de aquel daño, como en aquel tiempo eran muy hermanos en armas con la gran ciudad de México: y porque en aquella sazón no se podía hacer otra cosa, se dejó de castigar en Tezcucó. Y volvamos a nuestra plática, y es que Gonzalo de Sandoval hizo lo que el Capitán le mandó, así en ir a la provincia de Chalco, que poco se rodeaba, y dejar allí a los dos mancebos señores de ella, y fue al pueblo Morisco, y antes que llegasen los nuestros ya sabían por sus espías, como iban



sobre ellos, y desmamparan el pueblo, y se van huyendo a los montes, y el Sandoval los siguió, y mató tres o cuatro, porque hubo mancilla de ellos; mas hubiéronse mujeres y mozas, y prendió cuatro principales, y el Sandoval los halagó a los cuatro que prendió, y les dijo, que cómo habían muerto tantos Españoles, y dijeron que los de Tezcucó y de México los mataron en una celada que les pusieron en una cuesta por donde no podían pasar sino uno a uno, porque era muy angosto el camino, y que allí cargaron sobre ellos gran copia de Mexicanos y de Tezcucó, y que entonces los prendieron y mataron: y que los de Tezcucó los llevaron a su ciudad, y los repartieron con los Mexicanos, y esto que les fue mandado, y que no pudieron hacer otra cosa: y que aquello que hicieron que fue en venganza del Señor de Tezcucó, que se decía Cacamatcín, que Cortés tuvo preso, y se había muerto en los puentes. Hallóse allí en aquel pueblo mucha sangre de los Españoles que mataron por las paredes que habían rociado con ella a sus ídolos: y también se halló dos caras que habían desollado, y adobado los cueros, como pellejos de guantes, y las tenían con sus barbas puestas, y ofrecidas en unos de sus altares; y asimismo se halló cuatro cueros de caballos curtidos muy bien aderezados que tenían sus pelos, y con sus herraduras, colgados y ofrecidos a sus ídolos en su Cu mayor: y halláronse muchos vestidos de los Españoles que habían muerto, colgados y ofrecidos a los mismos ídolos: y también se halló en un mármol de una casa, donde los tuvieron presos, escrito con carbones: "aquí estuvo preso el sin ventura de Juan Yuste con otros muchos que traía en mi compañía". Este Juan Yuste era un hidalgo de los de a caballo que allí mataron, y de las personas de calidad que Narváez había traído; de todo lo cual el Sandoval, y todos sus soldados hubieron mancilla y les pesó: mas qué remedio había ya que hacer, sino usar de piedad con los de aquel pueblo, pues se fueron huyendo, y no aguardaron, y llevaron sus mujeres y hijos, y algunas mujeres que se prendían lloraban por sus maridos y padres. Y viendo esto el Sandoval, a cuatro principales que prendió, y a todas las mujeres las soltó, y envió a llamar a los del pueblo; los cuales vinieron y le demandaron perdón, y dieron la obediencia a su Majestad, y prometieron de ser siempre contra Mexicanos y servirnos muy bien: y preguntados por el oro que robaron a los Tlascaltecas, cuando por allí pasaron, dijeron que otros habían tomado las cargas de ello, y que los Mexicanos y los Señores de Tezcucó se lo llevaron porque dijeron que aquel oro había sido de Moctezuma, y que lo había tomado de sus templos, y se lo dio a Malinche que lo tenía preso. Dejemos de hablar de esto, y digamos cómo fue Sandoval



camino de Tlascalala, y jumo a la cabecera del pueblo mayor, donde residían los Caciques, topó con toda la madera y tablazón de los bergantines que la traían a cuestras sobre ocho mil Indios, y venían otros tantos a la retaguarda de ellos con sus armas y penachos, y otros dos mil para remudar las cargas que traían el bastimento: y venían por Capitanes de todos los Tlascaltecas Chichimecatecle, que ya he dicho otras veces en los capítulos pasados que de ello hablan, que era Indio muy principal y esforzado: y también venían otros dos principales, que se decían Teulepile y Teutical, y otros Caciques y principales, y a todos los traía a cargo Martín López, que era el maestro que cortó la madera, y dio la cuenta para las tablazones, y venían otros Españoles que no me acuerdo sus nombres: y cuando Sandoval los vio venir de aquella manera hubo mucho placer, por ver que le habían quitado aquel cuidado, porque creyó que estuviera en Tlascalala algunos días detenido esperando a salir con toda la madera y tablazón; y así como venían con el mismo concierto, fueron dos días caminando hasta que entraron en tierra de Mexicanos, y les daban gritos desde las estancias y barrancas, y en partes que no les podían hacer mal ninguno los nuestros con caballos ni escopetas; entonces dijo el Martín López, que lo traía todo a cargo, que sería bien que fuesen con otro recaudo que hasta entonces venían; porque los Tlascaltecas le habían dicho que temían aquellos caminos, no saliesen de repente los grandes poderes de México, y les desbaratasen, como iban cargados y embarazados con la madera y bastimentos: y luego mandó Sandoval repartir los de a caballo, y ballesteros y escopeteros, que fuesen unos en la delantera, y los demás en los lados: y mandó a Chichimecatecle que iba por Capitán delante de todos los Tlascaltecas, que se quedase detrás para ir en la retaguarda, juntamente con el Gonzalo de Sandoval; de lo cual se afrentó aquel Cacique, creyendo que no le tenían por esforzado: y tantas cosas le dijeron sobre aquel caso, que lo hubo por bueno, viendo que el Sandoval quedaba juntamente con él, y le dieron a entender que siempre los Mexicanos daban en el fardaje que quedaba atrás: y como lo hubo bien entendido, abrazó al Sandoval, y dijo que le hacían honra en aquello. Dejemos de hablar en esto, y digamos que en otros dos días de camino llegaron a Tezcucu, y antes que entrasen en aquella ciudad se pusieron muy buenas mantas y penachos, y con tambores y cornetas puestos en ordenanza caminaron, y no quebraron el hilo en más de medio día que iban entrando, y dando voces y silbos, y diciendo: viva, viva el Emperador nuestro Señor, y Castilla, Castilla, y Tlascalala, Tlascalala: y llegaron a Tezcucu; y Cortés y ciertos



Capitanes les salieron a recibir con grandes ofrecimientos, que Cortés hizo a Chichimecatecle, y a todos los Capitanes que traía, y las piezas de maderos y tablazones, y todo lo demás perteneciente a los bergantines, se puso cerca de las zanjas y esteros donde se habían de labrar¹³: y desde allí adelante tanta prisa se daban en hacer trece bergantines el Martín López, que fue el maestro de hacerlos, con otros Españoles que le ayudaban, que se decían Andrés Núñez, y un viejo, que se decía Ramírez, que estaba cojo de una herida, y un Diego Hernández aserrador, y ciertos carpinteros, y dos herreros con sus fraguas, y un Hernando de Aguilar que les ayudaba a machacar, todos se dieron gran prisa hasta que los bergantines estuvieron armados, y no faltó sino calafetearlos y ponerles los mástiles, y jarcias y velas. Pues ya hecho esto, quiero decir el gran recaudo que teníamos en nuestro Real de espías y escuchas, y guarda para los bergantines, porque estaban junto a la laguna, y los Mexicanos procuraron tres veces de ponerles fuego, y aun prendimos quince Indios de los que lo venían a poner, de quien se supo muy largamente todo lo que en México hacían y concertaba Guatemuz: y era que por vía ninguna habían de hacer paces, sino morir todos peleando, o quitarnos a todos las vidas. Quiero tornar a decir los llamamientos y mensajeros en todos los pueblos sujetos a México, y cómo les perdonaba el tributo; y el trabajar, que de día y de noche trabajaban de hacer casas, y ahondar los pasos de las puentes, y hacer albarradas muy fuertes, y poner a punto sus varas y tiraderas, y hacer unas lanzas muy largas para matar los caballos, engastadas en ellas de las espadas que nos tomaron la noche del desbarate, y poner a punto sus hondas con piedras rollizas, y espadas de a dos manos, y otras mayores que espadas, como macanas, y todo género de guerra. Dejemos esta materia y volvamos a decir de nuestra zanja y acequia, por donde habían de salir los bergantines a la gran laguna, que estaba ya muy ancha y honda, que podían nadar por ella navíos de razonable porte; porque como otras veces he dicho, siempre andaban en la obra ocho

¹³ El lector tendrá la bondad de oír de boca de Cortés muchos sucesos referidos por Castillo: "Y otro día que llegó, partieron de allí con la tablazón y ligazón de ellos, la cual traían con mucho concierto más de ocho mil hombres, que era cosa maravillosa de ver, y así me parece que es de oír, llevar trece fustas diez y ocho leguas por tierra, que certifico a vuestra Majestad, que desde la abanguardia a la retroguarda había bien dos leguas de distancia. Y como comenzaron su camino llevando en la delantera ocho de caballo y cien Españoles, y en ella y en los lados por Capitanes de más de diez mil hombres de guerra a Yutecad y Teutipil, que son dos señores de los principales de Tascaltecal; y en la rezaga venían otros ciento, y tantos Españoles con otros ocho de caballo, y en ella venía por Capitán con otros diez mil hombres de guerra, muy bien aderezados Chichimecatecle, que es de los principales señores de aquella provincia, con otros Capitanes que traía consigo. *Cortés. Carta III*



mil Indios trabajadores. Dejemos esto, y digamos como nuestro Cortés fue a una entrada de Saltocán.



CAPÍTULO CXLI.

Cómo nuestro Capitán Cortés fue a una entrada al pueblo de Xaltocan, que está de la ciudad de México obra de seis leguas, puesto y poblado en la laguna, y desde allí a otros pueblos, y lo que en el camino pasó diré adelante.

Como habían venido allí a Tezcucó sobre quince mil Tlascaltecas con la madera de los bergantines, y había cinco días que estaban en aquella ciudad, sin hacer cosa que de contar sea, y no tenían mantenimientos, antes les faltaba, y como el Capitán de los Tlascaltecas era muy esforzado y orgulloso, que ya he dicho otras veces, que se decía Chichimecatecle, dijo a Cortés, que quería ir a hacer algún servicio a nuestro gran Emperador, y batallar contra Mexicanos, así por mostrar sus fuerzas y buena voluntad para con nosotros, como para vengarse de las muertes y robos que habían hecho a sus hermanos y vasallos, así en México como en sus tierras, y que le pedía por merced, que ordenase y mandase a qué parte podrían ir que fuesen nuestros enemigos: y Cortés les dijo, que les tenía en mucho su buen deseo, y que otro día quería ir a un pueblo, que se dice Xaltocan, que está de aquella ciudad cinco leguas, más que están fundadas las casas en el agua de la laguna, y que había entrada para él por tierra: el cual pueblo había enviado a llamar de paz días había tres veces, y no quiso venir: y que les tornó a enviar mensajeros nuevamente con los de Tepetecucó y de Obtumba, que eran sus vecinos; y que en lugar de venir de paz no quisieron, antes trataron mal a los mensajeros, y descalabraron de ellos, y la respuesta que dieron fue que si allá íbamos, que no tenían menos fuerza y fortaleza; que fuesen cuando quisiesen que en el campo les halláramos, y que habían tenido aquella respuesta de sus ídolos, que allí nos matarían, y que les aconsejaron los ídolos, que esta respuesta diesen: y a esta causa Cortés se apercibió para ir él en persona a aquella entrada: y mandó a doscientos y cincuenta soldados que fuesen en su compañía y treinta de caballo, y llevó consigo a Pedro de Alvarado, y a Cristóbal de Olid, y muchos ballesteros y escopeteros, y a todos los Tlascaltecas, y una Capitanía de hombres de guerra de Tezcucó, y los más de ellos principales, y dejó en guarda de Tezcucó a Gonzalo de Sandoval para que mirase mucho por los bergantines y Real, no diesen una noche en él: porque ya he dicho, que siempre habíamos de estar la barba sobre el hombro, lo uno por estar tan a la raya de México, y lo otro por estar en tan gran ciudad como era Tezcucó, y todos los vecinos de aquella ciudad eran parientes



y amigos de Mexicanos: y mandó al Sandoval y a Martín López Maestro de hacer los bergantines, que dentro de quince días los tuviesen muy a punto para echar al agua y navegar en ellos, y se partió de Tezcuco para hacer aquella entrada. Después de haber oído Misa salió con su ejército, y yendo su camino, no muy lejos de Xaltocan, encontró con unos grandes escuadrones de Mexicanos, que le estaban aguardando en parte que creyeron aprovecharse de nuestros Españoles y matar los caballos; mas Cortés marchó con los de a caballo, y él juntamente con ellos, y después de haber disparado las escopetas y ballestas, rompieron por ellos, y mataron algunos de los Mexicanos; porque luego se acogieron a los montes, y a partes que los de a caballo no los pudieron seguir: mas nuestros amigos los Tlascaltecas prendieron y mataron obra de treinta: y aquella noche fue Cortés a dormir a unas caserías, y estuvo muy sobre aviso con sus corredores del campo, y velas, y rondas, y espías, porque estaba entre grandes poblaciones: y supo que Guatemuz Señor de México había enviado muchos escuadrones de gente de guerra a Xaltocan para ayudarles, los cuales fueron en canoas por unos hondos esteros: y otro día de mañana junto al pueblo comenzaron los Mexicanos y los de Xaltocan a pelear con los nuestros, y tirábanles mucha vara, y flecha, y piedra con hondas desde las acequias donde estaban, e hirieron a diez de nuestros soldados, y muchos de los amigos Tlascaltecas, ningún mal les podían hacer los de a caballo, porque no podían correr, ni pasar los esteros, que estaban todos llenos de agua, y el camino y calzada que solían tener por donde entraban por tierra en el pueblo, de pocos días la habían deshecho, y la abrieron a mano, y la ahondaron de manera que estaba hecho acequia y lleno de agua, y por esta causa los nuestros no podían en ninguna manera enfrailles en el pueblo, ni hacer daño ninguno, y puesto que los escopeteros y ballesteros tiraban a los que andaban en canoas, las traían también armadas de talabardones de madera, y además de los talabardones, guardábanse bien: y nuestros soldados viendo que no aprovechaba cosa ninguna, y no podían atinar al camino y calzada que de antes tenían en el pueblo, porque todo lo hallaban lleno de agua, renegaban del pueblo, y aun de la venida sin provecho, y aun medio corridos de cómo los Mexicanos, y los del pueblo les daban grande grita, y les llamaban de mujeres, y que Malinche era otra mujer, y que no era esforzado, sino para engañarlos con palabras y mentiras: y en este instante dos Indios de los que allí venían con los nuestros, que eran de Tepetetzaco, que estaban muy mal con los de Xaltocan, dijeron a un nuestro soldado, que había tres días que vinieron, cómo abrían la



calzada y la lavaron, y la hicieron zanja y echaron de otra acequia el agua por ella, y que no muy lejos adelante está por abrir, e iba camino al pueblo. Y cuando nuestros soldados lo hubieron entendido, y por donde los Indios les señalaron se ponen en gran concierto los ballesteros y escopeteros, unos armando y otros soltando, y esto poco a poco y no todos a la par, y el agua a vuelapié, y a otras partes a más de la cinta, pasan todos nuestros soldados, y muchos amigos siguiéndolos, y Cortés con los de a caballo, aguardándolos en tierra firme, haciéndoles espaldas, porque temió no viniesen otra vez los escuadrones de México y diesen en la rezaga: y cuando pasaban las acequias los nuestros, como dicho tengo, los contrarios daban en ellos como a terrero, e hirieron muchos; mas como iban deseosos de llegar a la calzada que estaba por abrir, todavía pasan adelante hasta que dieron en ella por tierra sin agua, y se van al pueblo, y en fin demás razones, tal mano les dieron que les mataron muchos Mexicanos; y lo pagaron muy bien, y la burla que de ellos hacían, donde hubieron mucha ropa de algodón y oro y otros despojos: y como estaban poblados en la laguna, de presto se meten los Mexicanos, y los naturales del pueblo en sus canoas con todo el hato que pudieron llevar, y se van a México: y los nuestros de que los vieron despoblados quemaron algunas casas, y no osaron dormir en él por estar en el agua, y se vinieron donde estaba el Capitán Cortés aguardándolos: y allí en aquel pueblo se hubieron muy buenas Indias, y los Tlascaltecas salaron ricos con mantas, sal, y oro y otros despojos, y luego se fueron a dormir a las caserías, que sería una legua de Xaltocan; y allí se curaron, y un soldado murió en pocos días de un flechazo que le dieron por la garganta: y luego se pusieron velas y corredores del campo, y hubo buen recaudo, porque todas aquellas tierras estaban muy pobladas de Culchuas. Y otro día fueron camino de un gran pueblo, que se dice Colvatitlan, y yendo por el camino, los de aquellas poblaciones, y otros muchos Mexicanos que con ellos se juntaban, les daban muy grande grita y voces, diciéndoles vituperios, y era en parte que no podían correr los caballos, ni se les podía hacer ningún daño, porque estaban entre acequias, y de esta manera llegaron a aquella población, y estaba despoblado de aquel mismo día, y alzado el hato; y en aquella noche durmieron allí con grandes velas y rondas: y otro día fueron camino de un gran pueblo que se dice Tenayuca, y este pueblo solíamos llamar la primera vez que entramos en México, el pueblo de las Sierpes, porque en el adoratorio mayor que tenían, hallamos dos grandes bultos de sierpes de malas figuras, que eran sus ídolos en quien adoraban.



Dejemos esto, y digamos del camino: y es que este pueblo hallaron despoblado como el pasado, que todos los Indios naturales de ellos se habían juntado en otro pueblo que estaba más adelante: y desde allí fue a otro pueblo, que se dice Escapuzalco, que sería del uno al otro una legua, y asimismo estaba despoblado. Este Escapuzalco era donde labraban el oro y plata al gran Moctezuma, y lo solíamos llamar el pueblo de los Plateros: y desde aquel pueblo fue a otro, que ya he dicho que se dice Tacuba, que es obra de media legua el uno del otro. En este pueblo fue donde reparamos la triste noche cuando salimos de México desbaratados, y en él nos mataron ciertos soldados, según dicho tengo en el capítulo pasado que de ello habla; y tornemos a nuestra plática, que antes que nuestro ejército llegase al pueblo, estaban en campo aguardando a Cortés muchos escuadrones de todos aquellos pueblos por donde había pasado, y los de Tacuba y de Mexicanos, porque México está muy cerca de él: y todos juntos comenzaron a dar en los nuestros de manera que tuvo harto nuestro Capitán de romper en ellos con los de a caballo, y andaban tan juntos los unos con los otros, que nuestros soldados a buenas cuchilladas los hicieron retraer, y como era noche durmieron en el pueblo con buenas velas y escuchas, y otro día de mañana, si muchos Mexicanos habían estado juntos, muchos más se juntaron aquel día; y con gran concierto venían a darnos guerra, de tal manera que herían algunos soldados, más todavía los nuestros los hicieron retraer en sus casas y fortaleza, de manera que tuvieron tiempo de entrarles en Tacuba, y quemarles muchas casas, y meterles a sacomano: y como aquello supieron en México, ordenaron de salir muchos más escuadrones de su ciudad a pelear con Cortés, y concertaron que cuando peleasen con él, que hiciesen que volvían huyendo hacia México, y que poco a poco metiesen a nuestro ejército en su calzada, y que cuando los tuviesen dentro, haciendo como que se retraían de miedo: y así como lo concertaron lo hicieron: y Cortés creyendo que llevaba victoria los mandó seguir hasta un puente; y cuando los Mexicanos sintieron que tenían ya metido a Cortés en el garlito pasada la puente, vuelve sobre él tanta multitud de Indios, que unos por tierra, otros con canoas, y otros en las azoteas le dan tal mano, que le ponen en tan gran aprieto, que estuvo la cosa de arte, que creyó ser perdido y desbaratado, porque a un puente donde había llegado, cargaron tan de golpe sobre él, que ni poco ni mucho se podía valer: y un Alférez que llevaba una bandera, por sostener el gran ímpetu de los contrarios le hirieron muy malamente, y cayó con su bandera desde el puente abajo en el agua, y estuvo en ventura de no



ahogarse, y aun le tenían ya asido los Mexicanos para meterle en unas canoas, y él fue tan esforzado que se escapó con su bandera: y en aquella refriega mataron cinco soldados, y hirieron muchos de los nuestros: y Cortés viendo el gran atrevimiento y mala consideración que había hecho en haber entrado en la calzada de la manera que he dicho, y sintió como los Mexicanos le habían cebado, luego mandó que todos se retrajesen: y con el mejor concierto que pudo, y no vueltas las espaldas, sino los rostros a los contrarios, pie contra pie, como quien hace represas, y los ballesteros y escopeteros, unos armando y otros tirando, y los de a caballo haciendo algunas arremetidas, mas eran muy pocas, porque luego les herían los caballos; y de esta manera se escapó Cortés aquella vez del poder de México, y cuando se vio en tierra firme, dio muchas gracias a Dios. Allí en aquella calzada y puente fue donde un Pedro de Ircio, muchas veces por mí nombrado, dijo al Alférez que cayó con la bandera en la laguna, que se decía Juan Volante, por afrentarle (que no estaba bien con él por amores de una mujer) ciertas palabras pesadas; y no tuvo razón de decir aquellas palabras, porque el Alférez era un hidalgo, y hombre muy esforzado, y como tal se mostró aquella vez, y otras muchas: y al Pedro de Ircio no le fue muy bien de su mala voluntad que tenía contra Juan Volante, el tiempo andando. Dejemos a Pedro de Ircio, y digamos que en cinco días que allí en lo de Tacuba estuvo Cortés, tuvo batalla y rencuentros con los Mexicanos y sus aliados: y desde allí dio la vuelta para Tezcucó, y por el camino que había venido, se volvió, y le daban grita los Mexicanos, creyendo que volvía huyendo, y aun sospecharon lo cierto, que con gran temor volvió, y les esperaban en partes que querían ganar honra con él, y matarle los caballos, y le echaban celadas: y como aquello vio les echó una en que les mató y hirió muchos de los contrarios, y a Cortés entonces le mataron dos caballos y un soldado, y con esto no le siguieron más: y a buenas jornadas llegó a un pueblo sujeto a Tezcucó, que se dice Aculman, que estará de Tezcucó dos leguas y media: y como lo supimos como había allí llegado, salimos con Gonzalo de Sandoval a verle y recibirle acompañado de muchos caballeros y soldados, y de los Caciques de Tezcucó, especial de Don Hernando, principal de aquella ciudad, y en las vistas nos alegramos mucho, porque había más de quince días que no habíamos sabido de Cortés, ni de cosa que le hubiese acaecido: y después de haberle dado el bien venido, y haberle hablado algunas cosas que convenían sobre lo militar, nos volvimos a Tezcucó aquella tarde, porque no osábamos dejar el Real sin buen recado, y nuestro



Cortés se quedó en aquel pueblo hasta otro día que llegó a Tezcuco: y los Tlascaltecas como ya estaban ricos y venían cargados de despojos, demandaron licencia para irse a su tierra, y Cortés se la dio; y fueron por parte que los Mexicanos no tuvieron espías sobre ellos, y salvaron sus haciendas. Y a cabo de cuatro días que nuestro Capitán reposaba y estaba dando prisa en hacer los bergantines, vinieron unos pueblos de la costa del Norte a demandar paces, y darse por vasallos de su Majestad, los cuales pueblos se llaman Tucapan, y Mascalingo, y Naultran, y otros pueblezuelos de aquellas comarcas, y trajeron un presente de oro y ropa de algodón: y cuando llegaron delante de Cortés con gran acato, después de haber dado su presente, dijeron que le pedían por merced, que les admitiese a su amistad, y que querían ser vasallos del Rey de Castilla: y dijeron que cuando los Mexicanos mataron sus Teules en lo de Almería, y era Capitán de ellos Quete Alpopoca, que ya habíamos quemado por justicia, que todos aquellos pueblos que allí venían, fueron en ayudar a los Teules: y después que Cortés les hubo oído, puesto que entendía que habían sido con los Mexicanos en la muerte de Juan de Escalante, y los seis soldados que le mataron en lo de Almería, según he dicho en el Capítulo que de ello habla, les mostró mucha voluntad, y recibió el presente, y por vasallos del Emperador nuestro Señor, y no les demandó cuenta sobre lo acaecido, ni se lo trajo a la memoria, porque no estaba en tiempo de hacer otra cosa: y con buenas palabras y ofrecimientos los despachó. Y en este instante vinieron a Cortés otros pueblos de los que se habían dado por nuestros amigos, a demandar favor contra Mexicanos, y decían que les fuésemos a ayudar, porque venían contra ellos grandes escuadrones, y les habían entrado en su tierra, y llevado presos muchos de sus Indios, y a otros habían descalabrado. Y también en aquella sazón vinieron los de Chalco y Talmanalco, y dijeron que si luego no les socorrían que serían perdidos, porque estaban sobre ellos muchas guarniciones de sus enemigos: y tantas lastimas decían que traían en un paño de manta de Nequen pintado al natural los escuadrones que sobre ellos venían, que Cortés no sabía qué decirse, ni qué responderles, ni dar remedio a los unos ni a los otros; porque había visto que estábamos muchos de nuestros soldados heridos y dolientes, y se habían muerto ocho de dolor de costado, y de echar sangre cuajada, revuelta con lodo, por la boca y narices, y era del quebrantamiento de las armas que siempre traíamos a cuestras, y de que a la continua íbamos a las entradas, y de polvo que en ellas tragábamos: y demás de esto, viendo que se hablan muerto tres o cuatro



soldados de heridas, que nunca parábamos de ir a entrar, unos venidos, y otros vueltos. La respuesta que les dio a los primeros pueblos fue que les halagó, y dijo que iría presto a ayudarles; y que entretanto que iba, que se ayudasen de otros pueblos sus vecinos, y que esperasen en campo a los Mexicanos, y que todos juntos les diesen guerra, y que si los Mexicanos viesan que les mostraban cara, y ponían fuerzas contra ellos, que temerían, y que ya no tenían tantos poderes los Mexicanos para darles guerra como solían, porque tenían muchos contrarios: y tantas palabras les dijo con nuestras lenguas, y les esforzó, que reposaron algo sus corazones, y no tanto que luego demandaron cartas para dos pueblos sus comarcas nuestros amigos para que les fuesen a ayudar: las cartas en aquel tiempo no las entendían, más bien sabían que entre nosotros se tenía por cosa cierta, que cuando se enviaban eran como mandamientos o señales que les mandaban algunas cosas de calidad, y con ellas se fueron muy contentos, y las mostraron a sus amigos y los llamaron: y como nuestro Cortés se lo mandó, aguardaron en el campo a los Mexicanos, y tuvieron con ellos una batalla, y con ayuda de nuestros amigos sus vecinos, a quien dieron la carta, no les fue mal en la pelea. Volvamos a los de Chalco que viendo nuestro Cortés, que era cosa muy importante para nosotros, que aquella provincia estuviese desembarazada de gentes de Culchua, porque como he dicho otra vez, por allí habían de ir y venir a la Villa Rica de la Vera Cruz, y a Tlascalala, y habíamos de mantener nuestro Real, porque es tierra de mucho maíz, luego mandó a Gonzalo de Sandoval, que era Alguacil mayor, que se aparejase para otro día de mañana ir a Chalco, y le mandó dar veinte a caballo, y doscientos soldados, y doce ballesteros, y diez escopeteros, y los Tlascaltecas que había en nuestro Real que eran muy pocos; porque como dicho habernos en este capítulo, todos los más se habían ido a su tierra, cargados de despojos, y también llevó una Capitanía de los de Tezcuco, y en su compañía al Capitán Luis Marín, que era su muy íntimo amigo, y quedamos en guarda de aquella ciudad y bergantines, Cortés, y Pedro de Alvarado, y Cristóbal de Olid con los demás soldados. Y antes que Gonzalo de Sandoval vaya para Chalco, como está acordado, quiero aquí decir, como estando escribiendo en esta Relación todo lo acaecido a Cortés de Xaltocan, acaso estaban presentes dos hidalgos muy curiosos, que habían leído la historia de Gómara, y me dijeron que tres cosas se me olvidaban de escribir, que tenía escrito el Coronista Gómara de la misma entrada que hizo Cortés: y la una era que dio Cortés vista a México con trece bergantines, y peleó muy bien con el gran poder de



Guatemuz, con sus grandes canoas y piraguas en la laguna. La otra era que cuando Cortés entró en la calzada de México, que tuvo pláticas con los señores y Caciques Mexicanos, y les dijo que les quitaría el bastimento, y se morirían de hambre: y la otra fue que Cortés no quiso decir a los de Tezcuco que había de ir a Xaltocan, porque no les diesen aviso. Yo respondí a los mismos hidalgos que me lo dijeron, que en aquella sazón los bergantines no estaban acabados de hacer, y que cómo podía llevar por tierra bergantines, ni por la laguna los caballos, ni tanta gente, que es cosa de reír ver lo que escribe: y que cuando entró en la Calzada de Tacuba, como dicho habemos, que harto tuvo Cortés en escapar él y su ejército, que estuvo medio desbaratado: y en aquella sazón no habíamos puesto cerco a México para vedarles los mantenimientos, ni tenían hambre, y eran señores de todos sus vasallos, y lo que pasó muchos días adelante cuando los teníamos en grande aprieto, pone ahora el Gómara: y en lo que dice que se apartó Cortés por otro camino para ir a Xaltocan, no lo supiesen los de Tezcuco, digo, que por fuerza fueron por sus pueblos y tierras de Tezcuco; porque por allí era el camino y no otro: y en lo que escribe va muy errado, y a lo que yo he sentido, no tiene él la culpa, sino el que le informó, que por sublimar a quien a él se le antojo, ensalzó sus cosas, y porque no se declarasen nuestros heroicos hechos, le daban aquellas relaciones: y esta es la verdadera: y como lo hubieron bien entendido los mismos que me lo dijeron, y vieron claro lo que les dije ser así, se convencieron. Y dejemos esta plática, y tornemos al Capitán Gonzalo de Sandoval, que partió de Tezcuco después de haber oído Misa, y fue a amanecer cerca de Chalco, y lo que pasó diré adelante.



CAPÍTULO CXLII.

Cómo el Capitán Gonzalo de Sandoval fue a Chalco, y a Talmanalco con todo su ejército, y lo que en aquella jornada pasó diré adelante.

Ya he dicho en el capítulo pasado, cómo los pueblos de Chalco, y Talmanalco vinieron a decir a Cortés que les enviase socorro, porque estaban grandes guarniciones juntas para venirles a dar guerra, y tantas lastimas le dijeron, que mandó a Gonzalo de Sandoval, que fuese allá con doscientos soldados y veinte de a caballo, y diez o doce ballesteros, y otros tantos escopeteros, y nuestros amigos los de Tlascala, y otra Capitanía de los de Tezcucó, y llevó al Capitán Luis Marín por compañero, porque era su muy grande amigo: y después de haber oído Misa, en doce días del mes de Marzo de mil y quinientos y veinte y un años fue a dormir a unas estancias del mismo Chalco, y otro día llegó por la mañana a Talmanalco: y los Caciques y Capitanes le hicieron buen recibimiento, y le dieron de comer, y le dijeron que luego fuese hacia un gran pueblo, que se dice Guaztepeque, porque hallaría juntos todos los poderes de México en el mismo Guaztepeque, o en el camino antes de llegar a él, y que todos los de aquella provincia de Chalco irían con él: y al Gonzalo de Sandoval le pareció que sería muy bien ir muy a punto, y puesto en concierto, fue a dormir a otro pueblo sujeto del mismo Chalco, Chimalacan; porque las espías que los de Chalco tenían puestas sobre los Culchuas, vinieron a avisar, como estaban en el campo no muy lejos de allí la gente de guerra sus enemigos, y que había algunas quebradas, y arcabuezos donde esperaban: y como el Sandoval era muy avisado, y de buen consejo, puso los escopeteros y ballesteros por delante, y los de a caballo mandó que de tres en tres se hermanasen, y cuando hubiesen gastado los ballesteros y escopeteros algunos tiros, que todos juntos los de a caballo rompiesen por ellos a media rienda, y las lanzas terciadas, y que no curasen alancear sino por los rostros, hasta ponerlos en huida, y que no se deshermanasen: y mandó a los soldados de a pie que siempre estuviesen hechos un cuerpo, y no se metiesen entre los contrarios hasta que se lo mandase; porque como le decían que eran muchos los enemigos (y así fue verdad) y estaban entre aquellos malos pasos, y no sabían si tenían hoyos hechos, o algunas albarradas, quería tener sus soldados enteros, no le viniese algún desmán: y yendo por su camino vio venir por tres partes repartidos los escuadrones de Mexicanos, dando gritas, y tañendo



trompetillas y timbales con todo género de armas, según lo suelen traer, y se vinieron como leones bravos a encontrar con los nuestros: y cuando el Sandoval los vio tan denodados, no guardó a la orden que había dado, y dijo a los de a caballo, que antes que se juntasen con los nuestros, que luego rompiesen, y el Sandoval delante, animando a los suyos, dijo Santiago, y a ellos: y de aquel tropel fueron algunos de los escuadrones Mexicanos medio desbaratados, mas no del todo, que se juntaron todos, e hicieron rostro; porque se ayudaban con los malos pasos y quebradas, porque los de a caballo por ser los pasos muy agios no podían correr, y se estuvieron sin ir tras ellos: a esta causa les tornó a mandar Sandoval a todos los soldados, que con buen concierto les entrasen los ballesteros y escopeteros delante, y los rodeleros que les fuesen a los lados, y cuando viesen que iban hiriendo, y haciendo mala obra, y oyesen un tiro de esta otra parte de la barranca, que sería señal que todos los de a caballo a una arremetiesen a echarles de aquel sitio, creyendo que les meterían en tierra llana que había allí cerca, y apercibió a los amigos, que ellos asimismo acudiesen con los Españoles, y así se hizo como lo mandó: y en aquel tropel recibieron los nuestros muchas heridas, porque eran muchos los contrarios que sobre ellos cargaron: y en fin de más pláticas les hicieron ir retrayendo, mas fue hacia otros malos pasos: y Sandoval con los de a caballo los fue siguiendo, y no alcanzó sino tres o cuatro, y uno de los nuestros de a caballo que iba en el alcance, que se decía Gonzalo Domínguez, como era mal camino, rodó el caballo, y le tomó debajo, y de ahí a pocos días murió de aquella mala caída. He traído esto aquí a la memoria de este soldado, porque este Gonzalo Domínguez era uno de los mejores jinetes y esforzado que Cortés había traído en nuestra compañía, y le teníamos en tanto en las guerras por su esfuerzo como al Cristóbal de Olid, y a Gonzalo de Sandoval; por la cual muerte hubo mucho sentimiento entre todos nosotros. Volvamos a Sandoval y a todo su ejército, que los fue siguiendo hasta cerca del pueblo, que se dice Guaztepeque: y antes de llegar a él le salen al encuentro sobre quince mil Mexicanos, y le comenzaban a cercar, y le hirieron muchos soldados y cinco caballos; mas como la tierra era en parte llana, con el gran concierto que llevaba, rompe los dos escuadrones con los de a caballo, y los demás escuadrones vuelven las espaldas hacia el pueblo, para tornar a aguardar a unos mamparos que tenían hechos, mas nuestros soldados y los amigos les siguieron de manera que no tuvieron tiempo de aguardar, y los de a caballo siempre fueron en el alcance por otras partes, hasta que se encerraron en el mismo pueblo en partes que no se



pudieron haber: y creyendo que no volverían más a pelear aquel día, mandó Sandoval reposar su gente, y se curaron los heridos, y comenzaron a comer, que se había habido mucho despojo: y estando comiendo vinieron dos de a caballo, y otros dos soldados que había puesto antes que comenzase a cerner, los unos para corredores del campo, y los otros por espías, y vinieron diciendo, al arma, al arma, que vienen muchos escuadrones de Mexicanos, y como siempre estaban acostumbrados a tener sus armas muy a punto, de presto cabalgan, y salen a una gran plaza, y en aquel instante vinieron los contrarios, y allí hubo otra buena batalla: y después que estuvieron buen rato haciendo cara en unos mamparos, desde allí hirieron algunos de los nuestros, y tal prisa les dio el Gonzalo de Sandoval con los de a caballo, y con las escopetas y ballestas, y cuchilladas los soldados, que les hicieron huir del pueblo por otras barrancas, y por aquel día no volvieron más: y cuando el Capitán Sandoval se vio libre de esta refriega, dio muchas gracias a Dios, y se fue a reposar y dormir a una huerta que había en aquel pueblo la más hermosa, y de mayores edificios, y cosa mucho de mirar que se había visto en la Nueva España, y tenía tantas cosas, que era muy admirable, y ciertamente era huerta para un gran Príncipe, y aun no se acabó de andar por entonces toda, porque tenía más de un cuarto de legua de largo. Y dejemos de hablar de la huerta, y digamos que yo no vine en esta entrada, ni en este tiempo que digo anduve esta huerta, sino desde obra de veinte días que vine con Cortés, cuando rodeamos los grandes pueblos de la laguna, como adelante diré: y la causa porque no vine en aquella sazón, es porque estaba muy mal herido de un bote de lanza que me dieron en la garganta junto al gáznate, que estuve de ella a peligro de muerte, de que ahora tengo una señal, y me la dieron en lo de Iztapalapa, cuando nos apretaron tanto: y como yo no fui en esta entrada, por eso digo en esta mi relación, fueron, y esto hicieron, tal les acaeció, y no digo hicimos, ni hice, ni vine, ni en ello me hallé: más todo lo que escribo acerca de ello, pasó al pie de la letra; porque luego se sabe en el Real de la manera que en las entradas acaece, y así no se puede quitar, ni alargar más de lo que pasó. Y dejaré de hablar en esto, y volveré al Capitán Gonzalo de Sandoval, que otro día de mañana, viendo que no había más bullicio de guerreros Mexicanos, envió a llamar a los Caciques de aquel pueblo con cinco Indios naturales de los que habían prendido en las batallas pasadas, y los dos de ellos eran principales, y les envió a decir que no hubiesen miedo, y que vengan de paz, y que lo pasado se lo perdona, y les dijo otras buenas razones: y los mensajeros que



fueron a tratar las paces, mas no osaron reñir los Caciques por miedo de los Mexicanos, y en aquel mismo día también envió a decir a otro gran pueblo, que estaba de Guaztepeque obra de dos leguas, que se dice Acapistla, que mirasen que son buenas las paces, que no quieran guerra; y que miren y tengan en la memoria en que han parado los escuadrones de Culchuas que estaban en aquel pueblo de Guaztepeque, sino que todos han sido desbaratados, que vengan de paz; y que los Mexicanos que tienen en guarnición que les echen fuera de su tierra, y que si no lo hacen, que irá allá de guerra, y los castigará: y la respuesta fue que vayan cuando quisieren, que bien piensan tener con sus cuerpos y carnes buenas hartazgas, y sus ídolos sacrificios: y como aquella respuesta le dieron, y los Caciques de Chalco que con Sandoval estaban, que sabían que en aquel pueblo de Capistla estaban muchos más Mexicanos en guarnición para irles a Chalco a dar guerra, cuando viesen vuelto al Sandoval, a esta causa le rogaron que fuese allá, y los echase de allí, y el Sandoval estaba para no ir, lo uno porque estaba herido, y tenía muchos soldados y caballos heridos, y lo otro como había tenido tres batallas no se quisiera meter por entonces en hacer más de lo que Cortés le mandaba, y también algunos caballeros de los que llevaba en su compañía, que eran de los de Narváez, le dijeron que se volviese a Tezcucó, y que no fuese a Acapistla, porque estaba en gran fortaleza, no le acaeciese algún desmán: y el Capitán Luis Marín le aconsejó que no dejase de ir a aquella fuerza, y hacer lo que pudiese, porque los Caciques de Chalco decían, que si desde allí se volvían sin deshacer el poder que estaba junto en aquella fortaleza, que así como vean o sepan que Sandoval vuelve a Tezcucó, que luego son sus enemigos en Chalco: y como era el camino de un pueblo a otro obra de dos leguas, acordó de ir, y apercibió sus soldados, y fue allá: y luego como llegó a vista del pueblo, antes de llegar a él le salen muchos guerreros, y le comenzaron a tirar vara y flecha y piedra con hondas, y fue tanta como granizo, que le hirieron tres caballos y muchos soldados, sin poderles hacer cosa ni daño ninguno: y hecho esto luego se suben entre sus riscos y fortalezas, y desde allí les daban voces y gritas, y tañían sus caracoles y atabales: y como el Sandoval así vio la cosa, acordó de mandar a algunos de a caballo que se apeasen, y a los demás de a caballo que se estuviesen en el campo en lo llano apunto, mirando no viniesen algunos socorros Mexicanos a los de Acapistla entretanto que combatían aquel pueblo: y como vio que los Caciques de Chalco y sus Capitanes, y muchos de sus Indios de guerra que allí estaban remolinando, y no osaban pelear con



los contrarios, adrede para probarlos, y ver lo que decían, les dijo Sandoval, ¿qué hacéis ahí? ¿por qué no les comenzáis a combatir?: y entrad en ese pueblo y fortaleza, que aquí estamos que os defenderemos: y ellos respondieron que no se atrevían, porque era gran fortaleza, y que por esta causa venía el Sandoval, y sus hermanos los Teules con ellos, y con su mamparo y esfuerzo venían los de Chalco a echarles de allí; por manera que se apercibe el Sandoval de arte, que él, y todos sus soldados y escopeteros y ballesteros, les comenzaron de entrar y subir, y puesto que recibieron en aquella subida muchas heridas, y al mismo Capitán le descalabraron otra vez, y le hirieron muchos de los amigos, todavía les entró en el pueblo donde se les hizo mucho daño, y todos los que más daño que les hicieron fueron los Indios de Chalco, y los demás amigos Tlascaltecas; porque nuestros soldados, sino fue hasta romperlos y ponerlos en huida, no curaron de dar cuchilladas a ningún Indio, porque les parecía crueldad, y en lo que más se empleaban, era en buscar una buena India, o haber algún despojo, y lo que comúnmente hacían, era reñir a los amigos porque eran tan crueles, y por quitarles algunos Indios o Indias, porque no los matasen. Dejemos de hablar de esto, y digamos que aquellos guerreros Mexicanos que allí estaban por defenderse, se vinieron por unos riscos abajo cerca del pueblo; y como había muchos de ellos heridos de los que se venían a esconder en aquella quebrada y arroyo, y se desangraban, venía el agua algo turbia de sangre, y no duró aquella turbieza un Ave María. Y aquí dice el Coronista Gómara en su historia, que por venir el río tinto en sangre, los nuestros pasaron sed por causa de la sangre. A esto digo, que había fuentes de agua clara abajo en el mismo pueblo, que no tenían necesidad de otra agua¹⁴. Volvamos a decir, que luego que aquello fue hecho se volvió el Sandoval con todo su ejército a Tezcuco, y con buen despojo, en especial con muy buenas piezas de Indias. Digamos ahora como el Señor de México, que se decía Guatemuz, lo supo, y el desbarate de sus ejércitos, dicen que mostró mucho sentimiento de ello, y más de que los de Chalco tenían tanto atrevimiento siendo sus súbditos y vasallos, de osar tomar armas tres veces contra ellos: y estando tan enojado acordó que entre tanto que el Sandoval se volvía al Real de Tezcuco, de enviar grandes poderes de guerreros que de presto juntó en la ciudad de México con otros que estaban junto a la laguna, y en más de dos mil canoas grandes, con todo género de armas salen sobre veinte mil Mexicanos, y vienen de repente en la tierra de Chalco por

¹⁴ Cortés dice, que todos los que se hallaron en esta acción, aseguraban que el río por más de una hora fue teñido en sangre. *Cortés. Carta III.*



hacerles todo el mal que pudiesen, y fue de tal arte y tan presto, que aun no hubo bien llegado el Sandoval a Tezcucó, ni hablado a Cortés, cuando estaban otra vez mensajeros de Chalco en canoas por la laguna, demandando favor a Cortés, porque le dijeron que habían venido sobre dos mil canoas, y en ellas veinte mil Mexicanos, y que fuesen presto a los socorrer: y cuando Cortés lo oyó y Sandoval, que entonces en aquel instante llegaba a hablarle, y a darte cuenta de lo que había hecho en la entrada donde venía, el Cortés no le quiso escuchar a Sandoval de enojo, creyendo que por su culpa o descuido recibían mala obra nuestros amigos los de Chalco; y luego sin más dilación, ni oírle, le mandó volver, y que dejase allí en el Real todos los heridos que traía: y con los sanos luego fue muy en posta: y de estas palabras que Cortés le dijo, recibió mucha pena el Sandoval, y porque no le quiso escuchar, y luego partió para Chalco; y como llegó con todo su ejército bien cansado de las armas y largo camino, pareció ser que los de Chalco, luego como lo supieron por sus espías, que los Mexicanos venían tan de repente sobre ellos, y como había tenido Guatemuz aquella cosa concertada que diesen sobre ellos, como dicho tengo, sin más aguardar socorro de nosotros, enviaron a llamar a los de la Provincia de Guaxocingo y Tlascala, que estaban cerca, los cuales vinieron aquella noche misma muy aparejados con sus armas, y se juntaron con los de Chalco que serían por todos más de veinte mil de ellos, y ya les habían perdido el temor a los Mexicanos, y gentilmente los aguardaron en el campo, y pelearon como muy varones, puesto que los Mexicanos mataron y prendieron hasta quince Capitanes y hombres principales, y de otra gente de guerra de no tanta cuenta se prendieron otros muchos; y se tuvo esta batalla entre los Mexicanos por grande deshonra suya, viendo que los de Chalco los vencieron, y en mucho más que si los desbaratáramos nosotros; y como llegó Sandoval a Chalco, y vio que no tenía que hacer ni de que temerse, que ya no volverían otra vez los Mexicanos sobre Chalco, da vuelta a Tezcucó, y llevó los presos Mexicanos, con lo cual se holgó mucho Cortés, y Sandoval mostró grande enojo de nuestro Capitán por lo pasado; y no le fue a ver ni hablar, puesto que Cortés le envió a decir que lo había entendido de otra manera, y que creyó, que por descuido del Sandoval no se había remediado, pues que iba con mucha gente de a caballo y soldados, y sin haber desbaratado los Mexicanos se volvía. Dejemos de hablar de esta materia, porque luego tornaron a ser amigos Cortés y el Sandoval, y no sabía Cortés placer que hacer al Sandoval por tenerle contento, que no le hacía. Dejarlo he aquí, y diré cómo acordamos



de herrar todas las piezas, esclavas y esclavos que se habían habido, que fueron muchas, y de cómo vino en aquel instante un navío de Castilla, y lo que más pasó.



CAPÍTULO CXLIII.

Cómo se herraron los esclavos en Tezcuco, y cómo vino nueva que había venido al puerto de la Villa Rica un navío, y los pasajeros que en él vinieron, y otras cosas que pasaron diré adelante.

Como hubo llegado Gonzalo de Sandoval con gran presa de esclavos, y otros muchos que se habían habido en las entradas pasadas, fue acordado que luego se herrasen, y de que se hubo pregonado, que se llevasen a herrar a una casa señalada, todos los más soldados llevamos las piezas que habíamos habido para echar el hierro de su Majestad, que era una G que quiere decir guerra, según y de la manera que lo teníamos de antes concertado con Cortés, según he dicho en el capítulo que de ello habla, creyendo que se nos había de volver después de pagado el Real quinto que las apreciases, cuanto podía valer cada pieza; y no fue así, porque si en lo de Tepeaca se hizo muy malamente, según otra vez dicho tengo, muy peor se hizo en esto de Tezcuco, que después que sacaban el Real quinto, era otro quinto para Cortés, y otras partes para los Capitanes; y en la noche antes cuando las tenían juntas nos desaparecieron las mejores Indias. Pues como Cortés nos había dicho y prometido, que las buenas piezas se habían de vender en el almoneda por lo que valiesen, y las que no fuesen tales por menos precio, tampoco hubo buen concierto en ello, porque los oficiales del Rey que tenían cargo de ellas, hacían lo que querían, por manera, que si mal se hizo una vez, esta vez peor; y desde allí adelante muchos soldados que tomábamos algunas buenas Indias, porque no nos las tomasen como las pasadas las escondíamos, y no las llevábamos a errar, y decíamos que se habían huido, y si era privado de Cortés, secretamente la llevaban de noche a herrar, y las apreciaban en lo que valían, y les echaban el hierro y pagaban el quinto, y otras muchas se quedaban en nuestros aposentos, y decíamos que eran Naborías que habían venido de paz de los pueblos comarcanos y de Tlascala. También quiero decir, que como ya había dos o tres meses pasados, que algunas de las esclavas que estaban en nuestra compañía y en todo el Real, conocían a los soldados cual era bueno y cual malo, y trataba bien a las Indias Naborías que tenía, o cual las trataba mal, y tenían fama de caballeros, y de otra manera cuando las vendían en el almoneda, y si las sacaban algunos soldados que a las tales Indias o Indios no les contentaban, o las habían tratado mal, de presto se les desaparecían que no las veían



mas, y preguntar por ellas era por demás, y en en todo se quedaba por deuda en los libros del Rey, así en lo de las almonedas y los quintos: y al dar las partes del oro se consumió, que ningunos o muy pocos soldados llevaron partes porque ya lo debían, y aun muchos más pesos de oro que después cobraron los oficiales del Rey. Dejemos esto, y digamos como en aquella sazón vino un navío de Castilla, en el cual vino por Tesorero de su Majestad un Julián de Alderete, vecino de Tordesillas, y vino un Orduña el viejo, vecino que fue de la Puebla, que después de ganado México trajo cuatro o cinco hijas que casó muy honradamente, era natural de Tordesillas; y vino un fraile de San Francisco, que se decía Fray Pedro Melgarejo de Urrea, natural de Sevilla, que trajo unas Bulas de Señor San Pedro, y con ellas nos componían, si algo éramos en cargo en las guerras en que andábamos: por manera que en pocos meses el fraile fue rico y compuesto a Castilla: trajo entonces por Comisario, y quien tenía cargo de las Bulas, a Jerónimo López, que después fue Secretario en México: vinieron un Antonio Carvajal que ahora vive en México, ya muy viejo, Capitán que fue de un bergantín, y vino Jerónimo Ruiz de la Mota, yerno que fue después de ganado México del Orduña, que asimismo fue Capitán de un bergantín, natural de Burgos: y vino un Briones natural de Salamanca: a este Briones ahorcaron en esta Provincia de Guatemala por amotinador de ejércitos desde a cuatro años que se vino huyendo de lo de Honduras; y vinieron otros muchos que ya no me acuerdo, y también vino un Alonso Díaz de la Reguera, vecino que fue de Guatemala, que ahora vive en Valladolid, y trajeron en este navío muchas armas y polvera, y en fin como navío que venía de Castilla: y vino cargado de muchas cosas, y con él nos alegramos; y de las nuevas que de Castilla trajeron no me acuerdo bien, mas paréceme que dijeron que el Obispo de Burgos ya no tenía mano en el gobierno, que no estaba su Majestad bien con él desde que alcanzó a saber de nuestros muy buenos y notables servicios, y como el Obispo escribía a Flandes al contrario de lo que pasaba, y en favor de Diego Velázquez; y halló muy claramente su Majestad ser verdad todo lo que nuestros Procuradores de nuestra parte le fueron a informar, y a esta causa no le oía cosa que dijese. Dejemos esto, y volvamos a decir que como Cortés vio los bergantines que estaban acabados de hacer, y la gran voluntad que todos los soldados teníamos de estar ya puestos en el cerco de México, y en aquella sazón volvieron otra vez los de Chalco a decir que los Mexicanos venían sobre ellos, y que les enviasen socorro: y Cortés les envió a decir que él quería ir en persona a sus pueblos y



tierras, y no volverse hasta que a todos los contrarios echase de aquellas comarcas; y mandó aperebir trescientos soldados y treinta de a caballo, todos los más escopeteros y ballesteros que había, y gente de Tezcuco; y fue en su compañía Pedro de Alvarado, y Andrés de Tapia, y Cristóbal de Olid, y asimismo fue el Tesorero Julián de Alderete, y el fraile Fray Pedro Melgarejo que ya en aquella sazón había llegado a nuestro Real, y yo fui entonces con el mismo Cortés porque me mandó que fuese con él, y lo que pasamos en aquella entrada diré adelante.



CAPÍTULO CXLIV.

Cómo nuestro Capitán Cortés fue a una entrada, y se rodeó la laguna, y todas las ciudades, y grandes pueblos que alrededor hallamos, y lo que más nos pasó en aquella entrada¹⁵.

Como Cortés había dicho a los de Chalco que les había de ir a socorrer porque los Mexicanos no viniesen, y les diesen guerra, porque harto teníamos cada semana de ir y venir a favorecerles, mandó apercibir todos los soldados y ejército que fueron trescientos soldados, y treinta de a caballo, y veinte ballesteros, y quince escopeteros, y el Tesorero Julián de Alderete, y Pedro de Alvarado, y Andrés de Tapia, y Cristóbal de Olid, y fue también el fraile Fray Pedro Melgarejo, y a mí me mandó que fuese con él, y muchos Tlascaltecas, y amigos de Tezcuco, y dejó en guarda de Tezcuco y bergantines a Gonzalo de Sandoval, con buena copia de soldados y de a caballo. Y una mañana después de haber oído Misa, que fue viernes cinco días del mes de Abril de mil y quinientos y veinte y un años, fuimos a dormir a Talmanalco, y allí nos recibieron muy bien; y el otro día fuimos a Chalco que estaba muy cerca el uno del otro: allí mandó Cortés llamar a todos los Caciques de aquella provincia, y se les hizo un parlamento con nuestras lenguas Doña Marina, y Jerónimo de Aguilar, en que se les dio a entender, como ahora al presente íbamos a ver si podría traer de paz a algunos de los pueblos que estaban más cerca de la laguna, y también para ver la tierra y sitio, para poner cerco a la gran ciudad de México, y que por la laguna habían de echar los bergantines que eran trece, y que les rogaba a todos que para otro día que estuviesen aparejadas todas sus gentes de guerra para ir con nosotros; y cuando lo hubieron entendido, todos a una de muy buena voluntad dijeron que sí lo harían: y otro día fuimos a dormir a otro pueblo que estaba sujeto al mismo Chalco que se dice Chimaluacan, y allí vinieron más de veinte mil amigos, así de Chalco y de Tezcuco, y Guaxocingo, y los Tlascaltecas, y otros pueblos, y vinieron tantos, que en todas las entradas que yo había ido, después que en la Nueva España entré, nunca vi tanta gente de guerra de nuestros amigos como ahora fueron en nuestra compañía. Ya he dicho otra vez, que iba tanta multitud de ellos

¹⁵ Para concertar su plan de ataque en el asedio, y bloqueo de México, parece que resolvió Cortés esta entrada con el fin de rodear la laguna, reconocer los pueblos situados en sus orillas, sus calzadas, o comunicaciones con Temixtitan, y todo lo que le podía dar ideas para elegir los parajes o puntos principales de ataque. Esta expedición es el asunto de este capítulo, y del siguiente.



a causa de los despojos que habían de haber; y lo más cierto, por hartarse de carne humana si hubiese batallas, porque bien sabían que las había de haber, y son a manera de decir, como cuando en Italia salía un ejército de una parte a otra, y les seguían cuervos y milanos, y otras aves de rapiña que se mantenían de los cuerpos muertos que quedaban en el campo cuando se daba alguna muy sangrienta batalla: así he juzgado que nos seguían tantos millares de Indios. Dejemos de esta plática, y volvamos a nuestra relación que en aquella sazón se tuvo nueva que estaban en un llano cerca de allí aguardando muchos escuadrones y Capitanías de Mexicanos y sus aliados, todos los de aquellas comarcas para pelear con nosotros; y Cortés nos apercibió que fuésemos muy alerta, y saliésemos de aquel pueblo donde dormimos, que se dice Chimaloacan, después de haber oído Misa que fue bien de mañana, y con mucho concierto fuimos caminando entre unos peñascos, y por medio de dos sierrezuelas que en ellas había fortalezas, y mamparos donde había muchos Indios e Indias recogidos, y hechos fuertes; y desde su fortaleza nos daban gritos y voces y alaridos, y nosotros no curamos de pelear con ellos, sino callar y caminar y pasar adelante, hasta un pueblo grande que estaba despoblado, que se dice Yautepeque, y también pasamos de largo: y llegamos a un llano donde había unas fuentes de muy poca agua, y a una parte estaba un gran Peñol, con una fuerza muy mala de ganar, según luego pareció por la obra, y como llegamos en el paraje al Peñol, porque vimos que estaba lleno de guerreros, y de lo alto de él nos daban gritos, y tiraban piedras y varas y flechas, e hirieron tres soldados de los nuestros, entonces mandó Cortés que reparásemos allí, y dijo, parece que todos estos Mexicanos se ponen en fortalezas, y hacen burla de nosotros de que no les acometemos: y esto dijo por los que dejábamos atrás en las serrezuelas:¹⁶ y luego mandó a unos de a caballo, y a ciertos ballesteros que diesen una vuelta a una parte del Peñol, y que mirasen si había otra subida más conveniente de buena entrada para poderles combatir, y fueron y dijeron, que lo mejor de todo era donde estábamos, porque en todo lo demás no había subida ninguna, que era toda peña tajada: y luego Cortés mandó que les fuésemos entrando y subiendo, el Alférez Cristóbal del Corral delante, y otras banderas,

¹⁶ Cortés declara el motivo de atacar este Peñón. "Y aunque habíamos visto, que en el campo no nos habían osado esperar, parecíame, aunque era otro nuestro camino, que era poquedad pasar adelante, sin hacerles ningún mal sabor; y porque no creyesen nuestros amigos que de cobardía lo dejábamos de hacer, comencé a dar una vista en torno del Peñol, que había casi una legua, y cierto era tan fuerte, que parecía locura querernos poner en ganárselo, y aunque les pudiera poner cerco, y hacerles darse de pura necesidad, yo no me podía detener. Y así estando en esta confusión, determiné de subirle el risco por otra parte que yo había visto." *Cortés. Carta III.*



y todos nosotros siguiéndolas, y Cortés con los de a caballo, aguardando en lo llano por guarda de otros escuadrones de Mexicanos, no viniesen a dar en nuestro fardaje, o en nosotros entre tanto que combatíamos aquella fuerza: y como comenzamos a subir por el Peñol arriba, echan los indios guerreros que en él estaban tantas piedras muy grandes y peñascos, que fue cosa espantosa como se venían despeñando y saltando, cómo no nos mataron a todos; y fue cosa inconsiderada y no de acuerdo Capitán mandarnos subir, y luego a mis pies murió un soldado, que se decía fulano Martínez Valenciano, que había sido Maestresala de un Señor de salva en Castilla, y éste llevaba una celada, y no dijo ni habló palabra, y todavía subíamos; y como venían las galgas rodando y despeñándose, y dando saltos (que así llamábamos a las grandes piedras que venían despeñadas) luego mataron a otros dos soldados, que se decían Gaspar Sánchez sobrino del Tesorero de Cuba, y a un fulano Bravo, y todavía subíamos; y luego mataron a otro soldado muy esforzado, que se decía Alonso Rodríguez, y otros dos descalabrados, y en las piernas golpes todos los más de nosotros, y todavía porfiar e ir adelante, y yo como en aquel tiempo era suelto, no dejaba de seguir al Alférez Corral, e íbamos debajo de unas como socarreñas, y concavidades que se hacían en el Peñol de trecho a trecho, a ventura de si me encontraban algunos peñascos entre tanto que subía de socarreña a socarreña, que fue muy gran ventura: y estaba el Alférez Cristóbal del Corral, mamparándose detrás de unos árboles gruesos que tenían muchas espinas, que nacen en aquellas concavidades, y estaba descalabrado y el rostro todo lleno de sangre, y la bandera rota, y me dijo: Oh Señor Bernal Díaz del Corral, que no es cosa el pasar más adelante, y mira no os cojan algunas lanchas o galgas, estése al reparo de aquella concavidad; porque ya no nos podíamos tener aun con las manos, cuánto más poderles subir. En este tiempo vi que de la misma manera que Corral y yo habíamos subido de socarreña en socarreña venía Pedro Barba, que era Capitán de ballesteros, con otros dos soldados, y yo le dije desde arriba: Oh Señor Capitán, no suba más adelante que no se podrá tener con pies y manos, no vuelva rodando: y cuando se lo dije, me respondió como muy esforzado, o por dar aquella respuesta como gran señor, dijo que eso había de decir, sino ir adelante; y yo recibí de aquella palabra remordimiento de mi persona, y le respondí, pues veamos como sube donde yo estoy, y todavía pasé bien arriba: y en aquel instante vienen tantas piedras muy grandes que echaron de lo alto, que tenían represadas para aquel efecto, que hirieron a Pedro Barba y le mataron un soldado, y no pasaron más un paso de allí



donde estaban: y entonces el Alférez Corral dio voces para que dijesen a Cortés de mano en mano, que no se podía subir más arriba, y que al retraer también era muy peligroso: y como Cortés lo entendió, porque allá bajo donde estaba en tierra llana le habían muerto tres soldados y herido siete del grande ímpetu de las galgas que iban despeñándose, y aun tuvo por cierto Cortés, que todos los más de los que habíamos subido arriba estábamos muertos, o bien heridos; porque donde él estaba no podía ver las vueltas que daba aquel Peñol: y luego por señas y por voces y por unas escopetas que soltaron, tuvimos arriba nuestras señas que nos mandaban retraer: y con buen concierto de socarrena en socarreña bajamos abajo todos descalabrados y cortando sangre, y las banderas rotas, y ocho muertos, y desde que Cortés así nos vio, dio muchas gracias a Dios: y luego le dijeron lo que habíamos pasado yo y el Pedro Barba, porque se lo dijo el mismo Pedro Barba, y el Alférez Corral estando platicando de la gran fuerza, y que fue maravilla como no nos llevaron las galgas de vuelo, según eran muchas, y aun lo supieron luego en todo el Real. Dejemos todo esto, y digamos como estaban muchas Capitanías de Mexicanos aguardando en partes que no les podíamos ver, ni haber de ellos, y estaban esperando para socorrer y ayudar a los del Peñol, y bien entendieron lo que fue, que no podríamos subirles en la fuerza, y que entretanto que estábamos peleando, tenían concertado, que los del Peñol por una parte, y ellos por otra darían en nosotros, y como lo tenían acordado, así vinieron a ayudarles a los del Peñol: y cuando Cortés lo supo que venían, mandó luego a los de a caballo, y a todos nosotros que fuésemos a encontrar con ellos, y así se hizo: y aquella tierra era llana, y a partes había unas como vegas, que estaban entre otros serrejones, y seguimos a los contrarios hasta que llegamos a otro muy fuerte Peñol, y en el alcance se mataron muy pocos Indios, porque se acogían en partes que no se podían haber. Pues vueltos a la fuerza que probamos a subir, y viendo que allí no había agua, ni la habíamos bebido en todo el día, ni aun los caballos, porque las fuentes que dicho tengo, que allí estaban, no la tenían, sino lodo, que como teníamos tantos enemigos estaban sobre ellas, y no las dejaban manar, y a esta causa mudamos nuestro Real, y fuimos por una vega abajo cerca de otro Peñol, que sería del uno al otro obra de legua y media, poco más a menos, creyendo que hallaríamos agua, y no la había sino muy poca: y cerca de aquel Peñol había unos árboles de morales de la tierra, y allí nos paramos, y estaban obra de doce o trece casas al pie de la sierra y fuerza: y así nosotros llegamos, nos comenzaron a dar grita, y tirar



galgas, y vara y flechas desde lo alto, y estaba en esta fuerza mucha más gente que en el primero Peñol, y aun era muy más fuerte, según después vimos, y nuestros escopeteros y ballesteros les tiraban, más estaban tan altos y tenían tantos mamparos, que no se les podía hacer mal ninguno; pues entrarles o subirles no había remedio, y aunque probamos dos veces, que por las casas que allí estaban había unos patos, hasta dos vueltas podíamos ir, mas desde allí adelante ya he dicho peor que el primero: de manera que así en esta fuerza como en la primera no ganamos ninguna reputación, antes los Mexicanos y sus confederados tenían victoria: y aquella noche dormimos en aquellos morales bien muertos de sed, y se acordó para otro día, que desde otro Peñol que estaba cerca de él fuesen todos los ballesteros y escopeteros, y que subiesen en él, que había subida, aunque no buena, porque desde aquel alcanzarían las ballestas y escopetas al otro Peñol fuerte, y podíanle combatir, y mandó Cortés a Francisco Verdugo, y al Tesorero Julián de Alderete que se aperciban de buenos ballesteros, y a Pedro Barba que era Capitán, que fuesen por caudillos, y que todos los más soldados hiciésemos acometimiento, que por los pasos y subidas de las casas que dicho tengo, que les queríamos subir, y así los comenzamos a entrar: mas echaban tanta piedra grande y menuda, que hirieron a muchos soldados, y además de esto no les subíamos de hecho, porque era por demás, que aun tenernos con las manos y pies no podíamos: y entretanto que nosotros estábamos de aquella manera, los ballesteros y escopeteros desde el Peñol que he dicho, les alcanzaban con las ballestas y escopetas, y aunque no muy bien, mataban algunos, y herían otros, de manera que estuvimos dándoles combates obra de media hora: y quiso nuestro Señor Dios, que acordaron de darse de paz, y fue por causa que no tenían agua ninguna, que estaba mucha gente arriba en el Peñol en un llano que se hacia arriba, y habíase acogido a él de todas aquellas comarcas así hombres como mujeres y niños, o gente menuda; y para que entendiésemos abajo que querían paces desde el Peñol, las mujeres meneaban unas mantas hacia abajo, y con las palmas daban unas con otras, señalando que nos harían pan y tortillas, y los guerreros no nos tiraban vara ni piedra, ni flecha: y cuando Cortés lo entendió, mandó que no se les hiciese mal ninguno, y por señas se les dio a entender que bajasen cinco principales a entender en las paces, los cuales bajaron, y con grande acato dijeron a Cortés que les perdonase, que por favorecerse y defenderse se habían subido en aquella fuerza; y Cortés les dijo con nuestras lenguas Doña Marina y Aguilar, algo enojado, que eran dignos de muerte, por



haber empezado la guerra, mas que pues han venido, que vayan luego al otro Peñol, y llamen los Caciques y hombres principales que en él están, y traigan los muertos, y que lo pasado se les perdonará, y que vengan de paz, si no que habíamos de ir sobre ellos, y ponerles cerco hasta que se mueran de sed, porque bien sabíamos que no tenían agua, porque en toda aquella tierra no la hay sino muy poca: y luego fueron a llamarlos así como se lo mandó. Dejemos de hablar en ello hasta que vuelvan con la respuesta: y digamos cómo estando platicando Cortés con el Fraile Melgarejo, y el Tesorero Alderete, sobre las guerras pasadas que habíamos habido antes que viniesen a la Nueva España, y en la del Peñol, y el gran poder de los Mexicanos, y las grandes ciudades que habían visto después que vinieron de Castilla: y decían que si al Emperador nuestro Señor le informara de la verdad el Obispo de Burgos, como le escribía al contrario, que nos enviaría a hacer grandes mercedes, y que no se acuerdan que otros mayores servicios haya recibido ningún Rey en el mundo, que el que nosotros le habíamos hecho en ganar tantas ciudades sin ser sabedor su Majestad de cosa ninguna. Dejemos otras muchas pláticas que pasaron, y digamos como mandó nuestro Capitán Cortés al Alférez Corral, y a otros dos Capitanes, que fueron Juan Jaramillo, y a Pedro de Ircio, y a mí que me hallé allí con ellos, que subiésemos al Peñol, y viésemos la fortaleza qué tal era, y que si estaban muchos Indios heridos o muertos de saetas y escopetas, y qué gente estaba recogida: y cuando esto nos mandó, dijo: Mirad señores que no les toméis ni un grano de maíz, y según yo entendí, quisiera que nos aprovecháramos: y subidos al Peñol por unos malos pasos, digo que era más fuerte que el primero, porque era peña tajada: y ya que estallamos arriba para entrar en la fuerza era como quien entra por una abertura, no más ancha que dos bocas de silo o de horro: y ya puestos en lo más alto y llano, estaban grandes anchuras de prados, y todo lleno de gente así de guerra, como de muchas mujeres y niños, y hallamos hasta veinte muertos y muchos heridos, y no tenían gota de agua que beber, y tenían todo su hato y su hacienda hechos fardajes, y otros muchos líos de mantas, que eran del tributo que daban a Guatemuz: y como yo así vi tantas cargas de ropa, y supe que eran del tributo, comencé a cargar cuatro Tlascaltecas mis Naborías que llevé conmigo, y también eché a cuestras de otros cuatro Indios de los que la guardaban, otros cuatro fardos, y a cada uno eché una carga: y como Pedro de Ircio lo vio, dijo que no lo llevase, y yo porfiaba que sí, y como era Capitán, hizo lo que mandó, porque me amenazó que se lo diría a Cortés, y me dijo el Pedro de Ircio, que



bien había visto que dijo Cortés, que no les tomásemos un grano de maíz, y yo dije que así era verdad, que por esa palabra misma quería llevar de aquella ropa, por manera que no me dejó llevar cosa ninguna: y bajamos a dar cuenta a Cortés de lo que habíamos visto, y a lo que nos envió: y dijo el Pedro de Ircio a Cortés por revolverme con él lo pasado, pensando que le contentaba mucho, después de darle cuenta de lo que había, dijo: No se les tomó cosa ninguna, que ya había cargado Bernal Díaz del Castillo de ropa a ocho Indios, y si no se lo estorbara yo, ya los traía cargados: entonces dijo Cortés medio enojado; pues por qué no lo trajo: y también os habíais de quedar allá vos con la ropa y Indios con los de arriba, y dijo: mira como no entendieron que los envié porque se aprovechasen, y a Bernal Díaz que me entendió, quitaron el despojo que traía de estos perros, que se quedarán riendo con los que nos han muerto y herido: y cuando aquello oyó el Pedro de Ircio, dijo que quería tornar a subir a la fuerza, y entonces le dijo que ya no había coyuntura para ello, y que no fuese allá de ninguna manera. Dejemos esta plática, y digamos como vinieron los del otro Peñol, y en fin de muchas razones que pasaron sobre que les perdonasen, todos dieron la obediencia a su Majestad: y como no había agua en aquel paraje, nos fuimos luego camino de un pueblo ya nombrado en el capítulo pasado, que se dice Guaztepeque, donde estaba la huerta que he dicho, que es la mejor que había visto en toda mi vida, y así lo torno a decir, que Cortés y el Tesorero Alderete, desde que entonces la vieron, y pasearon algo de ella, se admiraron, y dijeron que mejor cosa de huerta no habían visto en Castilla. Y digamos como en aquella noche nos aposentamos todos en ella: y los Caciques de aquel pueblo vinieron de paz a hablar y servir a Cortés, porque Gonzalo de Sandoval los había recibido ya de paz cuando entró en aquel pueblo, según más largamente he escrito en el capítulo pasado que de ello habla, y aquella noche reposamos allí: y a otro día muy de mañana nos partimos para Cornabaca, y hallamos unos escuadrones de guerreros Mexicanos, que de aquel pueblo habían salido, y los de a caballo les siguieron más de legua y media hasta encerrarlos en otro gran pueblo, que se dice Tepuztlan, y estaban tan descuidados los moradores de él, que dimos en ellos antes que sus espías, que tenían sobre nosotros, llegasen. Aquí se hubieron muy buenas Indias, y despojos, y no aguardaron ningunos Mexicanos, ni los naturales en el pueblo: y nuestro Cortés envió a llamar a los Caciques por tres o cuatro veces que viniesen todos de paz, y que si no venían que les quemaría el pueblo, y los iríamos a buscar: y la respuesta fue que no



querían venir: y porque otros pueblos tuviesen temor de ello, mandó poner fuego a la mitad de las casas que allí cerca estaban: y en aquel instante vinieron los Caciques del pueblo por donde aquel día pasamos, que ya he dicho que se dice Yautepeque, y dieron la obediencia a su Majestad, y otro día fuimos camino de otro mejor y mayor pueblo, que se dice Coadalbaca, y comúnmente corrompimos ahora aquel vocablo, y le llamamos Cuernavaca, y había dentro en él mucha gente de guerra, así de Mexicanos, como de los naturales, y estaba muy fuerte por unas cavas y riachuelo que están en las barrancas por donde corre el agua, muy hondas de más de ocho estados abajo, puesto que no llevaban mucha agua, y es fortaleza para ellos, y también no hacía entrada para caballos, sino por unos dos puentes, y los tenían quebrados, y de esta manera estaban tan fuertes, que no los podíamos llegar, puesto que nos llegábamos a pelear con ellos de esta parte de sus cavas y riachuelo en medio, y ellos nos tiraban mucha vara y flecha, y piedras con hondas: y estando de esta manera, avisaron a Cortés, que más adelante obra de media legua había entrada para los caballos, y luego fue allá con los de a caballo, todos nosotros estábamos buscando piso, y vimos que desde unos árboles que estaban junto con la cava, se podía pasar a la otra parte de aquella honda cava, y puesto que cayeron tres soldados desde los árboles abajo en el agua, y aun el uno se quebró la pierna, todavía pasamos, aunque con harto peligro, porque de mí digo, que verdaderamente cuando pasaba que lo vi muy peligroso y malo de pasar, y se me desvanecía la cabeza, y todavía pasé yo, y otros veinte o treinta soldados, y muchos Tlascaltecas, y comenzamos a dar por las espaldas de los Mexicanos, que estaban tirando vara y flecha a los nuestros: y cuando lo vieron que lo tenían por cosa imposible, creyeron que éramos muchos más: y en este instante allegaron Cristóbal de Olid, y Pedro de Alvarado y Andrés de Tapia, con otros de a caballo que habían pasado con mucho riesgo de sus personas por una puente quebrada, y damos en los contrarios, por manera que volvieron las espaldas, y se fueron huyendo a los montes y a otras partes de aquella honda cava, donde no se pudieron haber: y donde a poco rato, también llegó Cortés con todos los demás de a caballo. En este pueblo se hubo gran despojo, así de mantas muy grandes, como de buenas Indias, y allí mandó Cortés que estuviésemos aquel día, y en una huerta del Señor de aquel pueblo nos aposentamos todos, y era muy buena. Que quiera decir el gran recaudo de velas y escuchas, y corredores del campo, que do quiera que estábamos, o por los caminos llevábamos, es prolijidad recitarlo



tantas veces; y por esta causa pasaré adelante, y diré que vinieron nuestros corredores del campo a decir a Cortés que venían hasta veinte Indios, y a lo que parecía en sus meneos y semblante eran Caciques, y hombres principales que traían mensajes, o a demandar paces, y eran los Caciques de aquel pueblo: y cuando llegaron a donde Cortés estaba le hicieron mucho acato, y le presentaron ciertas joyas de oro, y le dijeron que les perdonase porque no salieron de paz, que el Señor de México les enviaba a mandar, que pues estaban en fortaleza, que desde allí nos diesen guerra, y les envió un buen escuadrón de Mexicanos para que les ayudasen, y que a lo que ahora han visto, que no habrá cosa por fuerte que sea que no la combatamos y señoreemos, y que le piden por merced que los reciba de paz; y Cortés les mostró buena cara, y dijo que somos vasallos de un gran Señor, que es el Emperador Don Carlos, que a los que le quisieren servir, que a todos les hace mercedes, y que a ellos en su Real nombre los recibe de paz, y allí dieren la obediencia a su Majestad: y acuérdome que dijeron aquellos Caciques, que en pago de no haber venido de paz hasta entonces, permitieron nuestros dioses a los suyos que se les hiciese castigo en sus personas y haciendas¹⁷. Donde los dejaré ahora, y digamos cómo otro día de mañana caminamos para otra gran población, que se dice Suchimileco, y lo que pasamos en el camino y en la ciudad, y reencuentros de guerra que nos dieron, diré adelante, hasta que volvimos a Tezcucó, y lo que más pasamos.

¹⁷ Es muy singular lo que estos Caciques dijeron a Cortés, y debe llamar la atención de un observador para hacer juicio de los extraños principios que caracterizaban a aquellas gentes: "Estos Indios y los otros que venían a darse por vasallos de vuestra Majestad, después de haberlos quemado y destruido sus casas y haciendas, nos dijeron que la causa porque venían tarde a nuestra amistad, era porque pensaban que satisfacían sus culpas en consentir primero hacerles daño, creyendo que hecho, no teníamos después tanto enojo de ellos. *Cortés. Carta III.*



CAPÍTULO CXLV.

De la gran sed que hubo en este camino, y del peligro en que nos vimos en Suchimileco, con muchas batallas y rencuentros que con los Mexicanos y con los naturales de aquella ciudad tuvimos: y de otros muchos rencuentros de guerras que hasta volver a Tezcucó pasamos.

Pues como caminamos para Suchimileco, que es una gran ciudad, y en toda la más de ella están fundadas las casas en el agua de agua dulce, y estará de México obra de dos leguas y media: pues yendo por nuestro camino con gran concierto y ordenanza, como lo teníamos de costumbre, fuimos por unos pinares, y no había agua en todo el camino; y como íbamos con nuestras armas a cuestas, y era ya tarde, y hacia gran sol, aquejábamos mucho la sed, y no sabíamos si había agua adelante, y habíamos andado ciertas leguas ni tampoco teníamos certinidad, que tanto estaba de allí un pozo que nos decían que había en el camino: y como Cortés así vio todo nuestro ejército cansado, y los amigos Tlascaltecas se desmayaron, y se murió uno de sed, y un soldado de los nuestros que era viejo, y estaba doliente, me parece que también se murió de sed, acordó Cortés de parar a la sombra de unos pinares, y mandó a seis de a caballo que fuesen adelante camino de Suchimileco, y que viesen que tanto de allí había población o estancias, o el pozo que tuvimos noticia que estaba cerca para ir a dormir a él: y cuando fueron los de a caballo, que era Cristóbal de Olid, y un Valdenebro y Pedro González de Trujillo, y otros muy esforzados varones, acordé yo de me apartar en parte que no me viese Cortés, ni los de a caballo, y llevé tres Naborías míos Tlascaltecas, bien esforzados y sueltos Indios, y fui tras ellos hasta que me vieron ir, y me aguardaron para hacerme volver, no hubiese algún rebato de guerreros Mexicanos, donde no me pudiese valer; y yo todavía porfiaba a ir con ellos, y el Cristóbal de Olid, como era yo su amigo, me dijo que fuese, y que aparejase los puños a pelear con los Indios, y los pies a ponerme en salvo: y era tanta la sed que tenía, que aventuraba mi vida por hartarme de agua: y pasando obra de media legua adelante, había muchas estancias y caserías de los de Suchimileco en unas laderas de unas sierrezuelas; entonces los de a caballo que he dicho, se apartaron para buscar agua en las casas, y la hallaron, y se hartaron de ella, y uno de mis Tlascaltecas me sacó de una casa un gran cántaro de agua, que así los hay grandes cántaros en aquella tierra, de que me harté yo y ellos; y entonces acordé desde



allí de volverme donde estaba Cortés reposando, porque los moradores de aquellas estancias ya comenzaban a apellidarse, y nos daban grita, y traje el cántaro lleno de agua con los Tlascaltecas, y halle a Cortés que ya comenzaba a caminar con todo su ejército: y como le dije que había agua en unas estancias muy cerca de allí, y que había bebido, y que traía agua en el cántaro, la cual traían los Tlascaltecas muy escondida, porque no me la tomasen, porque a la sed no hay ley; de la cual bebió Cortés y otros caballeros, y se holgó mucho, y todos se alegraron, y se dieron prisa a caminar, y llegamos a las estancias antes de ponerse el sol, y por las casas hallaron agua, aunque no mucha, y con la sed que traían algunos soldados, comían unos como cardos, y a algunos se les dañaron las bocas y lenguas: y en este instante vinieron los de a caballo, y dijeron que el pozo que estaba lejos, y que ya estaba toda la tierra apellidando guerra, y que era bien dormir allí: y luego pusieron velas y espías, y corredores del campo, y yo fui uno de los que pusieron por velas, y paréceme que llovió aquella noche un poco, o que hizo mucho viento: y otro día muy de mañana comenzamos a caminar, y a obra de las ocho llegamos a Suchimileco. Saber yo ahora decir la multitud de guerreros que nos estaban esperando unos por tierra, y otros en un paso de un puente que tenían quebrado, y los muchos mamparos y albarradas que tenían hecho en ellas, y las lanzas que traían hechas, como al modo de las espadas que hubieron, cuando la gran matanza que hicieron de los nuestros, en lo de los puentes de México, y otros muchos Indios Capitanes, que todos traían espadas de las nuestras muy relucientes: pues flecheros y varas de a dos gajos y piedra con hondas y espadas de a dos manos como montantes, hechas de a dos manos de navajas; digo que estaba toda la tierra firme llena de ellos, y al pasar de aquella puente estuvieron peleando con nosotros cerca de media hora, que no les podíamos entrar, que ni bastaban ballestas, ni escopetas, ni grandes arremetidas que hacíamos: y lo peor de todo era que ya venían otros escuadrones de ellos por las espaldas dándonos guerra; y cuando aquello vimos, rompimos por el agua y puente medio nadando, y otros a vuelapié, y allí hubo algunos de nuestros soldados, que bebieron tanta agua por fuerza, que se les hincharon las barrigas de ello. Y volvamos a nuestra batalla, que al pasar del puente hirieron a muchos de los nuestros, y mataron dos soldados, y luego les llevamos a buenas cuchilladas por unas calles donde había tierra firme adelante, y los de a caballo juntamente con Cortés, salen por otras partes a tierra firme, donde toparon sobre más de diez mil Indios todos Mexicanos, que venían de



refresco para ayudar a los de aquel pueblo, y peleaban de tal manera con los nuestros, que les aguardaban con las lanzas a los de a caballo, e hirieron cuatro de ellos, y Cortés que se halló en aquella gran presa, y el caballo en que iba que era muy bueno castaño oscuro, que le llamaban el romo, y de muy gordo, o de cansado, como estaba holgado, desmayó el caballo, y los contrarios Mexicanos como eran muchos, echaron mano a Cortés, y le derribaron del caballo, oíros dijeron, que por fuerza le derrocaron; ahora sea pie lo uno o por lo otro, en aquel instante llegaron muchos más guerreros Mexicanos para si pudieran apañarle vivo a Cortés, y como aquello vieron unos Tlascaltecas, y un soldado muy esforzado, que se decía Cristóbal de Olea, natural de Castilla la Vieja de tierra de Medina del Campo, de presto llegaron, y a buenas cuchilladas y estocadas hicieron lugar, y tornó Cortés a cabalgar aunque bien herido en la cabeza, y quedó el Olea muy malamente herido de tres cuchilladas: y en aquel tiempo acudimos allí todos los más soldados que más cerca de él nos hallamos, porque en aquella sazón, como en aquella ciudad había en cada calle muchos escuadrones de guerreros, y por fuerza habíamos de seguir las banderas, no podíamos estar todos juntos, sino pelear unos a unas partes, y otros a otras, como nos fue mandado por Cortés, mas bien entendimos, que donde andaba Cortés y los de a caballo, que había mucho que hacer, por las muchas gritas y voces y alaridos que oímos. Y en fin de más razones, puesto que había donde andábamos muchos guerreros, fuimos con gran riesgo de nuestras personas donde estaba Cortés, que ya se le habían juntado hasta quince de a caballo, y estaban peleando con los enemigos junto a unas acequias donde se mamparaban y estaban albarradas, y como llegamos los pusimos en huida, aunque no del todo volvían las espaldas: y porque el soldado Olea que ayudó a nuestro Cortés estaba muy mal herido de tres cuchilladas, y se desangraba, y las calles de aquella ciudad estaban llenas de guerreros, dijimos a Cortés que se volviese a unos mamparos, y se curase el Cortés y el Olea, y así volvimos, y no muy sin sobra de vara y piedra y flecha que nos tiraban de muchas partes donde tenían mamparos y albarradas, creyendo los Mexicanos que volvíamos retrayéndonos, y nos seguían con gran furia: y en este instante viene Pedro de Alvarado, y Andrés de Tapia, y Cristóbal de Olid, y todos los más de a caballo que fueron con ellos a otras partes, el Olid corriendo sangre de la cara, y el Pedro de Alvarado herido y el caballo, y todos los demás cada cual con su herida, y dijeron que habían peleado con tanto Mexicano en el campo, que no se podían valer: y porque cuando pasamos el puente que



dicho tengo, parece ser Cortés los repartió, que la mitad de a caballo fuesen por una parte y la otra mitad por otra, y así fueron siguiendo tras unos escuadrones, y la otra mitad tras los otros. Pues ya que estábamos curando los heridos con quemarles con aceite y apretarles con mantas, suenan tantas voces y trompetillas y caracoles por unas calles en tierra firme, y por ellas vienen tantos Mexicanos a un patio, donde estábamos curando los heridos, y nos tiran tanta vara y piedra, que hirieron de repente a muchos soldados; mas no les fue muy bien de aquella cabalgada, que presto arremetimos con ellos, y a buenas cuchilladas y estocadas quedaron hartos de ellos tendidos. Pues los de a caballo no tardaron en salirles al encuentro, que mataron a muchos, puesto que entonces hirieron dos caballos y mataron un soldado: de aquella vez los echamos de aquel sitio y patio: y cuando Cortés vio que no había más contrarios, nos fuimos a reposar a otro grande patio, donde estaban los grandes Adoratorios de aquella ciudad, y muchos de nuestros soldados subieron en el Cu más alto, donde tenían sus ídolos, y desde allí vieron la gran ciudad de Mexico y toda la laguna, porque bien se señoreaba todo: y vieron venir sobre dos mil canoas, que venían de México llenas de guerreros, y venían derechos donde estábamos; porque según otro día supimos, el señor de México, que se decía Guatemuz, les enviaba para que aquella noche y día diesen en nosotros: y juntamente envió por tierra sobre otros diez mil guerreros, para que unos por una parte, y otros por otra tuviese manera para que no saliésemos de aquella ciudad con las vidas ninguno de nosotros. También había apercebido otros diez mil hombres para enviarles de refresco, cuando estuviesen dándonos guerra, y esto se supo otro día de cinco Capitanes Mexicanos que en las batallas prendimos: y mejor lo ordenó nuestro Señor Jesucristo; porque así como vino aquella gran flota de canoas, luego se entendió que venía contra nosotros, y acordóse que hubiese muy buena vela en todo nuestro Real, repartido a los puertos y acequias por donde habían de venir a desembarcar, y los de a caballo muy a punto toda la noche ensillados y entrenados, aguardando en la calzada y tierra firme, y todos los Capitanes y Cortés con ellos, haciendo vela y ronda toda la noche, y a mí y a otros diez soldados nos pusieron por velas sobre unas paredes de cal y canto, y tuvimos muchas piedras y ballestas y escopetas y lanzas grandes donde estábamos, para que si por allí en unas acequias, que era desembarcadero, llegasen canoas, que los resistiésemos y hiciésemos volver: a otros soldados pusieron en guarda en otras acequias. Pues estando velando yo y mis compañeros, sentimos el rumor de



muchas canoas, que venían a remo callado a desembarcar a aquel puesto donde estábamos, y a buenas pedradas y con las lanzas les resistimos, que no osaron desembarcar, y a uno de nuestros compañeros enviamos que fuese a dar aviso a Cortés: y estando en esto volvieron otra vez otras muchas canoas cargadas de guerreros, y nos comenzaron a tirar mucha vara y piedra y flecha, y los tornamos a resistir, y entonces descalabraron a dos de nuestros soldados, y como era de noche muy oscuro, se fueron a ajuntar las canoas con sus Capitanes de la flota de canoas, y todas juntas fueron a desembarcar a otro puertezuelo, o acequias hondas: y como no son acostumbrados a pelear de noche, se juntaron todos con los escuadrones que Guatemuz enviaba por tierra, que eran ya de ellos más de quince mil Indios. También quiero decir, y esto no por jactanciarme, que como nuestro compañero fue a dar aviso a Cortés, como habían llegado allí en el puerto donde velábamos muchas canoas de guerreros, según dicho tengo, luego vino a hablar con nosotros el mismo Cortés, acompañado de diez de a caballo, y cuando llegó cerca sin hablarnos, dimos voces yo y un Gonzalo Sánchez, que era del Algarve Portugués, y dijimos: ¿quién viene ahí? ¿no podéis hablar? y le tiramos tres o cuatro pedradas: y como me conoció Cortés en la voz a mí y a mi compañero, dijo Cortés al Tesorero Julián de Alderete, y a Fr. Pedro Melgarejo, y al Maestre de Campo que era Cristóbal de Olid, que le acompañaban a rondar: No es menester poner aquí más recaudo, que dos hombres están aquí puestos entre los que velan, que son de los que pasaron conmigo de los primeros, que bien podemos fiar de ellos esta vela, y aunque sea otra cosa de mayor afrenta: y desde que nos hablaron, dijo Cortés que mirásemos el peligro en que estábamos, se fueron a requerir a otros puestos; y cuando no me cato, sin más hablarnos, oímos como traían a un soldado azotando por la vela, y era de los de Narváez. Pues otra cosa quiero traer a la memoria, y es, que ya que nuestros escopeteros no tenían pólvora, ni los ballesteros saetas, que el día antes se dieron tal prisa que lo habían gastado: y aquella misma noche mandó Cortés a todos los ballesteros, que alistasen todas las saetas que tuviesen, y las emplumasen y pusiesen sus casquillos, porque siempre traíamos en las entradas muchas cargas de almacén de saetas, y sobre cinco cargas de casquillos hechos de cobre, y todo aparejo, para donde quiera que llegásemos tener saetas: y toda la noche estuvieron emplumando y poniendo casquillos todos los ballesteros: y Pedro Barba, que era su Capitán, no se quitaba de encima de la obra, y Cortés que de cuando en cuando acudía. Dejemos esto, y digamos ya que fue de



día claro cual nos vinieron a cercar todos los escuadrones Mexicanos en el patio donde estábamos; y como nunca nos cogían descuidados, los de a caballo por una parte como era tierra firme, y nosotros por otra, y nuestros amigos los Tlascaltecas que nos ayudaban, rompimos con ellos, y se mataron y hirieron tres de sus Capitanes, sin otros muchos que luego otro día se murieron: y nuestros amigos hicieron buena presa, y se prendieron cinco principales, de los cuales supimos los escuadrones que Guatemuz había enviado: y en aquella batalla quedaron muchos de nuestros soldados heridos, y uno murió luego. Pues no se acabó en esta refriega, que yendo los de a caballo siguiendo el alcance, se encuentran con los diez mil guerreros que el Guatemuz enviaba en ayuda y socorro de refresco de los que de antes había enviado, y los Capitanes Mexicanos que con ellos venían traían espadas de las nuestras, haciendo muchas muestras con ellas de esforzados, y decían que con nuestras armas nos habían de matar: y cuando los nuestros de a caballo se hallaron cerca de ellos, como eran pocos, y eran muchos escuadrones, temieron, y a esta causa se pusieron en parte para no se encontrar luego con ellos, hasta que Cortés y todos nosotros fuésemos en su ayuda: y como lo supimos, en aquel instante cabalgan todos los de a caballo que quedaban en el Real, aunque estaban heridos ellos y sus caballos, y salimos todos los soldados y ballesteros, y con nuestros amigos los Tlascaltecas, y arremetimos de manera que rompimos, y tuvimos lugar de juntarnos con ellos pie con pie, y a buenas estocadas y cuchilladas se fueron con la mala ventura, y nos dejaron de aquella vez en el campo. Dejemos esto, y tornaremos a decir que allí se prendieron otros principales, y se supo de ellos que tenía Guatemuz ordenado de enviar otra gran flota de canoas, y muchos más guerreros por tierra: y dijo a sus guerreros, que cuando estuviésemos cansados y heridos muchos, y muertos de los rencuentros pasados, que estaríamos descuidados con pensar que no enviaría más escuadrones contra nosotros, y que con los muchos que entonces enviaría nos podría desbaratar; y como aquello se supo, si muy apercebidos estábamos de antes, mucho más lo estuvimos entonces: y fue acordado que para otro día saliésemos de aquella ciudad y no aguardásemos más batallas, y aquel día se nos fue en curar heridos, y en adobar armas y hacer saetas: y estando de aquella manera pareció ser, que como en aquella ciudad eran ricos, y tenían unas casas muy grandes llenas de mantas y ropa y camisas de mujeres de algodón, y había en ella oro y otras muchas cosas y plumajes, alcanzáronlo a saber los Tlascaltecas y ciertos soldados en qué parte o paraje estaban las



casas, y se las fueron a mostrar unos prisioneros de Suchimileco, y estaban en la laguna dulce, y podían pasar a ellas por una calzada, puesto que había dos o tres puentes chicos en la calzada, que pasaban a ellas de unas acequias hondas a otras: y como nuestros soldados fueron a las casas y las hallaron llenas de ropa y no había guarda, cárganse ellos y muchos Tlascaltecas de ropa, y otras cosas de oro, y se vienen con ello al Real, y como lo vieron otros soldados, van a las mismas casas, y estando dentro sacando ropa de unas cajas muy grandes de madera, vino en aquel instante una gran flota de canoas de guerreros de México y dan sobre ellos, e hirieron muchos soldados, y apañan a cuatro soldados vivos y los llevaron a México, y los demás se escaparon de buena: y llamábanse los que llevaron Juan de Lara, y el otro Alonso Hernández, y de los demás no me acuerdo sus nombres, mas sé que eran de la Capitanía de Andrés de Monjaraz. Pues como le llevaron a Guatemuz estos cuatro soldados, alcanzó a saber como éramos muy pocos los que veníamos con Cortés, y que muchos estaban heridos, y tanto como quiso saber de nuestro viaje, tanto supo: y como fue bien informado, manda cortar pies y brazos a los tristes nuestros compañeros, y las envía por muchos pueblos nuestros amigos de los que nos habían venido de paz, y les envía a decir, que antes que volvamos a Tezcuco piensa no quedará ninguno de nosotros a vida, y con los corazones y sangre hizo sacrificio a sus ídolos. Dejemos esto, y digamos cómo luego tornó a enviar muchas flotas de canoas llenas de guerreros, y otras Capitanías por tierra y les mandó que procurasen que no saliésemos de Suchimileco con las vidas. Y porque ya estoy hartos de escribir de los muchos rencuentros y batallas que en estos cuatro días tuvimos con Mexicanos, y no puedo otra vez dejar de hablar en ellas, digo, que cuando amaneció, vinieron de esta vez tantos Culchuas Mexicanos por los esteros, y otros por las calzadas y tierra firme, que tuvimos hartos que romper en ellos, y luego nos salimos de aquella ciudad a una gran plaza, que estaba algo apartada del pueblo donde solían hacer sus mercados; y allí puestos con todo nuestro fardaje para caminar, Cortés comenzó a hacer un parlamento cerca del peligro en que estábamos, porque sabíamos cierto que en los caminos a pasos malos estaban aguardando todo el poder de México y otros muchos guerreros puestos en esteros y acequias; y nos dijo que sería bien, y así nos lo mandaba de hecho que fuésemos desembarazados, y dejásemos el fardaje y ato, porque no nos estorbase para el tiempo de pelear. Y cuando aquello le oímos, todos a una le respondimos, que mediante Dios que hombres éramos para defender nuestra hacienda y



personas y la suya, y que sería gran poquedad si tal hiciésemos: y desde que vio nuestra voluntad y respuesta, dijo que a la mano de Dios lo encomendaba: y luego se puso en concierto cómo habíamos de ir, el fardaje y los heridos en medio, y los de a caballo repartidos, la mitad de ellos adelante, y la otra mitad en la retaguarda, y los ballesteros también con todos nuestros amigos, y allí poníamos más recaudo, porque siempre los Mexicanos tenían por costumbre que daban en el fardaje: de los escopeteros no nos aprovechábamos, porque no tenían pólvora ninguna; y de esta manera comenzamos a caminar. Y cuando los escuadrones Mexicanos que había enviado Guatemuz aquel día vieron que nos íbamos retrayendo de Suchimileco, creyeron que de miedo no les osábamos esperar, como ello fue verdad, y salen de repente tantos de ellos, y se vienen derechos a nosotros, e hirieron dos soldados, y dos murieron de ahí a ocho días, y quisieron romper y desbaratar por el fardaje; mas como íbamos con el concierto que he dicho, no tuvieron lugar, y en todo el camino hasta que llegamos a un gran pueblo que se dice Cuyoacan, que está obra de dos leguas de Suchimileco, nunca nos faltaron rebatos de guerreros que nos salían en partes que no nos podíamos aprovechar de ellos, y ellos sí de nosotros, de mucha vara, y piedra y flecha, y como tenían cerca los esteros y zanjas, poníanse en salvo. Pues llegados a Cuyoacan a obra de las diez del día, hallárnosla despoblada. Quiero ahora decir que están muchas ciudades las unas de las otras cerca de la gran ciudad de México obra de dos leguas; porque Suchimileco, y Cuyoacan, y Chohuilobusco, y Iztapalapa, y Coadlavaca y Mezquique, y otros tres o cuatro pueblos que estaban poblados los más de ellos en el agua, que están a legua y media o a dos leguas las unas de las otras: y de todas ellas se habían juntado, allí en Suchimileco muchos Indios guerreros contra nosotros. Pues volvamos a decir, que como llegamos a aquel gran pueblo, ya estaba despoblado, y está en tierra llana, acordamos de reposar aquel día que llegamos, y otro porque se curasen los heridos, y hacer saetas; porque bien entendido teníamos que habíamos de haber más batallas antes de volver a nuestro Real, que era Tezcucó: y otro día muy de mañana comenzamos a caminar con el mismo concierto que solíamos llevar camino de Tacuba, que está de donde salimos obra de dos leguas, y en el camino salieron en tres partes muchos escuadrones de guerreros, y todas tres les resistimos, y los de a caballo los seguían por tierra llana, hasta que se acogían a los esteros y acequias: y yendo por nuestro camino de la manera que he dicho, apartóse Cortés con diez de a caballo a echar una celada a los Mexicanos que salían de



aquellos esteros, y salían a dar guerra a los nuestros, y llevó consigo cuatro mozos de espuelas, y los Mexicanos hacían que iban huyendo, y Cortés con los de a caballo y sus criados siguiéndoles: y cuando miró por sí, estaba una gran Capitanía de contrarios puestos en celada, y dan en Cortés y los de a caballo, que les hirieron los caballos, y si no dieran vuelta de presto, allí quedarán muertos o presos. Por manera que apañaron los Mexicanos dos de los soldados mozos de espuelas de Cortés, de los cuatro que llevaba, y vivos los llevaron a Guatemuz, y los sacrificaron. Dejemos de hablar de este desmán por causa de Cortés, y digamos como habíamos ya llegado a Tacuba con nuestras banderas tendidas, con todo nuestro ejército y fardaje, y todos los más de a caballo habían llegado, y también Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olid, y Cortés no venía con los diez de a caballo que llevó en su compañía. Tuvimos mala sospecha no les hubiese acaecido algún desmán: y luego fuimos con Pedro de Alvarado, y Cristóbal de Olid y Andrés de Tapia en su busca con otros de a caballo hacia los esteros donde le vimos apartar, y en aquel instante vinieron los otros dos mozos de espuelas que habían ido con Cortés, que se escaparon, y se decía el uno Monroy, y el otro Tomas de Rijoles, y dijeron que ellos por ser ligeros escaparon, y que Cortés y los demás se vienen poco a poco porque traen los caballos heridos: y estando en esto viene Cortés, con el cual nos alegramos, puesto que él venía muy triste y como lloroso: llamabanse los mozos de espuelas que llevaron a México a sacrificar el uno Francisco Martín Vendobal, y este nombre de Vendobal se puso por ser algo loco, y el otro se decía Pedro Gallego. Pues como allí llegó Cortés a Tacuba, llovía mucho, y reparamos cerca de dos horas en unos grandes patios, y Cortés con otros Capitanes, y el Tesorero Alderete que venía ya nulo, y el Frayle Melgarejo, y otros muchos soldados subimos en el alto Cu de aquel pueblo, que desde él se señoreaba muy bien la ciudad de México, que está muy cerca, y toda la laguna, y las demás ciudades que están en el agua pobladas: y cuando el Fraile y el Tesorero Alderete vieron tantas ciudades y tan grandes, y todas asentadas en el agua, estaban admirados. Pues cuando vieron la gran ciudad de México y la laguna, y tanta multitud de canoas, que unas iban cargadas con bastimentos, y otras iban a pescar y otras baldías, mucho más se espantaron porque no las habían visto hasta en aquella sazón: y dijeron que nuestra venida en esta Nueva España que no eran cosas de hombres humanos, sino que la gran misericordia de Dios era quien nos sostenía; y que otras veces han dicho que no se acuerdan haber leído en ninguna escritura, que hayan hecho



ningunos vasallos tan grandes servicios a su Rey como son los nuestros: y que ahora lo dicen muy mejor, y que de ello harían relación a su Majestad. Dejemos de otras muchas pláticas que allí pasaron, y cómo consolaba el Fraile a Cortés por la pérdida de sus mozos de espuelas que estaba muy triste por ellos, y digamos cómo Cortés y todos nosotros estábamos mirando desde Tacuba el gran Cu del ídolo Huichilobos, y el Taltelulco, y los aposentos donde solíamos estar, y mirábamos toda la ciudad, y los puentes y calzada por donde salimos huyendo, y en este instante suspiró Cortés con una muy gran tristeza, muy mayor que la que de antes traía por los hombres que le mataron antes que en el alto Cu subiese: y desde entonces dijeron un cantar o romance: *En Tacuba está Cortés, con su escuadron esforzado, triste estaba y muy penoso, triste y con gran cuidado: la una mano en la mejilla, y la otra en el costado, etc.* Acuérdome que entonces le dijo un soldado, que se decía el Bachiller Alonso Pérez, que después de ganada la Nueva España fue Fiscal y vecino en México: Señor Capitán, no esté Vmd. tan triste, que en las guerras estas cosas suelen acaecer, y no se dirá por Vmd. mira Nero de Tarpeya a Roma cómo se ardía: y Cortés le dijo que ya veía cuantas veces había enviado a México a rogarles con la paz, y que la tristeza no la tenía por sola una cosa, sino en pensar en los grandes trabajos en que nos habíamos de ver hasta tornar a señorear: y que con la ayuda de Dios presto lo pondríamos por la obra. Dejemos estas pláticas y romances, pues no estábamos en tiempo de ellos, y digamos cómo se tomó parecer entre nuestros Capitanes y soldados si daríamos una vista a la calzada, pues estaba tan cerca de Tacuba donde estábamos: y como no había pólvora ni muchas saetas, y todos los más soldados de nuestro ejército heridos, acordándonos que otra vez poco más había de un mes que Cortés les probó a entrar en la calzada con muchos soldados que llevaba y estuvo en gran peligro, porque temió ser desbaratado, como dicho tengo en el capítulo pasado que de ello habla: y fue acordado que luego nos fuésemos nuestro camino por temor no tuviésemos en ese día o en la noche alguna refriega con los Mexicanos; porque Tacuba está muy cerca de la gran ciudad de México: y con la llevada que entonces llevaron vivos de los soldados no enviase Guatemuz sus grandes poderes contra nosotros: y comenzamos a caminar, y pasamos por Escapuzalco y hallárnosle despoblado; y luego fuimos a Tenayuca, que era gran pueblo, que le solíamos llamar el pueblo de las sierpes. Ya he dicho otra vez en el capítulo que de ello habla, que tenían tres sierpes en el Adoratorio mayor en que adoraban, y las tenían por



sus ídolos, y también estaban despoblados: y desde allí fuimos a Guatitlan, y en todo este día no dejó de llover muy grandes aguaceros: y como íbamos con nuestras armas auestas, que jamás las quitábamos de día ni de noche, y con la mucha agua y el peso de ellas íbamos quebrantados, y llegamos ya que anohecía a aquel gran pueblo, y también estaba despoblado, y en toda la noche no dejó de llover, y había grandes lodos, y los naturales de él y otros escuadrones Mexicanos nos daban tanta grita de noche de unas acequias y partes que no les podíamos hacer mal, y como hacía muy oscuro y llovía no se podían poner velas ni rondas, y no hubo concierto ninguno, ni acertábamos con los puestos: y esto digo porque a mí me pusieron para velar la prima, y jamás acudió a mi puesto ni cuadrillero ni rondas, y así se hizo en todo el Real. Dejemos de este descuido, y tornemos a decir que otro día fuimos camino de otra gran población, que no me acuerdo el nombre, y había grandes lodos en él, y hallármola despoblada: y otro día pasamos por otros pueblos, y también estaban despoblados: y otro día llegamos a un pueblo que se dice Aculman, sujeto de Tezcucu; y como supieron en Tezcucu como íbamos, salieron a recibir a Cortés, y vinieron muchos Españoles que habían venido entonces de Castilla. Y también vino a recibirnos el Capitán Gonzalo de Sandoval con muchos soldados, y juntamente el Señor de Tezcucu, que ya he dicho que se decía Don Fernando: y se hizo a Cortés buen recibimiento, así de los nuestros, como de los recién venidos de Castilla, y muchos más de los naturales de los pueblos comarcanos: pues trajeron de comer, y luego esa noche se volvió Sandoval a Tezcucu con todos sus soldados a poner en cobro su Real. Y otro día por la mañana fue Cortés con todos nosotros camino de Tezcucu¹⁸: y como íbamos cansados y heridos, y dejábamos muertos nuestros soldados y compañeros, y sacrificados en poder de los Mexicanos, en lugar de descansar y curar nuestras heridas, tenían ordenada una conjuración ciertas personas de calidad de la parcialidad de Narváez, de matar a Cortés, y a Gonzalo de Sandoval, y a Pedro de Alvarado, y Andrés de Tapia: y lo que más pasó diré adelante.

¹⁸ Cortés entró en Tezcucu en fines de Abril de 1521.



CAPÍTULO CXLVI.

Cómo desde que llegamos con Cortés a Tezcucó con todo nuestro ejército y soldados, de la entrada de rodear los pueblos de la laguna, tenían concertado entre ciertas personas de los que habían pasado con Narváez, de matar a Cortés y a todos los que fuésemos en su defensa: y quien fue primero autor de aquella chirinola, fue uno que había sido gran amigo de Diego Velázquez Gobernador de Cuba; al cual soldado Cortés le mandó ahorcar por sentencia: y como se herraron los esclavos, y se apercibió todo el Real, y los pueblos nuestros amigos, y se hizo alarde y ordenanzas, y otras cosas que más pasaron.

Ya he dicho cómo veníamos tan destrozados y heridos de la entrada por mí nombrada, pareció ser que un gran amigo del Gobernador de Cuba, que se decía Antonio de Villafañá, natural de Zamora, o de Toro, se concertó con otros soldados de los de Narváez; los cuales no nombro sus nombres por su honor; que así como viniese Cortés de aquella entrada que le matasen, y había de ser de esta manera: que como en aquella sazón había venido un navío de Castilla, que cuando Cortés estuviese sentado a la mesa comiendo con sus Capitanes y soldados, que entre aquellas personas que tenían hecho el concierto, que trajesen una carta muy cerrada y sellada, como que venía de Castilla, y que dijese que era de su padre Martín Cortés, y que cuando la estuviese leyendo le diesen de puñaladas, así al Cortés, como a todos los Capitanes y soldados que cerca de Cortés nos hallásemos en su defensa. Pues ya hecho y consultado todo lo por mí dicho, los que lo tenían concertado, quiso nuestro Señor que dieron parte del negocio a dos personas principales, que aquí tampoco quiero nombrar, que habían ido en la entrada con nosotros, y aun a uno de ellos en el concierto que tenían le habían nombrado por uno de los Capitanes Generales, después que hubiesen muerto a Cortés, y asimismo a otros soldados de los de Narváez hacían Alguacil mayor, y Alférez, y Alcaldes, y Regidores, y Contador, y Tesorero, y Veedor, y otras cosas de este arte, y aun repartido entre ellos nuestros bienes y caballos: y este concierto estuvo encubierto dos días después que llegamos a Tezcucó, y nuestro Señor Dios fue servido que tal cosa no pasase, porque era perderse la Nueva España, y todos nosotros muriéramos, porque luego se levantaran bandos y chirinolas. Pareció ser que un soldado lo descubrió a Cortés, que luego pusiese remedio en ello, antes que más fuego sobre aquel caso se



encendiese; porque le certificó aquel buen soldado, que eran muchas personas de calidad en ello: y como Cortés lo supo, después de hacer grandes ofrecimientos y dádivas que le dio a quien se lo descubrió, muy presto secretamente lo hace saber a todos nuestros Capitanes, que fueron Pedro de Alvarado, y a Francisco de Lugo, y a Cristóbal de Olid, y a Gonzalo de Sandoval, y Andrés de Tapia, y a mí, y a dos Alcaldes Ordinarios que eran de aquel año, que se decían Luis Marín y Pedro de Ircio, y a todos nosotros los que éramos de la parte de Cortés; y así como lo supimos, nos apercebimos, y sin más tardar fuimos con Cortés a la posada de Antonio de Villafaña, y estaban con él muchos de los que eran en la conjuración, y de presto le echamos mano al Villafaña, con cuatro Alguaciles que Cortés llevaba; y los Capitanes y soldados que con el Villafaña estaban, comenzaron a huir, y Cortés les mandó detener y prender algunos de ellos: y cuando tuvimos preso al Villafaña, Cortés le sacó del seno el memorial que tenía con las firmas de los que fueron en el concierto que dicho tengo: y como lo hubo leído, y vio que eran muchas personas en ello de calidad, y por no infamarlos, echó fama que comió el memorial el Villafaña, y que no le había visto, ni leído: y luego hizo proceso contra él, y tomada la confesión, dijo la verdad, y con muchos testigos que había de fe y de creer, que tomaron sobre el caso, por sentencia que dieron los Alcaldes Ordinarios, juntamente con Cortés, y el Maestre de Campo Cristóbal de Olid, y después que se confesó con el Padre Juan Díaz le ahorcaron de una ventana del aposento, donde posaba el Villafaña; y no quiso Cortés que otro ninguno fuese infamado en aquel mal caso, puesto que en aquella sazón echaron presos a muchos por poner temores, y hacer señal que quería hacer justicia de otros: y como el tiempo no daba lugar a ello, se disimuló, y luego acordó Cortés de tener guarda para su persona, y fue su Capitán un hidalgo que se decía Antonio de Quiñones, natural de Zamora, con doce soldados buenos hombres y esforzados, y le velaban de día y de noche, y a nosotros de los que sentía que éramos de su banda, nos rogaba que mirásemos por su persona. Y desde allí adelante, aunque mostraba gran voluntad a las personas que eran en la conjuración, siempre se recelaba de ellos. Dejemos esta materia, y digamos cómo luego se mandó pregonar, que todos los Indios y Indias que habíamos habido en aquellas entradas los llevasen a herrar dentro de dos días, a una casa que estaba señalada para ello: y por no gastar más palabras en esta relación sobre la manera que se vendían en la almoneda, más de las que otras veces tengo dichas en las dos veces que se herraron, si mal lo



habían hecho de antes, muy peor se hizo esta vez, que después de sacado el Real quinto, sacaba Cortés el suyo, y otras treinta sacaliñas para Capitanes: y si eran hermosas y buenas Indias las que metíamos a herrar las hurtaban de noche del montón, que no parecían hasta de ahí a buenos días, y por esta causa se dejaban de herrar muchas piezas, que después teníamos por Naborías. Dejemos de hablar en esto, y digamos lo que después en nuestro Real se ordenó.



CAPÍTULO CXLVII.

Cómo Cortés mandó a todos los pueblos nuestros amigos que estaban cercanos de Tezcuco, que hiciesen almacén de saetas, y casquillos de cobre, y lo que en nuestro Real más pasó.

Como se hubo hecho justicia del Antonio de Villafaña, y estaban ya pacíficos los que eran juntamente con él conjurados de matar a Cortés, y a Pedro de Alvarado, y al Sandoval, y a los que fuésemos en su defensa, según más largamente lo tengo escrito en el capítulo pasado; y viendo Cortés que ya los bergantines estaban hechos, y puestas sus jarcias, y velas, y remos muy buenos, y más remos de los que habían menester para cada bergantín, y la zanja de agua por donde habían de salir a la laguna, muy ancha y hondable¹⁹, envió a decir a todos los pueblos nuestros amigos, que estaban cerca de Tezcuco, que en cada pueblo hiciesen ocho mil casquillos de cobre, que fuesen según otros que les llevaron por muestra, que eran de Castilla; y asimismo les mandó que en cada pueblo labrasen y desbastasen otras ocho mil saetas de una madera muy buena que también les llevaron muestra, y les dio de plazo ocho días para que trajesen las saetas y casquillos a nuestro Real; lo cual trajeron para el tiempo que se les mandó, que fueron más de cincuenta mil casquillos, y otras tantas mil saetas, y los casquillos fueron mejores que los de Castilla: y luego mandó Cortés a Pedro Barba, que en aquella sazón era Capitán de ballesteros, que los repartiese, así saetas, como casquillos, entre todos los ballesteros: y que les mandase que siempre desbastasen el almacén, y las emplumasen con engrudo, que pega mejor que lo de Castilla, que se hace de unas como raíces, que se dice cactile; y asimismo mandó al Pedro Barba, que cada balletero tuviese dos cuerdas bien pulidas y aderezadas para sus ballestas, y otras tantas nueces, para que si se quebrase alguna cuerda o saltase la nuez, que luego se pusiese otra, y que siempre

¹⁹ La obra de la zanja es una prueba del poder a que llegó Cortés: "Después de haber dado vueltas a las lagunas, en que tomamos muchos avisos para poner el cerco a Temixtitan por la tierra, y por el agua, yo estuve en Tesalco, forneciéndome lo mejor que pude de gente y de armas, y dando prisa en que se acabasen los bergantines, y una zanja, que se hacía para llevarlos por ella hasta la laguna, la cual zanja se comenzó a hacer, luego que la ligazón, y tablazón de los bergantines se trajeron en una acequia de agua, que iba por cabe los aposentamientos hasta dar en la laguna: y desde donde los vergantines se ligaron, y la zanja se comenzó a hacer ahí bien media legua hasta la laguna: y en esta obra anduvieron cincuenta días, más de ocho mil personas cada día de los naturales de la provincia de Aculuacan y Tesalco, porque la zanja tenía más de dos estados de hondura, y otros tantos de anchura, e iba toda chapada, y estacada, por manera que el agua, que por ella iba, la pusieron en el peso de la laguna, de forma que las fustas se podían llevar sin peligro, y sin trabajo hasta el agua, que cierto que fue obra grandísima, y mucho para ver." *Cortés. Carta III.*



tirasen a terrero, y viesen a qué pasos llegaba la fuga de sus ballestas: y para ello se les dio mucho hilo de Valencia para las cuerdas, porque en el navío que he dicho que vino pocos días había de Castilla, que era de Juan de Burgos, trajo mucho hilo y gran cantidad de pólvora y ballestas, y otras muchas armas, y herraje y escopetas. Y también mandó Cortés a los de a caballo que tuviesen sus caballos herrados, y las lanzas puestas a punto, y que cada día cabalgasen y corriesen, y les mostrasen muy bien a revolver y escaramuzar: y hecho esto envió mensajeros y cartas a nuestro amigo Xicotenga el Viejo, que como ya he dicho otras veces, era vuelto cristiano, y se llamaba Don Lorenzo de Vargas, y a su hijo Xicotenga el Mozo, y a sus hermanos, y al Chichimecatecle, haciéndoles saber, que en pasando el día de Corpus Christi, habíamos de partir de aquella ciudad para ir sobre México a ponerle cerco, y que le enviase veinte mil guerreros de los suyos de Tlascala, y los de Guaxocingo y Cholula, pues todos eran amigos y hermanos en armas, y ya lo sabían los Tlascaltecas de sus mismos Indios, el plazo y concierto, como siempre iban de nuestro Real cargados de despojos de las entradas que hacíamos. También apercibió a los de Chalco, y Talmalanco, y sus sujetos, que se apercibiesen para cuando los enviásemos a llamar: y se les hizo saber, como era para poner cerco a México, y en qué tiempo habíamos de ir: y también se les dijo a Don Hernando Señor de Tezcucó, y a sus principales, y a todos sus sujetos, y a todos los más pueblos nuestros amigos: y todos a una respondieron que lo harían muy cumplidamente lo que Cortés les enviaba a mandar, y que venían, y los de Tlascala vinieron pasada la Pascua del Espíritu Santo. Hecho esto se acordó de hacer alarde un día de Pascua; lo cual diré adelante el concierto que se dio.



CAPÍTULO CXLVIII.

Cómo se hizo alarde en la ciudad de Tezcuco en los patios mayores de aquella ciudad, y los de a caballo, ballesteros, y escopeteros y soldados que se hallaron, y las ordenanzas que se pregonaron, y otras cosas que se hicieron.

Después que se dio la orden, así como antes he dicho, y se enviaron mensajeros y cartas a nuestros amigos los de Tlascalá y a los de Chalco, y se dio aviso a los demás pueblos, acordó Cortés con nuestros Capitanes y soldados, que para el segundo día del Espíritu Santo, que fue el año de mil y quinientos y veinte y un años se hiciese alarde; el cual alarde se hizo en los patios mayores de Tezcuco, y halláronse ochenta y cuatro de a caballo, y seiscientos y cincuenta soldados de espada y rodela, y muchos de lanzas, y ciento y noventa y cuatro ballesteros y escopeteros, y de estos se sacaron para los trece bergantines, los que ahora diré: para cada bergantín doce ballesteros y escopeteros, estos no habían de remar: y además de esto también se sacaron otros doce remeros para cada bergantín a seis por banda, que son los doce que he dicho. Y además de esto un Capitán para cada bergantín. Por manera que sale a cada bergantín a veinte y cinco soldados con el Capitán, y trece bergantines que eran a veinte y cinco soldados, son doscientos y ochenta y ocho, y con los artilleros que le dieron, además de los veinte y cinco soldados, fueron en todos los bergantines trescientos soldados por la cuenta que he dicho, y también les repartió los tiros de frulera, y halconetes que teníamos, y la pólvora que les parecía que habían menester: y esto hecho, mandó pregonar las ordenanzas que todos habíamos de guardar.

Lo primero, que ninguna persona fuese osada de blasfemar de nuestro Señor Jesucristo, ni de nuestra Señora su bendita Madre, ni de los Santos Apóstoles, ni otros Santos, so graves penas.

Lo segundo, que ningún soldado tratase mal a nuestros amigos, pues iban para ayudarnos, ni les tomasen cosa ninguna, aunque fuesen de las cosas que ellos habían adquirido en la guerra, ni aunque fuese India, ni Indio, ni oro, ni plata, ni chalchihues.

Lo tercero, que ningún soldado fuese osado de salir, ni de día, ni de noche de nuestro Real, para ir a ningún pueblo de nuestros amigos, ni a otra parte a traer de comer, ni a otra cualquier cosa, so graves penas.



Lo cuarto, que todos los soldados llevasen muy buenas armas, y bien colchadas, y gorjal, y papahígos, y antiparas y rodela, que como sabíamos que era tanta la multitud de vara y piedra, y flecha y lanza, para todo era menester llevar las armas que decía el pregón.

Lo quinto, que ninguna persona jugase caballo, ni armas por vía ninguna, con gran pena que se les puso.

Lo sexto y último, que ningún soldado, ni hombre de a caballo, ni balletero, ni escopetero, duerma sin estar con todas sus armas vestidas, y con alpargates calzados, excepto si no fuese con gran necesidad de heridas, o estar doliente, porque estuviésemos muy bien aparejados para cualquiera tiempo que los Mexicanos viniesen a darnos guerra. Y además de esto se pregonaron las leyes que se mandan guardar en lo militar; que es al que se duerme en la vela, o se va del puesto que le ponen, pena de muerte: y se pregonó que ningún soldado vaya de un Real a otro sin licencia de su Capitán, so pena de muerte. Más se pregonó, que el soldado que dejase su Capitán en la guerra o batalla, y se huya, pena de muerte. Esto pregonado, diré en lo que más se entendió.



CAPÍTULO CXLIX.

Cómo Cortés buscó a los marineros que eran menester para remar en los bergantines, y se les señaló Capitanes que habían de ir en ellos, y de otras cosas que se hicieron.

Después de hecho el alarde, ya otras veces dicho, como vio Cortés que para remar los bergantines no hallaban tantos hombres del mar que supiesen remar, puesto que bien se conocían los que habíamos traído en nuestros navíos que dimos al través con ellos, cuando vinimos con Cortés; y asimismo se conocían los marineros de los navíos de Narváez y de los de Jamaica, y todos estaban puestos por memoria, y los habían apercebido, porque habían de remar, y aun con todos ellos no había recaudo para todos trece bergantines, y muchos de ellos rehusaban, y aún decían que no habían de remar: y Cortés hizo pesquisa para saber los que eran marineros, y habían visto que iban a pescar, o si erando Palos, o Moguer, o de Triana, o del Puerto, o de otro cualquier puerto, o parte donde hay marineros, les mandaba so graves penas, que entrasen en los bergantines: y aunque más hidalgos dijesen que eran les hizo ir a remar: y de esta manera juntó ciento y cincuenta hombres para remar, y ellos fueron los mejor librados que nosotros los que estábamos en las calzadas batallando, y quedaron ricos de despojos, como adelante diré: y desde que Cortés les hubo mandado que anduviesen en los bergantines, y les repartía los ballesteros, y escopeteros, y pólvora, y tiros, y saetas, y todo lo demás que era menester, y les mandó poner en cada bergantín las banderas Reales, y otras banderas del nombre que se decía ser el bergantín, y otras cosas que convenían; nombró por Capitanes para cada uno de ellos a los que ahora aquí diré. A Garcí-Holguín, Pedro Barba, Juan de Limpías, Carvajal el Sordo, Juan Jaramillo, Jerónimo Ruiz de la Mota, Carvajal su compañero, que ahora es muy viejo, y vive en la calle de San Francisco: y a un Portillo que entonces vino de Castilla, buen soldado, que tenía una mujer hermosa: y a un Zamora, que fue maestre de navíos, que vivía ahora en Guaxaca: y a un Colmenero que era marinero, buen soldado: y a un Lerma, y a Ginés Nortes, y a Briones natural de Salamanca; el otro Capitán no me acuerdo su nombre, y a Miguel Díaz de Auz: y cuando los hubo nombrado, mandó a todos los ballesteros y escopeteros, y a los demás soldados que habían de remar que obedeciesen a los Capitanes que les ponía, y no saliesen de su mandado so graves penas; y les dio las



instrucciones que cada Capitán había de hacer, y en qué puesto habían de ir de las calzadas, y con qué Capitanes de los de tierra. Acabado de poner en concierto todo lo que he dicho, viniéronle a decir a Cortés que venían los Capitanes de Tlascalca con gran copia de guerreros²⁰, y venía en ellos por Capitán General Xicotenga el Mozo, el que fue Capitán cuando las guerras de Tlascalca: y éste fue el que nos trataba la traición en Tlascalca, cuando salimos huyendo de México, según otras muchas veces lo he referido; y que traía en su compañía otros dos hermanos hijos del buen viejo Don Lorenzo de Vargas, y que traía gran copia de Tlascaltecas, y de Guaxocingo, y otro Capitán de Cholultecas: y aunque eran pocos, porque a lo que siempre vi, después que en Cholula se les hizo el castigo, ya otra vez por mí dicho en el capítulo que de ello habla, después acá jamás fueron con los Mexicanos, ni aun con nosotros, sino que se estaban a la mira, que aun cuando nos echaron de México no se hallaron ser nuestros contrarios. Dejemos de esto, y volvamos a nuestra relación, que como Cortés supo que venía Xicotenga y sus hermanos, y otros Capitanes, y vinieron un día primero del plazo que les enviaron a decir que viniesen, salió a recibirles Cortés un cuarto de legua de Tezcuco con Pedro de Alvarado, y otros nuestros Capitanes; y como encontraron con el Xicotenga y sus hermanos, les hizo Cortés mucho acato, y les abrazó, y a todos los más Capitanes: y venían en gran ordenanza, y todos muy lucidos, con grandes divisas, cada Capitanía por sí, y sus banderas tendidas, y el ave blanca que tienen por armas, que parece águila con sus alas tendidas: traían sus Alféreces revolando sus banderas y estandartes, y todos con sus arcos y flechas, y espadas de a dos manos, y varas con tiraderas, y otros macanas y lanzas grandes, y otras chicas, y sus penachos, y puestos en concierto, y dando voces y gritos, y silbos, diciendo: viva el Emperador nuestro Señor y Castilla, Castilla, Tlascalca, Tlascalca: y tardaron en entrar en Tezcuco más de tres horas, y Cortés los mandó aposentar en unos buenos aposentos, y los mandó dar de comer de todo lo que en nuestro Real había: y después de muchos abrazos y ofrecimientos que los haría ricos, se despidió de ellos, y les dijo, que otro día les diría lo que habían de hacer, y que ahora venían cansados, que reposasen: y en aquel instante que llegaron aquellos Caciques de Tlascalca, que dicho tengo, entraron en nuestro Real cartas, que enviaba un soldado, que se decía Hernando de Barrientos, desde un pueblo que se dice Chinanta, que estará de México obra de noventa leguas: y lo que en ella se contenía era que habían muerto los

²⁰ Cincuenta mil Tlascaltecas. *Cortés. Carta III.*



Mexicanos en el tiempo que nos echaron de México a tres compañeros suyos, cuando estaban en las escandas y minas donde los dejó el Capitán Pizarro (que así se llamaba) para que buscasen y descubriesen todas aquellas comarcas si había minas ricas de oro, según dicho tengo en el capítulo que de ello habla; y que el Barrientos que se acogió a aquel pueblo de Chinanta, donde estaba, y que son enemigos de Mexicanos. Este pueblo fue donde trajeron las picas cuando fuimos sobre Narváez. Y porque no hacen al caso a nuestra relación otras particularidades que decía en la carta, se dejará de decir: y Cortés sobre ella le escribió en respuesta, dándole relación de la manera que íbamos de camino para poner cerco a México, y que a todos los Caciques de aquellas Provincias les diese sus encomiendas, y que mirase que no se viniese de aquella tierra hasta tener carta suya, porque en el camino no le matasen los Mexicanos. Dejemos esto, y digamos cómo Cortés ordenó de la manera que habíamos de ir a poner cerco a México, y quién fueron los Capitanes; y lo que más en el cerco sucedió.



CAPÍTULO CL.

Cómo Cortés mandó que fuesen tres guarniciones de soldados, y de a caballo, y ballesteros, y escopeteros por tierra a poner cerco a la gran ciudad de México, y los Capitanes que nombró para cada guarnición, y los soldados, y de a caballo, y ballesteros, y escopeteros que les repartió, y los sitios y ciudades donde habíamos de asentar nuestros Reales.

Mandó que Pedro de Alvarado fuese por Capitán de ciento y cincuenta soldados de espada y rodela, y muchos llevaban lanzas, y les dio treinta de a caballo, y diez y ocho escopeteros y ballesteros; y nombro que fuesen juntamente con él a Jorge de Alvarado su hermano, y a Gutiérrez de Badajoz, y a Andrés de Monjaraz, y estos mandó que fuesen Capitanes de cada cincuenta soldados, y que repartiesen entre todos tres los escopeteros y ballesteros, tanto a una Capitanía, como a otra; y que el Pedro de Alvarado fuese Capitán de los de a caballo y General de las tres Capitanías, y le dio ocho mil Tlascaltecas con sus Capitanes, y a mí me señaló y mandó que fuese con el Pedro de Alvarado, y que fuésemos a poner sitio en la ciudad de Tacuba y mandó que las armas que llevásemos fuesen muy buenas, y papahígos, y gorjales y antiparas, porque era mucha la vara y piedra, como granizo, y flechas, y lanzas, y macanas y otras armas de espadas de a dos manos, con que los Mexicanos peleaban con nosotros, y para tener defensa con ir bien armados: y aun con todo esto cada día que batallábamos había muertos y heridos, según adelante diré. Pasemos a otra Capitanía.

Dio a Cristóbal de Olid, que era Maestre de Campo, otros treinta de a caballo, y ciento y setenta y cinco soldados, y veinte escopeteros y ballesteros, y todos con sus armas, según y de la manera que los dio a Pedro de Alvarado, y le nombró otros tres Capitanes, que fue Andrés de Tapia, y Francisco Verdugo y Francisco de Lugo, y entre todos tres Capitanes repartiesen los soldados, y escopeteros y ballesteros; y que el Cristóbal de Olid fuese Capitán General de las tres Capitanías, y de los de a caballo, y le dio otros ocho mil Tlascaltecas, y le mandó que fuese a asentar su Real en la ciudad de Cuyoacan, que estará de Tacuba dos leguas.

De otra guarnición de soldados hizo Capitán a Gonzalo de Sandoval, que era Alguacil mayor, y le dio veinte y cuatro de a caballo, y catorce escopeteros y ballesteros, y ciento y cincuenta soldados de espada y rodela y lanza, y más de ocho mil



Indios de guerra de los de Chalco y Guaxocingo, y de otros pueblos por donde el Sandoval había de ir, que eran nuestros amigos, y le dio por compañeros y Capitanes a Luis Marín y a Pedro de Ircio, que eran amigos del Sandoval; y les mandó que entre los dos Capitanes repartiesen los soldados, y ballesteros y escopeteros, y que el Sandoval tuviese a su cargo los de a caballo, y que fuese General de todos, y que sentase su Real junto a Iztapalapa, y que le diese guerra, y le hiciese todo el mal que pudiese hasta que otra cosa le fuese mandado: y no partió Sandoval de Tezcuco hasta que Cortés que era Capitán de los bergantines estaba muy a punto para salir con los trece bergantines por la laguna; en los cuales llevaba trescientos soldados con ballesteros y escopeteros, porque así estaba ordenado. Por manera que Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olid habíamos de ir por una parte y Sandoval por otra. Digamos ahora que los unos a mano derecha, y los otros desviados por otro camino, y esto es así; porque los que no saben aquellas ciudades y la laguna lo entiendan, porque se tornaban casi que a juntar. Dejemos de hablar más en ello, y digamos que a cada Capitán se le dio; las instrucciones de lo que les era mandado, y como nos habíamos de partir para otro día por la mañana: y porque no tuviésemos tantos embarazos en el camino, enviamos adelante todas las Capitanías de Tlascala hasta llegar a tierra de Mexicanos. Y yendo que iban los Tlascaltecas descuidados con su Capitán Chichimecatecle, y otros Capitanes con sus gentes, no vieron que iba Xicotenga el Mozo, que era el Capitán General de ellos; y preguntando y pesquisando el Chichimecatecle qué se había hecho, o donde se había quedado, alcanzaron a saber que se había vuelto aquella noche encubiertamente para Tlascala, y que iba a tomar por fuerza el Cacicazgo, y vasallos y tierra del mismo Chichimecatecle: y las causas que para ello decían los Tlascaltecas eran, que como el Xicotenga el Mozo vio ir los Capitanes de Tlascala a la guerra, especialmente a Chichimecatecle, que no tendría contradictores, porque no tenía temor de su padre Xicotenga el Ciego, que como padre le ayudaría, y nuestro amigo Mase Escaci, que ya era muerto, y a quien temía era el Chichimecatecle. Y también dijeron que siempre conocieron del Xicotenga no tener voluntad de ir a la guerra de México, porque le oían decir muchas veces, que todos nosotros y ellos habían de morir en ella. Pues desde que aquello vio y entendió el Chichimecatecle, cuyas eran las tierras y vasallos que iba a tomar, vuelve del camino más que de paso, y viene a Tezcuco a hacérselo saber a Cortés: y como Cortés lo supo, mandó que con brevedad fuesen cinco Principales de Tezcuco, y otros dos de Tlascala,



amigos del Xicotenga, a hacerle volver del camino, y le dijesen que Cortés le rogaba que luego se volviese para ir contra sus enemigos los Mexicanos, y que mire que su padre Lorenzo de Vargas si no fuera viejo, y ciego como estaba, viniera sobre México: y que pues toda Tlascalca fueron y son muy leales servidores de su Majestad, que no quiera él infamarlos con lo que ahora hace, y le envió a hacer muchos prometimientos y promesas, y que le daría oro y mantas porque volviese: y la respuesta que le envió a decir fue, que si el viejo de su padre, y Mase Escaci le hubieran creído, que no se hubieran señoreado tanto de ellos, que les hace hacer todo lo que quiere; y por no gastar más palabras, dijo que no quería venir. Y como Cortés supo aquella respuesta, de presto dio un mandamiento a un Alguacil, y con cuatro de a caballo, y cinco Indios Principales de Tezcucó que fuesen muy en posta, y donde quiera que lo alcanzasen que lo ahorcasen, y dijo: Ya en este Cacique no hay enmienda, sino que siempre nos ha de ser traidor y malo, y de malos consejos; y que no era tiempo para más sufrirle, que bastaba lo pasado y presente. Y como Pedro de Alvarado lo supo, rogó mucho por él, y Cortés, o le dio buena respuesta, o secretamente mandó al Alguacil y a los de a caballo que no le dejasen con la vida, y así se hizo, que en un pueblo sujeto a Tezcucó le ahorcaron; y en esto hubieron de parar sus traiciones. Algunos Tlascaltecas hubo que dijeron que su padre Don Lorenzo de Vargas envió a decir a Cortés que aquel su hijo era malo, y que no se confiase de él, y que procurase de matarle. Dejemos esta plática así, y diré que por esa causa nos detuvimos aquel día sin salir de Tezcucó: y otro día que fueron trece de Mayo de mil y quinientos y veinte y un años salimos entrambas Capitanías juntas, porque así Cristóbal de Olid, como Pedro de Alvarado habíamos de llevar un camino, y fuimos a dormir a un pueblo sujeto de Tezcucó que se dice Azulina: y pareció ser que el Cristóbal de Olid envió adelante a aquel pueblo a tomar posada, y tenía puesto en cada casa por señal ramos verdes encima de las azuleas: y cuando llegamos con Pedro de Alvarado no hallamos donde posar, y sobre ello ya habíamos echado mano a las armas los de nuestra Capitanía contra los de Cristóbal de Olid, y aun los Capitanes desafiados, y no faltó Caballeros de entrambas partes que se metieron entre nosotros y se pacificó algo el ruido, y no tanto, que todavía estábamos todos resabidos: y desde allí lo hicieron saber a Cortés, y luego envió en posta a Fr. Pedro Melgarejo y al Capitán Luis Marín, y escribió a los Capitanes y a todos nosotros, reprehendiéndonos por la cuestión, y persuadiéndonos la paz: y como llegaron nos hicieron amigos; mas desde allí adelante



no se llevaron bien los Capitanes, que fue Pedro de Alvarado, y Cristóbal de Olid: y otro día fuimos caminando entrambas las Capitanías juntas, y fuímonos a dormir a un gran pueblo, que estaba despoblado porque ya era tierra de Mexicanos: y otro día fuimos nuestro camino también a dormir a otro gran pueblo que se decía Guautitlan, que otras veces he nombrado, y también estaba sin gente: y otro día pasamos por otros dos pueblos, que se decían Tenayuca y Escapuzalco, y también estaban despoblados; y asimismo se aposentaron todos nuestros amigos los Tlascaltecas, y aun aquella tarde fueron por las estancias de aquellas poblaciones, y trajeron de comer, y con buenas velas y escuchas, y corredores del campo, como siempre teníamos para que no nos cogiesen desapercibidos, dormimos aquella noche; porque ya he dicho otras veces que la ciudad de México está junto a Tacuba²¹: y ya que anochece oímos grandes gritas que nos daban desde la laguna, diciéndonos muchos vituperios, y que no éramos hombres para salir a pelear con ellos, y tenían tantas de las canoas llenas de gente de guerra, y las calzadas asimismo llenas de guerreros; y aquellas palabras que nos decían eran con pensamiento de indignarnos para que saliésemos aquella noche a guerrear, y herirnos más a su salvo: y como estábamos escarmentados de lo de las calzadas y puentes muchas veces por mí nombrados, no quisimos salir hasta otro día, que fue Domingo después de haber oído Misa, que nos la dijo el Padre Juan Díaz: y después de encomendarnos a Dios, acordamos que entrambas Capitanías juntas fuésemos a quebrar el agua de Chalputepeque, de que se proveía la ciudad, que estaba desde allí de Tacuba aun no media legua. Y yendo a quebrarles los caños topamos muchos guerreros que nos esperaban en el camino, porque bien entendido tenían que aquello había de ser lo primero en que los podríamos dañar; y así como nos encontraron cerca de unos pasos malos, comenzaron a flecharnos y tirar vara y piedra con hondas, y nos hirieron a tres soldados; mas de presto les hicimos volver las espaldas, y nuestros amigos los de Tlascala los siguieron de manera que mataron veinte, y prendieron siete u ocho de ellos: y como aquellos grandes escuadrones estuvieron puestos en huida, les quebramos los caños por donde iba el agua a su ciudad, y desde entonces nunca fue a México entre tanto que duró la guerra. Y como aquello hubimos hecho, acordaron nuestros Capitanes que luego fuésemos a dar una vista, y entrar por la calzada de Tacuba, y hacer lo que

²¹ Téngase presente que Tacuba, a donde había de mandar Alvarado, con quien iba el Autor, estaba muy cerca, aun no media legua de Temixitlan, de cuya plaza, o Tlatelulco salía una calle y calzada que llegaba hasta Tacuba. Iztapalapa distaba legua y media a corta diferencia, como también Cuyoacan.



pudiésemos para ganarles un puente: y llegados que fuimos a la calzada eran tantas las canoas que en la laguna estaban llenas de guerreros, y en las mismas canoas y calzadas, que nos admirábamos de ello, y tiraron tanta de vara, y flecha, y piedra con hondas, que en la primera refriega hirieron treinta de nuestros soldados, y murieron tres, y aunque nos hacían tanto daño todavía les fuimos entrando por la calzada adelante hasta un puente: y a lo que yo entendí, ellos nos daban lugar a ello por meternos de la parte del puente; y como allí nos tuvieron digo que cargaron tanta multitud de guerreros sobre nosotros que no nos podíamos valer; porque por la calzada dicha, que son ocho pasos de ancho, ¿qué podíamos hacer a tan gran poderío, que estaban de la una parte y de la otra de la calzada, y daban en nosotros como a terrero? Porque ya que nuestros escopeteros y ballesteros no hacían sino armar y tirar a las canoas, no les hacíamos daño sino muy poco, porque las traían muy bien armadas de talabardones de madera. Pues cuando arremetíamos a los escuadrones que peleaban en la misma calzada, luego se echaban al agua; y había tantos de ellos que no nos podíamos valer. Pues los de a caballo no aprovechaban cosa ninguna, porque les herían los caballos de la una parte y de la otra desde el agua; y ya que arremetían tras los escuadrones echábanse al agua, y tenían hechos otros mamparos, donde estaban otros guerreros aguardando con unas lanzas largas, que habían hecho con las armas que nos tomaron cuando nos echaron de México, y salimos huyendo; y de esta manera estuvimos peleando con ellos obra de una hora, y tanta prisa nos daban que no nos podíamos sustentar contra ellos, y aun vimos que venía por otras partes una gran flota de canoas a atajarnos los pasos para tomarnos las espaldas: y conociendo esto nuestros Capitanes y todos nuestros soldados, apercibimos que los amigos Tlascaltecas que llevábamos nos embarazaban mucho la calzada, que se saliesen fuera, porque en el agua vista cosa es que no pueden pelear, y acordamos de con buen concierto retraernos, y no pasar más adelante. Pues cuando los Mexicanos nos vieron retraer y echar fuera los Tlascaltecas, qué grita y alaridos nos daban, y cómo se venían a juntar con nosotros pie con pie, digo que yo no lo sé escribir, porque toda la calzada hincharon de vara y flecha, y piedra de las que nos tiraban; pues las que caían en el agua muchas más serían: y como nos vimos en tierra firme, dimos gracias a Dios por habernos librado de aquella batalla, y ocho de nuestros soldados quedaron aquella vez muertos, y más de cincuenta heridos, y aun con todo esto nos daban grita y decían vituperios desde las canoas, y nuestros amigos los Tlascaltecas les decían, que saliesen a



tierra, y que fuesen doblados los contrarios, y pelearían con ellos. Esta fue la primera cosa que hicimos, quitarles el agua, y darle vista a la laguna, aunque no ganamos honra con ellos: y aquella noche nos estuvimos en nuestro Real, y se curaron los heridos, y aun se murió un caballo, y pusimos buen cobro de velas y escuchas: y otro día de mañana dijo el Capitán Cristóbal de Olid, que se quería ir a su puesto, que era a Cuyoacan, que estaba de allí legua y media, y por más que le rogó Pedro de Alvarado, y otros Caballeros, que no se apartasen aquellas dos Capitanías, sino que se estuviesen juntas, jamás quiso; porque como era el Cristóbal muy esforzado, y en la vista que el día antes dimos a la laguna no nos sucedió bien, decía el Cristóbal de Olid, que por culpa de Pedro de Alvarado habíamos entrado inconsideradamente: por manera que jamás quiso quedar, y se fue donde Cortés le mandó, que es Cuyoacan, y nosotros nos quedamos en nuestro Real: y no fue bien apartarse una Capitanía de otra en aquella sazón; porque si los Mexicanos tuvieran aviso que éramos pocos soldados, en cuatro o cinco días que allí estuvimos apartados antes que los bergantines viniesen, y dieran sobre nosotros, y en los de Cristóbal de Olid, corriéramos harto trabajo, o hicieran gran daño. Y de esta manera estuvimos en Tacuba, y el Cristóbal de Olid en su Real sin osar dar más vista, ni entrar por las calzadas, y cada día teníamos en tierra rebatos de muchos Mexicanos, que salían a tierra firme a pelear con nosotros, y aun nos desafiaban para meternos en parte donde fuesen señores de nosotros, y no les pudiésemos hacer ningún daño. Y dejarlo he aquí, y diré como Gonzalo de Sandoval salió de Tezcucó cuatro días después de la fiesta de Corpus Christi, y se vino a Iztapalapa, que casi todo el camino era de amigos, y sujeto de Tezcucó; y como llegó a la población de Iztapalapa, luego les comenzó a dar guerra, y a quemar muchas casas de las que estaban en tierra firme, porque las demás casas todas estaban en la laguna; mas no tardó muchas horas, que luego vinieron en socorro de aquella ciudad grandes escuadrones de Mexicanos, y tuvo Sandoval con ellos una buena batalla, y grandes rencuentros cuando peleaban en tierra: y después de acogidos a las canoas, les tiraban mucha vara y flecha, y piedra, y herían algunos soldados. Y estando de esta manera peleando, vieron que en una sierrezuela que está allí junto a Iztapalapa en tierra firme, hacían grandes ahumadas, y que les respondían con otras ahumadas de otros pueblos que están poblados en la laguna, y era señal que se apellidaban todas las canoas de México, y de todos los pueblos de alrededor de la laguna, porque vieron a Cortés que ya había salido de Tezcucó con los trece



bergantines, porque luego que se vino el Sandoval de Tezcucó, no aguardó allí más Cortés: y la primera cosa que hizo en entrando en la laguna, fue combatir a un Peñol que estaba en una isleta junto a México, donde estaban recogidos muchos Mexicanos, así de los naturales de aquella ciudad, como de los forasteros que se habían ido a hacer fuertes, y salió a la laguna contra Cortés todo el número de canoas que había en todo México, y en todos los pueblos que están poblados en el agua o cerca de ella, que son Suchimileco, Cuyoacan, Iztapalapa, y Huichilobusco, y Mexicalcingo y otros pueblos, que por no detenerme no nombro, y todos juntamente fueron contra Cortés, y a esta causa aflojaron algo los que daban guerra en Iztapalapa a Sandoval; y como todos los más de aquella ciudad en aquel tiempo estaban poblados en el agua, no les podía hacer mal ninguno, puesto que a los principios mató muchos de los contrarios, y como llevaba muy gran copia de amigos, con ellos cautivó y prendió mucha gente de aquellas poblaciones. Dejemos al Sandoval, que quedó aislado en Iztapalapa, que no podía venir con su gente a Cuyoacan, si no era por una calzada que atravesaba por mitad de la laguna, y si por ella viniera, no hubiera bien entrado, cuando le desbarataran los contrarios, por causa que por entrambas a dos partes del agua le habían de guerrear, y él no había de ser Señor de poderse defender, y a esta causa se estuvo quedo. Dejemos al Sandoval, y digamos, que como Cortés vio que se juntaban tantas flotas de canoas contra sus trece bergantines, las temió en gran manera, y eran de temer, porque eran más de cuatro mil canoas, y dejó el combate del Peñol, y se puso en parte de la laguna, para si viese en aprieto poder salir con sus bergantines a lo largo, y correr a la parte que quisiese: y mandó a sus Capitanes que en ellos venían, que no curasen de embestir, ni apretar contra canoas ningunas hasta que refrescase más el viento de tierra, porque en aquel instante comenzaba a ventear: y como las canoas vieron que los bergantines reparaban, creían que de temor de ellos lo hacían, y era verdad como lo pensaron, y entonces les daban mucha prisa los Capitanes Mexicanos, y mandaban a todas sus gentes, que luego fuesen a embestir con nuestros bergantines: y en aquel instante vino un viento muy recio y muy bueno, y con buena prisa que se dieron nuestros remeros, y el tiempo aparejado, mandó Cortés embestir con la flota de canoas, y trastornaron muchas de ellas, y prendieron y mataron muchos Indios, y las demás canoas se fueron a recoger entre las casas que están en la laguna en parte que no podían llegar a ellas nuestros bergantines, por manera que este fue el primer combate que se hubo por la laguna, y



Cortés tuvo victoria, gracias a Dios por todo, Amen²². Y como aquello fue hecho, se fue con los bergantines hacia Cuyoacan donde estaba asentado el Real de Cristóbal de Olid, y peleó con muchos escuadrones Mexicanos, que lo esperaban en partes peligrosas creyendo de tomarles los bergantines: y como le daban mucha guerra desde las canoas que estaban en la laguna, y desde unas torres de ídolos mandó sacar de los bergantines cuatro tiros, y con ellos daba guerra, y mataba y hería a muchos Indios, y tanta prisa tenían los artilleros, que por descuido se les quemó la pólvora, y aun se chamuscaron algunos de ellos las caras y manos: y luego despachó Cortés un bergantín muy ligero a Iztapalapa al Real de Sandoval para que trajesen toda la pólvora que tenía, y le escribió que de allí donde estaba no se mudase. Dejemos a Cortés, que siempre tenía rebatos de Mexicanos hasta que se juntó en el Real de Cristóbal de Olid: y en dos días que allí estuvo, siempre le combatían muchos contrarios: y porque yo en aquella sazón estaba en lo de Tacuba con Pedro de Alvarado, diré lo que hicimos en nuestro Real, y es que como sentimos que Cortés andaba por la laguna, entramos por nuestra calzada adelante, y con gran concierto, y no como la primera vez, y les llegamos al puente, y los ballesteros y escopeteros con mucho concierto, tirando unos y armando otros, y a los de a caballo les mandó Pedro de Alvarado que no entrasen con nosotros entre las calzadas: y de esta manera estuvimos unas veces peleando, y otras poniendo resistencia no entrasen por tierra, porque cada día teníamos refriegas, y en ellas nos mataron tres soldados, y también entendíamos en adobar los malos pasos. Dejemos esto, y digamos cómo Gonzalo de Sandoval, que estaba en Iztapalapa, viendo que no les podía hacer mal a los de Iztapalapa, porque estaban en el agua, y ellos a él le herían sus soldados, acordó de venirse a unas casas y población que estaban en el agua, que podían entrar en ellas, y les comenzó a combatir: y estándoles dando guerra envió Guatemuz, gran Señor de México a muchos guerreros a ayudarles, y deshacer, y abrir la calzada por donde había

²² Cortés describe la situación de los Españoles en este tiempo. "Y como la gente de los nuestros estaba dividida en tantas partes, los de las guarniciones (de Alvarado y Olid, que marcharon antes que Sandoval) deseaban mi llegada con los bergantines, como la salvación... Los de la guarnición de Cuyoacan, que podían mejor que los de la Ciudad de Tacuba ver cómo veníamos con los bergantines, como vieron todas las trece velas por el agua, y que traíamos tan buen tiempo, y que desbaratábamos todas las canoas de los enemigos, según después me certificaron, fue la cosa de el mundo, de que más placer hubieron, y que más ellos deseaban; porque como he dicho, ellos, y los de Tacuba tenían muy gran deseo de mi venida, y con mucha razón, porque estaba la una guarnición, y la otra entre tanta multitud de enemigos, que milagrosamente los animaba nuestro Señor, y enflaquecía los ánimos de los enemigos para que no se determinasen a salir acometer a su Real; lo cual si fuera, no pudiera ser menos de recibir los Españoles mucho daño, aunque siempre estaban muy apercebidos, y determinados de morir, o ser vencedores, como aquellos que se hallaban apartados de toda manera de socorro, salvo de aquel, que de Dios esperaban." *Cortés. Carta III.*



entrado el Sandoval para tomarles dentro, y que no tuviesen por donde salir: y envió por otra parte mucha más gente de guerra: y como Cortés estaba con Cristóbal de Olid, y vieron salir gran copia de canoas hacia Iztapalapa, acordó de ir con los bergantines, y con toda la Capitanía de Cristóbal de Olid hacia Iztapalapa, en busca de Sandoval, y yendo por la laguna con los bergantines, y el Cristóbal de Olid por la calzada, vieron que estaban abriendo la calzada muchos Mexicanos, y tuvieron por cierto que estaba allí en aquellas casas el Sandoval, y fueron con los bergantines, y le hallaron peleando con el escuadrón de guerreros que envió el Guatemuz, y cesó algo la pelea: y luego mandó Cortés a Gonzalo de Sandoval, que dejase aquello de Iztapalapa, y fuese por tierra a poner cerco a otra calzada, que va desde México a un pueblo que se dice Tepeaquilla, donde añora llaman nuestra Señora de Guadalupe, donde hace y ha hecho muchos y admirables milagros. Y digamos cómo Cortés repartió los bergantines, y lo que más se hizo.



CAPÍTULO CLI.

Cómo Cortés mandó repartir los doce bergantines, y mandó que se sacase la gente del más pequeño bergantín, que se decía Busca ruido, y de lo demás que pasó.

Como Cortés y todos nuestros Capitanes y soldados entendimos, que sin los bergantines no podríamos entrar por las calzadas para combatir a México, envió cuatro de ellos a Pedro de Alvarado, y en su Real, que era el de Cristóbal de Olid, dejó seis bergantines, y a Gonzalo de Sandoval en la calzada de Tepeaquilla envió dos, y mandó que el bergantín más pequeño, que no anduviese más en el agua, porque no le trastornasen las canoas, que no era de sustento, y la gente y marineros que en él andaban, mandó repartir en los otros doce, porque ya estaban muy mal heridos veinte hombres de los que en ellos andaban. Pues desde que nos vimos en nuestro Real de Tacuba con aquella ayuda de los bergantines, mandó Pedro de Alvarado y que los dos de ellos anduviesen por la una parte de la calzada, y los otros dos de la otra parte, y comenzamos a pelear muy de hecho, porque las canoas que nos solían dar guerra desde el agua, los bergantines las desbarataban, y así teníamos lugar de ganarles algunos puentes y albarradas: y cuando con ellos estábamos peleando, era tanta la piedra con hondas, y vara y flecha que nos tiraban, que por bien que íbamos armados, todos los más soldados nos descalabraban, y quedábamos heridos, y hasta que la noche nos despartía no dejábamos la pelea y combate. Pues quiero decir, el mudarse de escuadrones con sus divisas, y insignias de las armas que de los Mexicanos se remudaban de rato en rato; pues a los bergantines cual los paraban de las azoteas, que los cargaban de vara y flecha y piedra, porque era más que granizo, y no lo sé aquí decir, ni habrá quien lo pueda comprender, sino los que en ello nos hallamos, que venía tanta multitud de ellas como granizo, y de presto cubrían la calzada: pues ya que con tantos trabajos les ganábamos alguna puente o albarrada, y la dejábamos sin guarda, aquella misma noche la habían de tornar a hondar, y ponían muy mejores defensas, y aun hacían hoyos encubiertos en el agua, para que otro día cuando peleásemos, al tiempo de retraer, nos embarazásemos y cayésemos en los hoyos, y pudiesen en sus canoas desbaratarnos, porque así mismo tenían aparejadas muchas canoas para ello puestas en partes que no las viesen nuestros bergantines para cuando nos tuviesen en aprieto en los hoyos, los unos por tierra, y los otros por el agua dar en nosotros: y para



que nuestros bergantines no nos pudiesen venir a ayudar, tenían hechas muchas estacadas en el agua encubiertas en partes que en ellas zabordasen, y de esta manera peleábamos cada día. Ya he dicho otras veces que los caballos muy poco aprovechaban en las calzadas, porque si arremetían o daban alcance a los escuadrones que con nosotros peleaban, luego se les arrojaban en el agua, y a unos mamparos que tenían hechos en las calzadas donde estaban otros escuadrones de guerreros aguardando con lanzas largas de las nuestras, o darles que habían hecho muy más largas que son las nuestras, de las armas que tomaron cuando el gran desbarate que nos dieron en México: y con aquellas lanzas y grandes rociadas de flecha y vara, y piedra que tiraban de la laguna, herían y mataban los caballos, antes que se les hiciese a los contrarios daño: y además de esto, los caballeros cuyos eran no los querían aventurar, porque costaba en aquella sazón un caballo ochocientos pesos, y aun algunos costaban a más de mil, y no los había, especialmente no pudiendo alancear por las calzadas, sino muy pocos contrarios. Dejemos esto, y digamos que cuando la noche nos despartía, curábamos nuestros heridos con aceite; y un soldado que se decía Juan Catalán que nos las santiguaba y ensalmaba, y verdaderamente digo, que hallábamos que nuestro Señor Jesucristo era servido de darnos esfuerzo además de las muchas mercedes que cada día nos hacía, y de presto sanaban; y así heridos y entrapajados habíamos de pelear desde la mañana hasta la noche, que si los heridos se quedaran en el Real sin salir a los combates, no hubiera de cada Capitanía veinte hombres sanos para salir. Pues nuestros amigos los de Tlascala, como veían que aquel hombre que dicho tengo, nos santiguaba, todos los heridos y descalabrados venían a él, y eran tantos, que en todo el día harto tenía que curar. Pues quiero decir de nuestros Capitanes, y Alféreces, y compañeros de bandera, que salíamos llenos de heridas, y las banderas rotas, y digo, que cada día habíamos menester un Alférez, porque salíamos tales, que no podían tornar a entrar a pelear, y llevar las banderas: pues con todo esto ¿por ventura teníamos que comer, no digo de falta de tortillas de maíz, que hartas teníamos, sino algún refrigerio para los heridos? Maldito aquel: lo que nos daba la vida era unos quilites, que son unas yerbas que comen los Indios, y cerezas de la tierra mientras las había, y después tunas, que en aquella sazón vino el tiempo de ellas: y otro tanto como hacíamos en nuestro Real, hacían en el Real donde estaba Cortés, y en el de Sandoval, que jamás día ninguno faltaban Capitanías de Mexicanos, que siempre les iban a dar guerra; ya he dicho otras



veces, que desde que amanecía hasta la noche, porque para ello tenía Guatemuz señalados los Capitanes y escuadrones que a cada calzada habían de acudir; y el Taltelulco, y los pueblos de la laguna, ya otra vez por mí nombrados, tenían señaladas, para que en viendo una señal en el Cu mayor de Taltelulco, acudiesen unos en canoas y otros por tierra, y para ello tenían los Capitanes Mexicanos señalados, y con gran concierto, cómo y cuándo, y a qué partes habían de acudir. Dejemos esto, y digamos como nosotros mudamos otra orden y manera de pelear, y es esta que diré: que como veíamos que cuantas obras de agua ganábamos de día, y sobre lo ganar mataban de nuestros soldados, y todos los más estábamos heridos, lo tornaban a cegar los Mexicanos, acordamos que todos nos fuésemos a meter en la calzada, en una placeta donde estaban unas torres de ídolos, que las habíamos ya ganado, y había espacio para hacer nuestros ranchos²³; aunque eran muy malos, que en lloviendo todos nos mojábamos, y no eran para más de cubrirnos del sereno, y del sol, y dejamos en Tacuba las Indias que nos hacían pan, y quedaron en su guarda todos los de a caballo, y nuestros amigos los de Tlascala, para que mirasen y guardasen los pasos no viniesen de los pueblos comarcanos a darnos en la rezaga en las calzadas, mientras que estábamos peleando: y desde que hubimos asentado nuestros ranchos, donde dicho tengo, desde allí adelante procuramos, que luego las casas, o barrios o aberturas de agua que les ganásemos, que luego lo cegásemos²⁴, y que las casas diésemos con ellas en tierra, y las deshiciésemos, porque ponerlas fuego, tardaban mucho en quemarse, y desde unas casas a otras no se podían encender, porque como ya otras veces he dicho, cada casa estaba en el agua, y sin pasar en puentes o en canoas no pueden ir de una parre a otra, porque si queríamos ir por el agua nadando, desde las azoteas que tenían nos hacían mucho mal, y derrocándose las casas estábamos muy más seguros, y cuando les ganábamos alguna albarrada, o puente o paso malo donde ponían mucha resistencia, procurábamos de guardarla de día y de noche, y es de esta manera: que todas nuestras Capitanías velábamos las noches juntas, y el concierto que para ello se dio fue que tomaba la vela desde que anohecía hasta media noche la primera Capitanía, y eran sobre cuarenta soldados; y desde media noche hasta dos horas antes que amaneciese, tomaba la vela otra Capitanía de otros cuarenta hombres, y no se iban del puesto los primeros, que allí

²³ Esto se ha de entender de los del Real de Pedro de Alvarado, que se alojaron en la calzada, osadía que admiró a Cortés cuando lo supo. *Cortés. Carta III.*

²⁴ Esta fue la ordenanza más esencial en el asedio de México, y la que Cortés encargó a los Capitanes con el mayor rigor.



en el suelo dormíamos, y este cuarto es el de la modorra: y luego venían otros cuarenta y tantos soldados, y velaban el alba, que eran aquellas dos horas que había hasta el día, y tampoco se habían de ir los que velaban la modorra, que allí habían de estar, por manera que cuando amanecía nos hallábamos velando sobre ciento y veinte soldados todos juntos, y aun algunas noches cuando sentíamos mucho peligro, desde que anohecía hasta que amanecía, todos los del Real estábamos juntos aguardando el gran ímpetu de los Mexicanos por temor no nos rompiesen; porque teníamos aviso de unos Capitanes Mexicanos que en las batallas prendimos, que el Guatemuz tenía pensamiento, y puesto en plática con sus Capitanes, que procurasen en una noche, o de día romper por nosotros en nuestra calzada, y que venciéndonos por aquella nuestra parte, que luego eran vencidas y desbaratadas las dos calzadas donde estaba Cortés, y en la donde estaba Gonzalo de Sandoval: y también tenía concertado, que los nueve pueblos de la laguna, y el mismo Tacuba, y Escapuzalco, y Tenayuca, que se juntasen, y que para el día que ellos quisiesen romper, y dar en nosotros, que se diese en las espaldas en la calzada, y que las Indias que nos hacían pan, que teníamos en Tacuba, y fardaje, que las llevasen de vuelo una noche. Y como esto alcanzamos a saber, apercibimos a los de a caballo que estaban en Tacuba, que toda la noche velasen y estuviesen alerta, y también a nuestros amigos los Tlascaltecas: y así como el Guatemuz lo tenía concertado, lo puso por obra, que vinieron muy grandes escuadrones, y unas noches nos venían a romper y dar guerra a media noche, y otras a la modorra, y otras al cuarto del Alba, y venían algunas veces sin hacer rumor, y otras con grandes alaridos, de suerte que no nos daban un punto de quietud: y cuando llegaban a donde estábamos velando, la vara, piedra y flecha que tiraban, y otros muchos con lanzas, era cosa de ver, y puesto que herían algunos de nosotros, como los resistíamos volvían muchos heridos; y otros muchos guerreros vinieron a dar en nuestro fardaje, y los de a caballo, y Tlascaltecas los desbarataron diferentes veces, porque como era de noche no aguardaban mucho: y de esta manera que he dicho velábamos, que ni porque lloviese, ni vientos, ni fríos, y aunque estábamos metidos en medio de grandes lodos, y heridos, allí habíamos de estar; y aun esa miseria de tortillas, y yerbas que habíamos de comer, o tunas, sobre la obra del batallar, como dicen los oficiales, había de ser; pues con todos estos recaudos que poníamos con tanto trabajo, heridas y muertes de los nuestros, nos tornaban abrir la puente o calzada que les habíamos ganado, que no se les podía



defender de noche, que no lo hiciesen, y otro día se la tornábamos a ganar y a cegar, y ellos a tornarla a abrir, y hacer más fuerte con mamparos, hasta que los Mexicanos mudaron otra manera de pelear, la cual diré en su coyuntura. Y dejemos de hablar de tantas batallas como cada día teníamos, y otro tanto en el Real de Cortés, y en el de Sandoval, y digamos, ¿que qué aprovechaba haberles quitado el agua de Chalputepeque? Ni menos aprovechaba haberles vedado que por las tres calzadas no les entrase bastimento ni agua, ni tampoco aprovechaban nuestros bergantines estándole en nuestros Reales, no sirviendo de más de cuando peleábamos, poder hacernos espaldas de los guerreros de las canoas, y de los que peleaban de las azoteas; porque los Mexicanos metían mucha agua y bastimentos de los nueve pueblos que estaban poblados en el agua, porque en canoas les proveían de noche, y de otros pueblos sus amigos, de maíz y gallinas, y todo lo que querían: y para otro día evitar que no les entrase esto, fue acordado por todos los tres reales, que dos bergantines anduviesen de noche por la laguna a dar caza a las canoas que venían cargadas con bastimentos y agua, y todas las canoas que se les pudiesen quebrar o traer a nuestros Reales que se las tomasen: y hecho este concierto fue bueno, puesto que para pelear y guardarnos hacían falta de noche los dos bergantines; mas hicieron mucho provecho en quitar que no les entrasen bastimentos y agua: y aun con todo esto no dejaban de ir muchas canoas cargadas de ello: y como los Mexicanos andaban descuidados en sus canoas metiendo bastimentos, no había día que no traían los bergantines que andaban en su busca, presa de canoas, y muchos Indios colgados de las antenas. Dejemos esto, y digamos el ardid que los Mexicanos tuvieron para tomar nuestros bergantines, y matar los que en ellos andaban, y es de esta manera, que como he dicho, cada noche, y en las mañanas iban a buscar por la laguna sus canoas, y las trastornaban con los bergantines, y prendían muchas de ellas, acordaron de armar treinta piraguas, que son canoas muy grandes, con muy buenos remeros y guerreros, y de noche se metieron todas treinta entre unos carrizales en parte que los bergantines no las pudiesen ver, y cubiertas de ramas echaban de antenoche dos o tres canoas, como que llevaban bastimentos o metían agua, y con buenos remeros; y en parte que les parecía a los Mexicanos que los bergantines habían de correr cuando con ellos peleasen, habían hincado muchos maderos gruesos hechos estacadas para que en ellos zabordasen: pues como iban las canoas por la laguna, mostrando señal de temerosas, arrimadas algo a los carrizales, salen dos de nuestros



bergantines tras ellas, y las dos canoas hacen que se van retrayendo a tierra a la parte que estaban las treinta piraguas en celada, y los bergantines siguiéndolas, y ya que llegaban a la celada, salen todas las piraguas juntas, y dan tras nuestros bergantines, y de presto hirieron a todos los soldados, y remeros, y Capitanes, y no podían ir a una parte ni a otra por las estacadas que les tenían puestas, por manera que mataron a un Capitán que se decía fulano de Portillo gentil soldado que había sido en Italia, e hirieron a Pedro Barba, que fue otro muy buen Capitán, y desde a tres días murió de las heridas; tomaron el bergantín. Estos dos bergantines eran del Real de Cortés, de lo cual recibió muy gran pesar, más desde a pocos días se lo pagaron muy bien con otras celadas que echaron, lo cual diré a su tiempo. Y dejemos ahora de hablar de ellos, y digamos como en el Real de Cortés, y en el de Gonzalo de Sandoval siempre tenían muy grandes combates, y muy mayores en el de Cortés, porque mandaba quemar, y derrocar casas y cegar puentes; y todo lo que ganaba cada día lo cegaba; y enviaba a mandar a Pedro de Alvarado, que mirase que no pasásemos puente ni abertura de la calzada, sin que primero la tuviésemos ciega, y que no quedase casa que no se derrocara, y se pusiese fuego: y con los adobes y madera de las casas que derrocábamos, cegábamos los pasos y aberturas de las puentes: y nuestros amigos los de Tlascala nos ayudaban en toda la guerra muy como varones. Dejemos de esto, y digamos, como los Mexicanos vieron que todas las casas las allanábamos por el suelo, y que los puentes y aberturas las cegábamos, acordaron de pelear de otra manera: y fue que abrieron un puente y zanja muy ancha y honda²⁵, que cuando la pasábamos en partes, no hallábamos pie, y tenían en ellas hechos muchos hoyos, que no los podíamos ver dentro en el agua, y unos mamparos y albarradas, así de la una parte, como de la otra de aquella abertura, y tenían hechas muchas estacadas con maderos gruesos en partes que nuestros bergantines zabordasen si nos viniesen a socorrer, cuando estuviésemos peleando sobre tomarles aquella fuerza, porque bien entendían que la primera cosa que habíamos de hacer, era deshacerles el albarrada, y pasar aquella abertura de agua para entrarles en la ciudad: y así mismo tenían aparejadas en partes escondidas muchas canoas bien armadas de guerreros, y buenos guerreros: y un Domingo de mañana comenzaron a venir por tres partes grandes escuadrones de guerreros, y nos acometen de tal manera, que tuvimos bien que hacer en sustentarnos no nos desbaratasen, y ya en aquella sazón había mandado Pedro de

²⁵ Por el lado de la calle y calzada de Tacuba donde estaban Alvarado, y el Autor, quien habla como testigo de vista de lo que pasó en su Real.



Alvarado, que la mitad de los de a caballo que solían estar en Tacuba, durmiesen en la calzada, porque no tenían tanto riesgo como al principio, porque ya no había azoteas, y todas las más casas estaban derrocadas, y podían correr por algunas partes de las calzadas, sin que de las canoas ni azoteas les pudiesen herir los caballos. Y volvamos a nuestro propósito, y es que de aquellos tres escuadrones que vinieron muy bravosos, los unos por una parte donde estaba la gran abertura en el agua, y los otros por unas casas de las que les habíamos derrocado, y el otro escuadrón nos había tomado las espaldas de la parte de Tacuba, y estábamos como cercados: los de a caballo con nuestros amigos los de Tlascala, rompieron por los escuadrones que nos habían tomado las espaldas, y todos nosotros estuvimos peleando muy valerosamente con los otros dos escuadrones hasta les hacer retraer; mas era fingida aquella muestra que hacían que huían, y les ganamos la primera albarrada, y la otra albarrada donde se hicieron fuertes, también la desampararon, y nosotros creyendo que llevábamos victoria pasamos aquella agua a vuela pie, y por donde la pasamos no había ningunos hoyos, y vamos siguiendo el alcance entre unas grandes casas, y torres de adoratorios, y los contrarios hacían que todavía huían, y se retraían, y no dejaban de tirar vara y piedra con hondas y mucha flecha: y cuando no nos catamos, tenían encubiertos en partes que no los podíamos ver, tanta multitud de guerreros que nos salen al encuentro, y otros muchos desde las azoteas y desde las casas; y los que primero hacían que se iban retrayendo vuelven sobre nosotros todos a una, y nos dan tal mano, que no les podíamos sustentar, y acordamos de volvernos retrayendo con gran concierto: y tenían aparejadas en el agua, y abertura que les teníamos ganado, tanta flota de canoas en la parte por donde primero habíamos pasado, donde no había hoyos, porque no pudiésemos pasar por aquel paso, que nos hicieron ir a pasar por otra parte, donde he dicho que estaba muy más honda el agua: y tenían hechos muchos hoyos, y como venían contra nosotros tanta multitud de guerreros, y nos veníamos retrayendo, pasábamos el agua a nado, y a vuela pie, y caíamos todos los más soldados en los hoyos; entonces acudieron todas las canoas sobre nosotros, y allí apañaron los Mexicanos cinco de nuestros soldados, y los llevaron a Guatemuz, e hirieron a todos los más: pues los bergantines que aguardábamos para nuestra ayuda, no podían venir porque todos estaban zabordados en las estacadas que les tenían puestas, y con las canoas y azoteas les dieron buena mano de vara y flecha, y mataron dos soldados remeros, e hirieron a muchos de los nuestros. Y volvamos a los



hoyos y aberturas, digo que fue maravilla como no nos mataron a todos en ellos: de mí digo, que ya me habían echado mano muchos Indios, y tuve manera para desembarazar al brazo, y nuestro Señor Jesucristo me dio esfuerzo, para que a buenas estocadas que les di me salvase, y bien herido en un brazo: y como me vi fuera de aquella agua en parte segura me quedé sin sentido, sin poderme sostener en mis pies, y sin huelgo ninguno: y esto causó la gran fuerza que puse para descabullirme de aquella gentecilla, y de la mucha sangre que me salió; y digo que cuando me tenían engarrafado, que en el pensamiento yo me encomendaba a nuestro Señor Dios, y a nuestra Señora su bendita Madre, y ponía la fuerza que he dicho, por donde me salvé, gracias a Dios por las mercedes que me hace. Otra cosa quiero decir, que Pedro de Alvarado, y los de a caballo, como tuvieron hartos en romper los escuadrones que nos venían por las espaldas de la parte de Tacuba, no pasó ninguno de ellos aquella agua, ni albarradas, sino fue uno solo de a caballo que había venido poco había de Castilla, y allí le mataron a él y al caballo: y como vio el Pedro de Alvarado, que nos veníamos retrayendo, nos iba ya a socorrer con otros de a caballo, y si allá pasara, por fuerza habíamos de volver sobre los Indios, y si volviera no quedara ninguno de ellos, ni de los caballos, ni de nosotros a vida, porque la cosa estaba de arte, que cayeran en los hoyos, y había tantos guerreros, que les mataran los caballos con lanzas que para ello tenían largas, y desde las muchas azoteas que había, porque esto que pasó era en el cuerpo de la ciudad: y con aquella victoria que tenían los Mexicanos, todo aquel día que era Domingo, como dicho tengo, tornaron a venir a nuestro Real otra tanta multitud de guerreros, que no nos dejaban, ni nos podíamos valer, que ciertamente creyeron de desbaratarnos, y nosotros con unos tiros de bronce y buen pelear nos sostuvimos contra ellos, y con velar todas las Capitanías juntas cada noche. Dejemos de esto, y digamos como Cortés lo supo, del gran enojo que tenía²⁶, escribió luego en un bergantín a Pedro de Alvarado, que mirase que en bueno ni en malo dejase un paso por cegar, y que todos los de a caballo durmiesen en las calzadas, y en toda la noche estuviesen ensillados y enfrenados, y que no curásemos de pasar más adelante hasta haber cegado con adobes y madera aquella gran abertura: y que tuviesen buen recaudo en el Real. Pues como vimos que por nosotros había acaecido aquel desmán, desde allí adelante procurábamos de tapar y cegar aquella abertura; y aunque fue con hartos trabajos, y heridas que sobre ella nos

²⁶ Por haber faltado a la rigurosa ordenanza de cegar todo puente y paso de agua, que se ganase. *Cortés. Carta III.*



daban los contrarios, y muerte de seis soldados, en cuatro días la tuvimos cegada, y en las noches sobre ella misma velábamos todas las tres Capitanías, según la orden que dicho tengo: y quiero decir, que entonces como los Mexicanos estaban junto a nosotros cuando velábamos, que también ellos tenían sus velas, y por cuartos se mudaban, y era de esta manera; que hacían grande lumbre que ardía toda la noche, y los que velaban estaban apartados de la lumbre, y desde lejos no les podíamos ver, porque con la claridad de la leña, que siempre ardía, no podíamos ver los Indios que velaban, más bien sentíamos cuando se remudaban, y cuando venían a atizar su leña: y muchas noches había, que como llovía en aquella sazón mucho, les apagaba la lumbre, y la tornaban a encender, y sin hacer rumor, ni hablar entre ellos palabra, se entendían con unos silbos que daban. También quiero decir, que nuestros escopeteros y ballesteros, muchas veces cuando sentíamos que se venían a trocar las velas, les tiraban a bulto, y piedras, y saetas perdidas, y no les hacíamos mal, porque estaban en parte que aunque de noche quisiéramos ir a ellos, no podíamos con otra gran abertura de zanja bien honda que habían abierto a mano, y albarradas, y mamparos que tenían: y también ellos nos tiraban a bulto mucha piedra, y vara y flecha. Dejemos de hablar de estas velas, y digamos, como cada día íbamos por nuestra calzada adelante peleando con muy buen concierto, y les ganaron la abertura que he dicho, donde velaban: y era tanta la multitud de los contrarios que contra nosotros cada día venían, y la vara, flecha y piedra, que tiraban que nos herían a todos, aunque íbamos con gran concierto, y bien armados. Pues ya que se había pasado todo el día batallando, y se venía la tarde, y no era coyuntura para pasar más adelante, sino volvernos retrayendo, en aquel tiempo tenían ellos muchos escuadrones aparejados, creyendo que con la gran prisa que nos diesen al tiempo del retraer, nos desbaratarían; porque venían tan bravosos como tigres, y pie con pie se juntaron con nosotros: y como aquello conocíamos de ellos, la manera que teníamos para retraer era ésta; que la primera cosa que hacíamos era echar de la calzada a nuestros amigos los Tlascaltecas; porque como eran muchos, con nuestro favor querían llegar a pelear con los Mexicanos, y como eran mañosos, que no deseaban otra cosa, sino vernos embarazados con los amigos; y con grandes arremetidas que hacían por todas tres partes, para podernos tomar en medio, o atajar algunos de nosotros; y con los muchos Tlascaltecas que embarazaban, no podíamos pelear a todas partes, y por esta causa los echábamos fuera de la calzada, en parte que los poníamos en salvo: y cuando



nos veíamos que no teníamos embarazo de ellos, nos retraíamos al Real no vueltas las espaldas, sino haciéndoles rostro, unos ballesteros, y escopeteros soltando, y otros armando, y nuestros cuatro bergantines cada dos de los lados de las calzadas por la laguna, defendiéndonos por las flotas de las canoas, y de las muchas piedras de las azoteas, y casas que estaban por derrocar: y aun con todo este concierto, teníamos harto riesgo de nuestras personas, hasta volvernos a los ranchos, y luego nos quemábamos con aceite nuestras heridas, y apretarlas con mantas de la tierra, y cenar de las tortillas que nos traían de Tacuba, y yerbas, y tunas quien lo tenía: y luego íbamos a velar a la abertura del agua, como dicho tengo: y luego a otro día por la mañana sus a pelear; porque no podíamos hacer otra cosa; porque por muy de mañana que fuese, ya estaban sobre nosotros los batallones contrarios, y aun llegaban a nuestro Real, y nos decían vituperios, y de esta manera pasábamos nuestros trabajos. Dejemos por ahora de contar de nuestro Real, que es el de Pedro de Alvarado, y volvamos al de Cortés, que siempre de noche y de día le daban combates, y le mataban y herían muchos soldados, y era de la manera que a nosotros los del Real de Tacuba; y siempre traía dos bergantines a dar caza de noche a las canoas que entraban en México con bastimentos y agua: y parece ser que el un bergantín prendió a dos principales que venían en una de las muchas canoas que venían con bastimento, y de ellos supo Cortés, que tenían en celada entre unos matorrales cuarenta piraguas, y otras tantas canoas, para tomar a alguno de nuestros bergantines, como hicieron la otra vez: y aquellos dos principales que se prendieron, Cortés les halagó, y dio mantas, y con muchos prometimientos, que en ganando a México les daría tierras; y con nuestras lenguas Doña Marina, y Aguilar les preguntó, que a qué parte estaban las piraguas, porque no se pusieron donde la otra vez: y ellos señalaron en el puesto y paraje que estaban; y aun avisaron que habían hincado muchas estacas de maderos gruesos en partes, para que si los bergantines fuesen huyendo de sus piraguas, zabordasen, y allí los apañasen, y matasen a los que iban en ellos. Y como Cortés tuvo aquel aviso, apercibió seis bergantines que aquella noche se fuesen a meter a unos carrizales apartados obra de un cuarto de legua donde estaban las piraguas, y que se cubriesen con mucha rama: y fueron a remo callado, y estuvieron toda la noche aguardando, y otro día muy de mañana mandó Cortés que fuese un bergantín, como que iba a dar caza a las canoas que entraban con bastimentos, y mandó que fuesen los dos Indios principales que se prendieron dentro del bergantín, porque mostrasen en qué



parte estaban las piraguas, porque el bergantín fuese hacia allá: y asimismo los Mexicanos nuestros contrarios concertaron de echar dos canoas echadizas como la otra vez a donde estaba su celada, como que traían bastimento, para que se cebase el bergantín en ir tras ellas. Por manera que ellos tenían un pensamiento, y nosotros otro como el suyo de la misma manera: y como el bergantín que echó Cortés vio a las canoas que echaron los Indios para cebarle, iba tras ellas, y las dos canoas hacían que se iban huyendo a tierra a donde estaba su celada de sus piraguas, y luego nuestro bergantín hizo Semblante, que no osaba llegar a tierra, y que se volvía retrayendo: y cuando las piraguas y otras muchas canoas le vieron que se volvía, salen tras él con gran furia, y remar todo lo que podían, y le iban siguiendo, y el bergantín se iba como huyendo donde estaban los otros seis bergantines en celada, y todavía las piraguas siguiéndole: y en aquel instante soltaron unas escopetas, que era la señal de cuando habían de salir nuestros bergantines, y cuando oyeron la señal, salen con grande ímpetu, y dieron sobre las piraguas y canoas, que trastornaron, y mataron, y prendieron muchos guerreros; y también el bergantín que echaron para encelada, que iba ya a lo largo, vuelva a ayudar a sus compañeros; por manera que se llevó buena presa de prisioneros y canoas: y desde allí adelante no osaban los Mexicanos echar más celadas, ni se atrevían a meter bastimentos ni agua tan a ojos vistas como solían: y de esta manera pasaba la guerra de los bergantines en la laguna, y nuestras batallas en las calzadas. Y digamos ahora, como vieron los pueblos que estaban en la laguna poblados, que ya los he nombrado otras veces, que cada día teníamos victoria, así por el agua, como por tierra, y vieron venir a nuestra amistad muchos amigos, así los de Chalco, como de Tezcucó, y Tlascalá, y otras poblaciones, y con todos les hacían mucho mal y daño en sus pueblos, y les cautivaban muchos Indios y Indias; parece ser se juntaron todos, y acordaron de venir de paz ante Cortés, y con mucha humildad le demandaron perdón, si en algo nos habían enojado, y dijeron que eran mandados, que no podían hacer otra cosa: y Cortés holgó mucho de verlos venir de paz de aquella manera; y aun cuando lo supimos en nuestro Real de Pedro de Alvarado, y en el de Gonzalo de Sandoval, nos alegramos todos los soldados. Y volviendo a nuestra plática, Cortés con buen semblante y con muchos halagos les perdonó, y les dijo que eran dignos de gran castigo por haber ayudado a los Mexicanos: y los pueblos que vinieron fueron Iztapalapa, Huichilobusco, y Cuyoacan, y Mezquique, y todos los de la laguna, y agua dulce; y les dijo Cortés, que no habíamos de alzar Real,



hasta que los Mexicanos viniesen de paz, o por guerra los acabase; y les mandó que en todo nos ayudasen con todas las canoas que tuviesen para combatir a México, y que viniesen a hacer sus ranchos, y trajesen comida, lo cual dijeron que así lo harían: e hicieron los ranchos de Cortés, y no traían comida sino muy poca, y de mala gana. Nuestros ranchos, donde estaba Pedro de Alvarado, nunca se hicieron, que así nos estábamos al agua, porque ya saben los que en esta tierra han estado, que por Junio, Julio y Agosto son en estas partes cotidianamente las aguas. Dejemos esto, y volvamos a nuestra calzada, y a los combates que cada día dábamos a los Mexicanos, y cómo les íbamos ganando muchas torres de ídolos, y casas, y otras aberturas de zanjas y puentes que de casa a casa tenían hechas, y todo lo cegábamos con adobes, y la madera de las casas que deshacíamos, y derrocábamos, y aun sobre ellas velábamos, y aun con toda esta diligencia que poníamos, lo tornaban a hondar y ensanchar, y ponían más albarradas: y porque entre todas tres nuestras Capitanías teníamos por deshonra, que unos batallásemos, e hiciésemos rostro a los escuadrones Mexicanos, y otros estuviesen cegando los pasos, y aberturas y puentes; y por excusar diferencia, sobre los que habíamos de batallar o cegar aberturas, mandó Pedro de Alvarado, que una Capitanía tuviese cargo de cegar, y entender en la obra un día, y las dos Capitanías batallasen, e hiciesen rostro contra los enemigos, y esto había de ser por rueda un día una, y luego otro día otra Capitanía, hasta que por todas tres volviese la andana y rueda: y con esta orden no quedaba cosa que les ganábamos, que no dábamos con ella, en el suelo, y nuestros amigos los Tlascaltecas que nos ayudaban, y así les íbamos entrando en su ciudad; más al tiempo del retraer, todas tres Capitanías habíamos de pelear juntos, porque entonces era donde corríamos mucho peligro: y como otra vez he dicho, primero hacíamos salir de las calzadas todos los Tlascaltecas, porque cierto era demasiado embarazo para cuando peleábamos. Dejemos de hablar de nuestro Real, y volvamos al de Cortés, y al de Gonzalo de Sandoval, que a la continua, así de día como de noche, tenían sobre sí muchos contrarios por tierra, y flotas de canoas por la laguna, y siempre les daban guerra, y no les podían apartar de sí. Pues en lo de Cortés, por ganarles un puente, y obra muy honda, que era mala de ganar, y en ella tenían los Mexicanos muchos mamparos y albarradas, que no se podían pasar sino a nado, y ya que se pusiesen a pasarla, les estaban guardando muchos guerreros con flechas, y piedra, con honda, y vara, y macanas, y espadas de a dos manos, y lanzas como darles, y engastadas



las espadas que nos tomaron, acudiendo siempre gran multitud de guerreros, y la laguna llena de canoas de guerra: y había junto a las albarradas muchas azoteas, y de ellas les tiraban muchas piedras, de que con gran dificultad se podían defender, y los herían muchos, y algunos mataban, y los bergantines no les podían ayudar por las estacadas que tenían puestas, en que se embarazaban los bergantines: y sobre ganarles esta fuerza, y puente, y abertura, pasaron los de Cortés mucho trabajo, y estuvieron muchas veces a punto de perderse, y le mataron cuatro soldados en el combate, y le hirieron sobre treinta: y como era ya tarde cuando la acabaron de ganar, no tuvieron tiempo de cegarla, y se volvieron retrayendo con muy grande trabajo y peligro, y con más de treinta soldados heridos, y muchos Tlascaltecas descalabrados, aunque peleaban bravosamente²⁷ Dejemos esto, y digamos otra manera con que Guatemuz mandó pelear a sus Capitanes, haciendo apercibir todos sus poderes, para que nos diesen guerra continuamente: y es, que como para otro día era fiesta de Señor San Juan de Junio, que entonces se cumplía un año puntualmente que habíamos entrado en México, cuando el socorro del Capitán Pedro de Alvarado, y nos desbarataron, según dicho tengo en el

²⁷ El género de guerra por la parte de Cuyoacan donde mandaba Cortés en persona, y por la que estaba al cargo de Sandoval, era semejante al que refiere el Autor por la de Tacuba. Cortés está conforme con Castillo, bien que su relación se extiende más en los combates por el lado de Cuyoacan, donde mandaba por sí mismo. Para que se entienda mejor este singular modo de combatir la ciudad, oigamos a Cortés, quien después de referir el peligro en que se vio en cierto día, continúa: "y crea vuestra Majestad, que era sin comparación el peligro en que nos veíamos todas las veces que les ganábamos estos puentes, porque para ganarlas era forzado echarse a nado los Españoles, y pasar de la otra parte; y esto no podían, ni osaban hacer muchos, porque a cuchilladas, y a botes de lanza resistían los enemigos, que no saliesen de la otra parte. Pero como ya por los lados no tenían azoteas, de donde nos hiciesen daño, y de esta otra parte los asaeteábamos, porque estábamos los unos de los otros un tiro de herradura, y los Españoles tomaban de cada día mucho más ánimo, y determinaban de pasar: y también porque veían, que mi determinación era aquella, y que cayendo o levantando no se había de hacer tanto peligro recibíamos en el ganar de estos puentes y albarradas, que éramos negligentes, ya que las ganábamos, no sostenerlas, por no tornar cada día de nuevo a vernos en tanto peligro y trabajo, que sin duda era grande, y cierto así parecerá a los absentes; pero sabrá Vuestra Majestad, que en ninguna manera se podía hacer, porque para ponerse así en efecto, se requerían dos cosas, o que el Real pasáramos allí a la plaza, y circuito de las torres de los ídolos, o que gente guardara los puentes de noche; y de lo uno y de lo otro se recibiría gran peligro, y no había posibilidad para ello, porque teniendo el Real en la ciudad, cada noche, y cada hora, como ellos eran muchos, y nosotros pocos, nos dieran mil rebatos, y pelearan con nosotros, y fuera el trabajo incomportable, y podían darnos por muchas partes. Pues guardar los puentes gente de noche, quedaban los Españoles tan cansados de pelear el día, que no se podía sufrir poner gente en guarda de ellos; y a esta causa nos era forzado ganarlas de nuevo cada día que entrábamos en la ciudad. Aquel día, como se tardó mucho en ganar aquellos puentes, y en tornarlos a cegar, y no hubo lugar de hacer más, salvo que por otra calle principal, que va a dar a la ciudad de Tacuba, se ganaron otros dos puentes, y se cegaron, y se quemaron muchas, y buenas casas de aquella calle, y con esto se llegó la tarde y hora de retraernos, donde recibíamos siempre poco menos peligro, que en el ganar de los puentes, porque en viéndonos retraer era tan cierto cobrar los de la ciudad tanto esfuerzo, que no parecía sino que habían habido toda la victoria del mundo, y que nosotros íbamos huyendo; y para este retraer era necesario estar los puentes bien cegados, y lo cegado igual al suelo de las calles, de manera que los de a caballo pudiesen libremente correr a una parte y a otra." *Cortés. Carta III.*

Cortés tenía pocos modelos para formar planes contra una ciudad de la situación de México.



Capítulo que de ello habla; parece ser tenía cuenta en ello el Guatemuz, y mandó que en todos tres Reales nos diesen toda la guerra, y con la mayor fuerza que pudiesen con todos sus poderes, así por tierra, como con las canoas por el agua, para acabarnos de una vez, como decían se lo tenía mandado su Huichilobos, y mandó que fuese de noche al cuarto de la modorra: y porque los bergantines no nos pudiesen ayudar, en todas más partes de la laguna tenían hechas unas estacadas, para que en ellas zabordasen; y vinieron con tanta furia y ímpetu, que si no fuera por los que velábamos juntos, que éramos sobre ciento y veinte soldados, y todos muy acostumbrados a pelear, nos entrarán en el Real, y corríamos harto peligro: y con muy grande concierto les resistimos, y allí hirieron a quince de los nuestros, y dos murieron de ahí a ocho días de las heridas. Pues en el Real de Cortés también les pusieron en grande aprieto, o trabajo, y hubo muchos muertos y heridos, y en el de Sandoval por el consiguiente, y de esta manera vinieron dos noches arreo; y también en aquellos rencuentros quedaron muchos Mexicanos muertos, y muchos heridos: y como Guatemuz y sus Capitanes, y Papas vieron que no aprovechaba nada la guerra que dieron aquellas noches, acordaron que con todos sus poderes juntos viniesen al cuarto del Alba, y diesen en nuestro Real, que se dice el de Tacuba: y vinieron tan bravosos, que nos cercaron por todas partes, y aun nos tenían medio desbaratados y atajados: y quiso Dios darnos esfuerzo, que nos tornamos a hacer un cuerpo, y nos mamparamos algo con los bergantines, y a buenas estocadas y cuchilladas, que andábamos pie con pie, los apartamos algo de nosotros, y los de a caballo no estaban holgando: pues los ballesteros y escopeteros hacían lo que podían, que harto tuvieron que romper en otros escuadrones que ya nos tenían tomadas las espaldas: y en aquella batalla mataron a ocho de nuestros soldados, y aun a Pedro de Alvarado le descalabraron; y si nuestros amigos los Tlascaltecas durmieran aquella noche en la calzada, corrimos gran riesgo con el embarazo que ellos nos pusieran, como eran muchos; mas la experiencia de lo pasado nos hacía que luego los echásemos fuera de la calzada, y se fuesen a Tacuba, y quedábamos sin cuidado. Tornemos a nuestra batalla, que matamos muchos Mexicanos, y se prendieron cuatro personas principales. Bien tengo entendido, que los curiosos Lectores se hartarán ya de ver cada día combates, y no se puede hacer menos, porque noventa y tres días estuvimos sobre esta tan fuerte ciudad, cada día y de noche teníamos guerras, y combates, y por esta causa los hemos de decir muchas veces, de cómo y cuándo, y de qué manera y arte pasaba, y



no lo pongo aquí por capítulos lo que cada día hacíamos, porque me parece que sería gran prolijidad, y sería cosa para nunca acabar, y parecería a los libros de Amadís, y de otros corros de caballeros: y porque de aquí adelante no me quiero detener en contar tantas batallas, y rencuentros que cada día y de noche teníamos, si posible fuere, lo diré lo más breve que pueda, hasta el día de señor San Hipólito, que gracias a nuestro Señor Jesucristo nos apoderamos de esta tan gran ciudad, y prendimos al Rey de ella, que se decía Guatemuz, y a sus Capitanes; puesto que antes que le prendiésemos, tuvimos muy grandes desmanes, y casi que estuvimos en gran ventura de perdernos en todos nuestros reales, especialmente en el Real de Cortés por descuido de sus Capitanes, como adelante verán.



CAPÍTULO CLII.

Cómo desbarataron los Indios Mexicanos a Cortés, y le llevaron vivos para sacrificar sesenta y dos soldados, y le hirieron en una pierna, y el gran peligro en que nos vimos por su causa.

Como Cortés vio que no se podían cegar todas las aberturas, y puentes y zanjas de agua que ganábamos cada día, porque de noche las tornaban a abrir los Mexicanos, y hacían más fuertes albarradas que de antes tenían hechas, y que era gran trabajo pelear, y cegar puentes, y velar todos juntos, en demás como estábamos heridos, acordó de poner en pláticas con los Capitanes y soldados que tenía en su Real, que se decían Cristóbal de Olid, y Francisco Berdugo, y Andrés de Tapia, y el Alférez Corral y Francisco de Lugo: y también nos escribió al Real de Pedro de Alvarado, y al de Gonzalo de Sandoval, para tomar parecer de todos los Capitanes y soldados: y el caso que propuso fue; que si nos parecía que fuésemos entrando de golpe en la ciudad, hasta entrar y llegar al Taltelulco, que es la plaza mayor de México, que es muy más ancha y grande que no la de Salamanca, y que llegados que llegásemos, que sería bien asentar en él todos tres reales, que desde allí podíamos batallar por las calles de México, y sin tener tantos trabajos, o riesgo al retraer, ni tener tanto que cegar, ni velar, las puentes. Y como en tales pláticas y consejos suele acaecer, hubo en ellas muchos pareceres, porque los unos decían que no era buen consejo, ni acuerdo, meternos tan de hecho en el cuerpo de la ciudad, sino que nos estuviésemos como estábamos batallando, y derrocando, y abrasando casas: y las causas más evidentes que dimos los que éramos en este parecer, fue que si nos metíamos en el Taltelulco, y dejábamos todas las calzadas y puentes sin guarda, y desmamparadas, que como los Mexicanos son muchos y guerreros, y con las muchas canoas que tienen nos tornarían a abrir las puentes y calzadas, y no seríamos señores de ellas, y que con sus grandes poderes nos darían guerra de noche y de día: y que como siempre tienen hechas muchas estacadas, nuestros bergantines no nos podrían ayudar, y de aquella manera que Cortés decía seríamos nosotros los cercados, y ellos tenían por sí la tierra, campo y laguna; y le escribimos sobre el caso, para que no nos aconteciese como la pasada, cuando salimos huyendo de México: y cuando Cortés hubo visto el parecer de todos, y vio las buenas razones que sobre ello le dábamos, en lo que



se resumió en todo lo platicado fue²⁸, que para otro día saliésemos de todos tres Reales con toda la mayor pujanza, así los de a caballo, como los ballesteros, escopeteros y soldados, y que los fuésemos ganando hasta la plaza mayor, que es el Taltelulco, apercebidos los tres Reales, y los Tlascaltecas y de Tezcuco, y los pueblos de la laguna que nuevamente habían dado la obediencia a su Majestad, para que con todas sus canoas se viniesen a ayudar a nuestros bergantines. Una mañana después de haber oído Misa, y encomendarnos a Dios, salimos de nuestro Real con el Capitán Pedro de Alvarado, y también salió Cortés del suyo, y Gonzalo de Sandoval con todos sus Capitanes; y con grande pujanza iba ganando puentes y albarradas, y los contrarios peleaban como fuertes guerreros: y Cortés por su parte llevaba victoria, y asimismo Gonzalo de Sandoval por la suya: pues por nuestro Real ya les habíamos ganado otra albarrada y un puente, y esto fue con mucho trabajo, porque había muy grandes poderes del Guatemuz, y la estaban guardando; y salimos de ella muchos de nuestros soldados muy mal

²⁸ El Lector disimulará que se le interrumpa. El resumen fue poner por la obra el ataque proyectado como se verá en el Autor. Cortés explica los motivos y antecedentes de esta resolución: "pasado esto, yo hice algunas entradas en la ciudad por las partes que solía; y combatían los bergantines y canoas, por dos partes, y yo por la ciudad por otras cuatro, y siempre habíamos victoria, y se mataba mucha gente de los contrarios, porque cada día venía gente sin número en nuestro favor, y yo dilatava de meterme más adentro en la ciudad, lo uno por ver si revocarían el propósito y dureza que los contrarios tenían; y lo otro porque nuestra entrada no podía ser sin mucho peligro, porque ellos estaban muy juntos y fuertes, y muy determinados de morir. Y como los Españoles veían tanta dilación en esto, y que había más de veinte días que nunca dejaban de pelear, importunábanme en gran manera, como arriba he dicho, que entrásemos y tomásemos el mercado, porque ganado, a los enemigos les quedaba poco lugar, por donde defenderse, y que si no se quisiesen dar, que de hambre y sed se morirían, porque no tenían que beber sino agua salada de la laguna. Y como yo me excusaba, el Tesorero de vuestra Majestad me dijo, que todo el Real afirmaba aquello, y que lo debía de hacer: y a él, y a otras personas de bien, que allí estaban, les respondí, que su propósito y deseo era muy bueno, y yo lo deseaba más que nadie; pero que yo lo dejaba de hacer, por lo que con importunación me hacía decir, que era que aunque él y otras personas lo hiciesen como buenos, como en aquello se ofrecía mucho peligro, habría otros que no lo hiciesen. Y al fin tanto me forzaron, que yo concedí, que se haría en este caso, lo que yo pudiese, concertándose primero con la gente de los otros Reales. Otro día me junté con algunas personas principales de nuestro Real, y acordamos de hacer saber al Alguacil Mayor, y a Pedro de Alvarado, como otro día siguiente habíamos de entrar en la ciudad, y trabajar de llegar al mercado; y escribirles lo que ellos habían de hacer por la otra parte de Tacuba, y además de escribirlo, para que mejor fuesen informados, envíeles dos criados míos para que les avisasen de todo el negocio: y la orden que habían de tener era que el Alguacil Mayor se viniese con diez de caballo, y cien peones, y quince ballesteros y escopeteros al Real de Pedro de Alvarado, y que en el suyo quedasen otros diez de caballo, y que dejase concertado con ellos, que otro día, que había de ser el combate, se pusiesen en celada tras unas casas, y que hiciesen alzar todo su fardaje, como que levantaban el Real, porque los de la ciudad saliesen tras ellos, y la celada les diese en las espaldas. Y que el dicho Alguacil Mayor con los tres bergantines que tenía, y con los otros tres de Pedro de Alvarado ganase aquel paso malo, donde desbarataron a Pedro de Alvarado, y diese mucha prisa en cegarlo, y que pasasen adelante, y que en ninguna manera se alejasen, ni ganasen un paso, sin dejarlo primero ciego, y aderezado; y que si pudiesen sin mucho riesgo y peligro ganar hasta el mercado, que lo trabajasen mucho, porque yo había de hacer lo mismo: que mirasen que aunque esto les enviaba a decir, no era para obligarlos a ganar un paso solo, de que les pudiese venir algún desbarato o desmán, y esto les avisaba porque conocía de sus personas, *que habían de poner el rostro donde yo les dijese, aunque supiesen perder sus vidas.* Cortés. Carta III.



heridos, y uno murió luego de las heridas, y nuestros amigos los Tlascaltecas salieron más de mil de ellos maltratados y descalabrados, y todavía íbamos siguiendo la victoria muy ufanos. Volvamos a decir de Cortés, y de todo su ejército, que ganaron una abertura de agua muy honda, y estaba en ella una calzadilla muy angosta que los Mexicanos con maña y ardid la habían hecho de aquella manera, porque tenían pensado entre sí lo que ahora a nuestro General Cortés le aconteció, y es que como llevaba victoria él, y todos sus Capitanes y soldados, y la calzada llena de nuestros amigos, y iban siguiendo a los contrarios, y puesto que hacían que huían, no dejaban de tirarnos piedra, vara y flecha, y hacían algunas paradillas, como que resistían a Cortés, hasta que le fueron cebando, para que fuese tras ellos, y desde que vieron que de hecho iba tras ellos siguiendo la victoria, hacían que iban huyendo de él. Por manera que la adversa fortuna vuelve su rueda, y a mayores prosperidades acuden muchas tristezas. Y como nuestro Cortés iba victorioso, y en el alcance de los contrarios, por su descuido, y porque nuestro Señor Jesucristo lo permitió, él y sus Capitanes y soldados dejaron de cegar la abertura de agua que habían ganado: y como la calzadilla por donde iban, con maña la habían hecho angosta, y aun entraba en ella agua por algunas partes, y había mucho lodo y cieno; como los Mexicanos le vieron pasar aquel paso sin cegar, que no deseaban otra cosa, y aun para aquel efecto tenían apercebidos muchos escuadrones de guerreros Mexicanos con esforzados Capitanes, y muchas canoas en la laguna, en parte que nuestros bergantines no les podían hacer daño ninguno, con las grandes estacadas que les tenían puestas, en que zabordasen; vuelven sobre nuestro Cortés, y contra todos sus soldados, con tan grande furia de escuadrones, y con tales alaridos y gritos que los nuestros no les pudieron defender su gran ímpetu y fortaleza con que vinieron a pelear, y acordaron todos los soldados con sus Capitanías y banderas de volverse retrayendo con gran concierto: mas como venían contra ellos tan rabiosos contrarios, hasta que les metieron en aquel mal paso, se desconcertaron de suerte, que vuelven huyendo sin hacer resistencia: y nuestro Cortés desde que así los vio venir desbaratados, les esforzaba y decid: tené, tené, señores, tené recio, ¿qué es esto, que así habéis de volver las espaldas? Y no les pudo detener, ni resistir: y en aquel paso que dejaron de cegar, y en la calzadilla, que era angosta y mala, y con las canoas le desbarataron, e hirieron en una pierna, y le llevaron vivos sobre sesenta y tantos soldados, y le mataron seis caballos, y yeguas, y a Cortés ya le tenían engarrado seis o siete Capitanes Mexicanos, y quiso



nuestro Señor ponerle esfuerzo para que se defendiese y se librase de ellos, puesto que estaba herido en una pierna; porque en aquel instante luego llegó allí un muy esforzado soldado, que se decía Cristóbal de Olea, natural de Castilla la Vieja; no lo digo por Cristóbal de Olid: y desde que allí le vio asido de tartos Indios, peleó luego tan bravosamente que mató a estocadas cuatro de los Capitanes que tenían engarrafado a Cortés, y también le ayudó otro muy valiente soldado, que se decía Lerma; y les hicieron que dejasen a Cortés, y por defenderle allí perdió la vida el Olea, y el Lerma estuvo a punto de muerte, y luego acudieron muchos soldados, aunque bien heridos, y echan mano a Cortés, y le ayudan a salir de aquel peligro: y entonces también vino con mucha presteza su Capitán de la Guarda, que se decía Antonio de Quiñones, natural de Zamora, y le tomaron por los brazos, y le ayudaron a salir del agua, y luego le trajeron un caballo, en que se escapó de la muerte; y en aquel instante también venía un su Camarero o Mayordomo, que se decía Cristóbal de Guzmán, y le traía otro caballo: y desde las azoteas los guerreros Mexicanos que andaban muy bravos y victoriosos, prendieron al Cristóbal de Guzmán, y vivo le llevaron a Guatemuz; y todavía los Mexicanos iban siguiendo a Cortés, y a todos sus soldados, hasta que llegaron a su Real. Pues ya aquel desastre acaecido, y se hallaron en salvo los Españoles, los escuadrones Mexicanos no dejaban de seguirles, dándoles caza, y grita, y diciéndoles vituperios, y llamándoles de cobardes. Dejemos de hablar de Cortés y de su desbarate, y volvamos a nuestro ejército, que es el de Pedro de Alvarado: como íbamos muy victoriosos, y cuando no nos catamos, vimos venir contra nosotros tantos escuadrones de Mexicanos, y con grandes gritas, y hermosas divisas, y penachos, y nos echaron delante de nosotros cinco cabezas, que entonces habían cortado de los que habían tomado a Cortés, y venían corriendo sangre, y decían: así os mataremos, como hemos muerto a Malinche y a Sandoval, y a los que consigo traían, y esas son sus cabezas, por eso conocedlas bien: y diciéndonos estas palabras se venían a cerrar con nosotros, hasta echarnos mano, que no aprovechaban cuchilladas, ni estocadas, ni ballesteros, ni escopeteros, y no hacían sino dar en nosotros, como a terrero; y con todo eso no perdíamos punto en nuestra ordenanza al retraer, porque luego mandamos a nuestros amigos los Tlascaltecas, que prestamente nos desembarazasen las calzadas y pasos malos: y en este tiempo ellos se lo tuvieron bien en cargo, que como vieron las cinco cabezas corriendo sangre, y decían que habían muerto a Malinche y a Sandoval, y a todos los Teules que consigo traían, y



que así habían de hacer a nosotros, ya los Tlascaltecas temieron en gran manera, porque creyeron que era verdad, y por esto digo, que desembarazaron la calzada muy de veras. Volvamos a decir; como nos íbamos retrayendo, oímos tañer del Cu mayor, donde estaban sus ídolos Huichilobos y Tezcatepuca, que señorea el altor de él a toda la gran ciudad: tañían un tambor de muy triste sonido, en fin como instrumento de demonios, y retumbaba tanto que se oía dos o tres leguas, y juntamente con el muchos atabalejos: entonces según después supimos, estaban ofreciendo diez corazones, y mucha sangre, a los ídolos que dicho tengo, de nuestros compañeros. Dejemos el sacrificio, y volvamos al retraer que nos retraíamos, y a la gran guerra que nos daban, así de la calzada, como de las azoteas y lagunas con las canoas: y en aquel instante vienen más escuadrones a nosotros, que de nuevo enviaba Guatemuz, y manda tocar su corneta, que era una señal que cuando aquella se tocase, era que habían de pelear sus Capitanes de manera que hiciesen presa, o morir sobre ello: y retumbaba el sonido que se metía en los oídos: y de que lo oyeron aquellos sus escuadrones y Capitanes, saber yo aquí decir ahora, con qué rabia y esfuerzo se metían entre nosotros a echarnos mano, es cosa de espanto, porque yo no lo sé aquí escribir, que ahora que me pongo a pensar en ello, es como si visiblemente lo viese: mas vuelvo a decir, y así es verdad que si Dios no nos diera esfuerzo, según estábamos todos heridos; él nos salvó, que de otra manera no nos podíamos llegar a nuestros ranchos, y le doy muchas gracias y loores por ello, que me escapó aquella vez, y otras muchas de poder de los Mexicanos. Y volviendo a nuestra plática, allí los de a caballo hacían arremetidas, y con dos tiros gruesos que pusimos junto a nuestros ranchos, unos tirando, y otros cebando nos sosteníamos, porque la calzada estaba llena de bote en bote de contrarios, y nos venían hasta las casas, como cosa vencida a echarnos vara y piedra: y como he dicho, con aquellos tiros matábamos muchos de ellos: y quien bien ayudó aquel día, fue un hidalgo que se dice, Pedro Moreno de Mediano, que vive ahora en la Puebla, porque él fue el artillero, que los artilleros que solíamos tener, se habían muerto, y de ellos estaban muy malamente heridos. Volvamos al Pedro Moreno de Medrano, que además de siempre haber sido un muy esforzado soldado, aquel día fue de muy grandísima ayuda para nosotros: y estando que estábamos de aquella manera bien angustiados y heridos, y no sabíamos de Cortés, ni de Sandoval, ni de sus ejércitos, si les habían muerto o desbaratado, como los Mexicanos nos decían cuando nos arrojaron las cinco cabezas que traían asidas por los



cabellos y de las barbas, y decían que ya habían muerto a Malinche y a Sandoval, y a todos los Teules, que así nos habían de matar a nosotros aquel mismo día, y no podíamos saber de ellos, porque batallábamos los unos de los otros cerca de media legua, y donde desbarataron a Cortés era más lejos: y a esta causa estábamos muy penosos así heridos como sanos, y hechos un cuerpo estuvimos sosteniendo el gran ímpetu de los Mexicanos que sobre nosotros estaban, creyendo que en aquel día no quedara persona viva de nosotros, según la guerra que nos daban. Pues de nuestros bergantines ya habían tomado uno, y muerto tres soldados, y herido el Capitán, y todos los más soldados que en ellos venían, y fue socorrido de otro bergantín, donde andaba por Capitán Juan Jaramillo; y también tenían zalabordado en otra parte otro que no podía salir, de que era Capitán Juan de Limpias Carvajal, que en aquella sazón ensordeció de coraje, que ahora vive en la Puebla, y peleó por su persona tan valerosamente, y esforzó a los soldados que en el bergantín remaban, que rompieron las estacadas, y salieron todos muy mal heridos, y salvó su bergantín: este fue el primero que rompió estacadas. Volvamos a Cortés, que como estaba él y toda su gente los más muertos, y otros heridos, se iban los escuadrones Mexicanos hasta su Real a darle guerra, y aun le echaron delante de sus soldados, que resistían a los Mexicanos cuando peleaban, otras cuatro cabezas corriendo sangre de aquellos soldados que habían llevado vivos a Cortés, y les decían que eran del Tornatio, que es Pedro de Alvarado, y de Gonzalo de Sandoval, y de otros Teules, y que ya nos habían muerto a todos: entonces dicen que desmayó Cortés mucho más de lo que antes estaba él, y los que consigo traía, mas no de manera que sintiesen en él mucha flaqueza; y luego mandó al Maestre de Campo Cristóbal de Olid, y a sus Capitanes, que mirasen no les rompiesen los muchos Mexicanos que estaban sobre ellos, y que todos juntos hiciesen cuerpo, así heridos como sanos, y mandó a Andrés de Tapia, que con tres de a caballo viniese a Tacuba por tierra, que es nuestro Real, que mirase que había sido de nosotros, y que si no éramos desbaratados que nos contase lo por él pasado, y que nos dijese que tuviésemos muy buen recaudo en el Real, que todos juntos hiciésemos cuerpo así de día, como de noche en la vela: y esto que nos enviaba a mandar, ya lo teníamos por costumbre. Y el Capitán Andrés de Tapia, y los tres de a caballo que con él venían, se dieron muy buena prisa, y aunque tuvieron en el camino una refriega de vara y flecha que les dieron en un paso los Mexicanos, que ya había puesto Guatemuz en los caminos Indios guerreros, porque no



supiésemos los unos de los otros los desmanes, y aun venía herido el Andrés de Tapia, y traía en su compañía a Guillén de la Loa, y el otro se decía Valde-Nebro, y a un Juan de Cuellar, hombres muy esforzados: y de que llegaron a nuestro Real, y nos hallaron batallando con el poder de México, que todo estaba junto contra nosotros, se holgaron en el sima, y nos contaron lo acaecido del desbarate de Cortés, y lo que nos enviaba a decir, y no nos quisieron declarar, que tantos eran los muertos, y decían que hasta veinte y cinco, y que todos los demás estaban buenos. Dejemos de hablar en esto, y volvamos al Gonzalo de Sandoval y a sus Capitanes y soldados, que andaban victoriosos en la parte y calles de su conquista: y cuando los Mexicanos hubieron desbaratado a Cortés, cargaron sobre el Gonzalo de Sandoval, y su ejército y Capitanes, de arte que no se pudo valer, y le mataron dos soldados, y le hirieron a todos los que traía, y a él le dieron tres heridas, la una en el muslo, y la otra en la cabeza, y la otra en un brazo: y estando batallando con los contrarios, le ponen delante seis cabezas de los de Cortés, y le dicen, que aquellas cabezas eran de Malinche, y del Tonatio, y de otros Capitanes, y que así habían de hacer al Gonzalo de Sandoval, y a los que con él estaban, y le dieron muy fuertes combates: y de que aquello vio el buen Capitán Sandoval, mandó a sus Capitanes y soldados que todos tuviesen mucho ánimo más que de antes, y que no desmayasen, y que mirasen al retraer, no hubiese algún desmán o desconcierto en la calzada, porque es angosta: y lo primero que hizo fue mandar salir de la calzada a los amigos Tlascaltecas, que tenía muchos, y porque no les estorbasen al retraer, y con sus dos bergantines y sus ballesteros y escopeteros con mucho trabajo se retrajo a su estancia, y con toda su gente bien herida, y aun desmayada, y dos soldados menos: y como se fuera de la calzada, puesto que estaban cercados de Mexicanos, esforzó su gente y Capitanes, y les encomendó mucho que todos juntos hiciesen cuerpo así de día como de noche, y que guardasen el Real, no les desbaratasen; y como conocía del Capitán Luis Marín que lo hacía bien, así herido, y entrapajado como estaba el Sandoval, tomó consigo otros de a caballo, y por tierra fue muy por la posta al Real de Cortés, y aun en el camino tuvo su salmorejo de piedra, vara y flecha, porque como ya otra vez he dicho, en todos los caminos tenía Guatemuz Indios Mexicanos guerreros para no dejar pasar de un Real a otro con nuevas ningunas, para que así nos vencieran más fácilmente: y cuando el Sandoval vio a Cortés, le dijo: Oh señor Capitán, ¿y qué es esto? ¿Estos son los grandes consejos y ardidés de guerra que siempre nos daba? ¿Cómo



ha sido este desmán? Y Cortés le respondió saltándosele las lágrimas de los ojos: oh hijo Sandoval, que mis pecados lo han permitido, que no soy tan culpante en el negocio como me hacen, sino es el Tesorero Julián de Alderete, a quien le encargué que cegase aquel mal paso, donde nos desbarataron, y no lo hizo, como no es acostumbrado a guerras, ni a ser mandado de Capitanes: y entonces respondió el mismo Tesorero, que se halló junto a Cortés, que vino a ver y hablar al Sandoval, y a saber de su ejército, si eran muertos o desbaratados, y dijo, que el mismo Cortés tenía la culpa, y no él: y la causa que dio fue, que como Cortés iba con victoria, por seguirla muy mejor, decía: adelante caballeros, y que no les mandó cegar puentes, ni pasos malos, y que si se lo mandan, que con su Capitanía y con sus amigos lo hiciera²⁹; y también culpaban mucho a Cortés, en no haber mandado con tiempo salir de las calzadas a los muchos amigos que llevaba: y porque hubo otras muchas pláticas y respuestas al Tesorero, que iban dichas con enojo, se dejarán de decir, y diré como en aquel instante llegaron dos bergantines de los que antes tenía Cortés en su compañía y calzada, que no sabían de ellos después del desbarate, y según pareció habían estado detenidos, porque estuvieron zabordados en unas estacadas, y según dijeron los Capitanes habían estado cercados de unas canoas que les daban guerra, y venían todos heridos, y dijeron que Dios primeramente les ayudó, y con su viento y con grandes fuerzas que pusieron al remar, rompieron las estacadas y se salvaron, de lo cual hubo mucho placer Cortés, porque hasta entonces, aunque no lo publicaba por no desmayar los soldados, como no sabían de ellos, les tenían por perdidos. Dejemos esto, y volvamos a Cortés, que luego encomendó a Sandoval mucho que fuese en posta a nuestro Real, que se dice Tacuba, y mirase si éramos desbaratados, o de qué manera estábamos, y que sí éramos vivos, que nos ayudase a poner resistencia en el Real, no nos rompiesen: y dijo a Francisco de Lugo que fuese en compañía de Sandoval, porque bien entendido tenía que había escuadrones de guerreros Mexicanos en el camino: y le dijo que ya había enviado a saber de nosotros a Andrés de Tapia con tres de a caballo, y temía no le hubiesen muerto en el camino, y cuando se lo dijo, y se despidió fue a abrazar a Gonzalo de Sandoval, y le dijo: mira pues veis que yo no puedo ir a todas partes, a vos os encomiendo estos trabajos, pues veis que estoy herido y cojo; ruego os pongáis cobro en estos tres Reales: bien sé que

²⁹ No es creíble que un General que publica una ordenanza, en que funda la ejecución de sus proyectos, sea el primero que la quebrante. El Autor contesta el rigor con que Cortés mandaba la observancia de ella. Cortés cuenta este desastre sin culpar a nadie. Aunque no Cortés, ni Castillo, señalan el día de esta desgracia, conjeturo que sucedió por el veinte y ocho o veinte y nueve de Junio de 1521.



Pedro de Alvarado y sus Capitanes y soldados habrán batallado, y hecho como caballeros, mas temo el gran poder de estos perros no les hayan desbaratado. Pues de mí, y de mi ejército ya veis de la manera que estoy, y en posta vino el Sandoval, y el Francisco de Lugo donde estábamos, y cuando llegó sería hora de vísperas, y porque según pareció, supimos el desbarate de Cortés fue antes de Misa mayor; y cuando llegó Sandoval nos halló batallando con los Mexicanos, que nos querían entrar en el Real por unas casas que habíamos derrocado, y otros por la calzada, y otros en canoas por la laguna, y tenían ya un bergantín zabordado en unas estacadas, y de los soldados que en ellos iban, habían muerto los dos, y los demás heridos: y como Sandoval nos vio a mí y a otros soldados en el agua metidos a más de la cinta, ayudando al bergantín a echarle en lo hondo, y estando sobre nosotros muchos Indios con espadas de las nuestras, que habían tomado en el desbarate de Cortés, y otros con montantes de navajas, dándonos cuchilladas, y a mí me dieron un flechazo, y querían llegar con gran fuerza sus canoas, según la fuerza ponían, y le tenían atadas muchas sogas para llevársele, y meterle dentro de la ciudad: y como el Sandoval nos vio de aquella manera, dijo: oh hermanos poned fuerza en que no lleven el bergantín; y tomamos tanto esfuerzo, que luego le sacamos en salvo, puesto que como he dicho, todos los marineros salieron heridos, y dos soldados muertos. En aquella sazón vinieron a la calzada muchas Capitanías de Mexicanos, y nos herían así a los de a caballo, y a todos nosotros, y aun al Sandoval le dieron una buena pedrada en la cara: y entonces Pedro de Alvarado lo socorrió con otro de a caballo, y como venían tantos escuadrones, y yo y otros soldados les hacíamos cara, Sandoval nos mandó, que poco a poco nos retrajésemos, porque no les matasen los caballos, y porque no nos retraíamos de presto como quisiera, dijo: ¿queréis que por amor de vosotros me maten a mí, y a todos estos caballeros? Por amor de Dios, hermanos, que os retraigáis, y entonces le tornaron a herir a él y a su caballo: y en aquella sazón echamos a los amigos fuera de la calzada; y poco a poco haciendo cara, y no vueltas las espaldas, como quien va haciendo represas, unos ballesteros y escopeteros tirando, y otros armando, y otros cebando sus escopetas, y no soltaban todos a la par; y los de a caballo que hacían algunas arremetidas, y el Pedro Moreno Medrano con sus tiros en armar y tirar: y por más Mexicanos que llevaban las pelotas no les podían apartar, sino que todavía nos iban siguiendo, con pensamiento que aquella noche nos habían de llevar a sacrificar. Pues ya que estábamos en salvo cerca de nuestros aposentos, pasada ya una grande obra, donde



había mucha agua, y muy honda, y no nos podían alcanzar las piedras, ni varas, ni flecha, y estando el Sandoval y el Francisco de Lugo, y Andrés de Tapia con Pedro de Alvarado contando cada uno lo que le había acaecido, y lo que Cortés mandaba, tornó a sonar el tambor de Huichilobos, y otros muchos atabalejos, y caracoles, y cornetas, y otras como trompas, y todo el sonido de ellas espantable y triste, y miramos arriba al alto Cu, donde los tañían y vimos que llevaban por fuerza a rempujones, y bofetadas, y palos, a nuestros compañeros que habían tomado en la derrota que dieron a Cortés, que los llevaron por fuerza a sacrificar: y de que ya los tenían arriba en una placeta que se hacía en el adoratorio, donde estaban sus malditos ídolos, vimos que a muchos de ellos les ponían plumajes en las cabezas, y con unos como aventadores les hacían bailar delante del Huichilobos, y cuando habían bailado, luego les ponían de espaldas encima de unas piedras que tenían hechas para sacrificar, y con unos navajones de pedreñal les aserraban por los pechos, y les sacaban los corazones bullendo, y se los ofrecían a sus ídolos que allí presentes tenían, y a los cuerpos les daban con los pies por las gradas abajo, y estaban aguardando otros Indios carniceros que les cortaban brazos y piernas, y las caras desollaban, y las adobaban como cueros de guantes, y con sus barbas las guardaban para hacer fiestas con ellas cuando hacían borracheras, y se comían las carnes con chil mole; y de esta manera sacrificaron a todos los demás, y les comieron piernas y brazos, y los corazones y sangre ofrecían a sus ídolos, como dicho tengo, y los cuerpos que eran las barrigas, echaban a los tigres y leones, y sierpes y culebras que tenían en la casa de las alimañas, como dicho tengo en el capítulo que de ello habla, que atrás de ello he platicado. Pues de aquellas crueldades vimos todos los de nuestro Real, y Pedro de Alvarado y Gonzalo de Sandoval, y todos los demás Capitanes. Miren los curiosos Lectores que esto leyeren, qué lástima teníamos de ellos: y decíamos entre nosotros: oh gracias a Dios, que no me llevaron a mí hoy a sacrificar. Y también tengan atención, que no estábamos lejos de ellos, y no les podíamos remediar; y antes rogábamos a Dios que fuese servido de guardarnos de tan cruelísima muerte. Pues en aquel instante que hacían aquel sacrificio, vinieron sobre nosotros grandes escuadrones de guerreros, y nos daban por todas partes bien que hacer, que ni nos podíamos valer de una manera, ni de otra contra ellos, y nos decían: mirad que de esta manera habéis de morir todos, que nuestros Dioses nos lo han prometido muchas veces. Pues las palabras de amenazas que decían a nuestros amigos los Tlascaltecas, eran tan lastimosas y malas,



que los hacían desmayar, y les echaban piernas de Indios asadas, y brazos de nuestros soldados, y les decían: comed de las carnes de esos Teules, y de vuestros hermanos, que ya bien hartos estamos de ellos, y de eso que nos sobra os podéis hartar, y mirad que las casas que habéis derrocado, que os hemos de traer para que las tornéis a hacer muy mejores, y con piedras y lanzas, y cal y canto, y pintadas, por eso ayudad muy bien a esos Teules, que a todos los veréis sacrificados. Pues otra cosa mandó hacer Guatemuz, que como hubo aquella victoria de Cortés, envió a todos los pueblos nuestros confederados y amigos, y a sus parientes, pies y manos de nuestros soldados, y caras de soldados con sus barbas, y las cabezas de los caballos que mataron: y les envió a decir, que éramos muertos más de la mitad de nosotros, y que presto nos acabarían, y que dejasen nuestra amistad, y se viniesen a México, y que si luego no lo dejaban, que les enviaría a destruir; y les envió a decir otras muchas cosas para que si fuesen de nuestro Real, y nos dejasen, pues habíamos de ser presto muertos de su mano: y a la continua dándonos guerra, así de día, como de noche: y como velábamos todos los del Real juntos, y Gonzalo de Sandoval y Pedro de Alvarado, y los demás Capitanes haciéndonos compañía en la vela, aunque venían de noche grandes Capitanías de guerreros, los resistíamos. Pues los de a caballo todo el día y la noche estaba la mitad de ellos en lo de Tacuba, y la otra mitad en las calzadas. Pues, otro mayor mal nos hicieron, que quinto habíamos cegado desde que en la calzada entramos, todo lo tornaron a abrir e hicieron albarradas muy más fuertes que de antes. Pues los amigos de las ciudades de la laguna, que nuevamente habían tomado nuestra amistad, y nos vinieron a ayudar con las canoas, creyeron llevar lana, y volvieron trasquilados, porque perdieron muchos las vidas, y más de la mitad de las canoas que traían, y otros muchos volvieron heridos: y aun con todo esto desde allí adelante no ayudaron a los Mexicanos, porque estaban mal con ellos, salvo estarse a la mira. Dejemos de hablar más en contar lastimas, y volvamos a decir el recaudo y manera que teníamos, y cómo Sandoval y Francisco de Lugo, y Andrés de Tapia, y los demás caballeros que habían venido a nuestro Real, les pareció que era bien volverse a sus puestos, y dar relación a Cortés, cómo y de qué manera estábamos; y se fueron en posta, y dijeron a Cortés, como Pedro de Alvarado, y todos sus soldados teníamos muy buen recaudo, así en el batallar, como en el velar: y aun el Sandoval, como me tenía por amigo, dijo a Cortés, como me halló a mí, y a otros soldados batallando en el agua a más de la cinta, defendiendo un bergantín que estaba zabordado



en unas estacadas: y que si por nuestras personas no fuera, que mataran a todos los soldados, y al Capitán que dentro venían y porque dijo de mi persona otras loas, que yo aquí no tengo de decir, porque otras personas lo dijeron, y se supo en todo el Real, no quiero aquí recitarlo: y cuando Cortés lo hubo bien entendido del buen recaudo que teníamos en nuestro Real, con ello descansó su corazón, y desde allí adelante mandó a todos tres Reales, que no batallásemos poco ni mucho con los Mexicanos; entiéndese que no curásemos de tomar ninguna puente ni albarrada, salvo defender nuestros Reales, no nos los rompiesen, porque de batallar con ellos no había bien esclarecido el día antes, cuando estaban sobre nuestro Real tirando muchas piedras con hondas, y vara, y flecha, y diciéndonos muchos vituperios feos: y como teníamos junto a nuestro Real una obra de agua muy ancha y honda, estuvimos cuatro días arreo que no la pasamos, y otro tanto se estuvo Cortés en el suyo, y Sandoval en el suyo: y esto de no salir a batallar, y procurar de ganar las albarradas que habían tornado a abrir y hacer fuertes; era por causa que todos estábamos muy heridos y trabajados, así de velas, como de las armas, y sin comer cosa de sustancia: y como faltaban del día antes sobre sesenta y tantos soldados de todos tres Reales, y siete caballos, porque recibiéramos algún alivio, y para tomar maduro consejo de lo que habíamos de hacer de allí adelante, mandó Cortés que estuviésemos quedos, como dicho tengo. Y dejarlo he aquí, y diré cómo y de qué manera peleábamos, y todo lo que en nuestro Real pasó.



CAPÍTULO CLIII.

De la manera que peleábamos, y se nos fueron todos los amigos a sus pueblos.

La manera que teníamos en todos tres Reales de pelear es esta, que velábamos de noche todos los soldados juntos en las calzadas, y nuestros bergantines a nuestros lados también en las calzadas, y los de a caballo rondando la mitad de ellos en lo de Tacuba, donde nos hacían pan, y teníamos nuestro fardaje, y la otra mitad en los puentes y calzada, y muy de mañana aparejábamos los puños para pelear y batallar con los contrarios que nos venían a entrar en nuestro Real, y procuraban de desbaratarnos: y otro tanto hacían en el Real de Cortés, y en el de Sandoval; y esto no fue sino cinco días, porque luego tomamos otra orden, lo cual diré adelante: y digamos como los Mexicanos hacían cada día grandes sacrificios y fiestas en el Cu mayor de Tatelulco, y tañían su maldito tambor, y otras trompas y atabales, y caracoles, y daban muchos gritos y alaridos, y tenían cada noche grandes luminarias de mucha leña encendida, y entonces sacrificaban de nuestros compañeros a sus malditos ídolos Huichilobos y Tezcatepuca, y hablaban con ellos: y según ellos decían, que en la mañana, o en aquella misma noche nos habían de matar. Parece ser, que como sus ídolos son perversos y malos, por engañarlos para que no viniesen de paz, les hacían encreyente, que a todos nosotros nos habían de matar, y a los Tlascaltecas, y a todos los demás que fuesen en nuestra ayuda, y como nuestros amigos lo oían, teníanlo por muy cierto, porque nos veían desbaratados. Dejemos de estas pláticas que eran de sus malos ídolos, y digamos como en la mañana venían muchas Capitanías juntas a nos cercar y dar guerra, y se remudaban de rato en rato, unos de unas divisas y señales, y venían otros de otras libreas: y entonces cuando estábamos peleando con ellos nos decían muchas palabras, diciéndonos de apocados, y que no éramos buenos para cosa ninguna, ni para hacer casas, ni maizales, y que no éramos sino para venirles a robar su ciudad, como gente mala, que habíamos venido huyendo de nuestra tierra, y de nuestro Rey y Señor: y esto decían por lo que Narváez les había enviado a decir, que veníamos sin licencia de nuestro Rey, como dicho tengo: y nos decían, que de ahí a ocho días no había de quedar ninguno de nosotros a vida, porque así se lo habían prometido la noche antes sus Dioses: y de esta manera nos decían otras cosas malas, y a la postre decían: mirad cuán malos y bellacos sois, que aun vuestras carnes son tan malas para comer, que amargan



como las hieles, que no las podemos tragar de amargor: y parece ser como aquellos días se habían hartado de nuestros soldados y compañeros, quiso nuestro Señor que les amargasen las carnes. Pues a nuestros amigos los Tlascaltecas, si muchos vituperios nos decían a nosotros, más les decían a ellos, y que les tenían por esclavos para sacrificar y hacer sus sementeras, y tornar a edificar las casas que les habíamos derrocado, y que las habían de hacer de cal y canto labradas, que su Huichilobos se lo había prometido: y diciendo esto, luego el bravoso pelear, y se venían por unas casas derrocadas, y con las muchas canoas que tenían nos tomaban las espaldas, y aun nos tenían algunas veces atajados en las calzadas, y nuestro Señor Jesucristo nos sustentaba cada día, que nuestras fuerzas no bastaban; más todavía les hacíamos volver muchos de ellos heridos, y muchos quedaban muertos. Dejemos de hablar de los grandes combates que nos daban, y digamos como nuestros amigos los de Tlascalala, y de Cholula, y Guaxocingo, y aun los de Tezcuco acordaron de irse a sus tierras, y sin saberlo Cortés, ni Pedro de Alvarado, ni Sandoval se fueron todos los más, que no quedó en el Real de Cortés, sino este Suchel, que después que se bautizó se llamó Don Carlos, y era hermano de Don Fernando Señor de Tezcuco, y era muy esforzado hombre, y quedaron con él otros sus parientes y amigos, que serían hasta cuarenta: y en el Real de Sandoval quedó otro Cacique de Guaxocingo, con obra de cincuenta hombres: y en nuestro Real quedaron dos hijos de nuestro amigo Don Lorenzo de Vargas, y el esforzado de Chichimecatecle, con obra de ochenta Tlascaltecas, parientes y vasallos: y como nos hallamos solos y con tan pocos amigos, recibimos pena, y Cortés y Sandoval y cada uno en su Real preguntaban a los amigos que les quedaban, que por qué se habían ido de aquella manera los demás sus hermanos, y decían que como veían que los Mexicanos hablaban de noche con sus ídolos, y prometían que nos habían de matar a nosotros y a ellos, que creían que debía de ser verdad, y del miedo se iban, y que lo que les daba más crédito a ello, era vernos a todos heridos, y nos habían muerto a muchos de nosotros, y que de ellos mismos faltaban más de mil y doscientos, y que temieron nos matasen a todos: y también porque Xicotenga el Mozo que mandó ahorcar Cortés en Tezcuco, siempre les decía que sabía por sus adivinanzas, que a todos nos habían de matar, y que no había de quedar ninguno de nosotros a vida, y por esta causa se fueron. Y puesto que Cortés en lo secreto sintió pesar de ello, mas con rostro alegre les dijo, que no tuviesen miedo, y que lo que aquellos Mexicanos les decían que era mentira, y por desmayarlos: y tantas



palabras de prometimientos les dijo, y con palabras amorosas los esforzó a estar con él: y otro tanto dijimos al Chichimecatecle, y a los dos Xicotengas. Y en estas pláticas que en aquella sazón decía Cortés a este Suchel, que ya he dicho que se dijo Don Carlos, como era de suyo Señor, y esforzado, dijo a Cortés: Señor Malinche, no recibas pena por no batallar cada día en tu Real algunas veces, y otro tanto manda al Tonatio, que era Pedro de Alvarado, que así lo llamaban, que se esté en el suyo, y Sandoval en Tepeaquilla, y con los bergantines anden cada día a quitar y defender, que no les entren bastimentos, ni agua, porque están aquí dentro en esta gran ciudad tantos mil Xiquipiles de guerreros, que por fuerza, siendo tantos se les ha de acabar el bastimento que tienen, y el agua que ahora beben es medio salobre, que toman de unos hoyos que tienen hechos, y como llueve de día y de noche, recogen el agua para beber, y de ello se sustentan; mas qué pueden hacer si les quitas la comida y el agua, sino que es más que guerra la que tendrán con la hambre y sed. Como Cortés aquello entendió, le echó los brazos encima, y le dio gracias por ello, con prometimientos que le daría pueblos: y este consejo le habíamos puesto en plática muchos soldados a Cortés; mas somos de tal calidad, que no quisiéramos aguardar tanto tiempo, sino entrarles luego en la ciudad. Y cuando Cortés hubo bien considerado lo que nosotros también le habíamos dicho, y sus Capitanes y soldados se lo decían, mandó a dos bergantines que fuesen a nuestro Real, y al de Sandoval a decirnos que estuviésemos otros tres días sin irles entrando en la ciudad, y como en aquella sazón los Mexicanos estaban victoriosos, no osábamos enviar un bergantín solo, y por esta causa envió dos: y una cosa nos ayudó mucho, y es, que ya osaban nuestros bergantines romper las estacadas, que los Mexicanos les habían hecho en la laguna, para que zabordasen: y es de esta manera, que remaban con gran fuerza, y para que más furia trajese, tomaban de algo atrás, y si hacía algún viento a todas velas, y con los remos muy mejor; y así eran señores de la laguna, y aun de muchas partes de las casas que estaban apartadas de la ciudad: y los Mexicanos como aquello vieron se les quebró algo su braveza. Dejemos esto, y volvamos a nuestras batallas: y es, que aunque no teníamos amigos, comenzamos a cegar y a tapar la gran abertura que he dicho otras veces, que estaba junto a nuestro Real, con la primera Capitanía que venía la rueda de acarrear adobes y madera, y cegar, lo poníamos muy por la obra, y con grandes trabajos; y las otras dos Capitanías batallábamos. Ya he dicho otras veces, que así lo teníamos concertado, y había de andar por rueda, y en cuatro días que todos trabajamos en ella, la



teníamos cegada y allanada: y otro tanto hacía Cortés en su Real con el mismo concierto, y aun él en persona llevaba adobes y madera, hasta que quedaban seguros los puentes y calzadas, y aberturas, por tenerlo seguro al retraer: y Sandoval ni más ni menos en el suyo, y en nuestros bergantines junto a nosotros sin temer estacadas; y de esta manera les fuimos entrando poco a poco. Volvamos a los grandes escuadrones que a la continua nos daban guerra, que muy bravosos y victoriosos se venían a juntar pie con pie con nosotros, y de cuando en cuando, como se mudaban unos escuadrones venían otros. Pues digamos el ruido y alarido que traían, y en aquel instante el resonido de la corneta de Guatemuz, y entonces apechugaban de tal arte con nosotros, que no nos aprovechaban cuchilladas, ni estocadas que les dábamos, y nos venían a echar mano: y como después de Dios nuestro buen pelear nos había de valer, teníamos muy reciamente contra ellos, hasta que con las escopetas y ballestas, y arremetidas de los de a caballo, que estaban a la continua con nosotros la mitad de ellos, y con nuestros bergantines que no temían ya las estacadas, les hacíamos estar a raya, y poco a poco, les fuimos entrando: y de esta manera batallábamos hasta cerca de la noche, que era hora de retraer. Pues ya que nos retraíamos, ya he dicho otras veces que había de ser con gran concierto, porque entonces procuraban de atajarnos en la calzada y pasos malos, y si de antes lo procuraban, en estos días con la victoria que habían alcanzado, lo ponían muy por la obra: y digo que por tres partes nos tenían tomados en medio en este día, más quiso nuestro Señor Dios, que puesto que hirieron muchos de nosotros, nos tornamos a juntar, y matamos y prendimos muchos contrarios, y como no teníamos amigos que echar fuera de las calzadas, y los de a caballo nos ayudaban valientemente, puesto que en aquella refriega y combate les hirieron dos caballos, y volvimos a nuestro Real bien heridos, donde nos curamos con aceite, y apretar nuestras heridas con mantas, y comer nuestras tortillas con ají, y yerbas y tunas, y luego puestos todos en la vela. Digamos ahora lo que los Mexicanos hacían de noche en sus grandes y altos Cues: y es, que tenían su maldito tambor, que dije otra vez que era el de más maldito sonido, y más triste que se podía inventar, y sonaba muy lejos; y tañían otros peores instrumentos. En fin, cosas diabólicas; y tenían grandes lumbres, y daban grandísimos gritos y silbos, y en aquel instante estaban sacrificando de nuestros compañeros, de los que tomaron a Cortés, que supimos que sacrificaron diez días arreo hasta que los acabaron, y el postrero dejaron a Cristóbal de Guzmán, que vivo le tuvieron diez y ocho días, según



dijeron tres Capitanes Mexicanos que prendimos: y cuando los sacrificaban, entonces hablaba su Huichilobos con ellos, y les prometía victoria, y que habíamos de ser muertos a sus manos antes de ocho días, y que nos diesen buenas guerras, aunque en ellas muriesen muchos: y de esta manera les traían engañados. Dejemos ahora de sus sacrificios, y volvamos a decir, que cuando otro día amanecía, ya estaban sobre nosotros todos los mayores poderes que Guatemuz podía juntar, y como teníamos cegada la abertura, y calzada y puentes; y ellos como la ponían en seco, tenían atrevimiento a venir hasta nuestros ranchos, y tirar vara, y piedra y flecha, si no fuera por los tiros con que siempre les hacíamos apartar; porque Pedro Moreno Medrano, que tenía cargo de ellos, les hacía mucho daño: y quiero decir, que nos tiraban saetas de las nuestras con ballestas, cuando tenían vivos a cinco ballesteros, y al Cristóbal de Guzmán con ellos, y les hacían que les armasen las ballestas, y les mostrasen como habían de tirar: y ellos y los Mexicanos tiraban aquellos tiros, y no nos hacían mal: y también batallaba reciamente Cortés y Sandoval, y les tiraban saetas con ballestas, y esto sabíamoslo por Sandoval, y los bergantines que iban de nuestro Real al de Cortés, y del de Cortés al nuestro, y al de Sandoval, y siempre nos escribía de la manera que habíamos de batallar, y todo lo que habíamos de hacer, y encomendándonos la vela, y que siempre estuviesen la mitad de los de a caballo en Tacuba guardando el fardaje, y las Indias que nos hacían pan, y que parasesmos mientes no rompiesen por nosotros una noche: porque unos prisioneros que en el Real de Cortés se prendieron, le dijeron que Guatemuz decía muchas veces, que diesen en nuestro Real de noche, pues no había Tlascaltecas que nos ayudasen; porque bien sabían que se nos habían ido ya todos los amigos. Ya he dicho otra vez que poníamos gran diligencia en velar. Dejemos esto, y digamos que cada día teníamos muy recios rebatos, y no dejábamos de irles ganando albarradas y puentes, y aberturas de agua: y como nuestros bergantines osaban ir por do quiera de la laguna, y no temían a las estacadas, ayudábannos muy bien. Y digamos cómo siempre andaban dos bergantines de los que tenía Cortés en su Real, a dar caza a las canoas que metían agua y bastimentos, y cogían en la laguna uno como medio lama, que después de seco tenía un sabor como de queso, y traían en los bergantines muchos Indios presos. Tornemos al Real de Cortés, y de Gonzalo de Sandoval, que cada día iban conquistando y ganando albarradas y puentes: y en estos trances y batallas se habían pasado, cuando en el desbarate de Cortés, doce o trece días: y como este Suchel hermano de Don



Hernando Señor de Tezcuco, vio que volvíamos muy de hecho en nosotros, y no era verdad lo que los Mexicanos decían, que dentro de diez días nos habían de matar, porque así se lo había prometido su Huichilobos, envió a decir a su hermano Don Hernando, que luego enviase a Cortés todo el poder de guerreros que pudiese sacar de Tezcuco, y vinieron dentro en dos días, que él se lo envió a decir, más de dos mil hombres. Acuérdomme que vinieron con ellos Pedro Sánchez Farfan, y Antonio de Villarroel, marido que fue de la Ojeda; porque estos dos soldados había dejado Cortés en aquella ciudad, y el Pedro Sánchez Farfan era Capitán, y el Antonio Villarroel era Ayo de Don Fernando: y cuando Cortés vio tan buen socorro se holgó mucho, y les dijo palabras halagüeñas: y asimismo en aquella sazón volvieron muchos Tlascaltecas con sus Capitanes, y venía por Capitán de ellos un Cacique de Topeyanco, que se decía Tecapanaca, y también vinieron otros muchos indios de Guaxocingo, y pocos de Cholula: y como Cortés supo que habían vuelto, mandó que todos fuesen a su Real, para hablarles, y primero que viniesen les mandó poner guardas en el camino para defenderlos, por si saliesen Mexicanos: y cuando parecieron delante, Cortés les hizo un parlamento con Doña Marina y Jerónimo de Aguilar, y les dijo, que bien habían creído y tenido por cierto la buena voluntad que siempre les ha tenido y tiene, así por haber servido a Su Majestad, como por las buenas obras que de ellos hemos recibido; y que si les mandó desde que venimos a aquella ciudad venir con nosotros a destruir a los Mexicanos, que su intento fue porque se aprovechasen y volviesen ricos a sus tierras, y se vengasen de sus enemigos, que no para que por su sola mano hubiésemos de ganar aquella gran ciudad: y puesto que siempre les ha hallado buenos, y en todo nos han ayudado, que bien habrán visto que cada día les mandábamos salir de las calzadas, porque nosotros estuviésemos más desembarazados sin ellos para pelear; y que ya les habían dicho y amonestado otras veces, que el que nos da victoria, y en todo nos ayuda, es nuestro Señor Jesucristo, en quien creemos y adoramos: y porque se fueron al mejor tiempo de la guerra, eran dignos de muerte, por desear sus Capitanes peleando y desampararlos: y que porque ellos no saben nuestras leyes y ordenanzas, que es perdonar, y que porque mejor lo entiendan, que mirasen que citando sin ellos íbamos derrocando casas y ganando albarradas: y que desde allí adelante les mandaba que no maten a ningunos Mexicanos, porque les quiere tomar de paz. Y después que les hubo dicho este razonamiento, abrazó a Chichimecatecle, y a los dos mancebos Xicotengas, y



a este Suchel hermano de Don Hernando, y les prometió que les daría tierras y vasallos más de los que tenían, teniéndoles en mucho a los que quedaron en nuestro Real; y asimismo habló muy bien a Tecapaneca, Señor de Topeyanco, y a los Caciques de Guaxocingo y Cholula, que estaban en el Real de Sandoval. Y como les hubo platicado lo que dicho tengo, cada uno se fue a su Real³⁰. Dejemos de esto y volvamos a nuestras grandes guerras y combates que siempre teníamos y nos daban; y porque siempre de día y de noche no hacíamos sino batallar, y a las tardes al retraer siempre herían a muchos de nuestros soldados, dejaré de contar muy por extenso lo que pasaba: y quiero decir cómo en aquellos días llovía en las tardes, que nos holgábamos que viniese el aguacero temprano, porque como se mojaban los contrarios no peleaban tan bravosamente, y nos dejaban retraer en salvo, y de esta manera teníamos algún descanso. Y porque ya estoy harto de escribir batallas, y más cansado y herido estaba de hallarme en ellas, y a los

³⁰ Después que volvieron las Naciones amigas que fue por el diez o doce de Julio de 1,521. según conjeturo, por las fechas que señala Cortés en algunos sucesos, siguió otro plan para atacar y estrechar a México. El sitio se dilataba mucho; el corto número de Españoles, heridos y dolientes los más, no podrían sufrir mucho tiempo la dura fatiga de los ataques diarios, y por pocos soldados que muriesen, continuando el sitio en la forma que hasta entonces, vendría el ejército a su fin: la obstinación de los Mexicanos no cedía, el riesgo en que Cortés y todo el ejército se habían visto fue casi decisivo; las Naciones amigas le podían desamparar, y disiparse en los Americanos la ilusión que los tenía sujetos a un pequeño número de extranjeros: ello es que la extrema necesidad le hizo resolver el último plan de ataque contra esta gran ciudad, y es el que él mismo declara: "En esta sazón, dice, ya los que habíamos salido heridos del desbarato, estábamos buenos, y a la Villa Rica había aportado un navío de Juan Ponce de León, que habían desbaratado en la tierra o Isla Florida, y los de la Villa enviáronme cierta pólvora y ballestas, de que teníamos muy extrema necesidad, y ya gracias a Dios, por aquí a la redonda no teníamos tierra, que no fuese en nuestro favor: y yo viendo cómo estos de la ciudad estaban tan rebeldes, y con la mayor muestra y determinación de morir, que nunca generación tuvo, no sabía qué medio tener con ellos para quitarnos a nosotros de tantos peligros y trabajos, y a ellos, y a su ciudad, no acabarlos de destruir, porque era la más hermosa cosa del mundo: y no nos aprovechaba decirles, que no habíamos de levantar los Reales, ni los bergantines habían de cesar de darles guerra por el agua; ni que habíamos destruido a los de Matalcingo y Marinalco, y que no tenían en toda la tierra quien los pudiese socorrer, ni tenían de donde haber maíz, ni carne, ni frutas, ni agua, ni otra cosa de mantenimiento. Y cuanto más de estas cosas les decíamos, menos muestra veíamos en ellos de flaqueza, mas antes en el pelear, y en todos sus ardidés los hallábamos con más ánimo que nunca. Y yo viendo que el negocio pasaba de esta manera, y que había ya más de cuarenta y cinco días, que estábamos en el cerco, acorde de tomar un medio para nuestra seguridad, y para poder más estrechar a los enemigos, y fue: que como fuésemos ganando por las calles de la ciudad, que fuesen derrocando todas las casas de ellas del un lado, y del otro, por manera, que no fuésemos un paso adelante sin dejarlo todo asolado, y la que era agua hacerlo tierra firme aunque hubiese toda la dilación, que se pudiese seguir. Y para esto yo llame a todos los Señores, y principales nuestros amigos, y díjeles lo que tenía acordado, por tanto que hiciesen venir mucha gente de sus labradores, y trajesen sus coas, que son unos palos, de que se aprovechan tanto como los cavadores en España de la azada: y ellos me respondieron, que así lo harían de muy buena voluntad, y que era muy buen acuerdo y holgaron mucho con esto, porque les pareció que era manera, para que la ciudad se asolase, lo cual todos ellos deseaban más que cosa del mundo. *Cortés. Carta III.*

Quedó pues acordado echar por el suelo y arrasar esta célebre Capital, siendo ejecutores millares de guerreros Americanos, que de día en día aumentaban el poder de Cortés. La ejecución de este nuevo plan empezó a mi entender por el diez y siete o diez y ocho de Julio de 1521. Es doloroso que el sistema que Cortés tuvo que abrazar por necesidad para la conquista, obligase a destruir los monumentos de la grandeza de este Imperio.



Lectores les parecerá prolijidad recitarlas tantas veces: ya he dicho que no puede ser menos, porque en noventa y tres días siempre batallábamos a la continua; mas desde aquí adelante si lo pudiese excusar no lo traería tanto a la memoria en esta relación. Volvamos a nuestro cuento, y cómo en todos tres Reales les íbamos entrando en su ciudad, Cortés por la suya, y Sandoval también por su parte, y Pedro de Alvarado por la nuestra, llegamos a donde tenían la fuente que ya he dicho otra vez, que bebían agua salobre; la cual quebramos y deshicimos, porque no se aprovechasen de ella, y estaban guardándola algunos Mexicanos, y tuvimos buena refriega de vara, y piedra y flecha, y muchas lanzas largas con que aguardaban a los de a caballo, porque por todas partes de las calles que les habíamos ganado, andaban ya, porque ya estaba llano, y sin agua, y podían correr muy gentilmente. Dejemos de hablar en esto, y digamos cómo Cortés envió a Guatemuz mensajeros rogándole con la paz, y fue de la manera que diré adelante.



CAPÍTULO CLIV.

Cómo Cortés envió a Guatemuz a rogarle que tengamos paz.

Después que Cortés vio que íbamos en la ciudad ganando muchos puentes y calzadas, y albarradas, y derrocando casas, como teníamos presos tres principales personas, que eran Capitanes de México, les mandó que fuesen a hablar a Guatemuz para que tuviesen paces con nosotros: y los principales dijeron, que no osaban ir con tal mensaje, porque su Señor Guatemuz les mandaría matar. En fin de pláticas, tanto se lo rogó Cortés, y con promesas que les hizo, y mantas que les dio, que fueron: y lo que les mandó que dijese al Guatemuz, es, que porque los quiere bien, por ser deudo tan cercano del gran Moctezuma su amigo, y casado con su hija, y porque ha mancilla, que aquella gran ciudad no se acabe de destruir, y por excusar la gran matanza que cada día hacíamos en sus vecinos y forasteros, que le ruega que venga de paz, y en nombre de su Majestad le perdonará todas las muertes y daños que nos han hecho, y hará muchas mercedes: y que tenga consideración, que se lo ha enviado a decir tres o cuatro veces, y que él por ser mancebo, o por sus consejeros, y la principal causa por sus malditos ídolos o Papas que le aconsejan mal, no ha querido venir sino darnos guerra: y pues que ya ha visto tantas muertes, como en las batallas que nos dan les han sucedido, y que tenemos de nuestra parte todas las ciudades y pueblos de toda aquella comarca, y cada día nuevamente vienen más contra ellos, que se compadezcan de tal perdimiento de sus vasallos y ciudad: también les envió a decir que se les habían acabado los mantenimientos, y que ya Cortés lo sabía, y que también agua no la tenían: y les envió a decir otras palabras bien dichas, que los tres principales las entendieron muy bien por nuestras lenguas, y demandaron a Cortés una carta, y ésta no porque la entendían, sino porque sabían claramente que cuando enviábamos alguna mensajería o cosas que les mandábamos, era un papel de aquellos que llaman amales, señal como mandamiento. Y cuando los tres mensajeros parecieron ante su Señor Guatemuz, con grandes lágrimas y sollozando le dijeron lo que Cortés les mandó, y el Guatemuz desde que lo oyó, y sus Capitanes que juntamente con él estaban, pareció ser que al principio recibió pasión de que fuesen atrevidos aquellos Capitanes de irles con tales embajadas; mas como el Guatemuz era mancebo y muy gentil-hombre, y de buena disposición, y rostro alegre, y aun la color tenía algo más que tiraba a blanco, que a matiz de Indio; que era de obra de



veinte y tres años, y era casado con una muy hermosa mujer, hija del gran Moctezuma su tío, y según después alcanzamos a saber, tenía voluntad de hacer paces, y para platicarlo mandó juntar todos sus Capitanes, y principales y Papas de los ídolos, y les dijo que tenía voluntad de no tener guerra con Malinche, ni todos nosotros: y la plática que sobre ello les puso, fue que ya habían probado todo lo que se puede hacer sobre la guerra, y mudado muchas maneras de pelear, y que somos de tal manera, que cuando pensaban que nos tenían vencidos, que entonces volvíamos muy más reciamente sobre ellas: y que al presente sabia los grandes poderes de amigos que nuevamente nos habían venido, y que todas las ciudades eran contra ellos, y que ya los bergantines les habían rompido sus estacadas: y que los caballos corrían a rienda suelta por las calles de su ciudad, y les puso por delante otras muchas desventuras que tenían sobre los mantenimientos y agua: que les rogaba y mandaba, que cada uno de ellos diese sobre ello su parecer, y los Papas también dijese el suyo, y lo que a sus Dioses Huichilobos y Tezcatepuca les han oído hablar: y que ninguno tuviese temor de hablar y decir la verdad de lo que sentía. Y según pareció le dijeron: Señor y nuestro gran Señor, ya te tenemos a ti por nuestro Rey y Señor, y es muy bien empleado en ti el reinado, pues en todas tus cosas te has mostrado varón, y te viene de derecho el Reino. Las paces que dices buenas son; mas mira y piensa en ello, que cuando estos Teules entraron en estas tierras, y en esta ciudad, cual nos ha ido de mal en peor: mirad los servicios y dádivas que les hizo y dio nuestro Señor vuestro tío el gran Moctezuma, en que paró. Pues vuestro primo Cacamutzin Rey de Tezcuco, por el consiguiente. Pues vuestros parientes los Señores de Iztapalapa, y Cuyoacan, y Tacuba, y de Talatzingo, ¿qué se hicieron? Pues los hijos de nuestro gran Señor Moctezuma, todos murieron. Pues oro y riquezas de esta ciudad todo se ha consumido. Pues ya ves que a todos tus súbditos y vasallos de Tepeaca y Chalco, y aun de Tezcuco, y aun de todas estas vuestras ciudades y pueblos les ha hecho esclavos, y señalado las caras. Mira primero lo que nuestros Dioses te han prometido, toma buen consejo sobre ello, y no te fíes de Malinche, ni de sus palabras, que más vale que todos muramos en esta ciudad peleando, que no vernos en poder de quien nos harán esclavos, y nos atormentarán: y los Papas en aquel tiempo le dijeron que sus Dioses les habían prometido victoria tres noches arreo, cuando les sacrificaban: y entonces el Guatemuz medio enojado les dijo: pues así queréis que sea, guardad mucho el maíz y bastimentos que tenemos, y muramos todos peleando, y desde aquí



adelante ninguno sea osado a demandarme paces, si no yo le mataré: y allí todos prometieron de pelear noches y días, y morir en la defensa de su ciudad. Pues ya esto acabado tuvieron trato con los de Suchimileco, y otros pueblos, que les metiesen agua en canoas de noche, y abrieron otras fuentes en partes que tenían agua, aunque salobre. Dejemos ya de hablar en este su concierto, y digamos de Cortés, y de todos nosotros, que estuvimos dos días sin entrarles en su ciudad esperando la respuesta, y cuando no nos catamos vienen tantos escuadrones de guerreros Mexicanos en todos tres Reales, y nos dan tan recia guerra, que como leones muy bravosos venían a encontrar con nosotros, que en todo su seso creyeron de llevarnos de vencida. Esto que digo fue por nuestra parte del Real de Pedro de Alvarado, que en lo de Cortés y Sandoval, también dijeron que les habían llegado a sus Reales, que no les podían defender, aunque más les mataban y herían: y cuando peleaban tocan la corneta de Guatemuz, y entonces habíamos de tener orden, que no nos desbaratasen: porque ya he dicho otras veces, que entonces se metían por las espadas y lanzas para echarnos mano: y como ya estábamos acostumbrados a los rencuentros, puesto que cada día herían y mataban de nosotros, teníamos con ellos pie con pie: y de esta manera pelearon seis o siete días arreo, y nosotros les matábamos y heríamos muchos de ellos, y con todo esto no se les daba nada por morir. Acuérdomme que decían: ¿en qué se anda Malinche con nosotros cada día demandándonos paces? Que nuestros Ídolos nos han prometido victoria, y tenemos hartos bastimentos y agua, y a ninguno de vosotros hemos de dejar a vida, por eso no tornen a hablar sobre las paces, pues las palabras son para las mujeres, y las armas para los hombres: y diciendo esto se vienen a nosotros, como perros dañados, y hablando y peleando todo era uno, y hasta que la noche nos despartía estábamos peleando: y luego como dicho tengo, al retraer con gran concierto, porque nos venían siguiendo grandes Capitanías y escuadrones de ellos, y echábamos a los amigos fuera de la calzada, porque ya habían venido muchos más que de antes; y nos volvíamos a nuestras chozas, y luego ir y velar todos juntos, y en la vela cenábamos nuestra mala ventura, como dicho tengo otras veces, y bien de madrugada, alto a pelear, porque no nos daban más espacio; y de esta manera estuvimos muchos días³¹: y estando de esta manera tuvimos otro combate;

³¹ Los combates que refiere el Autor en este capítulo parece que fueron ya según el nuevo orden de atacar a Temistitan, esto es, el de ganarla palmo a palmo, y desolarla al mismo paso, y creo se dieron hasta fines de Julio: pueden fijarse estas fechas por las relaciones de Cortés, que desde ahora son más extensas, y dan como un diario del sitio. Del día 25 dice: "otro día siguiente, que fue día del Apóstol Santiago, entramos en la ciudad, por la orden que antes, y seguimos por la calle grande, que iba a dar al mercado, y les



y es que se juntaban de tres Provincias, que se dicen Matalzingo y Malinalco, y otros pueblos, que no se me acuerda de sus nombres, que estaban obra de ocho leguas de México, para venir sobre nosotros, y mientras estuviésemos batallando con los Mexicanos darnos en las espaldas, y en nuestros Reales, y que entonces saldrían los poderes Mexicanos, y los unos por una parte, y los otros por otra, tenían pensamiento de desbaratarnos: y porque hubo otras pláticas, lo que sobre ello se hizo diré adelante.

ganamos una calle muy ancha de agua, en que ellos pensaban que tenían mucha seguridad, aunque tardó gran rato, y fue peligrosa de ganar; y en todo este día no se pudo, como era muy ancha de acabar de cegar, por manera que los de a caballo pudiesen pasar de la otra parte. Y como estábamos todos a pie, y los Indios veían que los caballos no habían pasado, vinieron de refresco sobre nosotros, muchos de ellos muy lucidos, y como les hicimos rostro, y teníamos muchos ballesteros, dieron la vuelta a sus albarradas y fuerzas que tenían, aunque fueron harto asaeteados. Y además de esto, todos los Españoles de a pie llevaban sus picas, las cuales yo había mandado hacer después, que me desbarataron, que fue cosa muy provechosa. Aquel día por los lados de la una parte, y de la otra de aquella calle principal, no se entendió sino en quemar y allanar casas, que era lastima cierto de verlo, pero como no nos convenía hacer otra cosa, nos era forzado seguir aquella orden. Los de la ciudad, como veían tanto estrago, por esforzarse decían a nuestros amigos, *que no hiciesen sino quemar y destruir, que ellos se las harían tornar a hacer de nuevo; porque si ellos eran vencedores, ya ellos sabían que había de ser así; y si no, que las habían de hacer para nosotros:* y de esto postrero, plugo a Dios, que salieron verdaderos, aunque ellos son los que las tornan a hacer. *Cortés. Carta III.*

Aquí solo cuenta Cortés lo sucedido en su Real: en los otros dos se hacía otro tanto.



CAPÍTULO CLV.

Cómo fue Gonzalo de Sandoval contra las Provincias que venían a ayudar a Guatemuz³².

Y para que esto se entienda bien, es menester volver algo atrás a decir desde que a Cortés desbarataron, y se llevaron a sacrificar sesenta y tantos soldados, y aun bien puedo decir sesenta y dos, porque tantos fueron, después que bien se contaron. Y también he dicho, que Guatemuz envió las cabezas de los caballos, y caras que habían desollado, y pies y manos de nuestros soldados que habían sacrificado a muchos pueblos, y a Matalzingo y Malinalco: y les envió a hacer saber, que ya había muerto la mitad de nuestras gentes, y que les rogaba, que para que nos acabasen de matar, que le viniesen a ayudar, y que darían guerra en nuestros Reales de día y de noche, y que por fuerza habíamos de pelear con ellos por defenderse: y que cuando estuviéremos peleando saldrían ellos de México, y nos darían guerra por otra parte, de manera que nos vencerían, y tenían que sacrificar muchos de nosotros a sus Ídolos, y harían hartazgo con nuestros cuerpos. De tal manera se lo envió a decir, que lo creyeron y tuvieron por cierto: y además de esto, en Matalcingo tenía el Guatemuz muchos parientes por parte de la madre, y como vieron las caras y cabezas que dicho tengo, y lo que se les envió a decir, luego pusieron por la obra de juntarse con todos sus poderes que tenían, y de venir en socorro de México, y de su pariente Guatemuz, y venían ya de hecho contra nosotros: y por el camino por donde pasaron estaban tres pueblos, y les comenzaron a dar guerra, y robaron las estancias, y robaron niños para sacrificar; los cuales pueblos enviaron a hacérselo saber a Cortés, para que les enviase ayuda y socorro: y como lo supo, de presto mandó a Andrés de Tapia, y con veinte de a caballo, y cien soldados y muchos amigos, les socorrió muy bien, y les hizo retraer a sus pueblos, con mucho daño que les hizo, y se volvió al Real, de que Cortés hubo mucho placer y contentamiento: y después de esto, en aquel instante vinieron mensajeros de los pueblos de Cuernavaca, a demandar socorro, que los mismos de Matalzingo, de Malinalco, y otras Provincias venían sobre ellos, y que enviase socorro, y para ello envió a Gonzalo de Sandoval con veinte de a caballo, y ochenta soldados los más sanos que había en todos tres Reales, y

³² El Autor altera aquí el orden de los sucesos, y los que refiere en este capítulo de Sandoval, Tapia y Licenciado Ayllón acontecieron algunos días antes. *Cortés. Carta III.*



muchos amigos: y sabe Dios cuáles quedábamos con gran riesgo de nuestras personas, porque todos los más estábamos heridos muy malamente, y no teníamos refrigerio ninguno. Y porque hay mucho que decid en lo que Sandoval hizo en el desbarate de los contrarios, se dejará de decir, mas de que se vino muy de presto por socorrer a su Real, y trajo dos principales de Mataltzingo consigo, y los dejó más de paz que de guerra, y fue muy provechosa aquella entrada que hizo: lo uno por evitar que a nuestros amigos no se les hiciese ni recibiesen más daño, y lo otro porque no viniesen a nuestros Reales, como venían de hecho, y porque viese Guatemuz y sus Capitanes, que no tenían ya ayuda, ni favor de aquellas Provincias: y también cuando con ellos estábamos peleando nos decían, que nos habían de matar con ayuda de Matatzingo, y de otras Provincias, y que sus Dioses se lo habían prometido así. Dejemos ya de decir de la ida y socorro que hizo Sandoval, y volvamos a decir de como Cortés envió a rogar a Guatemuz que viniese de paz., y que le perdonaría todo lo pasado: y le envió a decir, que el Rey nuestro Señor le envió a decir ahora nuevamente, que no le destruyese más aquella ciudad y tierras, y que por esta causa los cinco días pasados no le había dado guerra, ni entrado batallando: y que mire que ya no tiene bastimentos, ni agua, y más de las dos partes de su ciudad por el suelo: y que de los socorros que esperaba de Mataltzingo, que se informe de aquellos dos principales que entonces les envió, y digan cómo les ha ido en su venida: y le envió a decir otras cosas de muchos ofrecimientos, que fueron con estos mensajeros los dos Indios de Mataltzingo, y le dijeron lo que había pasado, y no les quiso responder cosa ninguna, sino solamente les mandó que se volviesen a sus pueblos, y luego les mandó salir de México. Dejemos a los mensajeros que luego salieron, y los Mexicanos por tres partes con la mayor furia que hasta allí habíamos visto, y se vienen a nosotros, y en todos tres Reales nos dieron muy recia guerra: y puesto que les heríamos y matábamos muchos de ellos, paréceme que deseaban morir peleando: y entonces cuando más recios andaban con nosotros pie con pie peleando, nos decían: Tenitoy Rey Castilla, Tenitoy Axaca, que quiere decir en su lengua, ¿qué dirá el Rey de Castilla? ¿qué dirá ahora? Y con estas palabras tirar vara y piedra, y flecha, que cubrían el suelo y calzada. Dejemos esto que ya les íbamos ganando gran parte de la ciudad, y en ellos sentíamos, que puesto que peleaban muy como varones, no se remudaban ya tantos escuadrones como solían, ni abrían zanjas ni calzadas; mas otra cosa tenían muy cierta, que al tiempo que nos retraíamos nos venían siguiendo, hasta



echarnos mano: y también se nos había acabado ya la pólvora en todos tres Reales, y en aquel instante había venido a la Villa Rica un navío que era de una armada de un Licenciado Lucas Vázquez de Aillón, que se perdió y desbarataron en las islas de la Florida, y el navío aportó a aquel puerto, como dicho tengo, y venían en él ciertos soldados, y pólvora y ballestas y otras cosas: y el Teniente que estaba en la villa Rica, que se decía Rodrigo Rangel, que tenía en guarda a Narváez, envió luego a Cortés pólvora y ballestas y soldados. Y volvamos a nuestra conquista por abreviar, que mandó y acordó Cortés con todos los demás Capitanes y soldados³³, que les entrásemos todo cuanto pudiéremos, hasta llegarles al Tatelulco, que es la plaza mayor, a donde estaban sus altos Cues y adoratorios; y Cortés por su parte, y Sandoval por la suya, y nosotros por la nuestra les íbamos ganando puentes y albarradas, y Cortés les entró hasta una plazuela donde tenían otros adoratorios; en aquellos Cus estaban unas vigas y en ellas muchas cabezas de nuestros soldados, que habían muerto y desbaratado en las batallas pasadas, y tenían los cabellos y barbas muy crecidas, más que cuando eran vivos, y no lo había yo creído, si no lo viera desde a tres días, que como fuimos ganando por nuestra parte dos aberturas y puente, tuvimos lugar de verlas, y yo conocí a tres soldados mis compañeros: y cuando las vimos de aquella manera, se nos saltaron las lágrimas de los ojos: y en aquella sazón se quedaron allí donde estaban; mas desde a doce días se quitaron, y las pusimos aquellas y otras cabezas que tenían ofrecidas a otros ídolos, y las enterramos en una Iglesia, que se dice ahora los Mártires, que nosotros hicimos. Dejemos de esto, y digamos como fuimos batallando por la parte de Pedro de Alvarado, y llegamos al Tatelulco, y había tantos Mexicanos en guarda de sus Ídolos y altos Cues, y tenían tantas albarradas, que estuvimos bien dos horas que no se lo pudimos tomar: y como podían ya correr caballos, puesto que les hirieron a los más; mas nos ayudaron muy bien, y alancearon a muchos Mexicanos: y como había tantos contrarios en tres partes, fuimos las tres Capitanías a batallar con ellos; y a la una Capitanía, que era de un Gutiérrez de Badajoz, mandó Pedro de Alvarado que se subió en el alto Cu de Huichilobos, y peleó muy bien con los contrarios, y muchos Papas que en las casas de los adoratorios estaban, y de tal manera le daban guerra los contrarios, que le hacían venir las gradas abajo: y luego Pedro de Alvarado nos mandó que le fuésemos a socorrer y dejásemos el combate en que estábamos: y yendo que íbamos,

³³ Este acuerdo fue, a lo que creo probablemente, en el día 1º de Agosto, o a principios de este mes o a últimos de Julio de 1521.



nos siguieron los escuadrones con quien peleábamos, y todavía les subíamos sus gradas arriba. Aquí había bien que decir en qué trabajo nos vimos los unos y los otros en ganarles aquellas fortalezas, que ya he dicho otras veces que eran muy altas; y en aquellas batallas nos tornaron a herir a todos muy malamente, y todavía les pusimos fuego a los Ídolos, y levantamos nuestras banderas, y estuvimos batallando en lo llano, después de haberle puesto fuego, hasta la noche, que no nos podíamos valer con tanto guerrero. Dejemos de hablar en ello, y digamos que como Cortés y sus Capitanes vieron en aquella sazón desde sus barrios y calles en sus partes lejos del alto Cu, y las llamaradas en que el Cu mayor se ardía, y nuestras banderas encima, se holgó mucho, y se quisieran hallar en él; mas no podían, porque había un cuarto de legua de la una parte a la otra, y tenían muchas puentes y aberturas de agua por ganar, y por donde andaba, le daban recia guerra, y no podían entrar tan presto como quisieran en el cuerpo de la ciudad; más desde a cuatro días se juntó con nosotros, así Cortés, como Sandoval, y podíamos ir desde un Real a otro por las calles y casas derrocadas, y puentes y albarradas deshechas, y aberturas de agua todo ciego³⁴. Y en este instante se iban

³⁴ "Otro día siguiente, *dice Cortés*, estando aderezando para tornar a entrar en la ciudad a las nueve horas del día, vimos de nuestro Real salir humo, de dos torres muy altas que estaban en el Tatellulco o Mercado de la ciudad, que no podíamos pensar que fuese; y como parecía que era más que desahumerios, que acostumbra los Indios a hacer a sus ídolos, barritamos que la gente de Pedro de Alvarado había llegado allí, y aunque así era la verdad, no lo podíamos creer. Y cierto aquel día Pedro de Alvarado y su gente lo hicieron valientemente, porque teníamos muchos puentes y albarradas de ganar, y siempre acudían a defenderlas toda la más parte de la ciudad.

Otro día entramos luego por la mañana en la ciudad, y como no había por ganar hasta llegar al Mercado, sino una traviesa de agua con su albarrada, que estaba junto a la torrecilla que he dicho, comenzábamos a combatir; y un Alférez, y otros dos o tres Españoles echáronse al agua, y los de la ciudad desampararon luego el paso, y comenzó a cegar y aderezar para que pudiésemos pasar con los caballos; y estándose aderezando llegó Pedro de Alvarado por la misma calle con cuatro de caballo, que fue sin comparación el placer que hubo la gente de su Real y del nuestro, porque era camino para dar muy breve conclusión en la guerra: y Pedro de Alvarado dejaba recaudo de gente en las espaldas hilados, así para conservar lo ganado, como para su defensa: y como luego se aderezó el paso, yo con algunos de caballo me fui a ver el Mercado, y mandé a la gente de nuestro Real que no pasase adelante de aquel paso. Y después que anduvimos un rato paseándonos por la plaza, mirando los portales de ella, los cuales por las azoteas estaban llenos de los enemigos; y como la plaza era muy grande, y veían andar por ella los de caballo, no osaban llegar: y yo subí en aquella torre grande que está junto al Mercado, y en ella, también, y en otra, hallamos ofrecidas ante sus Ídolos las cabezas de los Cristianos que nos habían muerto, y de los indios de Tsaltecal nuestros amigos, entre quien siempre ha habido muy antigua y cruel enemistad. Y yo miré desde aquella torre lo que teníamos ganado de la ciudad, que sin duda de ocho partes teníamos ganado las siete; y viendo que tanto número de gente de los enemigos no era posible sufrirse en tanta angostura, mayormente que aquellas casas que les quedaban eran pequeñas y puestas cada una de ellas sobre sí en el agua, y sobre todo la grandísima hambre que entre ellos había, y que por las calles hallábamos roídas las raíces y cortezas de los árboles; acorde de dejarlos de combatir por algún día, y moverles algún partido por donde no pereciese tanta multitud de gente, que cierto me ponía en mucha lástima y dolor el daño que en ellos se había: y continuamente les hacía acometer con la paz; y ellos decían, que en ninguna manera se habían de dar, y que uno solo que quedase, había de morir peleando; y que de todo lo que tenían no habíamos de haber ninguna cosa, y que lo habían de quemar y echar al agua,



retrayendo Guatemuz con todos sus guerreros en una parte de la ciudad dentro de la laguna porque las casas y palacios en que vivía, ya estaban por el suelo, y con todo esto no dejaban cada día de salir a darnos guerra y al tiempo de retraer nos iban siguiendo muy mejor que de antes: y viendo esto Cortés que se pasaban muchos días, y no venían de paz, ni tal pensamiento tenían, acordó con todos nuestros Capitanes que les echásemos celadas: y fue de esta manera, que de todos tres Reales se juntaron hasta treinta de a caballo y cien soldados los más sueltos guerreros que conocía Cortés: y envió a llamar de todos tres Reales mil Tlascaltecas, y nos metimos en unas casas grandes que harían sido de un señor de México, y esto fue muy de mañana, y Cortés iba entrando con los demás de a caballo que le quedaban y sus soldados y ballesteros y escopeteros por las calles y calzadas como solía, y ya llegaba Cortés a una abertura y puente de agua, y entonces estaban peleando con los escuadrones de Mexicanos que para ello estaban aparejados, y aun muchos más que Guatemuz enviaba para guardar la puente: y como Cortés vio que había gran número de contrarios, hizo que se retraía y mandaba echar los amigos fuera de la calzada, porque creyesen que de hecho se iban retrayendo, y le iban siguiendo al principio poco a poco, y cuando vieron que de hecho hacía que iba huyendo, van tras él todos los poderes que en aquella calzada le daban guerra; y como Cortés vio que había pasado algo adelante de las casas donde estaba la celada, tiraron dos tiros juntos, que era señal de cuando habíamos de salir de la celada, y salen los de a caballo primero, y salimos todos los soldados y dimos en ellos a placer; pues luego volvió Cortés con los suyos, y nuestros amigos los Tlascaltecas, e hicieron una gran matanza. Por manera que se hirieron y mataron muchos, y desde allí adelante no nos seguían al tiempo del retraer: y también en el Real de Pedro de Alvarado les echó una celada, mas no tan buena como ésta, y en aquel día no me hallé yo en nuestro Real con Pedro de Alvarado, por causa que Cortés me mandó que para la celada quedase con él. Dejemos de esto, y digamos como estábamos ya en el Tatelulco y Cortés nos mandó que pasásemos todas las Capitanías a estar en él, y que allí velásemos, por causa que veníamos más de media legua desde el Real a batallar con los Mexicanos, y estuvimos allí tres días sin hacer cosa que de contar sea, porque nos mandó que no les entrásemos más en la ciudad, ni les derrocásemos más casas, porque les quería tornar a requerir con las paces: y en aquellos días que allí estuvimos en el

donde nunca pareciese, y yo por no dar mal por mal, disimulaba en no darlos el combate." *Cortés. Carta III.*



Tatelulco, envió Cortés a Guatemuz, rogándole que se diese, y no hubiese miedo, y con grandes ofrecimientos que le prometía, que su persona sería muy acatada y honrada de él, y que mandaría a México y a todas sus tierras y ciudades, como solía; y les envió bastimentos y regalos, que eran tortillas, y gallinas, y cerezas, y tunas, y caza, y que no tenían otra cosa: y el Guatemuz entró en consejo con sus Capitanes, y lo que le aconsejaron fue, que dijese que querían paz, y que aguardarían tres días, y que al cabo de los tres días se verían el Guatemuz y Cortés, y se darían los conciertos de las paces; y en aquellos tres días tenían tiempo de aderezar puentes, y abrir calzadas, y adobar piedra, y vara, y flecha, y hacer albarradas: y envió Guatemuz cuatro Mexicanos principales con aquella respuesta, y creíamos que eran verdaderas las paces, y Cortés les mandó dar muy bien de comer y beber, y les tornó a enviar a Guatemuz, y con ellos les envió más refresco, como de antes, y el Guatemuz tornó a enviar a Cortés otros mensajeros, y con ellos dos mantas ricas, y dijeron que Guatemuz vendría para cuando estaba acordado: y por no gastar más razones sobre el caso, él nunca quiso venir, porque le aconsejaron que no creyese a Cortés, y poniéndole por delante el fin de su tío el gran Moctezuma y sus parientes, y la destrucción de todo el linaje noble de los Mexicanos; y que dijese que estaba malo, y que saliesen todos de guerra, y que placería a sus Dioses, que les daría victoria contra nosotros, pues tantas veces se la habían prometido. Pues como estábamos aguardando al Guatemuz, y no venía, vimos luego la burla que de nosotros hacía; y en aquel instante salían tantos batallones de Mexicanos con sus divisas, y dan a Cortés tanta guerra, que no se podía valer: y otro tanto fue por nuestra parte de nuestro Real; pues en el de Sandoval lo mismo: y era de tal manera, que parecía que entonces comenzaban de nuevo a batallar: y como estábamos algo descuidados, creyendo que estaban ya de paz, hirieron a muchos de nuestros soldados, y tres fueron heridos muy malamente, y el uno de ellos murió, y mataron dos caballos, e hirieron otros más: y ellos no se fueron mucho alabando, que muy bien lo pagaron: y como esto vio Cortés, mando que luego les tornásemos a dar guerra, y les entrásemos en su ciudad a la parte donde se había recogido: y como vieron que les íbamos ganando toda la ciudad, envió Guatemuz a decir a Cortés, que quería hablar con él desde una gran abertura de agua: y había de ser, Cortés de la una parte, y el Guatemuz de la otra, y señalaron el tiempo para otro día de mañana; y fue Cortés para hablar con él, y no quiso Guatemuz venir al puesto, sino envió a muchos principales; los cuales dijeron que su



señor Guatemuz no osaba venir, por temor que cuando estuviere hablando le tirarían escopetas y ballestas, y le matarían: y entonces Cortés les prometió con juramento que no les enojaría en cosa ninguna, y no aprovechó, que no le creyeron. En aquella sazón dos principales de los que hablaban con Cortés, sacaron de un fardalejo que traían, tortillas, y una pierna de gallina, y cerezas, y sentáronse muy despacio a comer, porque Cortés lo viese, y entendiese que no tenían hambre: y desde allí le envió a decir a Guatemuz, que pues no quería venir, que no se le daba nada, y que presto les entraría en todas sus casas, y vería si tenía maíz, cuánto más gallinas: y de esta manera se estuvieron otros cuatro o cinco días, que no les dábamos guerra: y en este instante se salían de noche muchos pobres Indios, que no tenían que comer, y se venían al Real de Cortés, y al nuestro, como aburridos de hambre: y cuando aquello vio Cortés, mandó que en bueno ni en malo no les diésemos guerra, y que quizá se les mudaría la voluntad, para venir de paz; y no venían: y en el Real de Cortés estaba un soldado, que decía él mismo, que él había estado en Italia en compañía del Gran Capitán, y se halló en la Chirinola de Garayana, y en otras grandes batallas, y decía muchas cosas de ingenios de la guerra, y que haría un trabuco en el Tatelulco, con que en dos días que con él tirase a la parte y casas de la ciudad, donde el Guatemuz se había retraído, que les haría que luego se diesen de paz: y tantas cosas dijo a Cortés sobre ello, que luego puso en obra hacer el trabuco, y trajeron piedra, cal y madera, de la manera que él la demandó, y carpinteros, y clavazón, y todo lo perteneciente para hacer el trabuco, y hicieron dos hondas de recias sogas, y trajeron grandes piedras, y mayores que botijas de arroba; y ya que estaba armado el trabuco, según y de la manera que el soldado dio la orden, y dijo que estaba bueno para orar, y pusieron en la honda una piedra hechiza, lo que con ella se hizo, es, que no pasó adelante del trabuco, porque fue por alto, y luego cayó allí donde estaba armado: y desde que aquello vio Cortés, hubo mucho enojo del soldado que le dio la orden para que lo hiciese, y tenía pesar en sí mismo, porque él creído tenía que no era para en la guerra, ni para en cosa de afrenta, y no era más de hablar, que se había hallado de la manera que he dicho, y según el mismo soldado decía, que se decía Fulano de Sotelo, natural de Sevilla; y luego Cortés mandó deshacer el trabuco. Dejemos de esto, y digamos que como vio que el trabuco era cosa de burla, acordó que con todos doce bergantines fuese en ellos Gonzalo Sandoval por Capitán General, y entrase en el rincón de la ciudad, donde se había retraído Guatemuz; el cual estaba en



parte que no podían entrar en sus palacios y casas, sino por el agua; y luego Sandoval apercibió a todos los Capitanes de los bergantines, y lo que hizo diré adelante cómo y de qué manera pasó³⁵.

³⁵ El Autor se ciñe demasiado en este capítulo, que abrazando lo que sucedió desde primeros de Agosto, es lo más interesante de este sitio. Supliremos su brevedad con lo que cuenta Cortés de los últimos alientos de un Imperio, y de una Capital, cuya desolación se había hecho forzosa. "Otro día después de asentado el Trabuco, volvimos a la ciudad, y como ya había tres o cuatro días que no los combatíamos hallamos las calles por donde íbamos, llenas de mujeres y niños y otra gente miserable, que se morían de hambre y salían traspasados y flacos, que era la mayor lástima del mundo de verlos; y yo mandé a nuestros amigos que no les hiciesen daño alguno: pero de la gente de guerra no salía ninguno donde pudiese recibir daño, aunque los veíamos estar encima de sus azoteas, cubiertos con sus mantas, que usan, y sin armas: e hice este día que se les requiriese con la paz, y sus respuestas eran disimulaciones: y como lo más del día nos teman en esto, envíeles a decir que les quería combatir, que hiciesen retraer toda su gente, si no que daría licencia que nuestros amigos los matasen. Y ellos dijeron que querían paz; y yo les repliqué, que yo no veía allí el Señor, con quien se había de tratar; que venido, para lo cual le daría todo el seguro que quisiese, que hablaríamos de paz. Y como vimos que era burla, y que todos estaban apercibidos para pelear con nosotros, después de habérsela muchas veces amonestado, por más estrecharlos y poner en más extrema necesidad, mande a Pedro de Alvarado que con toda su gente entrase por la parte de un gran barrio que los enemigos tenían, en que habría más de mil casas, y yo por la otra parte entré a pie con la gente de nuestro Real, porque a caballo no nos podíamos por allí aprovechar. Y fue tan recio el combate nuestro, y de nuestros enemigos, que les ganamos todo aquel barrio; y fue tan grande la mortandad que se hizo en nuestros enemigos, que muertos y presos pasaron de doce mil ánimas: con los quales osaban de tanta crueldad nuestros amigos, que por ninguna vía a ninguno daban la vida, aunque más reprehendidos y castigados de nosotros eran. Otro día siguiente tornamos a la ciudad, y mandé, que no peleasen ni hiciesen mal a los enemigos, y como ellos veían tanta multitud de gente sobre ellos y conocían que los venían a matar sus vasallos, y los que ellos solían mandar, y veían su extrema necesidad; y como no tenían donde estar sino sobre los cuerpos muertos de los suyos, con deseo de verse fuera de tanta desventura, decían, *que por qué no los acabábamos ya de matar*; y a mucha prisa dijeron que me llamasen que me querían hablar. Y como todos los Españoles deseaban que ya esta guerra se concluyese, y habían lástima de tanto mal como se hacía, holgaron mucho, pensando que los Indios querían paz; y con mucho placer viniéronme a llamar e importunar que me llegase a una albarrada, donde estaban ciertos principales, porque querían hablar conmigo. Y aunque yo sabía que había de aprovechar en poco mi ida, determiné de ir, como quiera que bien sabía que el no darse estaba solamente en el Señor y otros tres o cuatro principales de la ciudad, porque la otra gente muertos o vivos deseaban ya verse fuera de allí. Y llegado a la albarrada, me dijeron; *que pues ellos me tenían por hijo del sol, y el sol en tanta brevedad, como era en un día y una noche daba vuelta a todo el mundo, que porque yo así brevemente no los acababa de matar, y los quitaba de penar tanto, porque ya ellos tenían deseo de morir, e irse al cielo para sus Ochilobus que los estaba allá esperando para descansar*: y este Ídolo es el que más en veneración ellos tienen. Yo les respondí muchas cosas para atraerlos a que se diesen, y ninguna cosa aprovechaba, aunque en nosotros veían más muestras y señales de paz, que jamás a ningunos vencidos se mostraron, siendo nosotros con el ayuda de nuestro Señor los vencedores.

Puestos los enemigos en el último extremo, como de lo dicho se puede colegir, para quitarlos de su mal propósito, como era la determinación que tenían de morir, hablé con una persona bien principal entre ellos, que teníamos preso, al cual dos o tres días antes había prendido un tío de Don Fernando, Señor de Tesalco, peleando en la ciudad; y aunque estaba muy herido, le dije, que si quería volver a la ciudad; y él me respondió que sí, y como otro día entramos en ella, le envíe con ciertos Españoles, los cuales lo entregaron a los de la ciudad; y a este principal yo le había hablado largamente, para que hablase con el Señor y con otros principales sobre la paz, y él me prometió de hacer sobre ello todo lo que pudiese. Los de la ciudad lo recibieron con mucho acatamiento como a persona principal; Y como lo llevaron delante de Guatimucín su Señor, y él le comenzó a hablar sobre la paz, dizque luego lo mandó matar y sacrificar: y la respuesta que estábamos esperando, nos dieron con venir con grandísimos alaridos, diciendo, que no querían sino morir, y comienzan a tirarnos varas, flechas y piedras, y a pelear reciamente con nosotros, y tanto, que nos mataron un caballo con un darle, que uno traís hecho de una espada de las nuestras; y al fin les costó caro, porque murieron muchos de ellos, y así volvimos a nuestros Reales aquel día. Otro día



tornamos a entrar en la ciudad, y ya estaban los enemigos tales, que de noche osaban quedar en ella de nuestros amigos infinitos de ellos. Y llegados a vista de los enemigos, no quisimos pelear con ellos, sino andarnos paseando por su ciudad, porque teníamos pensamiento que cada hora, y cada rato se habían de salir a nosotros. Y por inclinarlos a ello, yo me llegué cabalgando cabe una albarrada suya, que tenían bien fuerte, y llamé a ciertos principales, que estaban detrás, a los cuales yo conocía, y les dije: que pues se veían tan perdidos, y conocían, que si yo quisiese en una hora no quedaría ninguno de ellos, que por qué no venía a hablarme Guatimucin su Señor, que yo le prometía de no hacerle ningún mal, y queriendo él y ellos venir de paz, que serían de mí muy bien recibidos y tratados. Y pasé con ellos otras razones, con que los provoqué a muchas lágrimas, y llorando me respondieron: que bien conocían su yerro y perdición, y que ellos querían ir a hablar a su Señor, y me volverían presto con la respuesta, y que no me fuese de allí. Ellos se fueron, y volvieron desde a un rato y me dijeron: que porque ya era tarde su Señor no había venido, pero que otro día a medio día vendría en todo caso a hablarme en la plaza del Mercado, y así nos fuimos a nuestro Real. Y yo mandé para otro día que tuviesen aderezado allí en aquel cuadrado alto, que está en medio de la plaza, para el Señor y principales de la ciudad un estrado, como ellos lo acostumbraban, y que también les tuviesen aderezado de comer, y así se puso por obra.

Otro día de mañana fuimos a la ciudad, y yo avisé a la gente que estuviese apercebida, para que si los de la ciudad cometiesen alguna traición, no nos tomasen descuidados. Y a Pedro de Alvarado, que estaba allí, le avisé de lo mismo: y como llegamos al Mercado, yo envié a decir, y hacer saber a Guatimucin cómo le estaba esperando, el cual, según pareció, acordó de no venir, y me envió cinco de aquellos señores principales de la ciudad, cuyos nombres, porque no hacen mucho al caso, no digo aquí. Los cuales, llegados dijeron, que su Señor me enviaba a rogar con ellos, que le perdonase, porque no venía, que tenía mucho miedo de aparecer ante mí, y también estaba malo, y que ellos estaban allí, que viese lo que mandaba, que ellos lo harían: y aunque el Señor no vino, holgamos mucho que aquellos principales viniesen, porque parecía que era camino de dar presto conclusión a todo el negocio. Yo los recibí con semblante alegre, y les mandé dar luego de comer, y de beber, en lo cual mostraron bien el deseo y necesidad que de ello tenían. Y después de haber comido, les dije, que hablasen a su señor, y que no tuviese temor ninguno, y que le prometía, que aunque ante mí viniese, que no le sería hecho enojo alguno, ni sería detenido, porque sin su presencia en ninguna cosa se podía dar buen asiento, ni concierto; y les mandé dar algunas cosas de refresco, que le llevasen para comer, y me prometieron de hacer en el caso todo lo que pudiesen, y así se fueron. Y en dos horas volvieron y me trajeron unas mantas de algodón buenas, de las que ellos usaban, y me dijeron, que en ninguna manera Guatimucin su Señor vendría, ni quería venir, y que era excusado hablar en ello; y yo les torné a repetir, que no sabía la causa porque él se recelaba venir ante mí, pues veía que a ellos, que yo sabía que habían sido los causadores principales de la guerra, y que la habían sustentado, les hacía buen tratamiento, que los dejaba ir, y venir seguramente, sin recibir enojo alguno; que les rogaba que le tornasen a hablar, y mirasen mucho en esto de su venida, pues a él le convenía, y yo lo hacía por su provecho: y ellos respondieron que así lo harían, y que otro día me volverían con la respuesta, y así se fueron ellos, y también nosotros a nuestros Reales.

Otro día bien de mañana aquellos principales vinieron a nuestro Real, y me dijeron que me fuese a la plaza del mercado de la ciudad, porque su Señor me quería ir a hablar allí, y yo creyendo que fuera así, cabalgué y tomamos nuestro camino, y le estuve esperando, donde quedaba concertado, más de tres o cuatro horas, y nunca quiso venir, ni parecer ante mí. Y como yo vi la burla, y que era ya tarde, y que ni los otros mensajeros, ni el Señor venían, envié a llamar a los Indios nuestros amigos que habían quedado a la entrada de la ciudad, casi una legua de donde estábamos, a los cuales yo había mandado, que no pasasen de allí, porque los de la ciudad me habían pedido, que para hablar en las paces no estuviese ninguno de ellos dentro, y ellos no se tardaron, ni tmapoco los del Real de Pedro de Alvarado. Y como llegaron, comenzamos a combatir unas albarradas y calles de agua que tenían, que ya no les quedaba otra mayor fuerza, y les entramos, así nosotros como nuestros amigos, todo lo que quisimos. Y al tiempo que yo salí del Real había proveído que Gonzalo de Sandoval entrase con los bergantines por la otra parte de las casas en que los Indios estaban fuertes, por manera que los tuviésemos cercados, y que no los combatiere, hasta que viese que nosotros combatíamos; por manera que por estar así cercados y apretados, no tenían paso por donde andar, sino por encima de los muertos, y por las azoteas que les quedaban, y a esta causa ni tenían, ni hallaban flechas, ni varas ni piedras con que ofendernos, y andaban con nosotros nuestros amigos a espada y rodela; y era tanta la mortandad que en ellos se hizo por la mar, y por la tierra, que aquel día se mataron, y prendieron más de cuarenta mil ánimas, y era tanta la grita y lloro de los niños y mujeres, que no había persona a quien no quebrantase el corazón; y ya nosotros teníamos más que hacer en estorbar a nuestros amigos que no matasen, ni hiciesen tanta crueldad, que no en pelear con los Indios, la cual crueldad nunca en generación tan recia se vió, ni tan fuera de toda orden



de naturaleza, como en los naturales de estas partes: nuestros amigos hubieron este día muy gran despojo, el cual en ninguna manera los podíamos resistir, porque nosotros éramos obra de novecientos Españoles, y ellos más de ciento cincuenta mil hombres, y ningún recaudo, ni diligencia bastaba para estorbarlos que no robasen, aunque de nuestra parte se hacía todo lo posible. Y una de las cosas porque los días antes yo rehusaba de no venir en tanta rotura con los de la ciudad, era porque tomándolos por fuerza, habían de echar lo que tuviesen en el agua, y ya que no lo hiciesen, nuestros amigos habían de robar todo lo más que hallasen, y a esta causa temía que se habría para vuestra Majestad poca parte de la mucha riqueza que en esta ciudad había, y según la que yo antes para vuestra Alteza tenía: y porque ya era tarde, y no podíamos sufrir el mal olor de los muertos, que había de muchos días por aquellas calles, que era la cosa del mundo más pestilencial, nos fuimos a nuestros Reales. Y aquella tarde dejé concertado, que para otro día siguiente, que habíamos de volver a entrar, se aparejasen tres tiros gruesos que teníamos para llevarlos a la ciudad, porque yo temía, que como estaban los enemigos tan juntos, y que no tenían por donde rodearse, queriéndoles entrar por fuerza, sin pelear podrían entre sí ahogar los Españoles, y quería desde acá hacerles con los tiros algún daño, porque saliesen de allí para nosotros; y al Alguacil Mayor mandé que asimismo para otro día, que estuviese apercebido para entrar con los bergantines por un lago de agua grande, que se hacía entre unas casas donde estaban todas las canoas de la ciudad recogidas: y ya tenían tan pocas casas donde poder estar, que el Señor de la ciudad andaba metido en una canoa, con ciertos principales, que no sabían qué hacer de sí, y de esta manera quedó concertado que habíamos de entrar otro día por la mañana.

Siendo ya de día hice apercebir toda la gente, y llevar los tiros gruesos, y el día antes había mandado a Pedro de Alvarado que me esperase en la plaza del Mercado, y no diese combate hasta que yo llegase, y estando ya todos juntos, y los bergantines apercebidos todos por detrás de las casas del agua, donde estaban los enemigos, mandé que en oyendo soltar una escopeta, que entrasen por una poca parte que estaba por ganar, y echasen a los enemigos al agua hacia donde los bergantines habían de estar a punto; y les avisé mucho que mirasen por Guatimucin, y trabajasen de tomarlo a vida, porque en aquel punto cesaría la guerra. Y yo me subí encima de una azotea, y antes del combate hablé con algunos de aquellos principales de la ciudad que conocía, y les dije: que era la causa, porque su Señor no quería venir, que pues se veían en tanto extremo, que no diesen causa a que todos pudiesen, y que lo llamasen, y no hubiesen ningún temor, y dos de aquellos principales pareció que lo iban a llamar. Y de a poco volvió con ellos uno de los más principales de todos ellos, que se llamaba Ciguacoacín, y era el Capitán y Gobernador de todos ellos, y por su consejo se seguían todas las cosas de la guerra, y yo le mostré buena voluntad, porque se asegurase y no tuviese temor; y al fin me dijo, que en ninguna manera el Señor vendría ante mí, y antes quería por allá morir, y que a él le pesaba mucho de esto, que hiciese yo lo que quisiese: y como vi en esto su determinación, yo le dije, que se volviese a los suyos, y que él y ellos se aparejasen, porque los quería combatir y acabar de matar, y así se fue. Y como en estos conciertos se pasaron más de cinco horas, y los de la ciudad estaban todos encima de los muertos, y otros en el agua, y otros andaban nadando, y otros ahogándose en aquel lago donde estaban las canoas, que era grande, era tanta la pena que tenían, que no bastaba juicio a pensar cómo lo podían sufrir, y no hacían sino salirse infinito número de hombres y mujeres, y niños hacia nosotros. Y por darse prisa al salir, unos a otros se echaban al agua, y se ahogaban entre aquella multitud de muertos, que según pareció, del agua salada que bebían, y de la hambre y mal olor había dado tanta mortandad en ellos, que murieron más de cincuenta mil ánimas; los cuerpos de los cuales, porque nosotros no alcanzásemos su necesidad, ni los echaban al agua, porque los bergantines no topasen con ellos, ni los echaban fuera de su conversación, porque nosotros por la ciudad no los viésemos; y así por aquellas calles en que estaban hallábamos los montones de los muertos, que no había persona que en otra cosa pudiese poner los pies; y como la gente de la ciudad se salía a nosotros, yo había proveído que por todas las calles estuviesen Españoles para estorbar que nuestros amigos no matasen a aquellos tristes que salían, que eran sin cuento. Y también dije a todos los Capitanes de nuestros amigos, que en ninguna manera consintiesen matar a los que salían, y no se pudo tanto estorbar, como eran tantos, que aquel día no mataron y sacrificaron más de quince mil ánimas: y en esto todavía los principales y gente de guerra de la ciudad se estaban arrinconados, y en algunas azoteas, y casas, y en el agua, donde ni les aprovechaba disimulación, ni otra cosa, porque no viésemos su perdición, y su flaqueza muy a la clara: viendo que se venía la tarde, y que no se querían dar, hice easestar los dos tiros gruesos hacia ellos, para ver si se darían, porque más daño recibieran en dar licencia a nuestros amigos que les entraran, que no de los tiros, los cuales hicieron algún daño. Y como esto tampoco aprovechaba, mandé soltar la escopeta, y en soltándola, luego fue tomado aquel rincón que tenían, y echados al agua los que en él estaban: otros que quedaban sin pelear se rindieron; y los bergantines entraron de golpe por aquel lago, y rompieron por medio de la flota de las canoas, y la gente



CAPÍTULO CLVI.

Cómo se prendió Guatemuz.

Pues como Cortés vió que el trabuco no aprovechó cosa ninguna, Antes hubo enojo con el soldado que le aconsejó que lo hiciese, y viendo que no quería paces ningunas Guatemuz y sus Capitanes, mandó a Gonzalo de Sandoval que entrase con los bergantines en el sitio y rincón de la ciudad, donde estaban retraídos el Guatemuz con toda la flor de sus Capitanes y personas más nobles que en México había, y le mandó que no matase, ni hiriese a ningunos Indios, salvo si no le diesen guerra, y que aunque se la diesen, que solamente se defendiese, y no les hiciesen otro mal, y que les derrocasse las casas, y muchas barbacas que habían hecho en la laguna; y Cortés se subió luego en el Cu mayor del Tatelulco, para ver como entraba Sandoval con los bergantines, y les fueron acompañando Pedro de Alvarado, y Luis Marín, y Francisco de Lugo, y otros Soldados: y como el Sandoval entró con los bergantines en aquel paraje donde catában las casas del Guatemuz, cuando se vio cercado el Guatemuz, tuvo temor no le prendiesen o le matasen, y tenía aparejadas cincuenta grandes piraguas para si se viesse en aprieto, salvarse en ellas, y meterse en unos carrizales, e ir desde allí a tierra, y esconderse en unos pueblos de sus amigos, y asimismo tenía mandado a los principales y gente de más cuenta que allí en aquel rincón tenía, y a sus Capitanes, que si se viesen en aprieto, que hiciesen lo mismo: y como vieron que les entraban en las casas, se embarcan en las canoas, y ya tenían metida su hacienda de oro y joyas, y toda su familia, y se mete en ellas, y tira la laguna adelante, acompañado de muchos Capitanes y principales: y como en aquel instante iba la laguna llena de canoas, y Sandoval luego tuvo noticia que Guatemuz con toda la gente principal se iba huyendo, mandó a los

de guerra que en ellas estaba, ya no osaban pelear; y plugo a Dios que un Capitán de un bergantín, que se dice Garci Holguin, llegó en pos de una canoa, en la cual le pareció que iba gente de manera, y como llevaba dos o tres ballesteros en la proa del bergantín, e iban encarando en los de la canoa, le hicieron señal, que estaba allí el Señor, que no tirasen, y saltaron de presto, y le prendieron a él y aquel Ciguacoacin, y aquel Señor de Tacuba, y a otros principales que con él estaban; y luego el dicho Capitán Garci Holguin me trajo allí a la azotea donde estaba, que era junto al lago, al Señor de la ciudad, y a los otros principales presos, el cual como le hice sentar, no mostrándole riguridad ninguna, se llegó a mí, y me dijo en su lengua: *que ya él había hecho todo lo que de su parte era obligado para defenderse a sí y a los suyos, hasta venir en aquel estado, que ahora hiciese de él lo que yo quisiese; y puso la mano en un puñal que yo tenía, diciéndome, que le diese de puñaladas, y lo matase. Y yo le animé, y le dije que no tuviese temor ninguno; y así preso este Señor, luego en ese punto cesó la guerra. Cortés. Carta III.*



bergantines que dejasen de derrocar casas, y siguiesen el alcance de las canoas, y que mirasen que tuviesen tino y ojo a qué parte iba el Guatemuz, y que no le ofendiesen ni hiciesen enojo ninguno, sino que buenamente procurasen de prenderle: y como un Garci Holguin, que era Capitán de un bergantín, amigo del Sandoval, y era muy gran velero su bergantín, y llevaba buenos remeros, le mandó que siguiese hacia la parte que le habían dicho que iba el Guatemuz y sus principales, y las grandes piraguas, y le mandó que si le alcanzase, que no le hiciese mal ninguno, mas de prenderle, y el Sandoval siguió por otra parte con otros bergantines que le acompañaban; y quiso Dios nuestro Señor que el García Holguin alcanzo a las canoas y grandes piraguas en que iba el Guatemuz, y en el arte de él, y de los toldos y piragua, y aderezo de él, y de la canoa le conoció el Holguin, y supo que era el grande Señor de México, y dijo por señas que aguardasen, y no querían, y él hizo como que les quería tirar con las escopetas y ballestas, y hubo el Guatemuz miedo de ver aquello, y dijo: no me tiren, que yo soy el Rey de México y de esta tierra, y lo que te ruego es, que no me llegues a mi mujer, ni a mis hijos, ni a ninguna mujer, ni a ninguna cosa de lo que aquí traigo, sino que me tomes a mí y me lleves a Malinche: y como el Holguin le oyó se gozó en gran manera, y le abrazó, y le metió en el bergantín con mucho acato a él y a su mujer, y a veinte principales que con él iban, y les hizo asentar en la popa en unos petates y mantas, y les dio de lo que traía para comer, y a las canoas en que iba su hacienda, no les tocó en cosa ninguna, sino que juntamente las llevó con su bergantín: y en aquella, sazón el Gonzalo de Sandoval se puso a una parte para ver los bergantines, y mandó que todos se recogiesen a él, y luego supo que García Holguin había prendido al Guatemuz, y que le llevaba a Cortés, y como el Sandoval lo supo, mandó a los remeros que llevaba en su bergantín que remasen a la mayor prisa que pudiesen, y cuando alcanzó al Holguin le dijo, que le diese el prisionero, y el Holguin no se lo quiso dar, porque dijo que él lo había prendido y no el Sandoval; y el Sandoval dijo, que así era verdad, y que él era General de los bergantines, y que el Holguin venía debajo de su dominio y mando, y que por ser su amigo se lo había mandado, y también porque era su bergantín muy ligero, más que los otros: y mandó que le siguiesen y le prendiesen, y que al Sandoval como a su General le había de dar él prisionero, y el Holguin todavía porfiaba que no quería: y en aquel instante fue otro bergantín a gran prisa a Cortés a demandarle albricias, que como dicho tengo, estaba muy cerca en el Tatelulco, mirando desde el Cu mayor, como entraba el



Sandoval: y entonces le contaron la diferencia que traía Sandoval con el Holguin, sobre tomarle el prisionero: y cuando Cortés lo supo, luego despachó al Capitán Luis Marín y a Francisco de Lugo, para que luego hiciesen venir al Gonzalo de Sandoval y al Holguin, sin más debatir, y que trajese al Guatemuz y a la mujer y familia con mucho acato, porque él determinaría cuyo era el prisionero, y a quién se había de dar la honra de ello: y entretanto que le fueron a llamar hizo aderezar Cortés un estrado lo mejor que pudo con petates y mantas, y otros asientos, y mucha comida de lo que Cortés tenía para sí, y luego vino el Sandoval y Holguin con el Guatemuz, y le llevaron ante Cortés: y cuando se vio delante de él le hizo mucho acato, y Cortés con alegría le abrazó, y le mostró mucho amor a él y a sus Capitanes: y entonces el Guatemuz dijo ¿Cortés: Señor Malinche, ya yo he hecho lo que estaba obligado en defensa de mi ciudad y vasallos, y no puedo más, y pues vengo por fuerza, y preso ante tu persona y poder, toma luego ese puñal que traes en la cinta, y mátame luego con él: y esto cuando se lo decía lloraba muchas lágrimas con sollozos, y también lloraban otros grandes señores que consigo traía: y Cortés le respondió con Doña Marina y Aguilar nuestras lenguas, y dijo muy amorosamente, que por haber sido tan valiente, y haber vuelto y defendido su ciudad, se lo tenía en mucho, y tenía en más a su persona, y que no es digno de culpa ninguna, y que antes se lo ha de tener a bien, que a mal: y que lo que Cortés quisiera fue que cuando iban de vencida, que porque no hubiera más destrucción ni muertes en sus Mexicanos, que vinieran de paz y de su voluntad: y que pues ya es pasado lo uno y lo otro, y no hay remedio ni enmienda en ello, que descanse su corazón, y de sus Capitanes, y que mandará a México y a sus Provincias, como de antes lo solían hacer: y Guatemuz y sus Capitanes dijeron que se lo tenían en merced, y Cortés preguntó por la mujer, y por otras grandes señoras mujeres de otros Capitanes, que le habían dicho que venían con Guatemuz; y el mismo Guatemuz respondió, y dijo que había rogado a Gonzalo de Sandoval, y a García Holguin, que les dejase estar en las canoas en que estaban, hasta ver lo que el Malinche ordenaba, y luego Cortés envió por ellas, y les mandó dar de comer de lo que había, lo mejor que pudo en aquella sazón: y luego porque era tarde y quería llover, mandó Cortés a Gonzalo de Sandoval que se fuese a Cuyoacoan, y llevase consigo a Guatemuz y a su mujer y familia, y a los principales que con él estaban: y luego mandó a Pedro de Alvarado y a Cristóbal de Olid, que cada uno se fuese a sus estancias y Reales, y luego nosotros nos fuimos a Tacuba, y Sandoval



dejó a Guatemuz en poder de Cortés en Cuyoacoan, y se volvió a Tepeaquilla que era su puesto y Real. Prendióse Guatemuz y sus Capitanes en trece de Agosto a hora de vísperas, día de Señor San Hipólito, año de mil y quinientos y veinte y un años, gracias a nuestro Señor Jesucristo, y a nuestra Señora la Virgen santa María su bendita Madre, Amen. Llovió, y tronó, y relampagueó aquella noche, y hasta medía noche mucho más que otras veces. Y como se hubo preso Guatemuz quedamos tan sordos todos los soldados, como si de antes estuviera uno puesto encima de un campanario, y tañesen muchas campanas; y en aquel instante que las tañían cesasen de tañerlas: y esto digo al propósito, porque todos los noventa y tres días que sobre esta ciudad estuvimos, de noche y de día daban tantos gritos y voces, y silbos, unos escuadrones Mexicanos aperciendo los escuadrones y guerreros que habían de batallar en la calzada, y otros llamando las canoas que habían de guerrear con los bergantines, y con nosotros en las puentes, y otros aperciendo a los que habían de hincar palizadas, y abrir y ahondar las calzadas, y aberturas, y puentes, y en hacer albarradas, y otros en aderezar piedra, y vara y flecha, y las mujeres en hacer piedra rolliza para tirar con las hondas: pues desde los adoratorios y casas malditas de aquellos malditos Ídolos, los tambores y cornetas, y el tambor grande y otras bocinas dolorosas, que de continuo no dejaban de tocarse: y de esta manera de noche y de día no dejábamos de tener gran ruido, y tal que no nos oíamos los unos a los otros: y después de preso el Guatemuz cesaron las voces y el ruido, y por esta causa he dicho, como si de antes estuviéramos en campanario. Dejemos de esto, y digamos cómo Guatemuz era de muy gentil disposición, así de cuerpo como de facciones, y la cara algo larga y alegre, y los ojos más parecían que cuando miraba, que eran con gravedad y halagüeños, y no había falta en ellos, y era de edad de veinte y tres o veinte y cuatro años, y el color tiraba más a blanco que al color y matiz de esos otros Indios morenos; y decían que su mujer era sobrina de Moctezuma su tío, muy hermosa mujer y moza. Y antes que más pasemos adelante, digamos en qué paró el pleito del Sandoval y del García Holguin sobre la prisión de Guatemuz: y es, que Cortés les dijo que los Romanos tuvieron otra contienda de la misma manera que ésta, entre Mario y Lucio Cornelio Sila; y fue cuando Sila trajo preso a Yugurta, que estaba con su suegro el Rey Bocos: y cuando entraba en Roma triunfando de los hechos y hazañas heroicos, pareció ser que Sila metió en su triunfo a Yugurta con una cadena de hierro al pescuezo, y Mario dijo, que no le había de meter Sila, sino él; y ya que le



metía, que había de declarar que el Mario le dio aquella facultad, y le envió por él para que en su nombre le llevase preso, y se le dio el Rey Bocos, pues que el Mario era Capitán General, y debajo de su mano y bandera militaban; y el Sila como era de los Patricios de Roma tenía mucho favor, y como Mario era de una villa cerca de Roma, que se decía Arpiño y advenedizo, puesto que había sido siete veces Cónsul, no tuvo el favor que el Sila, y sobre ello hubo las guerras civiles entre el Mario y el Sila, y nunca se determinó a quién se había de dar la honra de la prisión de Yugurta. Volvamos a nuestro propósito, y es, que Cortés dijo que haría relación de ello a su Majestad, y a quien fuese servido de hacer merced, se le daría por armas, que de Castilla traerían sobre ello la determinación; y desde a dos años vino mandado por su Majestad, que Cortés tuviese por armas en sus reposteros ciertos Reyes, que fueron Moctezuma gran Señor de México, Cacamatzin, Señor de Tezcuco, y los señores de Iztapalapa, y de Cuyoacoan y Tacuba, y otro gran Señor que decían que era pariente muy cercano del gran Moctezuma, a quien decían que de derecho le venía el Reino y Señorío de México, que era Señor de Mataltzingo, y de otras Provincias, y a este Guatemuz sobre que fue este pleito. Dejemos de esto, y digamos de los cuerpos muertos y cabezas que estaban en aquellas casas donde se había retraído Guatemuz: y es verdad, y juro amen, que toda la laguna y casas, y barbacoas estaban llenas de cuerpos y cabezas de hombres muertos, que yo no sé de qué manera lo escriba. Pues en las calles, y en los mismos patios del Tatelulco no había otras cosas, y no podíamos andar sino entre cuerpos y cabezas de Indios muertos. Yo he leído la destrucción de Jerusalén, mas si en ella hubo tanta mortandad como ésta, yo no lo sé; porque faltaron en esta ciudad gran multitud de Indios guerreros, y de todas las Provincias y pueblos sujetos a México, que allí se habían acogido, todos los más murieron que como he dicho, así el suelo, y la laguna y barbacoas, todo estaba lleno de cuerpos muertos, y hedía tanto que no había hombre que sufrirlo pudiese; y a esta causa, así como se prendió Guatemuz, cada uno de los Capitanes se fueron a sus Reales, como dicho tengo, y aun Cortés estuvo malo del hedor que se le entró por las narices en aquellos días que estuvo allí en el Tatelulco. Dejemos de esto y pasemos adelante, y digamos como los soldados que andaban en los bergantines, fueron los mejor librados, y hubieron buen despojo a causa que podían ir a ciertas casas que estaban en los barrios de la laguna, que sentían que habría oro, ropa y otras riquezas, y también lo iban a buscar a los carrizales, donde lo iban a esconder los



Indios Mexicanos, cuando les ganábamos algún barrio y casa; y también porque socolor que iban a dar caza a las canoas que metían bastimentos y agua, si topaban algunas en que iban algunos principales huyendo a tierra firme para irse entre los otomites que estaban comarcanos, les despojaban de lo que llevaban. Quiero decir, que nosotros los soldados que militábamos en las calzadas, y por tierra firme, no podíamos haber provecho ninguno, sino muchos flechazos y lanzadas, y heridas de vara y piedra, a causa que cuando íbamos ganando alguna casa o casas, ya los moradores de ellas habían salido, y sacado toda la hacienda que tenían, y no podíamos ir por agua, sin que primero cegásemos las aberturas y puentes: y a esta causa he dicho en el capítulo que de ello habla, que cuando Cortés buscaba los marineros que habían de andar en los bergantines, que fueron mejor librados, que no los que batallábamos por tierra; y así pareció claro, porque los Capitanes Mexicanos, y aun el Guatemuz dijeron a Cortés, cuando les demandó el tesoro del gran Moctezuma, que los que andaban en los bergantines habían robado mucha parte de ello. Dejemos de hablar más en esto hasta más adelante, y digamos que como había tanta hedentina en aquella ciudad, que Guatemuz le rogó a Cortés que diese licencia para que se saliese todo el poder de México a aquellos pueblos comarcanos, y luego les mandó que así lo hiciesen. Digo que en tres días con sus noches iban todas tres calzadas llenas de Indios y Indias, y muchachos llenos de bote en bote, que nunca dejaban de salir, y tan flacos y sucios, y amarillos, y hediondos, que era lastima de verlos: y después que la hubieron desembarazado, envió Cortés a ver la ciudad, y estaban como dicho tengo, todas las casas llenas de Indios muertos, y aun algunos pobres Mexicanos entre ellos que no podían salir, y lo que purgaban de sus cuerpos era una suciedad, como echan los puercos muy flacos que no comen sino yerba: y hallóse toda la ciudad arada, y sacadas las raíces las yerbas que habían comido cocidas, hasta las cortezas de los árboles, también las habían comido. De manera que agua dulce no les hallamos ninguna, sino salada. También quiero decir, que no comían las carnes de sus Mexicanos, si no eran de los enemigos Tlascaltecas, y las nuestras que apiñaban: y no se ha hallado generación en el mundo, que tanto sufriese la hambre y sed, y continuas guerras como ésta. Dejemos de hablar en esto y pasemos adelante, que mandó Cortés que todos los bergantines se juntasen en unas atarazanas que después se hicieron. Volvamos a nuestras pláticas, que después que se ganó esta grande y populosa ciudad, y tan nombrada en el universo, después de haber dado muchas gracias a nuestro



Señor y a su bendita Madre, ofreciendo ciertas promesas a Dios nuestro Señor, Cortés mandó hacer un banquete en Cuyoacoan, en señal de alegría de haberla ganado, y para ello tenían ya mucho vino de un navío que había venido al puerto de la Villa Rica, y tenía puercos que le trajeron de Cuba: y para hacer la fiesta mandó convidar a todos los Capitanes y soldados que le pareció, que era bien tener cuenta con ellos en codos tres Reales: y cuando fuimos al banquete no había mesas puestas, ni aun asientos para la tercia parte de los Capitanes y soldados que fuimos, y hubo mucho desconcierto, y valiera más que no se hiciera, por muchas cosas no muy buenas que en el acaecieron, y también porque esta planta de Noé hizo a algunos hacer desatinos; y hombres hubo en él, que después de haber comido anduvieron sobre las mesas, que no acertaban a salir al patio; otros decían que habían de comprar caballos con sillas de oro, y ballesteros hubo que decían que todas las saetas que tuviesen en su aljaba, que habían de ser de oro de las partes que les habían de dar: y otros iban por las gradas abajo rodando. Pues ya que habían alzado las mesas salieron a danzar las damas que había, con los galanes cargados con sus armas, que era para reír; y fueron las damas pocas, que no había otras en todos los Reales, ni en la Nueva España: y dejó de nombrarlas por sus nombres, y de referir como otro día hubo sátira; porque quiero decir, que como hubo cosas tan malas en el convite, y en los bailes, el buen Fraile Bartolomé de Olmedo lo murmuraba, y le dijo a Sandoval lo mal que le parecía, y que bien dábamos gracias a Dios para que nos ayudase adelante: al Sandoval tan presto le dijo a Cortés lo que Fr. Bartolomé murmuraba y gruñía; y el Cortés que era discreto le mandó llamar, y le dijo: Padre, no excusaba solazar y alegrar los soldados, con lo que vuestra reverencia ha visto, y yo he hecho de mala gana; ahora resta que vuestra Reverenda ordene una procesión, y que diga Misa, y nos predique, y diga a los soldados, que no roben las hijas de los Indios, y que no hurten ni riñan pendencias, y que hagan como Católicos Cristianos, para que Dios nos haga bien: y Fr. Bartolomé se lo agradeció a Cortés, que no sabía lo que había dicho Alvarado, y pensaba que salía del buen Cortés su amigo: y el fraile hizo una procesión en que íbamos con nuestras banderas levantadas, y algunas Cruces a trechos, y cantando las Letanías, y a la postre una Imagen de nuestra Señora: y otro día predicó Fr. Bartolomé, y comulgaron muchos en la Misa después de Cortés y Alvarado, y dimos gracias a Dios por la victoria. Y dejemos de más hablar en esto, y quiero decir otras cosas que pasaron, que se me olvidaba, y aunque no vengan ahora dichas, sino algo



atrás, sin propósito: y es, que nuestros amigos Chichimecatecle, y los dos mancebos Xicotengas hijos de Don Lorenzo de Vargas que se solía llamar Xicotenga el viejo y ciego, guerrearon muy valientemente contra el poder de México, y nos ayudaron muy esforzada y extremadamente de bien; y asimismo un hermano del señor de Tezcucó Don Hernando, que se decía Suchel, que después se llamó Don Carlos, éste hizo cosas de muy esforzado y valiente varón, y otro Capitán natural de una ciudad de la laguna, que no se me acuerda su propio nombre, también hacia maravillas, y otros muchos Capitanes de pueblos que nos ayudaban, todos guerreaban muy poderosamente; y Cortés les habló, y les dio muchas gracias y loores, porque nos habían ayudado, con muchas buenas palabras y promesas, de que el tiempo andando les daría tierras, y vasallos, y les haría grandes señores, y les despidió: y como estaban ricos de ropa de algodón, y oro, y otras muchas cosas ricas de despojos, se fueron alegres a sus tierras, y aun llevaron hartas cargas de tasajos cecinados de Indios Mexicanos, que repartieron entre sus parientes y amigos, y como cosas de sus enemigos las comieron por fiestas. Ahora que estoy fuera de los recios combates y batallas de los Mexicanos, que con nosotros, y nosotros con ellos teníamos de noche y de día, porque doy muchas gracias a Dios que de ellas me libró, quiero contar una cosa muy temeraria que me acaeció: y es, que después que vi abrir por los pechos y sacar los corazones, y sacrificar aquellos sesenta y dos soldados, que dicho tengo que llevaron vivos de los de Cortés, y ofrecerles los corazones a los ídolos; y esto que ahora diré, les parece a algunas personas que es por falta de no tener muy grande ánimo, y si bien lo consideran es, por el demasiado ánimo con que en aquellos días había de poner mi persona en lo más recio de la Conquista las batallas, porque en aquella sazón presumía de buen soldado, y era unido en esta reputación, y había de hacer lo que más osados y atrevidos soldados suelen hacer, y en aquella sazón yo hacía delante de mis Capitanes: y como de cada día veía llevar a nuestros compañeros a sacrificar, y había visto, como dicho tengo, que les aserraban por los pechos, y sacarles los corazones bullendo, y cortarles pies y brazos, y se los comieron a los sesenta y dos, que dicho tengo; temía yo, que un día que otro habían de hacer de mí lo mismo, porque ya me habían llevado asido dos veces, y quiso Dios que me escapé; y acordóseme de aquellas muertes, y por esta causa desde entonces temí de esta cruel muerte: y esto he dicho, porque antes de entrar en las batallas, se me ponía por delante una como grima y tristeza grandísima, en el corazón, y



encomendándome a Dios y a su bendita Madre nuestra Señora, y entrar en las batallas, todo era uno, y luego se me quitaba aquel temor: y también quiero decir, que cosa tan nueva era ahora tener yo aquel temor no acostumbrado, habiéndome hallado en muchos rencuentros muy peligrosos, ya había de estar curtido el corazón, y esfuerzo, y ánimo en mi persona, ahora a la postre más arraigado que nunca: porque si bien lo sé contar, y traer a la memoria, desde que vine a descubrir con Francisco Fernández de Córdoba, y con Grijalva, y volví con Cortés, y me hallé en lo de la punta de Cotoche, y en lo de Lázaro, que por otro nombre se dice Campeche, y en Potonchan, y en la Florida, según que más largamente lo tengo escrito cuando vine a descubrir con Francisco Fernández de Córdoba. Dejemos de esto, y volvamos a hablar en lo de Grijalva, y en la misma de Potonchan, y con Cortés en lo de Tabasco, y la de Cingapacinga, y en todas las guerras y rencuentros de Tlascalá, y en lo de Cholula; y cuando desbaratamos a Narváez, me señalaron para que les fuésemos a tomar la artillería, que eran diez y ocho tiros que tenían cebados y cargados con sus pelotas de piedra, los cuales les tomamos, y este trance fue de mucho peligro; y me hallé en el primer desbarate cuando los Mexicanos nos echaron de México, o por mejor decir, salimos huyendo cuando nos mataron en obra de ocho días ochocientos y cincuenta soldados; y me hallé en las entradas de Tepeaca y Cachula, y sus alrededores, y en otros rencuentros que tuvimos con los Mexicanos cuando estábamos en Tezcuco, sobre coger las mielpas de maíz, y en lo de Iztapalapa, cuando nos quisieron anegar; y me hallé cuando subimos en los Peñoles, y ahora los llaman las fuerzas o fortalezas que ganó Cortés, y en lo de Suchilmileco, y otros muchos rencuentros, y entré con Pedro de Alvarado con los primeros a poner cerco a México y les quebramos el agua de Chalputepeque y en la primera entrada que entramos en la calzada con el mismo Pedro de Alvarado, y después de esto cuando desbarataron por la misma nuestra parte, y llevaron seis soldados vivos, y a mí se me llevaban, y ya se hacía cuenta que eran siete conmigo, según me llevaban engarrafado a sacrificar: y me hallé en todas las demás batallas, ya por mí emmoradas, que cada día y de noche teníamos, hasta que vi como dicho tengo, las crueles muertes que dieron delante de mis ojos a aquellos sesenta y dos soldados nuestros compañeros: ya he dicho, que ahora que por mí habían pasado todas estas batallas y peligros de muerte, que no lo había de temer como lo temía ahora a la postre. Digan ahora aquellos caballeros que de esto del militar entienden, y se han hallado en trances peligrosos de muerte, a qué fin



echarán mi temor, si es a flaqueza de ánimo, o a mucho esfuerzo, porque como he dicho, sentía en mi pensamiento, que había de poner por mi persona, batallando en parte que por fuerza había de temer la muerte más que otras veces, y por esto me temblaba el corazón, y temía la muerte: y todas estas batallas que aquí he dicho donde me he hallado, y verán en mi relación en qué tiempo, y cómo, y cuándo, y dónde y de qué manera otras muchas entradas y rencuentros tuvo Cortés, y muchos de nuestros Capitanes, sin estos que aquí tengo dichos, que no me hallé yo en ellos, porque eran de cada día tantos, que aunque fuera de hierro mi cuerpo, no lo pudiera sufrir, en especial que siempre andaba herido, y pocas veces estaba sano, y a esta causa no podía ir a todas las entradas: pues aun no han sido nada los trabajos y peligros, y rencuentros de muerte que de mi persona he recontado, que después que ganamos esta fuerte y gran ciudad pasé otros muchos, como adelante verán cuando venga a coyuntura. Y dejemos ya, y diré y declararé, porque he dicho en todas estas guerras Mexicanas cuando nos mataron nuestros compañeros, digo, lleváronlos, y no digo, matáronlos, y la causa es ésta; porque los guerreros que con nosotros peleaban, aunque pudieran matar luego a los que llevaban vivos de nuestros soldados, no los mataban luego, sino dábanles heridas peligrosas, porque no se defendiesen, y vivos los llevaban a sacrificar a sus Ídolos, y aun primero les hacían bailar delante del Huichilobos, que era su Ídolo de la guerra, y esta es la causa porque he dicho los llevaron. Y dejemos esta materia, y digamos lo que Cortés hizo después de ganado México.



CAPÍTULO CLVII.

Cómo mandó Cortés adobar los caños de Chalputepeque, y otras muchas cosas.

La primera cosa que mandó Cortés a Guatemuz fue, que adobasen los caños del agua de Chalputepeque, según y de la manera que solían estar antes de la guerra, y que luego fuese el agua por sus caños a entrar en aquella ciudad de México; y que luego limpiasen todas las calles de México de aquellas cabezas y cuerpos de muertos, que todas las enterrasen, para que quedasen limpias, y sin que hubiese hedor ninguno en toda la ciudad, y que todas las calzadas y puentes, que las tuviesen tan bien aderezadas como de antes estaban; y que los palacios y casas que las hiciesen nuevamente, y que dentro de dos meses se volviesen a vivir en ellas, y les señaló Cortés en qué parte habían de poblar, y la parte que habían de dejar desembarazada, para en que poblásemos nosotros. Dejémonos de estos mandados, y de otros que ya no me acuerdo, y digamos como el Guatemuz, y todos sus Capitanes, dijeron a nuestro Capitán Cortés, que muchos Capitanes y soldados que andaban en los bergantines, y de los que andábamos en las calzadas batallando, les habíamos tomado muchas hijas, y mujeres de algunos principales; que le pedían por merced, que se las hiciesen volver: y Cortés les respondió, que serian muy malas de las haber de poder de los compañeros que las tenían, y que las buscasen y trajesen ante él, y que vería si eran Cristianas, o se querían volver a casa de sus padres y de sus maridos, y que luego se las mandaría dar, y dioles licencia para que las buscasen en todos tres Reales, y un mandamiento, para que el soldado que las tuviese, luego se las diese, si las Indias se querían volver de buena voluntad con ellos: y andaban muchos principales en busca de ellas de casa en casa, y eran tan solícitos que las hallaron, y las más de ellas no quisieron ir con sus padres ni madres, ni maridos, sino estarse con los soldados con quien estaban, y otras se escondían, y otras decían, que no querían volver a idolatrar, y aun algunas de ellas estaban ya preñadas; y de esta manera no llevaron sino tres, que Cortés mandó expresamente, que las diesen. Dejemos de esto, y digamos, que luego mandó hacer unas atarazanas, y fortaleza, en que estuviesen los bergantines, y nombró Alcaide que estuviese en ellas, y paréceme que fue a Pedro de Alvarado, hasta que vino de Castilla un Salazar que se decía de la Pedrada. Digamos de otra materia, cómo se recogió todo el oro y plata, y joyas, que se hubieron en México, y fue muy poco, según pareció, porque



todo lo demás hubo fama que lo mandó echar Guatemuz en la laguna cuatro días antes que se prendiese: y que además de esto que lo habían robado los Tlascaltecas, y los de Tezcuco, y Guaxocingo, y Cholula, y todos los demás de nuestros amigos que estaban en la guerra: y además de esto, que los que andaban en los bergantines, robaron su parte, por manera que los Oficiales del Rey decían y publicaban, que Guatemuz lo tenía escondido, y Cortés holgaba de ello de que no lo diese, por haberlo él todo para sí, y por estas causas acordaron de dar tormento a Guatemuz, y al Señor de Tacuba, que era su primo, y gran privado: y ciertamente le pesó mucho a Cortés, porque a un señor como Guatemuz Rey de tal tierra, que es tres veces más que Castilla, le atormentasen por codicia del oro, que ya habían hecho pesquisas sobre ello, y todos los Mayordomos de Guatemuz decían que no había más de lo que los Oficiales del Rey tenían en su poder, y eran hasta trescientos ochenta mil pesos de oro, porque ya lo habían fundido y hecho barras, y de allí se sacó el Real quinto, y otro quinto para Cortés: y como los conquistadores que no estaban bien con Cortés, vieron tan poco oro, y al Tesorero Julián de Alderete le decían algunos de ellos, que tenían sospecha que por quedarse Cortés con el oro, no quería que prendiesen al Guatemuz, ni le diesen tormento: y porque no lo achacasen algo a Cortés, y no lo podía excusar, consintió que le atormentasen, y le quemaron los pies con aceite así al Guatemuz, como al señor de Tacuba: y lo que confesaron fue, que cuatro días antes que le prendiesen lo echaron en la laguna, así el oro, como los tiros, y escopetas y ballestas que de nosotros tenían de cuando nos echaron de México, y cuando desbarataron ahora a la postre a Cortés; y fueron donde Guatemuz había señalado, y entraron buenos nadadores, y no hallaron cosa ninguna: y lo que yo vi, que fuimos con el Guatemuz a las casas a donde solía vivir, y estaba una como alberca grande de agua honda, y de aquella alberca sacamos un sol de oro como el que nos hubo dado el gran Moctezuma, y muchas joyas, y piezas de poco valor, que eran del mismo Guatemuz: y el señor de Tacuba disto, que él tenía en unas casas grandes, que estaban de Tacuba obra de cuatro leguas, ciertas cosas de oro, y que le llevasen allá, y que diría dónde estaba soterrado, y lo daría, y fue Pedro de Alvarado, y seis soldados con él, y yo fui en su compañía, y cuando allegamos dijo, que por morir en el camino había dicho aquello, y que le matasen, que no tenía oro ni joyas ningunas, y así nos volvimos sin ello, y así se quedó, que no hubimos más oro que fundir: verdad es, que la recámara del Moctezuma que después poseyó el Guatemuz, no



se había llegado a muchas joyas, y piezas de oro, que todo esto tomó, para que con ello sirviésemos a su Majestad: y porque había muchas joyas de diversas hechuras, y primas labores, y si me parase a escribir cada cosa, y hechura de ello por sí, sería y es gran prolijidad, lo dejaré de decir en esta relación, mas dijeron allí muchas personas, y yo digo de verdad, que valía dos veces más, que la que había sacado para repartir, el Real quinto de su Majestad: todo lo cual enviamos al Emperador nuestro Señor con Alonso de Ávila, que en aquel tiempo vino de la Isla de Santo Domingo, y con Antonio de Quiñones; lo cual diré adelante, como y donde, en qué manera, y cuando fueron. Y dejemos de hablar de ello, y volvamos a decir, que en la laguna donde decía Guatemuz que había echado el oro, entré yo, y otros soldados a zabullidas, y siempre sacábamos piecezuelas de poco precio, lo cual luego nos lo demandó Cortés, y el Tesorero Julián de Alderete, y ellos mismos fueron con nosotros donde lo habíamos sacado, y llevaron consigo buenos nadadores, y sacaron obra de noventa o cien pesos de sartalejos de cuentas, y añades, y perrillos, y pinjantes, y collarejos, y otras cosas de no nada, que así se puede decir, según había la fama en la laguna del oro que de antes había echado. Dejemos de hablar de esto, y digamos, como todos los Capitanes y soldados estábamos algo pensativos de ver el poco oro que parecía, y las partecillas que de ello nos daban: y el Padre Fray Bartolomé de Olmedo de la Orden de la Merced, y Alonso de Ávila, que entonces había vuelto de la Isla de Santo Domingo, de cuando le enviaron por Procurador, y Pedro de Alvarado, y otros Caballeros, y Capitanes, dijeron a Cortés, que pues que había poco oro, que las partes que habían de caber a todos, que las diesen y repartiesen a los que quedaron mancos, y cojos, y ciegos, y tuertos, y sordos, y a otros que se habían quemado con la pólvora, y a otros que estaban dolientes de dolor de costado, que aquellos les diese todo el oro, y que para aquellos sería bien dárselo, y que todos los demás que estábamos sanos, lo habríamos por bien: y si esto le dijeron a Cortés, fue sobre cosa pensada, creyendo que nos daría más que las partes que nos venían, porque había mucha sospecha, que lo tenían escondido todo: y lo que respondió fue, que vería las partes que cabían, y que visto, en todo pondría remedio: y como todos los Capitanes y soldados queríamos ver lo que nos cabía de parte, nos dábamos prisa para que se echase la cuenta, y se declarase a qué tantos pesos salíamos; y después que lo hubieron tanteado, dijeron, que cabían los de a caballo a cien pesos; y a los ballesteros, y escopeteros, y rodeleros, que no se me acuerda bien: y desde que aquellas



partes nos señalaron, ningún soldado lo quiso tomar, y entonces murmuramos de Cortés, y del Tesorero Alderete, y el Tesorero por descargarse decía, que no podía haber más, porque Cortés sacaba otro quinto del montón como el de su Majestad para él, y se pagaba de muchas costas de los caballos que se habían muerto: y también dejaban de meter en el montón otras muchas piezas que habíamos de enviar a su Majestad, y que riñésemos con Cortés, y no con él: y como en todos tres Reales había soldados que habían sido amigos y paniaguados del Diego Velázquez Gobernador de Cuba, de los que habían pasado con Narváez, que no estaban bien con Cortés, como vieron que no les daban las partes del oro que ellos quisieran, no lo quisieron recibir lo que les daban; y como Cortés estaba en Cuyoacan, y posaba en unos grandes palacios que estaban blanqueados y encaladas las paredes, donde buenamente se podía escribir con carbón, y con otras tintas, amanecían cada mañana escritos motes, unos en prosa, y otros en versos algo maliciosos a manera como pasquines, y libelos, y unos decían, que el sol, y la luna, y el cielo, y estrellas, y la mar, y la tierra tienen sus cursos, y que si algunas veces salen más de la inclinación para que fueron crudos más de sus medidas, que vuelven a su ser, y que así había de ser la ambición de Cortés en el mandar: y otros decían, que más conquistados nos traía que la misma Conquista que dimos a México, y que no nos nombrásemos Conquistadores de Nueva España, sino conquistados de Hernando Cortés: y otros decían, que no bastaba tomar buena parte del oro como General, sino tomar parte de quinto como Rey, sin otros aprovechamientos que tenía: y otros decían, o que triste está el alma mía, hasta que la parte vea: otros decían, que Diego Velázquez gastó su hacienda, y descubrió toda la costa hasta Panuco, y la vino Cortés a gozar: y decían otras cosas como estas, y aun decían palabras que no son para decir en esta relación. Y como Cortés salía cada mañana, y lo leía, y como estaban unas chanzonetas en prosa, y otras en metro, y por muy gentil estilo y consonancia a cada mote y copia, lo que iba inclinada, y a la fin que tiraba su dicho, y no como yo aquí lo digo: y como Cortés era algo poeta, y se preciaba de dar respuestas inclinadas a loas de sus heroicos hechos, y deshaciendo los del Diego Velázquez, y Grijalva, y Narváez, respondió también por buenos consonantes, y muy apropósito en todo lo que escribía, y de cada día iban más desvergonzados los metros, hasta que Cortés escribió: pared blanca papel de necios, y amanecía más adelante, y aun de sabios, y verdades: y aun bien supo Cortés quien lo escribía, y fue un fulano Tirado amigo de Diego Velázquez,



verno que fue de Ramírez el viejo, que vivía en la Puebla, y un Villalobos, que fue a Castilla, y otro que se decía Mansilla, y otros que ayudaban de buena para Cortés a los puntos que le tiraban: y de tal manera andaba la cosa, que Fray Bartolomé de Olmedo le dijo a Cortés, que no permitiese que aquello pasase adelante, sino que con cordura vedase que no escribiesen en la pared. fue buen consejo, y mandó Cortés, que no se atreviese ninguno a poner letreros, ni perques de malicias, que castigaría a los desvergonzados que escribiesen, con graves penas: y a fe que aprovechó. Dejemos de esto, y digamos, que como había muchas deudas entre nosotros, que debíamos de ballestas a cuarenta y a cincuenta pesos, y de una escopeta ciento, y de un caballo ochocientos y mil, y a veces más, y una espada cincuenta, y de esta manera eran tan caras las cosas que habíamos comprado: pues un Cirujano que se llamaba Maestre Juan, que curaba algunas malas heridas, y se igualaba por la cura a excesivos precios, y también un Médico que se decía Murcia, que era Boticario, y Barbero, también curaba; y otras treinta trampas, y zarrabusterías que debíamos, demandaban que les pagásemos de las partes que nos daban, y el remedio que Cortés dio fue, que puso dos personas da buena conciencia, que sabían de mercaderías, que apreciase qué podían valer las mercaderías, y cosas de las que habíamos tomado liado, y que lo apreciase; llamábanse los apreciadores, él una Santa Clara, persona muy honrada, y el otro se decía fulano de Llorena; y se mandó, que todo aquello que aquellos apreciadores dijese que valía cada cosa de las que nos habían vendido, y las curas que habían hecho los Cirujanos, que pasasen por ello, y que si no teníamos dineros, que aguardasen por ello tiempo de dos años. Otra cosa también se hizo, que todo el oro que se fundió, echaron tres quilates más de lo que tenía de ley, porque ayudasen a las pagas, y también porque en aquel tiempo habían venido mercaderes, y navíos a la villa Rica, y creyendo que en echarle los tres quilates más que ayudasen a la tierra, y a los Conquistadores, y no nos ayudó en cosa ninguna, antes fue en nuestro perjuicio, porque los mercaderes porque aquellos tres quilates saliesen a la cabal de sus ganancias, cargaban en las mercaderías, y cosas que vendían cinco quilates, y así anduvo el oro de tres quilates Tepuzque, que quiere decir en la lengua de Indios cobre: y así ahora tenemos aquel modo de hablar, que nombramos a algunas personas que son preeminentes, y de merecimiento, el señor Don fulano de tal nombre, Juan, o Martín, o Alonso, y otras personas que son de tanta calidad, les decimos no más de su nombre, y por haber diferencia de los unos a los



otros, decimos fulano de tal nombre Tepuzque. Volvamos a nuestra plática, que viendo que no era justo que el oro anduviese de aquella manera, se envió a hacer saber a su Majestad, para que se quitase, y no anduviese en la Nueva España, y su Majestad fue servido de mandar, que no anduviese más, y que todo lo que se le hubiese de pagar en almojarifazgo, y penas de Cámara, que se le pagase de aquel oro malo, hasta que se acabase, y no hubiese memoria de ello, y de esta manera se llevó todo a Castilla. Y quiero decir, que en aquella sazón que esto pasó, ahorcaron dos plateros que falseaban las marcas, y las echaban cobre puro. Mucho me he detenido en contar cosas viejas, y salir fuera de mi relación. Volvamos a ella, y diré, que como Cortés vio que muchos soldados se le desvergonzaban, y le pedían más partes, y le decían, que se lo tomaba todo para sí, y le pedían prestados dineros, acordó de quitar de sobre sí aquel dominio, y de enviar a poblar a todas las provincias que le pareció que convenía que se poblasen. A Gonzalo de Sandoval mandó que fuese a poblar a Tustepeque, y que castigase unas guarniciones Mexicanas, que mataron cuando salimos de México sesenta personas, y entre ellas seis mujeres de Castilla que allí habían quedado de los de Narváez, y que poblase a Medellín, y que pasase a Guacacualco, y que poblase aquel puerto, y también mandó que fuesen a conquistar la provincia de Panuco: y a Rodrigo Rangel, que se estuviese en la villa Rica, y en su compañía Pedro de Ircio: y a Juan Velázquez Chico mandó que fuese a Colima, y a un Villa Fuerte a Zacatula: y a Cristóbal de Olid, que fuese a Mechoacan: ya en este tiempo se había casado Cristóbal de Olid con una señora Portuguesa, que se decía Doña Filipa de Araujo: y envió a Francisco de Horozco a poblar a Guaxaca, porque en aquellos días que habíamos ganado a México, como lo supieron en todas estas provincias que he nombrado, que México estaba destruida, no lo podían creerlos Caciques y Señores de ellas como estaban lejos, y enviaban principales a dar a Cortés el parabién de las victorias, y a darse y ofrecerse por vasallos de su Majestad, y a ver cosa tan temida, como de ellos fue México, si era verdad que estaba por el suelo, y todos traían grandes presentes de oro que daban a Cortés, y aun traían consigo a sus hijos pequeños, y les mostraban a México; y como solemos decir, aquí fue Troya, y se lo declaraban. Dejemos de esto, y digamos una plática, que es bien que se declare, porque me dicen muchos curiosos Lectores, ¿que qué es la causa que los verdaderos conquistadores que ganamos la Nueva España, y la grande y fuerte ciudad de México, por qué no nos quedábamos en ella a poblar, y no nos veníamos a otras



provincias? Tienen razón de lo preguntar, quiero decir la causa por qué, y es esto que diré. En los libros de la renta de Moctezuma mirábamos de qué partes le traían el oro, y donde había minas, y cacao, y ropa de mantas, y de aquellas partes que veíamos en los libros que traían los tributos del oro para el gran Moctezuma, queríamos ir allá: en especial viendo que salía de México un Capitán principal, y amigo de Cortés, como era Sandoval, y también como veíamos que en los pueblos de la redonda de México no tenían minas de oro, ni algodón, ni cacao, sino mucho maíz, y maqueyales de donde sacaban el vino, y a esta causa la teníamos por tierra pobre, y nos fuimos a otras provincias a poblar, y en todos fuimos muy engañados. Acuerdome que fui a hablar a Cortés, que me diese licencia para que fuese con Sandoval, y me dijo: en mi conciencia, hermano Bernal Díaz del Castillo, que vives engañado, que yo quisiera que te quedaras aquí conmigo, mas si es vuestra voluntad ir con vuestro amigo Gonzalo de Sandoval, id en buena hora, y yo tendré siempre cuidado de lo que se os ofreciere, más bien sé que os arrepentiréis por dejarme. Volvamos a decir de las partes del oro, que todo se quedo en poder de los oficiales del Rey por las esclavas que habíamos sacado en las almonedas. No quiero poner aquí por memoria que tantos de a caballo, ni ballesteros, ni escopeteros, ni soldados, ni en cuántos días de tal mes despachó Cortés a los Capitanes para que fuesen a poblar las provincias por mí arriba dichas, porque sería larga relación, basta que digo pocos días después de ganado México, y preso Guatemuz; de ahí a otros dos meses envió a otro Capitán a otras provincias. Dejemos ahora de hablar en Cortés, y diré que en aquel instante vino al puerto de la Villa Rica con dos navíos un Cristóbal de Tapia Veedor de las fundaciones que se hacían en Santo Domingo, y otros decían, que era Alcaide de aquella fortaleza que está en la isla de Santo Domingo, y traía provisiones y cartas misivas de Don Juan Rodríguez de Fonseca Obispo de Burgos, y se nombraba Arzobispo de Rosano, para que le diésemos la Gobernación de la Nueva España al Tapia, y lo que sobre ello pasó diré adelante.



CAPÍTULO CLVIII.

Cómo llegó al puerto de la Villa Rica un Cristóbal de Tapia, que venía para ser Gobernador.

Pues como Cortés hubo despachado los Capitanes y soldados por mí ya dichos, a pacificar y poblar Provincias, en aquella sazón vino un Cristóbal de Tapia Veedor de la isla de Santo Domingo con provisiones de su Majestad, guiadas y encaminadas por Don Juan Rodríguez de Fonseca Obispo de Burgos, y Arzobispo de Rocano, porque así se llamaba, para que lo admitiesen a la Gobernación de la Nueva España, y además de las provisiones traía muchas cartas misivas del mismo Obispo para Cortés, y para otros muchos conquistadores y Capitanes de los que habían venido con Narváez, para que favoreciesen al Cristóbal de Tapia: y además de las cartas que traía cerradas y selladas del Obispo, traía otras en blanco, para que el Tapia en la Nueva España pusiese todo lo que quisiese y le pareciese, y en todas ellas traía grandes prometimientos, que nos haría muchas mercedes, si dábamos la Gobernación al Tapia, y por otra parte muchas amenazas, y decía, que su Majestad nos enviaría a castigar. Dejemos de esto, que Tapia presentó sus provisiones en la Villa Rica de la Vera Cruz delante de Gonzalo de Alvarado hermano de Pedro de Alvarado, que estaba en aquella sazón por Teniente de Cortés, porque un Rodrigo Rangel que solía estar allí por Alcalde mayor, no sé qué desatinos había hecho cuando allí estaba, y le quitó Cortés el cargo: y presentadas las provisiones, el Gonzalo de Alvarado las obedeció, y puso sobre su cabeza como provisiones y mando de su Rey y Señor, y que en cuanto al cumplimiento, que se juntarían los Alcaldes y Regidores de aquella Villa, y que platicarían, y verían cómo y de qué manera eran ganadas y habidas aquellas provisiones, y que todos juntos las obedecían, porque él solo era una persona, y también porque querían ver si su Majestad era sabedor que tales provisiones se enviasen: y esta respuesta no le cuadró bien al Tapia, y aconsejaronle que se fuese luego a México a donde estaba Cortés con todos los más Capitanes y soldados, y que allá las obedecerían, y además de presentar las provisiones, como dicho tengo, escribió a Cortés de la manera que venía por Gobernador: y como Cortés era muy avisado, si muy buenas cartas le escribió el Tapia, y vio las ofertas y ofrecimientos del Obispo de Burgos, y por otra parte las amenazas; si muy buenas palabras, y muy llenas de cumplimientos él le escribió, otras muy mejores y



más halagüeñas, y blandosamente, y amorosas, y llenas de cumplimientos le escribió Cortés en respuesta: y luego Cortés rogó y mandó a ciertos de nuestros Capitanes que se fuesen a ver con el Tapia, los cuales fueron Pedro de Alvarado y Gonzalo de Sandoval, y Diego de Soto el de Toro, y un Valdenebro, y el Capitán Andrés de Tapia, a los cuales envió a llamar por la posta, que dejasen de poblar por entonces las provincias en que estaban, y que fuesen a la Villa Rica, donde estaba el Cristóbal de Tapia, y con ellos mandó que fuese un Fraile que se decía Fray Pedro Melgarejo de Urrea. Ya que el Tapia iba camino de México a verse con Cortés, encontró con nuestros Capitanes, y con el Fraile por mí nombrados, y con palabras y ofrecimientos que le hicieron, volvió del camino para un pueblo que se decía Cempoal, y allí le demandaron que mostrase otra vez las provisiones, y que verían cómo y de qué manera lo mandaba su Majestad, y si venía en ellas su Real firma, o era sabedor de ello, y que los pechos por tierra las obedecerían en nombre de Hernando Cortés, y de toda la Nueva España, porque traían poder para ello: y el Tapiales tornó a notificar y mostrar las provisiones, y todos aquellos Capitanes a una las obedecieron, y pusieron sobre sus cabezas, como provisiones de nuestro Rey y Señor: y que en cuanto al cumplimiento, que suplicaban de ellas para ante el Emperador nuestro Señor, y dijeron que no era sabedor de ellas, ni de cosa ninguna, y que el Cristóbal de Tapia no era suficiente para ser Gobernador, y que el Obispo de Burgos era contra todos los conquistadores que servíamos a su Majestad, y andaba ordenando aquellas cosas, sin dar verdadera relación a su Majestad, y por favorecer al Diego Velázquez y al Tapia, por casar con uno de ellos a una Doña fulana de Fonseca sobrina del mismo Obispo: y luego que el Tapia vio que no aprovechaban palabras, ni provisiones, ni cartas de ofertas, ni otros cumplimientos, adoleció de enojo: y aquellos nuestros Capitanes le escribían a Cortés todo lo que pasaba, y le avisaron que enviase tejuelos de oro y barras, y que con ellos amansaría la furia del Tapia, lo cual el oro vino por la posta, y le compraron unos negros y tres caballos, y él un navío, y se volvió a embarcar en el otro navío, y se fue a la isla de Santo Domingo de donde había salido: y cuando allá llegó la Audiencia Real que en ella residía, y los Frailes Jerónimos que estaban por Gobernadores notaron bien su vuelta de aquella manera, y se enojaron con él, porque antes que saliese de la isla para ir a la Nueva España, le habían mandado expresamente, que en aquella sazón no curase de venir, porque sería causa de quebrar el hilo y conquistas de México, y no les quiso



obedecer, antes con favor del Obispo de Burgos Don Juan Rodríguez de Fonseca se resolvió, que no osaban hacer otra cosa los Oidores, sino lo que el Obispo de Burgos mandaba, porque era Presidente de Indias, porque su Majestad estaba en aquella sazón en Flandes que no había venido a Castilla. Dejemos esto del Tapia, y digamos cómo luego envió Cortés a Pedro de Alvarado a poblar a Tustepeque, que era tierra rica de oro. Y para que bien lo entiendan los que no saben los nombres de estos pueblos, uno es Tutepeque, a donde fue Gonzalo de Sandoval, y otro es Tustepeque a donde en esta sazón va Pedro de Alvarado, y esto declaro, porque no me culpen que digo que dos Capitanes fueron a poblar una Provincia de un nombre, y son dos Provincias; y también había enviado a poblar el rio de Panuco, porque Cortés tuvo noticia que un Francisco de Garay hacía grande armada para venirla a poblar: porque según pareció se lo había dado su Majestad al Garay por gobernación y conquista, según muy largamente lo he dicho y declarado en los capítulos pasados, cuando hablaba de todos los navíos que envió adelante Garay, que desbarataron los Indios de la misma Provincia de Panuco; y lo hizo Cortés, porque si viniese el Garay la hallase por Cortés poblada. Dejemos de esto, y digamos cómo Cortés envió otra vez a Rodrigo Rangel por Teniente de Villa Rica, y quitó al Gonzalo de Alvarado, y le mandó que luego le enviase a Pánfilo de Narváez donde estaba poblando Cortés en Cuyoacan, que aún no había entrado a poblar a México, hasta que se edificasen todas las casas y palacios a donde había de vivir: y envió por el Pánfilo de Narváez; porque según le dijeron, que cuando el Cristóbal de Tapia llegó a la Villa Rica con las provisiones que dicho tengo, el Narváez habló con él, y en pocas palabras le dijo: Señor Tapia, pareceme que tan buen recaudo traéis, y tal le llevaréis como yo: mirad en lo que yo he parado trayendo tan buena armada, mirad por vuestra persona no os maten, y no os curéis de perder tiempo, que la ventura de Cortés, y sus soldados no es acabada; entended en que os den algún oro por esas cosas que traéis, e iros a Castilla ante su Majestad, que allá no faltará quién os ayude, y diréis lo que pasa, en especial teniendo como tenéis al Señor Obispo de Burgos, y esto es mejor consejo. Dejémonos de esta plática, y diré cómo Narváez fue su camino a México, y vio aquellas grandes ciudades y poblaciones, y cuando llegó a Tezcucó se admiró, y cuando vió a Cuyoacan mucho más, y desde que vio la gran laguna, y ciudades que en ella están pobladas, y después la gran ciudad de México: y como Cortés supo que venía, le mandó hacer mucha honra, y llegado ante él, se hincó de rodillas, y le fue a besar las manos, y



Cortés no lo consintió, y le hizo levantar, y le abrazó, y le mostró mucho amor, y le hizo asentar cabe sí, y entonces el Narváez le habló, y le dijo: Señor Capitán, ahora digo de verdad, que la menor cosa que hizo v. merced y sus valerosos soldados en esta Nueva España, fue desbaratarme a mí, y prenderme, y aunque trajera mayor poder del que traje, pues he visto tantas ciudades y tierras que ha domado y sujetado al servicio de Dios nuestro Señor, y del Emperador Carlos Quinto; y se puede v. merced alabar y tener en tanta estima, que yo así lo digo, y dirán todos los Capitanes muy nombrados, que el día de hoy son vivos, que en el universo se puede anteponer a los muy afamados y ilustres varones que ha habido, y otra tan fuerte ciudad como México no la hay, y v. merced, y sus muy esforzados soldados son dignos que su Majestad les haga muy crecidas mercedes, y le dijo otras muchas alabanzas: y Cortés le respondió, que nosotros no éramos bastantes para hacer lo que estaba hecho, sino la gran misericordia de Dios nuestro Señor, que siempre nos ayudaba, y la buena ventura de nuestro gran César. Dejémonos de esta plática, y de las ofertas que hizo Narváez a Cortés que le sería servidor, y diré cómo en aquella sazón se pasó Cortés a poblar la insigne y gran Ciudad de México, y repartió solares para las Iglesias y Monasterios, y casas Reales, y plazas, y a todos los vecinos les dio solares: y por no gastar más tiempo en escribir, según y de la manera que ahora está poblada, que según dicen muchas personas que se han hallado en muchas partes de la cristiandad, otra más populosa y mayor ciudad, y de mejores casas, y muy bien pobladas no se ha visto. Pues estando dando la orden que dicho tengo, al mejor tiempo que estaba Cortés algo descansando, le vinieron cartas del Panuco, que toda la Provincia estaba levantada, y puesta en armas, y que era gente muy belicosa, y de muchos guerreros, porque habían muerto muchos soldados que había enviado Cortés a poblar, y que con brevedad enviase el mayor socorro que pudiese: y luego acordó Cortés de ir él mismo en persona, porque todos los Capitanes habían ido a sus conquistas; y llevó todos los más soldados que pudo, y hombres de a caballo, y ballesteros y escopeteros, porque ya habían llegado a México muchas personas de las que el Veedor Tapia traía consigo, y otros que allí estaban de los de Lucas Vázquez de Ayllon, que habían ido con él a la Florida, y otros que habían venido de las Islas en aquel tiempo: y deseando en México buen recaudo, y por Capitán del a Diego de Soto, natural de Toro, salió Cortés de México, y en aquella sazón no había herraje sino muy poco para los muchos caballos que llevaba, porque pasaban de ciento y treinta de a



caballo, y doscientos y cincuenta soldados y contados entre los ballesteros y escopeteros y de a caballo, y también llevó diez mil Mexicanos: y en aquella sazón ya había vuelto de Mechoacan Cristóbal de Olid, porque dejó aquella Provincia de paz, y trajo consigo muchos Caciques, y al hijo del Cacique Conci, que así se llamaba, y era el mayor Señor de todas aquellas Provincias, y trajo mucho oro bajo, que lo tenían revuelto con plata y cobre: y gastó Cortés en aquella ida que fue a Panuco mucha cantidad de pesos de oro, que después demandaba a su Majestad, que le pagase aquella costa, y los oficiales de la Real hacienda no se los quisieron recibir en cuenta, ni le quisieron papar cosa de ello; porque respondieron que si había hecho aquel gasto en la conquista de aquella Provincia, que lo hizo por apoderarse de ella, porque Francisco de Garay que venía por Gobernador no la hubiese, porque ya tenía noticia que venía de la Isla de Jamaica, con gran pujanza y armada. Volvamos a nuestra relación, y diré cómo Cortés llegó con todo su ejército a la Provincia de Panuco, y los halló de guerra, y los envió a llamar de paz muchas veces, mas no quisieron venir, y tuvo con ellos en algunos días muchos rencuentros de guerra, y en dos batallas que le aguardaron, le mataron tres soldados, y le hirieron más de treinta, y mataron cuatro caballos, y hubo muchos heridos, y murieron de los Mexicanos sobre ciento, sin otros más de doscientos que quedaron heridos, porque fueron los Guastecas, que así se llaman en aquellas Provincias, sobre más de sesenta mil hombres guerreros cuando aguardaron a nuestro Capitán Cortés, mas quiso nuestro Señor que fueron desbaratados, y todo el campo donde fueron estas batallas, quedó lleno de muertos y heridos de los Nagatecas naturales de aquellas Provincias, por manera que no se tornaron más a juntar por entonces para dar guerra: y Cortés estuvo ocho días en un pueblo que estaba allí cerca, donde habían sido aquellas reñidas batallas, por causa de que se curasen los heridos, y se enterrasen los muertos, y había muchos bastimentos, y para tornarle a llamar de paz envió al Padre Fray Bartolomé de Olmedo, y diez Caciques personas principales de los que se habían prendido en aquellas batallas, y Doña Marina y Jerónimo de Aguilar, que siempre Cortés los llevaba consigo, y el Padre Fray Bartolomé de Olmedo les hizo un parlamento muy discreto, y les dijo: que cómo se podían defender todos los de aquellas Provincias de no darse por vasallos de su Majestad, pues han visto y tenido nueva que con el poder de México, siendo tan fuertes guerreros, estaba asolada la ciudad y puesta por el suelo, y que vengan luego de paz y no hayan miedo, y que lo pasado de las muertes que Cortés en nombre de su



Majestad se lo perdonaría, y tales palabras les dijo el buen Fray Bartolomé de Olmedo con amor, y otras llenas de amenazas, que como estaban hostigados, y habían visto muertos muchos de los suyos, y abrasados y asolados todos sus pueblos, vinieron de paz, y todos trajeron joyas de oro, aunque no de mucho precio, que presentaron a Cortés: y él con halagos y mucho amor les recibió de paz, y desde allí se fue Cortés con la mitad de sus soldados a un rio, que se dice Chila, que está de la mar obra de cinco leguas, y volvió a enviar mensajeros a todos los pueblos de la otra parte del rio a llamarles de paz, y no quisieron venir, porque como estaban encarnizados de los muchos soldados que habían muerto en obra de dos años que habían pasado de los Capitanes que Garay envió a poblar aquel rio, como dicho tengo en el capítulo que de ello habla, así creyeron que harían a nuestro Cortés: y como estaban entre grandes lagunas, y ríos, y ciénagas, que es muy grande fortaleza para ellos, la respuesta que dieron fue matar a los mensajeros que Cortés les había enviado a hablar sobre las paces, y a estos de ahora tuvieron presos ciertos días; y estuvo Cortés aguardando para ver si podría acabar con ellos, que mudasen su mal propósito, y como no vinieron mandó buscar todas las canoas que en el rio pudo haber, y con ellas y unas barcas que se hicieron de madera de navíos viejos de los de Garay, y pasaron de noche de la otra parte del rio ciento y cincuenta soldados, y los más de ellos ballesteros y escopeteros, y cincuenta de a caballo: y como los principales de aquellas Provincias velaban sus pasos y ríos, como los vieron, los dejaron pasar, y estaban aguardando de la otra parte; y si muchos Guastecas se habían juntado en las primeras batallas que dieron a Cortés, muchos más estaban juntos esta vez, y vienen como leones rabiosos a encontrarse con los nuestros; y a los primeros encuentros mataron dos soldados, e hirieron sobre treinta, y también mataron tres caballos, e hirieron otros quince y muchos Mexicanos, más tal prisa les dieron los nuestros, que no pararon en el campo, y luego se fueron huyendo, y quedaron de ellos muertos y heridos gran cantidad: y después que pasó aquella batalla, los nuestros se fueron a dormir a un pueblo que estaba despoblado, que se habían huido los moradores de él, y con buenas velas, y escuchas, y rondas, corredores del campo estuvieron, y de cenar no les faltó: y cuando amaneció, andando por el pueblo vieron estar en un Cu y adoratorio de Ídolos colgados muchos vestidos, y caras de soldados adobadas como cueros de guantes, y con sus barbas y cabellos, que eran de los soldados que habían muerto a los Capitanes que había enviado Garay a poblar el rio de Panuco, y



muchas de ellas fueron conocidas de otros soldados, que decían que eran sus amigos, y a todos se les quebró los corazones de lástima de las ver de aquella manera, y las quitaron de donde estaban, y las llevaron para enterrar: y desde aquel pueblo le pasaron a otro lugar, y como conocían que toda la gente de aquella provincia era muy belicosa, siempre iban muy recatados, y puestos en ordenanza para pelear, no les tomasen desapercibidos: y los descubridores del campo dieron con unos grandes escuadrones de Indios que estaban en celadas, para que cuando estuviesen los nuestros en las casas apeados, dar en los caballos y en ellos: y como fueron sentidos no tuvieron lugar de hacer lo que querían, mas todavía salieron muy denodadamente, y pelearon con los nuestros como valientes guerreros, y estuvieron más de media hora que los de a caballo y escopeteros no les podían hacer retraer, ni apartar de sí, y mataron dos caballos, e hirieron otros siete, y también hirieron quince soldados, y murieron tres de las heridas. Una cosa tenían estos Indios, que ya que los llevaban de vencida se tornaban a rehacer, y aguardaron tres veces en la pelea, lo cual pocas veces se ha visto acaecer entre estas gentes: y viendo que los nuestros les herían y mataban se acogieron a un rio caudaloso, y corriente, y los de a caballo, y peones sueltos fueron en pos de ellos, e hirieron muchos: y otro día acordaron de correrles el campo, e ir a otros pueblos que estaban despoblados, y en ellos hallaron muchas tinajas de vino de a tierra, puestas en unos soterraños a manera de bodegas: y estuvieron en estas poblaciones cinco días corriéndoles las tierras, y como todo estaba sin gentes y despoblados se volvieron al rio de Chile: y Cortés tornó a enviar a llamar de paz a todos los mismos pueblos que estaban de guerra de aquella parte del rio; y como les habían muerto mucha gente, temieron que volverían otra vez sobre ellos, y a esta causa enviaron a decir que vendrían de ahí a cuatro días, que buscaban joyas de oro para presentarle: y Cortés aguardó todos los cuatro días que habían dicho que vendrían, y no vinieron por entonces: y luego mandó a un pueblo muy grande que estaba cabe una laguna, que era muy fuerte por sus ciénagas y ríos, que de noche oscuro, y medio llovizando, que en muchas canoas que luego mandó buscar, atadas de dos en dos, y otras sueltas, y en barcas bien hechas pasasen aquella laguna a una parte del pueblo en parte y paraje que no fuesen vistos, ni sentidos de los de aquella población, y pasaron muchos amigos Mexicanos, y sin ser vistos dan en el pueblo, el cual pueblo destruyeron, y hubo muy gran despojo y estrago en él: allí cargaron los amigos de todas las haciendas de los naturales que de él tenían; y



desde que aquellos vieron, todos los más pueblos comarcanos, desde a cinco días acordaron de venir de paz, excepto otras poblaciones que estaban muy a trasmano, que los nuestros no pudieron ir a ellos en aquella sazón: y por no detenerme en gastar más palabras en esta relación de muchas cosas que pasaron, las dejaré de decir: si no que entonces pobló Cortés una Villa con ciento y treinta vecinos, y entre ellos dejó veinte y siete de a Caballo, y treinta y seis escopeteros y ballesteros, por manera que todos fueron los ciento y treinta; llamábase esta villa San Esteban del Puerto, y está obra de una legua de Chile, y en los vecinos que en aquella villa poblaron repartió y dio por encomienda todos los pueblos que habían venido de paz, y dejó por Capitán de ellos, y por su Teniente a un Pedro Vallejo: y estando en aquella villa de partida para México, supo por cosa muy cierta, que tres pueblos que fueron cabeceras para la rebelión de aquella Provincia, y fueron en la muerte de muchos Españoles, andaban de nuevo después de haber ya dado la obediencia a su Majestad, y haber venido de paz, convocando y atrayendo a los demás pueblos sus comarcanos, y decían que después que Cortés se fuese a México con los de a caballo y soldados, que a los que quedaban poblados, que diesen un día o noche en ellos, y que tendrían buenas hartazgas con ellos: y sabido por Cortés la verdad muy de raíz, les mandó quemar las casas, mas luego se tornaron a poblar. Digamos que Cortés había mandado antes que partiese de México para ir a aquella entrada, que desde la Vera Cruz le enviase un barco cargado con vino, y vituallas y conservas, y bizcocho y herraje; porque en aquella sazón no había trigo en México para hacer pan: y yendo que iba el barco su viaje a la derrota de Panuco cargado de lo que fue mandado, parece ser que hubo muy recios Nortes, y dio con él en parte que se perdió, que no se salvaron sino tres personas que aportaron en unas tablas a una isleta donde había unos muy grandes arenales, seria tres o cuatro leguas de tierra, donde había muchos lobos marinos, que salían de noche a dormir a los arenales, y mataron de los lobos, y con lumbré que sacaron con unos palillos, como la sacan en todas las Indias las personas que saben cómo se ha de sacar, tuvieron lugar de asar la carne de los lobos, y cavaron en mitad de la isla, e hicieron unos como pozos, y sacaron agua algo salobre, y también había una fruta que parecían higos, y con la carne de los lobos marinos, y la fruta y agua salobre se mantuvieron más de dos meses: y como aguardaban en la villa de San Esteban el refresco, y bastimento, y herraje, escribió Cortés a sus Mayordomos a México, que como no enviaban el refresco, y cuando vieron la carta de Cortés, tuvieron



por muy cierto que se había perdido el barco, y enviaron luego los Mayordomos de Cortés un navío chico do poco porte en busca del barco que se perdió, y quiso Dios que se toparon en la isleta donde estaban los tres Españoles de los que se perdieron, con ahumadas que hacían de noche y de día: y desde que vieron el barco se alegraron, y embarcados vinieron a la villa, y llamábase el uno de ellos fulano Celiano vecino que fue de México. Dejémonos de esto, y digamos; como en aquella sazón nuestro Capitán Cortés se venía ya para México, tuvo noticia que en unos pueblos que estaban en unas sierras que eran muy agras se habían rebelado, y hacían grande guerra a otros pueblos que estaban de paz, y acordó de ir allá antes que entrase en México: y yendo por su camino los de aquella provincia lo supieron, y aguardaron en un paso malo, y dieron en la rezaga del fardaje, y le mataron ciertos Tamemes y robaron lo que llevaban, y como era el camino malo, por defender el Fardaje los de a caballo que los iban a socorrer, reventaron dos caballos: y llegados a las poblaciones, muy bien se lo pagaron, que como iban muchos Mexicanos nuestros amigos, por vengarse de lo que les robaron en el puerto y camino malo, como dicho tengo, miraron y cautivaron muchos Indios, y aun el Cacique y su Capitán murieron ahorcados después que hubieron vuelto lo que habían robado: y esto hecho, Corté; mandó a los Mexicanos que no hiciesen más daño, y luego envió a llamar de paz a todos los principales y Papas de aquella población, los cuales vinieron y dieron la obediencia a su Majestad: y el Cacicazgo mandó que lo tuviese un hermano del Cacique que habían ahorcado, y los dejó en sus casas pacíficos y muy bien castigados: y entonces se volvió a México. Y antes que pase adelante, quiero decir, que en todas las provincias de la Nueva España otra gente más sucia y mala, y de peores costumbres no la hubo como ésta de la provincia de Panuco, y sacrificadores y crueles en demasía, y borrachos, y sucios, y malos, y tenían otras treinta torpezas: y si miramos en ello fueron castigados a fuego y a sangre dos o tres veces, y otros mayores males les vino en tener por Gobernador a Nuño de Guzmán, que desde que le dieron la gobernación, los hizo casi a todos esclavos, y los envió a vender a las islas, según más largamente lo diré en su tiempo y lugar. Volvamos a nuestra relación, y diré después que Cortés volvió a México, en lo que entendió y hizo.



CAPÍTULO CLXIX.

Cómo Cortés y todos los oficiales del Rey acordaron de enviar a su Majestad todo el oro que le había cabido de su Real quinto de los despojos de México, y cómo se envió de por sí la recámara del oro y joyas que fueron de Moctezuma y de Guatemuz, y lo que sobre ello acaeció.

Como Cortés volvió a México de la entrada de Panuco, anduvo entendiendo en la población y edificación de aquella ciudad: y viendo que Alonso de Ávila, ya otra vez por mí nombrado en los capítulos pasados, había vuelto en aquella sazón de la isla de Santo Domingo, y trajo recaudo de lo que le habían enviado a negociar con la Audiencia Real, y Frailes Jerónimos que estaban por Gobernadores de todas las islas; y los recaudos que entonces trajo fue, que nos daban licencia para poder conquistar toda la Nueva España, y herrar los esclavos, según y de la manera que llevaron en una relación, y repartir y encomendar los Indios, como en las islas Española, y Cuba, y Jamaica se tenía por costumbre: y esta licencia que dieron fue hasta en tanto que su Majestad fuese sabedor de ello, o fuese servido mandar otra cosa, de lo que luego le hicieron relación los mismos Frailes Jerónimos, y enviaron un navío por la posta a Castilla, y entonces su Majestad estaba en Flandes, que era mancebo, y allá supo los recaudos que los Frailes Jerónimos le enviaban; porque el Obispo de Burgos, puesto que estaba por Presidente de Indias, como conocían de él, que nos era muy contrario, no le daban cuenta de ello, ni trataban con él otras muchas cosas de importancia, porque estaban muy mal con sus cosas. Dejemos esto del Obispo, y volvamos a decir, que como Cortés tenía a Alonso de Ávila por hombre atrevido, y no estaba muy bien con él, siempre le quería tener muy lejos de sí, porque verdaderamente si cuando vino el Cristóbal de Tapia con las provisiones, el Alonso de Ávila se hallará en México, porque entonces estaba en la isla de Santo Domingo, y como el Alonso de Ávila era servidor del Obispo de Burgos, y había sido su criado, y le traían cartas para él, fuera gran contradictor de Cortés y de sus cosas: y a esta causa siempre procuraba Cortés de tenerlo apartado de su persona, y cuando vino de este viaje que dicho tengo, por consejo de Fray Bartolomé de Olmedo por contentarle y agradecerle, le encomendó en aquella sazón el pueblo de Guatitlan, y le dio ciertos pesos de oro, y con palabras y ofrecimientos, y con el depósito del pueblo por mí nombrada que es muy bueno, y de mucha renta, le hizo tan su amigo y servidor



que le envió después a Castilla, y juntamente con él a su Capitán de la Guarda, que se decía Antonio de Quiñones, los cuales fueron por Procuradores de la Nueva España y de Cortés, y llevaron dos navíos, y en ellos ochenta y ocho mil Castellanos en barras de oro; y llevaron la recámara que llamamos del gran Moctezuma, que tenía en su poder Guatemuz, y luí un gran presente, en fin para nuestro gran César, porque fueron muchas joyas muy ricas, y perlas tamañas algunas de ellas como avellanas, y muchos chalchiuies, que son piedras finas como esmeraldas, y por ser tantas, y no me detendré en escribirlas, lo dejaré de decir y traer a la memoria: y también enviamos unos pedazos de huesos de gigantes, que se hallaron en un Cu y adoratorio en Cuyoacan, que eran según, y de la manera de otros grandes zancarrones que nos dieron en Tlascala, los cuales habíamos enviado la primera vez, y eran muy grandes en demasía, y le llevaron tres tigres, y otras cosas que ya no me acuerdo: y con estos Procuradores escribió el Cabildo de México a su Majestad; y asimismo todos los más conquistadores escribimos con el Cabildo juntamente, y Fray Bartolomé de Olmedo de la Orden de la Merced, y el Tesorero Julián de Alderete; y todos a una decíamos do los machos y buenos y leales servicios que Cortés y todos nosotros los conquistadores le habíamos hecho, y a la continua hacíamos, y todo lo por nosotros sucedido desde que entramos a ganar la ciudad de México, y cómo estaba descubierta la mar del Sur, y se tenía por cierto que era cosa muy rica: y suplicamos a su Majestad que nos enviase Obispo, y Religiosos de todas Ordenes, que fuesen de buena vida y doctrina, para que nos ayudasen a plantar más por entero en estas partes nuestra santa Fe Católica, y le suplicamos todos a una, que la gobernación de esta Nueva España, que le hiciese merced de ella a Cortés, pues tan bueno y leal servidor le era, y a todos nosotros los conquistadores nos hiciese merced para nosotros y para nuestros hijos, que todos los oficios Reales, así de Tesorero, Contador, y Fator, y Escribanías públicas, y Fieles Ejecutores, y Alcaldías de fortalezas, que no hiciese merced de ellas a otras personas, sino que entre nosotros se nos quedase; y le suplicamos que no enviase Letrados, porque en entrando en la tierra la pondrían en revuelta con sus libros, y habría pleitos y disensiones: y se le hizo saber lo de Cristóbal de Tapia, cómo venía guiado por Don Juan Rodríguez de Fonseca Obispo de Burgos, y que no era suficiente para gobernar, y que se perdiera esta Nueva España, si él quedara por Gobernador, y que hubiese por bien de saber claramente, que se habían hecho las cartas y relaciones que le habíamos escrito, dando cuenta de todo lo que había



acaecido en esta Nueva España, porque teníamos por muy cierto, que el mismo Obispo no se las enviaba, y antes le escribía al contrario de lo que pasaba en favor de Diego Velázquez su amigo, y de Cristóbal de Tapia, por casarle con una parienta suya, que se decía Doña Pretonila de Fonseca; y como presentó ciertas provisiones que venían firmadas, y guiadas por el dicho Obispo de Burgos, y que todos estábamos los pechos por tierra para obedecerlas, como se obedecieron: más viendo que el Tapia no era hombre para guerra, ni tenía aquel ser, ni cordura para ser Gobernador, que suplicaron de todas las provisiones, hasta informar a su Real Persona de todo lo acaecido, como ahora le informamos, y le hacíamos sabidor como sus leales vasallos, y somos obligados a nuestro Rey y Señor; y que ahora que de lo que más fuere servido mandar, que aquí estamos los pechos por tierra para cumplir su Real mando: y también le suplicamos que fuese servido de enviar a mandar al Obispo de Burgos, que no se entremetiese en cosas ningunas de Cortés, ni de todos nosotros, porque sería quebrar el hilo a muchas cosas de conquistas que en esta Nueva España nosotros entendíamos, y en pacificar provincias, porque había mandado el mismo Obispo de Burgos a los oficiales que estaban en la casa de la Contratación de Sevilla, que se decían Pedro de Isasaga, y Juan López de Recalte, que no dejasen pasar ningún recaudo de armas, ni soldados, ni favor para Cortés, ni para los soldados que con él estaban: y también se le hizo relación cómo Cortés había ido a pacificar la provincia de Panuco, y la dejó de paz, y las muy recias y fuertes batallas que con los naturales de ella tuvo, y cómo era gente muy belicosa y guerrera, y cómo habían muerto los de aquella provincia a los Capitanes que había enviado Francisco de Garay, y a todos sus soldados, por no saberse dar maña en las guerras; y que había gastado Cortés en la entrada sobre sesenta mil pesos, y que los demandaba a los oficiales de su Real Hacienda, y no se los quisieron pagar. También se le hizo sabedor, cómo ahora hacia el Garay una armada en la isla de Jamaica, y que venían a poblar el rio de Panuco, y porque no le acaeciese como a sus Capitanes, que se los mataron, que suplicábamos a su Majestad, que le enviase a mandar que no salga de la isla hasta que esté muy de paz aquella provincia, porque nosotros se la conquistaremos, y se la entregaremos, porque si en aquella sazón viniese, viendo los naturales de estas tierras dos Capitanes que manden, tendrán divisiones y levantamientos, especial los Mexicanos, y se le escribió otras muchas cosas. Pues Cortés por su parte no se le quedó nada en el tintero; y aun de manera hizo relación en su carta de todo lo acaecido, que fueron veinte y una plana, y



porque yo las leí todas, y lo entendí muy bien, lo declaro aquí como dicho tengo. Y además de esto enviaba Cortés a suplicar a su Majestad que le diese licencia para ir a la isla de Cuba a prender al Gobernador de ella, que se decía Diego Velázquez, para enviársele a Castilla, para que allá su Majestad le mandase castigar, porque no le desbaratase mas, ni revolviere la Nueva España, porque enviaba desde la isla de Cuba a mandar que matasen a Cortés. Dejémonos de las cartas, y digamos de su buen viaje que llevaron nuestros Procuradores después que partieron del puerto de la Vera Cruz, que fue en veinte días del mes de Diciembre de mil y quinientos y veinte y dos años, y con buen viaje desembarcaron por el canal de Bahama: y en el camino se les soltaron dos tigres de los tres que llevaban, e hirieron a unos marineros, y acordaron de matar al que quedaba, porque era muy bravo, y no se podían valer con él, y fueron su viaje hasta la isla que llaman de la Tercera: y como el Antonio de Quiñones era Capitán, y se preciaba de muy valiente, y enamorado, parece ser que se revolvió en aquella isla con una mujer, y hubo sobre ella cierta cuestión, y le dieron una cuchillada en la cabeza de que al cabo de algunos días murió, y quedó solo Alonso de Ávila por Capitán. Y ya que iba el Alonso de Ávila con los dos navíos camino de España, no muy lejos de aquella isla, topa con ellos Juan Florín Francés cosario, y toma todo el oro y navíos, y prende al Alonso de Ávila, y le llevan preso a Francia. Y también en aquella sazón robó el Juan Florín otro navío que venía de la isla de Santo Domingo, y le tomó sobre veinte mil pesos de oro, y muy gran cantidad de perlas, y azúcar, y cueros de vacas, y con todo esto se volvió a Francia muy rico, y hizo grandes presentes a su Rey, y al Almirante de Francia de las cosas y piezas de oro que llevaba de la Nueva España, que toda Francia estaba maravillada de las riquezas que enviábamos a nuestro gran Emperador: y aun al mismo Rey de Francia le tomaba codicia de tener parte en la islas de la Nueva España, y entonces es cuando dijo, que solamente con el oro que le iba a nuestro César de estas tierras, le podía dar guerra a su Francia, y aun en aquella sazón no era ganado, ni había nueva del Perú, sino como dicho tengo, lo de la Nueva España, y las islas de Santo Domingo, y San Juan, y Cuba, y Jamaica: y entonces dice que dijo el Rey de Francia, o se lo envió a decir a nuestro gran Emperador, ¿que cómo habían partido entre él y el Rey de Portugal el mundo sin darle parte a él? Que mostrasen el testamento de nuestro padre Adán, si les dejó a ellos solamente por herederos y señores de aquellas tierras, que habían tomado entre ellos dos sin darle a él ninguna de ellas, y que por esta causa era



licito robar y tomar todo lo que pudiese por la mar: y luego tornó a mandar a Juan Florín, que volviese con otra armada a buscar la vida por la mar: y de aquel viaje que volvió, ya que llevaba otra gran presa de todas ropas entre Castilla y las islas de Canaria dio con tres o cuatro navíos recios y de armada Vizcaínos, y los unos por una parte y los otros por otra envisten con el Juan Florín, y le rompen y desbaratan, y le prenden a él y a otros muchos Franceses, y les tomaron sus navíos y ropa, y a Juan Florín, y a otros Capitanes llevaron presos a Sevilla a la casa de la Contratación, y los enviaron presos a su Majestad, y después que lo supo mandó que en el camino hiciesen justicia de ellos; y en el puerto del Pico los ahorcaron: y en esto paró nuestro oro, y Capitanes que lo llevaban, y el Juan Florín que lo robó. Pues volvamos a nuestra relación, y es, que llevaron a Francia preso a Alonso de Ávila, y le metieron en una fortaleza, creyendo haber de él gran rescate, porque como llevaba tanto oro a su cargo, guardábanle bien: y el Alonso de Ávila tuvo tales maneras y conciertos con el caballero Francés que lo tenía a cargo, o le tenía por prisionero, que para que en Castilla supiesen de la manera que estaba preso, y le viniesen a rescatar, dijo que fuesen por la posta todas las cartas y poderes que llevaba de la Nueva España, y que todas se diesen en la Corte de su Majestad al Licenciado Núñez primo de Cortés, que era Relator del Real Consejo, o a Martín Cortés padre del mismo Cortés, que vivía en Medellín, o a Diego de Ordás que estaba en la Corte: y fueron a todo buen recaudo que las hubieron a su poder, y luego las despacharon para Flandes a su Majestad, porque al Obispo de Burgos no le dieron cuenta ni relación de ello, y todavía lo alcanzó a saber el Obispo de Burgos, y dijo que se holgaba que se hubiese perdido y robado todo el oro. Dejemos al Obispo, y vamos a su Majestad; que como luego lo supo, dijeron quien lo vio, y entendió que hubo algún sentimiento de la pérdida del oro, y de otra parte se alegró, viendo que tanta riqueza le enviaban, y que sintiese el Rey de Francia, que con aquellos presentes que le enviábamos que le podría dar guerra; y luego envió a mandar al Obispo de Burgos, que en lo que tocaba a Cortés, y a la Nueva España, que en todo le diese favor y ayuda, y que presto vendría a Castilla, y entendería en ver la justicia de los pleitos y contiendas de Diego Velázquez y Cortés. Y dejemos esto, y digamos como luego supimos en la Nueva España la pérdida del oro y riquezas de la recámara, y prisión de Alonso de Ávila, y todo lo demás aquí por mí memorado, y tuvimos de ello gran sentimiento: y luego Cortés con brevedad procuró de haber y llegar todo el más oro que pudo recoger,



y de hacer un tiro de oro bajo, y de plata de lo que habían traído de Mechoacán, para enviar a su Majestad; y se llamó el tiro Fénix. Y también quiero decir, que siempre estuvo el pueblo de Guatitlan, que dio Cortés a Alonso de Ávila, por el mismo Alonso de Ávila, porque en aquella sazón no le tuvo su hermano Gil González de Venavides hasta más de tres años adelante, que el Gil González vino de la isla de Cuba, y ya el Alonso de Ávila estaba suelto de la prisión de Francia, y había venido a Yucatán por Contador; y entonces dio poder al hermano para que se sirviese de él, porque jamás se le quiso traspasar. Dejémosnos de cuentos viejos que no hacen a nuestra relación, y digamos todo lo que acaeció a Gonzalo de Sandoval, y a los demás Capitanes, que Cortés había enviado a poblar las Provincias por mí ya nombradas, y entretanto acabó Cortés de mandar forjar el tiro, y allegar el oro para enviar a su Majestad. Bien sé que dirán algunos curiosos Lectores, que por qué cuando envió Cortés a Pedro de Alvarado y a Gonzalo de Sandoval, y los demás Capitanes a las conquistas y pacificaciones ya por mí nombradas, no concluí con ellos en esta mi relación lo que habían hecho en ellas, y en lo que en las jornadas a cada uno ha acaecido; y lo vuelvo ahora a recitar, que es volver muy atrás de nuestra relación: y las causas que ahora doy a ello es, que como iban camino de sus Provincias a las conquistas, y en aquel instante llegó al puerto de la Villa Rica el Cristóbal de Tapia, otras muchas veces por mí nombrado, que venía para ser Gobernador de la Nueva España; y para consultar Cortés lo que sobre el caso se podría hacer, y tener ayuda y favor de ellos, como Pedro de Alvarado, y Gonzalo de Sandoval eran tan experimentados Capitanes y de buenos consejos, envió por la posta a llamarlos, y dejaron sus conquistas y pacificaciones suspensas; y como he dicho, vinieron al negocio de Cristóbal de Tapia, que era más importante para el servicio de su Majestad, porque se tuvo por cierto, que si el Tapia se quedara para gobernar, que la Nueva España y México, se levantarán otra vez: y en aquel instante también vino Cristóbal de Olid de Mechoacán, como era cerca de México, y la halló de paz, y le dieron mucho oro y plata, y como en recién casado, y la mujer moza y hermosa, apresuró su venida. Y luego tras esto de Tapia, aconteció el levantamiento de Panuco, y fue Cortés a pacificarlo, como dicho tengo en el capítulo que de ello habla; y también para escribir a su Majestad, como escribimos, y enviar el oro, y dar poder a nuestros Capitanes y Procuradores por mí ya nombrados; y por estos estorbos, que fueron los unos tras los otros, lo torno aquí a traer a la memoria, y es de esta manera que diré.